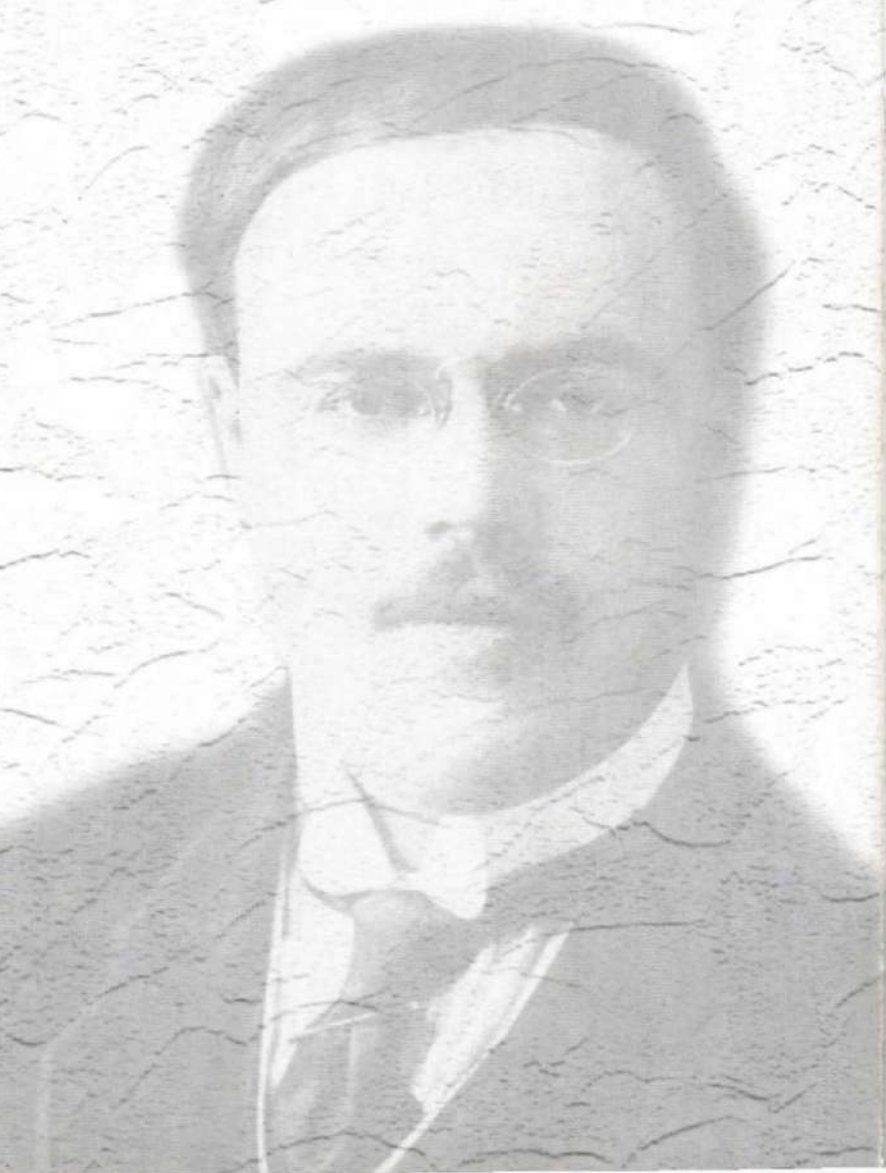


Clásicos Sanmarquinos

Francisco García Calderón

América Latina y
el Perú del novecientos

Antología de textos



SERIE CLÁSICOS SANMARQUINOS

AMÉRICA LATINA Y EL PERÚ DEL NOVECIENTOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS
—Fundada en 1551—

Dr. Juan Manuel Burga Díaz
Rector

Dr. Raúl Izaguirre Maguiña
Vicerrector Académico

Dra. Beatriz Herrera García
Vicerrectora Administrativa

CORPORACIÓN FINANCIERA
DE DESARROLLO
—COFIDE—

Daniel Schydlofsky Rosenberg
Presidente

Carlos Otero Bonicelli
Gerente General



O. J. Garin

Francisco García Calderón

América Latina y el Perú del novecientos

Antología de textos

Compilación, introducción y notas de
Teodoro Hampe Martínez



FONDO EDITORIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS



COFIDE
CORPORACIÓN
FINANCIERA DE
DESARROLLO

ISBN: 9972-46-219-6

Hecho el Depósito Legal: 1501052003-3470

Lima, julio de 2003

© De la compilación e introducción: Teodoro Hampe Martínez

© De esta edición:

Corporación Financiera de Desarrollo - COFIDE

Augusto Tamayo 160 - San Isidro

Correo electrónico: postmaster@cofide.com.pe

Página web: <http://www.cofide.com.pe>

Teléfono: 442-2550

Fondo Editorial de la UNMSM

Pabellón de la Biblioteca Central - Ciudad Universitaria,

Lima-Perú

Correo electrónico: fondoedit@unmsm.edu.pe

Página web: <http://www.unmsm.edu.pe/fondoeditorial/>

Administración y Producción: Teléfono 619-7000 (anexo 7530)

Telefax 464-7060

Venta y Distribución: 619-7000 (anexo 7531)

La Universidad es lo que publica

EDITOR GENERAL

José Carlos Ballón Vargas

EDITOR ADJUNTO

Odín Del Pozo Omiste

DIAGRAMACIÓN DE INTERIORES

Gino Becerra Flores

CORRECCIÓN DE PRUEBAS FINALES

Marco Pinedo Salazar

IMPRESIÓN

Tarea Asociación Gráfica Educativa

*Queda prohibida la reproducción parcial o total
sin permiso escrito del editor.*

Índice

Presentación	11
Francisco García Calderón, el arielista: un pensador de talla continental, por Teodoro Hampe Martínez	13
Bibliografía de Francisco García Calderón	44
Bibliografía sobre Francisco García Calderón	47
La Universidad de San Marcos y su Biblioteca	53
La predicación del anciano: Por ignoradas rutas	59
La Constitución Peruana y el militarismo	69
La educación en el Perú del novecientos	77
Las corrientes filosóficas en América Latina	85
Un acto de fe: <i>La Revista de América</i>	93
España: La raza conquistadora	95
Los escritores en la vida española	105
Tradición latina: Raza, cultura y espíritu	111
El porvenir latinoamericano	117
Panamericanismo y paniberismo	127
La corriente americanista: Historia y crítica	141
Legado católico: La religión americana	151
Bolívar: El más grande libertador	157
La afirmación del panamericanismo	167
El nuevo orden y la política wilsoniana	179
En torno al comunismo: Lenin y sus herederos	187
Riva Agüero, compañero de generación	197

Presentación

La Corporación Financiera de Desarrollo S.A. (COFIDE), en colaboración con la cuatricentenaria Universidad Nacional Mayor de San Marcos, ha decidido auspiciar la publicación de un conjunto de obras clásicas de autores sanmarquinos que han realizado contribuciones históricas decisivas al desarrollo de la cultura, la ciencia y la tecnología en el Perú moderno, obras que han proyectado, en uno u otro sentido, la necesaria visión de país que requiere desarrollar una nación moderna. Estamos completamente seguros de que su publicación será de gran impacto en nuestro medio.

Nuestra decisión no es arbitraria. Muchas personas ven la actividad financiera como algo muy lejano a la cultura, la ciencia, la tecnología y la educación pública. Generalmente la asocian a una mera actividad crematística, completamente ajena al desarrollo social. COFIDE quiere desvirtuar por completo esta errada visión de la actividad financiera. Para nosotros, el capital humano constituye el factor más importante del desarrollo moderno. La modernidad de una nación no es el resultado de una mera decisión burocrática, de un simple acto tecnocrático o un mero asunto de liquidez monetaria, sino un inmenso movimiento de cultura humana.

Invertir en la educación pública y en la cultura de una nación no es una cuestión optativa o un acto meramente altruista sino la inversión más importante en el desarrollo del país, no sólo en función de mejorar la eficiencia productiva inmediata sino también en cuanto a construir una racionalidad colectiva, una ética de la responsabilidad individual y una sensibilidad que sustente una visión de país, sin la cual es imposible la indispensable colaboración y confianza mutua entre los miembros de una población tan heterogénea como la nuestra, en torno a un objetivo histórico.

La publicación de la presente selección de textos de Francisco García Calderón (1883-1953), tampoco es un hecho casual. García Calderón es posiblemente uno de los representantes más importantes de la vertiente liberal de la llamada «Generación del 900», surgida luego del desastre de la guerra con Chile. Dicha generación atribuyó a la desintegración sociocultural y a la consecuente falta de visión de país, la causa de nuestro fracaso en la tarea que se propuso nuestra independencia: transformar al Perú en una república moderna y progresiva.

La generación intelectual del 900 —en sus distintas vertientes que van desde González Prada a Riva Agüero— forjó el paradigma de modernidad sobre el cual se han trabajado los distintos proyectos económicos, políticos y culturales a lo largo de todo el siglo XX. Sus puntos de vista podrán ser criticados y seguramente superados por las nuevas elites intelectuales y políticas que hoy emprenden la misma tarea, cien años después; pero necesariamente tendrán que partir, en sus nuevos proyectos y reflexiones, de la herencia intelectual y de la experiencia acumulada a lo largo del siglo XX, del paradigma novecentista de modernidad. De ahí el carácter obligatorio de su lectura.

El estudio introductorio del Dr. Teodoro Hampe sugiere precisamente los diversos ángulos en que puede realizarse una lectura comprensiva y provechosa de la obra escrita de Francisco García Calderón. Estamos en consecuencia seguros, no sólo del impacto significativo que logrará esta selección de textos, sino de la contribución que esta edición producirá para una mejor comprensión de nuestra sociedad peruana actual.

Lima, junio de 2003

Daniel Schydrowsky Rosenberg
Presidente

CORPORACIÓN FINANCIERA DE DESARROLLO S.A.

**Francisco García Calderón, el arielista:
un pensador de talla continental**

Teodoro Hampe Martínez

Puesto bajo el signo de la tolerancia y del liberalismo más sinceros, pluma ágil y de amplio espectro, pensador distinguido de la generación del «novecientos» en el Perú y América Latina, Francisco García Calderón Rey (1883-1953) no ha tenido la suerte de merecer una posteridad plena de reconocimiento y simpatías. En el intenso y azaroso rumbo de su trayectoria intelectual, diversos temas captaron su aliento: pasó del examen de la realidad social peruana al complejo ámbito de la identidad y el destino histórico hispanoamericanos, y de aquí saltó con agudeza e ingenio al análisis de la cultura europea y de la política internacional de su tiempo. Pensamos que la crucial modificación en sus concepciones originales, al tomar distancia respecto de las barreras protectoras del latinismo que en un inicio había planteado, sería una de las razones para el decaimiento en la figura y la vigencia de García Calderón. Las tempranas luces de su pensamiento, su alineación con *Ariel* y su defensa de la «raza latina» cayeron en una suerte de gran olvido dentro del mundo hispánico, del cual solamente ahora —medio siglo después de su fallecimiento— intentamos rescatarlo.

1. Sociedad e ideología durante la República Aristocrática

Bien sabido es que Francisco García Calderón y sus compañeros de generación en el Perú, los novecentistas o arielistas, estuvieron fuertemente impactados por la derrota que había sufrido el país, a manos de Chile, en la guerra del Pacífico (1879-1883). Esta contienda había hecho evidente la frágil integración colectiva de los peruanos, divididos por abismales diferencias de lenguas, creencias y costumbres. Inspirándose en Elisée Reclus (1830-1905), sostenía García Calderón que la falta de

cohesión constituía un grave peligro y que ésta fue una de las razones que aseguraron en dicho conflicto la victoria de las fuerzas chilenas, «más unidas por el sentido de nacionalidad».¹ Fue nuestro personaje el padre de la idea de que la derrota en la guerra del Pacífico se había definido ya varios lustros atrás, por la carencia de capacidad dirigencial y aglutinadora de la burguesía limeña.

Por lo tanto, había que modernizar la sociedad peruana y atacar las causas que la mantenían en el atraso material y con una integración ficticia. El *aggiornamento* tecnológico se había puesto en marcha desde la fase de la Reconstrucción Nacional, bajo el impulso del general Andrés A. Cáceres, gracias al convenio pactado con Grace y los acreedores extranjeros (1889); pero aun con la pujanza que exhibía la economía peruana al rayar el siglo XX, quedaba mucho por corregir. Debía lograrse que la raza indígena, protegida de abusos y usurpaciones, se convirtiera en uno de los factores del progreso colectivo, transformando a los hombres en campesinos y obreros de mentalidad moderna, inclusive socialista. El espíritu de previsión y ahorro, la formación de mentes críticas, la protección de la industria, una política estatal respetuosa de la diversidad de etnias y regiones, la promoción de la cultura superior para formar elites: todo esto propuso el joven García Calderón a las clases dirigentes de su patria.

Nos situamos en la coyuntura política, social e ideológica de aquella etapa que Jorge Basadre denominó la «República Aristocrática», la cual se extiende desde la revolución civil de Piérola hasta la violenta toma del poder por Augusto B. Leguía (1895 a 1919).² En este contexto, junto con las secuelas de la guerra del Pacífico, hay que mencionar la inquietud por el centenario de la emancipación de las antiguas colonias hispanoamericanas. Sería un error pensar que la conciencia de la primera centuria de vida independiente fue patrimonio exclusivo de la generación que se conoce como la del Centenario, y que se desarrolló bajo el amparo del gobierno leguista en los años de 1920. Los novecentistas peruanos percibían el ambiente de conmemoración e introspección que se vivía en los países vecinos de América del Sur, donde políticos e intelectuales —especialmente historiadores— rememoraban la gesta de las juntas de gobierno y de las tempranas guerras por la independencia.

¹ Elisée RECLUS, *Nouvelle géographie universelle: la terre et les hommes*. Paris: Librairie Hachette, 1893, vol. XVIII. Citado en FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN, *El Perú contemporáneo*. Trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto. Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Lima: Banco Internacional del Perú, 1981 (Col. Reflexiones sobre el Perú), p. 27, n.º 3.

² Para una visión general y lúcida de este período, véase Manuel BURGA y Alberto FLORES GALINDO, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, 2.ª ed. Lima: Rikchay Perú, 1981.

Se dio por entonces una proliferación de historias nacionales, que ensayaban formular el «gran relato» encaminado a la consolidación del Estado nacional; dinámica en la cual sobresalen las obras escritas por jóvenes talentos como el boliviano Alcides Arguedas, el uruguayo Hugo David Barbagelata, el venezolano Carlos A. Villanueva, y José de la Riva Agüero, limeño de aristocrática cuna, casi todos ellos tributarios del arielismo. Francisco García Calderón fue también sensible a la coyuntura de la Independencia, y varios de sus textos arrancan de la constatación de la penosa situación en que se hallaba la mayor parte de América Latina tras un siglo de la ruptura política con España.³ Emancipadas en el orden político, las repúblicas del Nuevo Mundo llevaban, empero, una vida parasitaria. Eran colonias en lo intelectual y lo moral, pues corriente era la imitación en las ideas y la moda, en la literatura y hasta en la política. Los códigos legislativos y los patrones artísticos eran reflejo de los modelos europeos y norteamericanos.

Más aún, el patriotismo exacerbado en América Latina durante cien años no había hecho otra cosa que dividir artificialmente esas naciones y enfrentarlas en conflictos sangrientos, a pesar de que entre estas comunidades no se daban las diferencias de lengua, raza, religión y tradiciones que separaban a los pueblos europeos. Un siglo de vida independiente había enmarcado el continuo progreso y consolidación del Norte anglosajón, a la vez que el estancamiento de los pueblos del Sur. En otras palabras, se había cumplido plenamente la amenaza señalada con lucidez por Simón Bolívar. Por ello concluye García Calderón: «El primer centenario de la libertad, pomposamente celebrado de Venezuela al Plata, impone una nueva actitud. Es la hora severa de un examen de conciencia».⁴

Para luchar contra la dependencia, el arielista peruano proponía consolidar una firme y progresiva autonomía. De hecho, éste es el principal anhelo que inspira las páginas de *La creación de un continente*, su maduro libro publicado en París en 1913. Frente al imperialismo vigilante, sugiere aquí la fusión de intereses entre el conglomerado de pueblos hispanoamericanos y señala que la definitiva independencia vendrá de la modernización económica y social, que hará posible un desarrollo democrático real y no retórico. También se pronuncia a favor de la división de los grandes latifundios, especialmente en México, Guatemala, Perú y Bolivia, donde las haciendas y estancias constituían heren-

³ Cf. Jorge Guillermo LLOSA, «Francisco García Calderón», en *Biblioteca Hombres del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1966, vol. XXXVIII, pp. 67-71.

⁴ GARCÍA CALDERÓN, *Obras escogidas*, vol. II. *La creación de un continente*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, p. 57.

cias feudales que perpetuaban el sometimiento de la raza vencida: los indios. Lo que propone es una modernización sin sobresaltos («ni forzosamente nivelación ni feudal tiranía»), un proceso que conduzca hacia una sociedad basada en los méritos individuales, de libre selección, «en que se imponen el talento y la energía, y perpetuo remozamiento de las aristocracias».⁵

2. La vocación intelectual de Francisco García Calderón

Es un hecho indudable que García Calderón, aunque nacido por los azares del destino en el puerto chileno de Valparaíso, durante el destierro que sufrieran sus padres en la guerra del Pacífico, fue el discípulo más notable y predilecto de José Enrique Rodó (1871-1917) en los medios limeños. En su obra paradigmática de 1900, *Ariel*, el maestro uruguayo dirigió una especie de sermón laico a las nuevas generaciones. Su ideal para América era la conservación de las tradiciones clásicas, su ensueño o utopía «la fusión de las inspiraciones esenciales del cristianismo y del helenismo».⁶ Oponiendo a la utilitaria civilización anglosajona el viejo ideario latino, Rodó marcaba el camino para fundar la democracia auténtica y la libre selección de las capacidades.

Dejando a un lado la gran influencia liberal y republicana que recibiera de su padre, el jurista arequipeño Francisco García Calderón Landa, autor del sólido *Diccionario de la legislación peruana* (1860-64, 2 vols.), conviene poner atención a las lecturas del joven Francisco. En su época de estudiante en la Universidad de San Marcos, fueron los libros de Castelar, Maistre, Donoso Cortés, Michelet, Spencer, Le Bon, Reclus, Renan, y especialmente Taine, los que formaron el marco teórico para su aproximación al estudio del Perú y de la realidad iberoamericana. Como bien lo anotó Gonzalo Zaldumbide: «Desde mozo, allá en su Lima indolente, se alzaba ya a otear el mundo, vivía como al atisbo de indicios significativos y apresurábase a inquirir el curso definitivo de las corrientes espirituales».⁷

⁵ *Ibidem*, p. 163.

⁶ *Ibidem*, pp. 113-114. Véase también José Luis ABELLÁN, ed., *José Enrique Rodó*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1991 (Antología del pensamiento político, social y económico de América Latina, vol. 14), pp. 19-22 y pp. 31-69, en las que se reproduce el texto íntegro de *Ariel*.

⁷ Gonzalo ZALDUMBIDE, «Francisco García Calderón: semblanza», en GARCÍA CALDERÓN, *El wilsonismo*. París: Agencia General de Librería, 1920 (Biblioteca latinoamericana), p. 5.

Tempranamente, a los 21 años de edad, inicia una serie de publicaciones fundamentales en el campo de las ideas y de las humanidades, que sacuden el escenario académico internacional. Así se plasmaron sus libros *De litteris* (1904), *Hombres e ideas de nuestro tiempo* (1907) y *Profesores de idealismo* (1909), obras que parecen significar el tránsito de lo abstracto a lo concreto: son exploraciones en el ámbito de los conceptos y modelos generales que luego empleará al realizar sus estudios sobre el Perú y el continente americano. Aunque se puede hallar en sus escritos condenas al eclecticismo, en la práctica García Calderón se muestra como un ecléctico. Manifiesta fuertes simpatías por Bergson y Spencer en lo filosófico y por Rodó en lo político. La vieja tensión entre libertad y determinismo, que entre los marxistas se manifiesta como el ser y la conciencia y entre los cristianos como libre albedrío y ley natural, es uno de los temas principales que recoge nuestro autor de los maestros europeos.⁸

El Perú, la vocación intelectual, el exilio cuasi voluntario en Europa, los lazos de amistad duraderos y cierta forma esquiva de mirar la política constituyen rasgos que marcan su especial modo de ser intelectual. Como hombre de letras, Francisco García Calderón era, a pesar de su maltratada vista, un lector impenitente, un analista de alto vuelo, dueño de un estilo elegante y preciso, siempre atento a las nuevas corrientes de pensamiento en el mundo que le tocó vivir. En suma, era un humanista, un «intelectual fuerte», en términos de la historiadora del pensamiento Mariateresa Fumagalli.⁹ También fue ensayista de nota, articulista agudo y promotor editorial. Sólo una cosa le faltó para redondear un modelo de intelectual absoluto, y es que aun cuando ejerció como conferencista, nunca fue catedrático; pero siempre se comportó como maestro. Ahí está, como ejemplo, la influencia que tuvo en el ilustre escritor mexicano Alfonso Reyes (sobre lo cual volveremos más adelante).

La rapidez con que García Calderón adquirió un vuelo propio, conquistando un lugar de privilegio en las letras hispanoamericanas, es asombrosa. Y esta trayectoria se manifiesta en toda su magnitud conociendo la relación que nuestro personaje sostuvo con su maestro a la distancia, el gran «profesor de idealismo», José Enrique Rodó. Ambos estaban unidos por la consideración de la latinidad como fuente civili-

⁸ Tomamos esta noción de Augusto RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto». MS. Ponencia sustentada el 4 de julio de 2001, en el Congreso de la República (Lima), dentro del coloquio *Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano*.

⁹ Mariateresa FUMAGALLI BEONIO-BROCCHIERI, «El intelectual», en *El hombre medieval*, ed. Jacques Le Goff. Madrid: Alianza Editorial, 1995, pp. 191-219.

zadora, por la fe en la aristocracia de la inteligencia,¹⁰ y por un acendrado sentido continentalista. Lo lamentable —como puntualiza Emir Rodríguez Monegal— es que estos dos hombres de espíritus afines jamás se conocieran personalmente: en efecto, Rodó y García Calderón construyeron sus lazos afectivos por medio de cartas, comentarios a sus obras e intereses intelectuales similares. Pero el contacto personal, el cordial apretón de manos, las tertulias sabrosas e informadas, jamás ocurrieron.¹¹

Cuando el peruano era todavía un estudiante destacado en la Universidad de San Marcos, Rodó (sin ser más que doce años mayor) ya era la figura intelectual latinoamericana por excelencia. En 1900 había publicado ese famoso opúsculo, *Ariel*, adoptado como libro de cabecera por la juventud hispanohablante de principios de siglo. Era natural, pues, que un muchacho imbuido de la prédica idealista de Rodó recurriese al amparo de tan distinguida figura cuando se animó a publicar una primera colección de artículos y ensayos suyos sobre temas de literatura y filosofía, con el título latino *De litteris*. El maestro uruguayo se entusiasmó rápidamente al leer el manuscrito de García Calderón, en el cual encontró madurez intelectual y profundidad de pensamiento, virtudes poco usuales para una persona tan joven. Gustosamente, Rodó redactó un pequeño texto a manera de prólogo, con el que cumplía el encargo solicitado.¹²

Según el juicio que Rodó plasma en el mencionado prólogo, García Calderón «empieza manifestando cualidades del juicio, o más generalmente de la personalidad, que suelen ser el premio de las largas batallas interiores, el resultado de una penosa disciplina del espíritu». En seguida manifiesta: «Este escritor nuevo, sin dejar de ser muy juvenil por su

¹⁰ Por eso es que resulta fuera de contexto reclamarles bases para el estudio de la cultura popular, como lo hace Leoncio LÓPEZ-OCÓN CABRERA, «La idea de la nacionalidad continental en el pensamiento político del peruano Francisco García Calderón», en *Revista de Indias* (Madrid), vol. XLVI, n.º 178, 1986, pp. 643-649. Así se expresa con acierto Osmar GONZALES en «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual». MS. Ponencia ofrecida al coloquio *Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano* (Lima), julio de 2001.

¹¹ Uno de los más preocupados por resaltar la relación entre estos dos notables intelectuales ha sido el profesor Emir RODRÍGUEZ MONEGAL. Cf. sus artículos «Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón», en *Número* (Montevideo), abril-septiembre de 1953, y «América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó», en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), n.º 417, marzo de 1985, pp. 166-171.

¹² «Francisco García Calderón y la crítica literaria» se titulará, facticiamente, este prólogo que lleva por data Montevideo, 1903. Cf. GARCÍA CALDERÓN, *De litteris (crítica)*. Lima: Librería e Imprenta Gil, 1904, pp. v-vii.

hermoso y noble entusiasmo, nos da anticipados sabores de madurez». Y subraya su visión optimista: «Yo veo en él una de las mejores esperanzas de la crítica americana».¹³ El espaldarazo fue definitivo y contundente. Ahora que conocemos la trayectoria que siguió el arielista peruano, sabemos que Rodó no se equivocó: desde ese tiempo tan temprano, García Calderón ya se vislumbraba como su auténtico heredero.¹⁴

Por cuanto se refiere al ámbito social e intelectual limeño de su mocedad, hay que destacar naturalmente la relación estrecha con José de la Riva Agüero y Osma (1885-1944). Ambos muchachos habían asistido al colegio de la Recoleta, dirigido por sacerdotes franceses de los Sagrados Corazones, eran vecinos del céntrico jirón Camaná y frecuentaban parecidos círculos humanos, en la cúspide de la sociedad capitalina. La feliz circunstancia de la publicación del epistolario entre ambos personajes, nutrido con más de un centenar de cartas, nos invita a tratar algunos puntos de esa relación.¹⁵ Es necesario tener presente el talante con que García Calderón se dirige a Riva Agüero. No hay en sus líneas asomo de envidia o ambición material, sino que ve en la carrera política de su amigo una posibilidad para realizar algunos de los sueños e ideales que los unieran desde sus primeros años, especialmente en lo que denominaban «la regeneración de la patria». Se trata de la política vista idealmente, platónicamente, como el gobierno de los sabios, lo que ellos mismos eran.

Puede darse por seguro que si Riva Agüero hubiera logrado sus objetivos políticos, sobre todo en torno a la aventura del Partido Nacional Democrático en 1915, García Calderón habría regresado de su exilio europeo, y cada uno hubiera cumplido los papeles que les estaban «asignados» por la historia y la estirpe: el primero como cabeza visible del Estado —no se olvide que Riva Agüero era bisnieto, en línea directa, del primer presidente de la República del Perú¹⁶— y el segundo como su más fiel seguidor. Esto revela otro aspecto notable de la personalidad de García Calderón, cual es la generosidad y hasta la humildad. A pesar de

¹³ *Ibidem*, pp. v-vi. Las mismas citas pueden hallarse en José Enrique RODÓ, *Obras completas*. Introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal. Madrid: Aguilar, 1957.

¹⁴ Cf. Jorge ANDÚJAR, «Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero», en *Boletín del Instituto Riva-Agüero* (Lima), vol. 21, 1994, p. 21, y Osmar GONZALES, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima: Ediciones PREAL, 1996.

¹⁵ Véase José de la RIVA AGÜERO, *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, en sus *Obras completas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, 1999, vol. XVI/1, pp. 604-773. Las cartas, intercambiadas en uno y otro sentido, se extienden desde 1905 hasta 1941.

¹⁶ Enrique de RÁVAGO BUSTAMANTE, *El gran mariscal Riva Agüero, primer presidente y prócer de la peruanidad*. 2.^a ed. Lima: Industrial Gráfica, 1999, p. 91 y ss.

ser tan o más reputado que su amigo, intelectualmente hablando, y no obstante haber cimentado un sólido prestigio en Europa, no tiene ningún problema en ubicarse a la sombra de Riva Agüero, como un segundón. García Calderón antepuso permanentemente la amistad y un sentido de lealtad que sólo de vez en cuando se encuentra en personajes de tan fino calibre: era, diríase, un hombre de ideas casi puro.¹⁷

3. Ornamento retórico: lo clásico en García Calderón

Desde luego que no puede asignarse a Francisco García Calderón la característica de haber seguido muy cercanamente los modelos o referentes del mundo clásico. No se trata de un Garcilaso Inca de la Vega (1539-1616), a quien se ha llamado el primer latinoamericano de la historia, en el sentido estricto de la palabra; no es un escritor del Renacimiento que manejara directamente los parámetros de escritura y pensamiento de los viejos autores grecorromanos.¹⁸ Pero no faltan en sus obras algunas referencias, aunque sean meramente retóricas, nada más que recursos estilísticos, demostrando que a principios del siglo XX los intelectuales más jóvenes y brillantes de América Latina todavía respetaban grandemente el influjo de los clásicos.

En primer lugar citaré del prólogo que García Calderón escribió, en 1907, a su más notable libro de juventud, *Le Pérou contemporain*.¹⁹ Tome-

¹⁷ Respecto a las afinidades y diferencias, tanto socioeconómicas como ideológicas, entre nuestro personaje y Riva Agüero se ha pronunciado críticamente Jorge BASADRE, en «Realce e infortunio de Francisco García Calderón». Ensayo preliminar a GARCÍA CALDERÓN, *En torno al Perú y América (páginas escogidas)*. Lima: Juan Mejía Baca & P.L. Villanueva, 1954, pp. xxxv-xxxix.

¹⁸ Véase Claire y Jean-Marie PAILLER, «Une Amérique vraiment latine: pour une lecture 'dumézilienne' de l'Inca Garcilaso de la Vega», en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* (Paris), vol. 47, n.º 1, 1992, pp. 207-235, y Teodoro HAMPE MARTÍNEZ, «El renacentismo del Inca Garcilaso revisitado: los clásicos greco-latinos en su biblioteca y en su obra», en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* (Genève), vol. 56, 1994, pp. 644-645. El apelativo de «primer latinoamericano» corresponde a la inspiración de Juan Marichal.

¹⁹ Esta obra ha merecido un penetrante análisis interpretativo, en el contexto de la evolución intelectual de García Calderón, a cargo de Pedro PLANAS, *El 900: balance y recuperación*. Lima: Centro de Investigación y Tecnología para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 1994, pp. 63-69. Leemos aquí que la idea de *Le Pérou contemporain* ya la tenía en mente nuestro autor desde antes de partir a Europa, pero fue en la capital francesa donde pudo escribir con la tranquilidad que necesitaba y dar forma definitiva a esa primera reflexión integral sobre el Perú, y de la que el propio Riva Agüero sentiría una especie de envidia fraterna y admiración intelectual. Véase la carta del 12 de septiembre de 1907, en que le escribe a su compañero de lecturas y paseos: «Es el libro que yo soñaba. Me lo has arrebatado. No importa, bien arrebatado está» (RIVA AGÜERO, *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, [15], p. 631).

mos la dedicatoria a su padre, el ilustre jurista y presidente de la República, Francisco García Calderón Landa (1834-1905):

A la gran memoria de mi padre,
el más dulce maestro de mi grave juventud,
yo dedico estas páginas de fe
sobre la patria de sus antepasados e hijos,
que defendió como espartano en la guerra,
que honró como ateniense en la paz.
«*Indocti discant: ament meminisse pereti*».²⁰

Vemos aquí que tanto la frase latina que cierra la dedicatoria como, sobre todo, las referencias a las virtudes bélicas de Esparta y las virtudes pacíficas de los atenienses, son alusiones directas al mundo cultural y político de la Antigüedad. Se aprecia claramente el valor modélico y la alta cualidad retórica que los arielistas, como García Calderón, otorgaban al clasicismo. Pero, recorriendo las páginas de esa misma obra, no encontramos ninguna mención suplementaria, ni un atisbo de reflexión sobre cómo pudieran haber influido los referentes clásicos en la formación cultural peruana o en la disección que el autor hacía de esa sociedad.

Donde, sin embargo, se hallan alusiones más directas es en su celebrado libro de 1912, *Les démocraties latines de l'Amérique*, aparecido también en francés y en París (con prólogo de Raymond Poincaré, primer ministro y luego presidente de la República Francesa). Como bien sabemos, esta obra se plantea desde el propio título como una contestación —aunque tardía— a *De la démocratie en Amérique*, libro que entre 1835 y 1840 había publicado Alexis de Tocqueville (1805-1859), el analista político francés, alabando las virtudes de la emancipación de las colonias inglesas en Norteamérica y la marcha del sistema republicano en los Estados Unidos.²¹ Evidentemente, al referir en su texto a América, el escritor francés estaba pensando solamente en el gran país del Norte,

²⁰ GARCÍA CALDERÓN, *El Perú contemporáneo*, [1], p. vii. *Indocti discant: ament meminisse pereti*, a pesar de contener una forma inusual del participio del verbo *pereo* (perecer), se puede traducir literalmente como «Escuchen los ignorantes: amen acordarse de lo perecido». Lo cual equivale a decir que, cuando ignoramos algo, es bueno recurrir a la historia. (Agradezco a la profesora Ana María Gispert Sauch por su gentil ayuda con esta frase latina).

²¹ Cf. Alexis de TOCQUEVILLE, *La democracia en América*. Edición crítica preparada y traducida por Eduardo Nolla. Madrid: Aguilar, 1990. 2 vols. (Col. Aguilar maior). Véase también el estudio biográfico-político de James T. SCHLEIFER, *Cómo nació «La democracia en América» de Tocqueville*. Trad. de Rodrigo Ruza. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1984.

dejando en un plano secundario a la otra América, situada al sur del río Bravo, que había experimentado la dominación española y portuguesa y estaba todavía formando sus Estados nacionales, en medio de graves tropelías y desajustes fiscales.

Francisco García Calderón toma la pluma para escribir contra esa negligencia, ignorancia o «ninguneo» de la América meridional, aquella porción del continente que —según el planteamiento bolivariano— debía unirse en un frente común, sumando esfuerzos para escapar a la previsible hegemonía del poderoso vecino del Norte.²² Ya se deja entender que nuestro pensador formula, como prototipo de su ambiente intelectual, una disensión entre la herencia sajona y la herencia latina del Nuevo Mundo. Para esto recogeré el libro VI de su obra mencionada, que se titula *El espíritu latino y los peligros alemán, norteamericano y japonés*, donde García Calderón esboza la esencia de lo que comprende por cultura o tradición latina, advirtiendo al mismo tiempo sobre los peligros de la injerencia extranjera, que pudiera provenir de Berlín, Washington o Tokio.²³

No encuentro en nuestro autor, siendo un analista tan profundo y tan buen conocedor de la producción intelectual de su época, mayores trazas acerca de quiénes habían iniciado esa corriente de entendimiento sobre el carácter latino de América. Este punto merece una reflexión algo pausada, si queremos situar históricamente el contexto en el cual empieza a darse el término de *América Latina*, nombre que hoy todos usamos más o menos libremente, pero que encerró una gran novedad en su momento inicial. Hay que referir la coyuntura y las condiciones propias que se dieron para que el conjunto de antiguos dominios españoles y portugueses en el Nuevo Mundo (así como también los franceses) pasaran a ser integrados bajo esta novedosa denominación. No se hablará más de Hispanoamérica, ni de Iberoamérica, ni del mundo hispánico como una globalidad; a partir de la década de 1850 se preferirá hablar, más bien, de América Latina.²⁴

²² GARCÍA CALDERÓN trata los problemas de la unificación o integración latinoamericana durante el siglo XIX en *La creación de un continente*, [4], lib. I, «La unificación», p. 59 y ss. Véase también HAMPE MARTÍNEZ, «Integración latinoamericana: proyectos y realizaciones a través de la historia», en *Festivales ALATU (Lima, 1982-1983). Síntesis informativa*, ed. Jorge Capella Riera (Lima: Asociación Latinoamericana de Teleducación Universitaria, 1983), pp. 10-11.

²³ GARCÍA CALDERÓN, *Obras escogidas*, vol. III. *Las democracias latinas de América*. Trad. de Ana María Julliand. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001, pp. 285-337.

²⁴ Cf. MIGUEL ROJAS MIX, *Los cien nombres de América; eso que descubrió Colón*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991 (Col. Identidad cultural), p. 357 y ss.

Ello, evidentemente, representa un descentramiento respecto a los ejes que habían marcado la pauta de la vida política y cultural. Desterrar los términos antes mencionados significaba potenciar los elementos que eran comunes —siquiera remotamente— a este hemisferio y al mundo mediterráneo, vale decir, el ámbito donde habían señoreado los romanos a principios de la era cristiana y en el cual, por extensión, se había dado la vigencia de la civilización latina. Entonces, ya que Roma era la urbe desde la cual se extendió la dominación del Imperio hacia el resto de la Península Itálica, hacia Francia, hacia España, hacia Portugal y hacia otros lugares del Viejo Mundo, nuestra vinculación matriz venía a darse por este lado. Y así, pues, el núcleo esencial no debía ser más Madrid o Lisboa, sino la capital surgida de la revolución burguesa: París, evidentemente.²⁵

Por lo tanto, hablar de América Latina en aquellos momentos implica señalar que la pauta de referencia cultural se halla en Francia. La mitad del siglo XIX es, precisamente, la época de mayor vigencia de la lengua y la cultura francesas entre los hispanoamericanos; cuando impera el romanticismo los modelos literarios, estéticos, culinarios, espirituales, provienen de París, y el sueño dorado de cualquier intelectual que se precie es ir a codearse con los grandes maestros en la metrópoli del Sena. En este contexto hay que mencionar, concretamente, la intervención de dos personajes: el chileno Francisco Bilbao (1823-1865) y el colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889), a quienes se reconoce como los iniciadores de la corriente ideológica que vincula a América con el «panlatinismo», el ancho mundo de la latinidad.²⁶

No hay espacio aquí para entrar en detalles muy puntuales. Señalemos, con todo, que la investigación comprueba que fue en el mismo año 1856, y con diferencia de sólo unos cuantos meses, que ambos intelectuales —residentes en la Ciudad Luz— se hicieron precursores voceros del latinoamericanismo.²⁷ Bilbao usó el gentilicio «latinoamericano» en una

²⁵ Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la impronta o hegemonía cultural francesa desembocó, políticamente hablando, en la agresión imperialista contra México y la instalación de Maximiliano de Austria en el trono de ese país. Véase al respecto Jorge BASADRE, *Historia de la República del Perú, 1822-1933*. 7.ª ed. Lima: Editorial Universitaria, 1983, vol. 4, cap. XXXI, «La política de nacionalismo continental entre 1856 y 1862», p. 109 y ss.

²⁶ Recordemos que el pensador chileno, antes de viajar a París y postular el término de América Latina, había pasado unos años como desterrado político en Lima. Cf. Ricardo MELGAR BAO, «Francisco Bilbao y la rebelión de los igualitarios en Chile», en *Cuadernos Americanos* (México, DF), n.º 27, mayo-junio de 1991, pp. 52-68, y también el magnífico estudio de Alberto J. VARONA, *Francisco Bilbao, revolucionario de América: vida y pensamiento*. Panamá: Editorial Excelsior, 1973.

²⁷ ROJAS MIX, *Los cien nombres de América*, [24], s.v. «Bilbao y el hallazgo de América Latina», pp. 343-356.

conferencia sobre *Iniciativa de la América*, ofrecida el 24 de junio (antiguamente Día del Indio) ante un grupo de compatriotas reunidos en la capital francesa. Por su parte, Torres Caicedo, quien luego ganaría fama como acérrimo defensor del término «América Latina», a pesar de las negativas circunstancias de la intervención napoleónica en México, dio la nota más clara al escribir en su poema *Las dos Américas*, fechado en París el 26 de septiembre de 1856: «La raza de la América latina / al frente tiene la sajona raza, / enemiga mortal que ya amenaza / su libertad destruir y su pendón».²⁸

4. Carácter y perspectivas del latinismo en América

Continuemos con algunas ideas suplementarias de García Calderón sobre el tema de la latinidad. En su obra ya citada, *Les démocraties latines de l'Amérique*, refiere que en el siglo XIX, luego de la ruptura del vínculo colonial, han venido numerosos migrantes a poblar tanto la América del Norte como la del Sur y se ha producido, en consecuencia, una mezcla racial. Sin embargo, este fenómeno no impide que permanezcan dos herencias bien marcadas:

Esta confusión de razas de Norte a Sur deja en presencia dos tradiciones: la anglosajona y la iberolatina. Su fuerza de asimilación transforma las razas nuevas. Los ingleses y los españoles desaparecen; sólo subsisten las dos herencias morales. Fácilmente se descubre esta tradición latina en los americanos del Sur. Ellos no son exclusivamente españoles o portugueses. Al legado recibido de España se han unido tenaces influencias originarias de Francia y de Italia. De México al Plata, las leyes romanas, el catolicismo, las ideas francesas, por una acción vasta y secular, han dado aspectos uniformes a la conciencia americana.²⁹

Es interesante la mención de esos tres elementos fundamentales que dan cohesión profunda a la espiritualidad de las naciones latinoamericanas. ¿Qué es lo que mantiene la tradición, garantizando la vinculación de los pueblos en esta enorme superficie que va desde México hasta la cuenca del Plata? Pues las leyes de origen romano, que se trasladaron a través de la colonización hispánica; el catolicismo, que acompañó cual agregado indisoluble la empresa de los conquistadores; y un elemento

²⁸ Cf. Arturo ARDAO, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980 (Col. Enrique Bernardo Núñez, vol. 3), p. 103.

²⁹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], p. 288.

adicional, las ideas francesas del racionalismo y de la Ilustración, que penetran con los Borbones a partir del siglo XVIII.³⁰ La consideración tan nuclear del aporte francés me parece un hecho clave, pues se relaciona con el argumento de que la tradición clásica o latinismo de América pasa por el tamiz, el conducto de Francia. La cita que sigue es por demás clara:

Al agregarse a estas influencias, las ideas francesas preparan primero y gobiernan luego los espíritus americanos desde la época de la Independencia hasta nuestros días. [...] Así se ha formado en el continente americano una corriente general de pensamiento que no es sólo ibérica, sino francesa y romana. Francia ha realizado la conquista espiritual de nuestras democracias y ha creado en ellas una variedad del espíritu latino. Esta alma latina no es una realidad aparte: está formada de caracteres comunes a todos los pueblos mediterráneos.³¹

Por último, García Calderón observa críticamente los rasgos de carácter de origen mediterráneo que nutren el espíritu y marcan el color de las democracias existentes en América del Sur. Se trata de unas democracias realmente endebles, afectadas por la inestabilidad política, los frecuentes cambios de Constitución y los repetidos golpes de Estado. En estos países el panorama es radicalmente distinto al que prima en América del Norte; en las repúblicas y sociedades del ámbito meridional campea un latinismo inferior, el espíritu romano de la fase de decadencia, con abundancia verbal, retórica ampulosa, énfasis oratorio...³² Al igual que en la vieja Hispania que fuera su «madre patria», los defectos de la civilización latina decadente se reflejan en la vida americana.

Esas repúblicas latinas del hemisferio occidental no quedan, pues, al abrigo de ninguna de las debilidades ordinarias en la «raza» mediterránea. Sin embargo, aunque reconoce esta condición congénita inferior, plagada de defectos consustanciales a la herencia latina, García Calderón

³⁰ Sobre el tema de la influencia francesa en la época de la Ilustración, véase la recopilación de ensayos dirigida por Bernard LAVALLÉ, *L'Amérique espagnole à l'époque des Lumières: tradition, innovation, représentations*. Paris: Centre National de la Recherche Scientifique, 1987 (Coll. de la Maison des Pays Ibériques, vol. 32), y especialmente los artículos de Joseph PÉREZ, «Tradition et innovation dans l'Amérique des Bourbons», pp. 237-246, y Jean-Pierre CLÉMENT, «L'apparition de la presse périodique en Amérique espagnole: les cas du *Mercurio Peruano*», pp. 273-286.

³¹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], pp. 290-291.

³² En América Latina, «la necesidad de formas representativas y fundamentos espirituales es tan grande, que proliferan los monumentos, los epítetos, las personalidades prestigiosas, las placas recordatorias, los diplomas, los discursos», según escribe Ciro ALEGRIA VARONA, «Los estudios clásicos y las necesidades culturales en Latinoamérica», en *Boletín de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos* (Lima), n.º 4, 1998, p. 6.

postula firmemente que debe mantenerse la barrera frente a la vertiente anglosajona, por considerarla enemiga de nuestro espíritu y tradición:

Este espíritu de una América nueva es irreductible. El contacto de la civilización anglosajona podrá renovarlo parcialmente, pero la transformación integral del genio propio de nuestras naciones no se operará nunca. Ello significaría el suicidio de la raza. Allí donde los yanquis y los latinoamericanos se ponen en contacto, se observan mejor las contradicciones insolubles que separan a los unos de los otros. Los anglosajones conquistan la América comercialmente, económicamente, imponiéndose a los latinos, pero la tradición y el ideal, el alma de estas repúblicas les son hostiles.³³

La fe encendida de nuestro autor en la vitalidad, las energías positivas de un continente joven como América Latina, se ve idealmente expuesta en la parte conclusiva de otro libro suyo, *La creación de un continente*. Incitado por los planteamientos racistas de Gustave Le Bon (1841-1931), el arielista peruano declara que las «índoles neutras» de los mestizos, indios y negros retardan los esfuerzos en pro de una transformación y modernización radical; pero confía, en última instancia, que llevará la delantera el influjo movilizador de los inmigrantes de origen europeo, sobre todo de alemanes e italianos septentrionales. Llega a escribir, con pleno entusiasmo, que 70 millones de hombres (y mujeres) se suman desde el Nuevo Mundo a la civilización latina, y destaca la aparición de una nueva urbe millonaria, Buenos Aires, que prolonga e imita desde sus palacios de mármol los modelos de procedencia parisina.³⁴

Desde el punto de vista de la tradición clásica, viable gracias al conducto de Francia, una de las frases más sugestivas y contundentes de Francisco García Calderón es ésta: «Un gran entusiasmo empuja al continente hacia nuevos Dorados donde buscan modernos conquistadores el secreto del arte propio. No les satisfacen el prestigio de Tiro, el poder de Cartago: ambicionan —¿y no los redime este empeño de la mediocridad?— la gloria de Atenas, la supremacía de Francia».³⁵ Esto quiere decir que los pujantes pobladores de América Latina no se satisfacen

³³ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], p. 292.

³⁴ Cf. GARCÍA CALDERÓN, *La creación de un continente*, [4], pp. 203-204 y 208-209.

³⁵ *Ibidem*, p. 210. Si bien se menciona en el intitulado del cap. 6, «Francisco García Calderón: la tradición latina», el problema de los orígenes de la latinidad en América es tratado sólo sumariamente en el libro de Karen SANDERS, *Nación y tradición: cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú & Fondo de Cultura Económica, 1997 (Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, n.º 160), p. 243 y ss.

con algunas notas restallantes pero intermedias en la evolución del mundo occidental; ellos aspiran a lo mejor del Viejo Mundo, buscan remedar los modelos y símbolos más excelsos del clasicismo, irguiéndose así como una de las esperanzas más grandes de la estirpe latina. ¡Notable profesión de fe y aliento de victoria indesmayable!

5. El problema de la raza en el Perú y América Latina

Tal es, pues, la posición que mantiene el joven intelectual arielista formado en la Universidad de San Marcos. Lo que prevalece, en el fondo, es como una barrera imaginaria entre la civilización anglosajona y la herencia románica, una valla infranqueable que Francisco García Calderón construye y defiende antes de la primera Guerra Mundial, apelando a esa larga vertiente de tradición clásica y a los sentimientos de identidad latina que hemos mencionado. Así queda establecida la peculiaridad de muchas de las sociedades y repúblicas del Nuevo Mundo: «Entre sajones y latinos se percibe claramente el contraste de dos culturas. Los americanos del Sur se creen latinos de raza, como sus hermanos geográficos del Norte son los retoños lejanos de peregrinos anglosajones».³⁶

Cuando hace referencia nuestro autor a la raza, y así lo ha señalado correctamente el historiador peruano Augusto Ruiz Zevallos en una contribución reciente, no está marcando una pauta desde el punto de vista biológico o de pigmentación, sino echando mano de un concepto más amplio —también más etéreo, por cierto—, que tiene que ver con el complejo de elementos de tradición, cultura, lengua, religión, identidad colectiva.³⁷

El racismo, en tanto teoría que pretende justificar la exclusión y la dominación de unos hombres sobre el criterio de la diferenciación biológica, tiene su punto de partida en el tratado del conde Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inégalité des races humaines* (1853-55, 4 vols.). Esta obra, y sus secuelas inmediatas, configuraron la doctrina de la superioridad aria, a la cual se vinculó una serie de características físicas y psíquicas: estatura alta, ojos azules, cabello rubio, vigor viril, inteligencia precisa, objetividad imperturbable, perseverancia y voluntad férrea, etc.³⁸ A partir de entonces la idea de raza estará referida a consideraciones físicas objetivas, como se recoge luego con vigorosa fuerza en el darwinismo y el evolucionismo. Darwin y Spencer se influyeron mutuamente en la idea

³⁶ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], p. 287.

³⁷ RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», [8], MS.

³⁸ FERNANDO SILVA SANTISTEBAN, *Antropología: conceptos y nociones generales*. Lima: Universidad de Lima & Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 167.

de «supervivencia de los más aptos», que de inmediato daría consistencia al mito de la superioridad de la raza blanca.

A este respecto se considera hoy generalmente que el racismo está basado sólo en consideraciones y prejuicios ideológicos, fundados en las ansias de dominación de unos grupos humanos sobre otros; pero carecen de cualquier base científica las nociones y propósitos de jerarquización a partir de rasgos diferenciales dentro de nuestra misma especie, la del *homo sapiens*.³⁹ De todas formas, las ideas de Gobineau sobre la «desigualdad de las razas humanas» fueron trasladadas al Perú por Sebastián Lorente (1813-1884), un profesor español llamado para dirigir el colegio de Nuestra Señora de Guadalupe en Lima y, además, autor de una historia de la civilización peruana en varios tomos, donde explica la evolución del país sobre la base de criterios raciales. Tanto el discurso como las prácticas racistas se desarrollaban en el siglo XIX, paradójicamente, al mismo tiempo que las pretensiones igualitarias del ideario republicano.

Es obvio que la idea de raza en Francisco García Calderón no repite simplemente las declaraciones que trataban de justificar la explotación de los blancos y mestizos sobre los indígenas; pero no podríamos negar que en ciertos casos su concepción sirve para fines políticamente jerarquizantes, y por ello mismo deviene conservadora del statu quo. Por ejemplo, cuando expone la necesidad de la tutela transitoria de los moradores aborígenes, para evitar que sigan bajo la explotación del cura y del cacique (aunque su fin último sea la forja de aquellos individuos). En la parte conclusiva de su libro *Le Pérou contemporain* expresa el intento de hacer compatibles la conciencia de la raza, el conocimiento de la geografía y el peso de la herencia histórica con las decisiones de los gobernantes y la responsabilidad de las elites.⁴⁰ El tema de la raza es crucial, aunque ha dado lugar a que algunos califiquen de racista a García Calderón.

No hay que olvidar que en los tiempos de este personaje las clases altas de Lima y otras ciudades «hispanizadas» del Perú se referían a los

³⁹ *Ibidem*, p. 158: «... una clasificación de las razas debe tener en cuenta caracteres morfológicos, bioquímicos, fisiológicos e, incluso, patológicos. De esta manera la noción de raza queda circunscrita sólo al orden biológico y se separa claramente de los conceptos de *cultura, sociedad, pueblo, nación, lengua, etnia* e incluso de *población*, cuya naturaleza y configuración no son de orden genético ni biológico».

⁴⁰ GARCÍA CALDERÓN, *El Perú contemporáneo*, [1], p. 303 y ss. No era nada positiva la opinión del joven Mario VARGAS LLOSA sobre las tesis sociológicas difundidas por nuestro autor en esa obra tan comentada, pues llega a escribir que es «un libro en el que se encuentran algunos peligrosos gérmenes de prejuicio racial y algunas desdichadas proposiciones sobre el servilismo de los indios, y que no muestra mucha preocupación por una auténtica revalorización de lo indígena». Véase «Francisco García Calderón: teoría de los dos Perús», en *Cultura Peruana* (Lima), vol. XVI, n.º 98, agosto de 1956, p. 66.

indios, negros y mestizos como razas inferiores. Y son aquellas clases a las cuales él, en tanto que par de pleno derecho, se dirige; por eso, cuando en algún momento habla de raza inferior —los indios— aclara de inmediato que su inferioridad se debe a los efectos de la conquista española y al servilismo a que están sometidos. En otra ocasión (como ya hemos dicho) habla del factor negativo de indios y mestizos para conseguir la ansiada modernización de los países latinoamericanos, pero haciendo alusión a las costumbres, más que a la constitución biológica.

Ello queda más claro cuando en *Les démocraties latines de l'Amérique* señala que «la idea de raza, es decir, tradiciones y cultura, domina en la política moderna».⁴¹ En tal sentido habla de raza indígena y mestiza, de raza latina y anglosajona, de raza teutona y eslava, etc. Otra vez, en su ensayo sobre la conflagración mundial de 1914-1918, dirá que «no existe raza superior definitivamente consagrada por un Dios propicio». Teniendo en cuenta estas ideas, antes que racismo, en García Calderón es más propio hablar de *racialismo*.⁴²

6. La vida en París: cenáculo del americanismo

Las razones del viaje a París, en 1906, de Francisco García Calderón y sus tres hermanos varones (Ventura, José y Juan) no quedan del todo transparentes: al profundo dolor que les causó la muerte de su padre debió sumarse la voluntad de emigrar y buscar un futuro más desahogado. Fue una decisión sin duda difícil, pero que creyeron imprescindible tomar. En consecuencia, a nuestro autor le tocó experimentar en carne propia el destierro y la angustia de insertarse en una comunidad que no era la suya. Al comienzo le resultaría complejo integrarse a la sociedad parisina, pero después se convirtió en un verdadero referente de la cultura francesa y europea gracias a sus dotes intelectivas.

Es un hecho que él pronto dejó de ser discípulo para convertirse en un intelectual con la suficiente madurez y autonomía como para reconocer aun los límites de la propuesta «arielista» de su maestro Rodó.⁴³

⁴¹ GARCÍA CALDERÓN, *Las democracias latinas de América*, [23], p. 389.

⁴² Cf. RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», [8], MS. La cita última proviene de GARCÍA CALDERÓN, *El dilema de la Gran Guerra*. París: Ediciones Literarias, 1919, p. 271.

⁴³ Gabriela MISTRAL afirmó que García Calderón era el «heredero efectivo y quizá único del uruguayo», en el prólogo al libro de Benjamín Carrión, *Los creadores de la Nueva América*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1929. Por su parte, Federico GARCÍA GODOY tampoco escatimaba elogios hacia el peruano: «Pertenece [García Calderón] de pleno derecho al contadísimo número de jóvenes intelectuales de América dotados de

García Calderón miraba con cierto pesimismo la fe del autor de *Ariel* en fundar una democracia auténtica en un medio donde imperaban la informalidad y el caciquismo de los terratenientes, dominadores feudales sobre una multitud principalmente indígena. Una de las diferencias esenciales de nuestro pensador con Rodó fue su énfasis en la modernización económica y social.

En breve tiempo, pues, Francisco adquirió vuelo propio y se convirtió en autor de lectura imprescindible, especialmente por sus obras de visión panorámica sobre América Latina. Su gran influencia se hizo patente cuando su libro *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912) fue rápidamente traducido al inglés y al alemán; aunque sabemos que tardó más de sesenta años en aparecer por primera vez en versión castellana (1979).⁴⁴ El reconocimiento a la obra de García Calderón llegó a su cumbre cuando fue propuesto como candidato al Premio Nobel por la comunidad intelectual francesa. Ese mismo prestigio alcanzó otra expresión importante cuando fundó en París, en 1912, la *Revista de América*, tribuna privilegiada en la que colaboraron los más prestigiosos escritores latinoamericanos —y algunos franceses— de aquel momento. Uno de estos colaboradores fue Hugo David Barbagelata, discípulo y compatriota de Rodó, a quien el maestro felicitaba en una carta por haberse integrado al comité directivo de tan auspiciosa publicación.⁴⁵

El último número de la *Revista de América*, trasunto y epílogo de una fase de románticas ilusiones, coincide con el estallido de la Gran Guerra (1914-1918), y éste es un hecho relevante porque la conflagración representó el final de un período de optimismo en los medios cultos latinoamericanos por la labor civilizadora de las naciones europeas. La desazón terminó por apoderarse de aquellos espíritus selectos cuando en 1917 (el mismo año de la muerte de Rodó) los bolcheviques tomaron el Kremlin y despojaron a los zares del poder. No sólo terminaba una época, también se derrumbaban los modelos explicativos o paradigmas has-

la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más arduos problemas de la mentalidad contemporánea» (*Americanismo literario*. Madrid: Editorial América, 1917, p. 155). Por su parte, Gonzalo PARIS concluye su estudio preliminar a uno de los libros de nuestro autor diciendo que «en Francisco García Calderón descubrimos ya al preclaro maestro de las jóvenes generaciones americanas» (*Ideas e impresiones*. Madrid: Editorial América, 1919, p. 39).

⁴⁴ Cf. ANDÚJAR, «Francisco García Calderón y José de la Riva Agüero», [14], p. 27.

⁴⁵ Rodó le dice a Barbagelata, escribiendo desde Montevideo el 14 de enero de 1914: «Me agradó muchísimo que usted entrase a participar en la dirección de la *Revista de América*. De García Calderón no tengo noticias hace tiempo, pero la culpa es exclusivamente mía, que le debo carta no sé desde cuando...». Véase RODÓ, *Epistolario*; con notas preliminares de Hugo D. Barbagelata. Le Perroux: Impr. Vertongen, s.f.

ta entonces vigentes. Por ello afirma con razón Rodríguez Monegal que el «elegante utopismo» de estos dos pensadores —Rodó y García Calderón— fue «arrasado por las crudas realidades de la época actual», aunque reconoce los afanes del peruano por adecuarse posteriormente a los cambios políticos.⁴⁶

Veamos ahora algunos rasgos de la posición estelar que nuestro personaje ocupaba por esos años en París. Está claro que Francisco García Calderón y sus hermanos adoptaron la Ciudad Luz como su morada intelectual porque, a principios del siglo XX, ella era considerada la meca de las artes, el lugar donde se concentraba lo mejor de la cultura universal. Allá iban muchos intelectuales de América Latina en busca de fama y prestigio, formando parte de aquéllos a los que Alberto Blest Gana (1830-1920), el novelista chileno, había denominado en su obra epónima «los trasplantados». Desde México, en una carta escrita el 16 de enero de 1908, comentaba el dominicano Pedro Henríquez Ureña a su joven discípulo y amigo Alfonso Reyes: «La nueva generación intelectual del Perú [...] es la única que hasta ahora se ha hecho conocer...». Y con ello aludía precisamente a los hermanos García Calderón.⁴⁷

Francisco se hizo uno de los mentores iniciales de Alfonso Reyes (1889-1959) al promover la publicación de su libro *Cuestiones estéticas*, que salió en París bajo el sello editorial de Paul Ollendorf en 1911. Aunque la obra llevaba un prólogo de García Calderón, se dice que el joven escritor mexicano no quedó del todo contento con esa aparición.⁴⁸ Pese a su generosidad para proyectar a nuevos talentos literarios y académicos, parece que el arielista peruano era en el trato cara a cara más bien hosco, quizá debido a su carácter introspectivo, producto de las experiencias ingratas que habían marcado su vida desde la más tierna infancia y que tuvieron efectos en su frágil psicología. Da la impresión de que García Calderón prefería relacionarse con el mundo y las personas por medio de las cartas, los ensayos, los libros, salvo con su más íntimo grupo de amigos.

⁴⁶ RODRÍGUEZ MONEGAL, «América/utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó», [11], p. 166.

⁴⁷ Cf. José Luis MARTÍNEZ (editor), *Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia, 1907-1914*. México, DF: Fondo de Cultura Económica, 1986.

⁴⁸ Sin embargo, una vez editado el libro de Reyes, Ventura García Calderón envió un ejemplar a Émile Boutroux, quien lo leyó y quedó impresionado. Desde París, Boutroux le remitió una elogiosa carta a Reyes el 31 de octubre de 1911, diciendo: «Estoy muy agradecido a mi amigo García Calderón por haberme proporcionado el gran placer de darme noticia de usted. Es notable hasta qué punto, todavía tan joven, usted ha leído y pensado y sus reflexiones se han forjado en el puro molde clásico. Le suplico que reciba, junto con mi más explícito agradecimiento, mi más cordial simpatía».

En carta escrita en París el 14 de julio de 1914, Alfonso Reyes describe a Francisco ideológica y socialmente como un conservador: lleva a su mujer —una peruana, Rosa Amalia Lores— todos los domingos a misa, sus crónicas políticas en *Le Figaro* y la *Revista de América* han adquirido un carácter «reaccionario», frecuenta o pertenece a grupos de extrema derecha, vinculados al periódico *L'Action Française*...⁴⁹ De todas formas, los hermanos García Calderón siempre estuvieron atentos a las tribulaciones de Reyes, quien veía peligrar su empleo en la legación mexicana de París cuando Venustiano Carranza amenazaba con tomar el poder. Ellos hablaron con el editor Garnier para que lo empleara en caso de que el diplomático Reyes quedara sin trabajo. Con el estallido de la Gran Guerra, éste tuvo que regresar a su país; pero regresó a fines de 1924 y pudo reencontrarse con sus antiguos compañeros de andanzas y aficiones literarias. A pesar de haberse tratado de una relación difícil, y luego de los severos juicios iniciales, Reyes se reconcilió con Francisco García Calderón, prolongando por el resto de sus vidas lazos de amistad, inteligencia y cultura.

En las numerosas cartas que escribió a Riva Agüero, se capta instantáneamente la conciencia de emigrado por parte de García Calderón. A él le angustiaba estar lejos de la patria y su deseo por volver se hacía permanente, pero al mismo tiempo era consciente de que el hallarse en otras tierras alimentaba su objetividad para mirar los problemas peruanos y escribir de manera «desapasionada» sobre este país y toda América Latina. Más allá de su nostalgia, García Calderón consideraba provechoso estar al margen de las «muchas pequeñeces» que enrarecían el ambiente limeño y definían su carácter maledicente.⁵⁰ Éste es uno de los motivos que lo llevaron a permanecer fuera del país, y se resume en otro mucho más importante: la defensa de su libertad como intelectual.

7. García Calderón, analista de la política internacional

Lo que siguió a la primera Guerra Mundial fueron años difíciles para Francisco García Calderón, tanto en lo personal como en el terreno ideológico. Se opuso, como la mayoría de los aristócratas peruanos de la generación novecentista, al régimen autoritario de Augusto B. Leguía

⁴⁹ Cf. Luis LOAYZA, «Una amistad difícil: Alfonso Reyes y Francisco García Calderón. París, 1913/1914», en *Saludo del Perú para Alfonso Reyes*. Lima: Embajada de México en el Perú, 1989.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, la carta fechada en París, 19 de noviembre de 1907; publicada en RIVA AGÜERO, *Epistolario (Fabián-Guzmán)*, [15], pp. 634-636.

—con su propuesta de imponer la modernización y las reformas sociales «desde arriba»— y quedó apartado del servicio diplomático desde 1921. En Europa, como sabemos, esos mismos años fueron de hundimiento y caída de las instituciones y de los valores del modelo liberal. Atrás había quedado el respeto al sistema constitucional (Estado de Derecho) con gobiernos y parlamentos libremente elegidos y un conjunto de derechos y franquicias ciudadanas, como la libertad de expresión, de opinión y de reunión. Tal sistema era recusado por el movimiento comunista, que había obtenido un alentador triunfo en Rusia, por el movimiento socialista obrero de los países occidentales y por ciertos grupos de ultraderecha, en particular los fascistas de Italia y los nazis de Alemania, que recogían un sedimento belicista en amplios sectores de la población.⁵¹

En la década de 1920, mientras otros intelectuales predicaban la insuficiencia de la razón y la superioridad del instinto y de la voluntad, García Calderón analiza inteligentemente todos esos fenómenos y atisba lo que va a ocurrir después. Por ello, al tratar el caso inglés, se manifiesta en favor del socialismo liberal de James Ramsay Macdonald (primer ministro elegido en 1924 y 1929): «Mr. Ramsay tiene fe en la democracia. Saludemos el radiante porvenir, sin destruir las formas esenciales de la vida presente. El socialismo de inspiración sajona completará las reformas de la edad democrática».⁵² Cuando un grupo de intelectuales italianos pretende enrumbar la solución de la crisis de Occidente hacia el fascismo, García Calderón escribe un artículo en el que expresa su sólida postura liberal. Dice al respecto:

No podemos simplificar el curso de los sucesos históricos, olvidar que sin el individualismo, sin la duda metódica, sin la libre discusión, sin la aventura humana, no habría progreso material, intelectual o moral; gobernaría a los hombres una autoridad segura de sí hasta el vértigo, y el despotismo se opondría a toda reforma y una beata e injusta satisfacción enervaría a las sociedades... Nos inquieta el fascismo porque olvida o desdeña un aspecto esencial en el desarrollo de las sociedades y considera que todo anhelo de libertad manifiesta desunión y anarquía.⁵³

Es evidente que García Calderón, sin dejar su imagen de arielista y vindicador de la herencia latinoamericana, se movía ya por entonces dentro de un marco conceptual más amplio. Y es que al diplomático y pensa-

⁵¹ Cf. BASADRE, «Realce e infortunio de Francisco García Calderón», [17], pp. xxv-xxx, y RUIZ ZEVALLOS, «Francisco García Calderón: las ideas y el contexto», [8], MS.

⁵² GARCÍA CALDERÓN, *Europa inquieta*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1926, pp. 185-186.

⁵³ *Ibídem*, p. 156.

dor peruano le tocó vivir en el mero centro del gran drama mundial que Eric Hobsbawm ha llamado «la era de las catástrofes», una época que se cierra en 1945, con la derrota militar de los fascismos.⁵⁴ A esta época convulsa pertenecen sus libros *El dilema de la Gran Guerra* (1919), *Europa inquieta* (1926), *El espíritu de la nueva Alemania* (1928) y *La herencia de Lenin y otros artículos* (1929), además de interesantes opúsculos sobre el wilsonismo, la Sociedad de las Naciones y otros temas, que reflejan una toma de posición frente a los más impactantes sucesos del momento.

El hecho de vivir en París ejercía una atracción muy fuerte en García Calderón, pues le permitía viajar a diversos países europeos, participar en conferencias y conocer a intelectuales que él admiraba. Morar en la Ciudad Luz significaba estar en el ojo del huracán ideológico de su tiempo; también hay que considerar, empero, que al estar alejado de la diplomacia debió ganarse la vida como comentarista político y activo colaborador de periódicos, tareas en las cuales propugnaba la unidad europea. Según algunos testimonios, incluidos los de su propio hermano Ventura (1886-1959), esa colaboración en medios de prensa de uno y otro lado del Atlántico le servía para procurarse ingresos que permitieran mantener su hogar. Esto desecha cierta falsa imagen de unos hermanos García Calderón viviendo en la opulencia, como plutócratas que se dedicaban a las tareas del pensamiento sólo como distracción.

Por otro lado, es posible que Francisco y Ventura evaluaran que en la Ciudad Luz era más fácil cimentar su prestigio intelectual que desde una Lima provinciana y envenenada por los chismes y las envidias. Ya se habían insertado ambos en la sociedad parisiense y adoptado el francés como su segunda lengua: en palabras de Tzvetan Todorov, dejaron de ser extranjeros para convertirse en *insiders*.⁵⁵ Pero no sucedió, como algunos críticos han sostenido, que nuestro personaje se «afrancesó», indicando con ello que olvidó o recusó su origen peruano. Hemos de considerar que a partir de 1930, después de la caída de Leguía, volvió a asumir funciones oficiales en las legaciones diplomáticas de París, Ginebra y Lisboa.⁵⁶

⁵⁴ Eric J. HOBSBAWM, *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Trad. de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells. Barcelona: Crítica, 1995 (Serie Mayor), p. 29 y ss.

⁵⁵ Cf. Tzvetan TODOROV, *El hombre desplazado*. Trad. de Juana Salabert. Madrid: Taurus, 1998 (Col. Pensamiento).

⁵⁶ Puedo remitir aquí a un breve ensayo, basado en documentación original del Archivo de la Liga de las Naciones, de Ginebra, donde he tratado sobre la participación del Perú en este organismo internacional: HAMPE MARTÍNEZ, «El Perú en la Liga de las Naciones (1919-1946)», en *Umbral; revista del conocimiento y la ignorancia* (Lima), n.º 10, 1998, pp. 115-119.

Puede decirse más bien que vivió íntimamente lo que atraviesan muchos emigrados o desplazados, que es experimentar la doble pertenencia. Y por ello se hace claro que, entrado en la madurez, Francisco García Calderón volcara sus reflexiones hacia la realidad europea y la política internacional de primer orden. Luego de estar tantos años fuera del entorno limeño de su infancia se produciría un distanciamiento espiritual y mental; en consecuencia, dirige sus esfuerzos a analizar y entender lo que tiene más cerca y conoce mejor. Después de todo, no se puede soslayar que la mayor parte de su vida García Calderón la pasó en Europa.⁵⁷

8. A guisa de conclusión: liberalismo y conciencia de elite

En la segunda mitad del siglo XIX, Sarmiento, Lastarria y Alberdi coincidían en ver a la América anglosajona como un modelo del éxito, que deseaban imitar a toda costa. Con la iniciación del novecientos, el pensamiento hispanoamericano pasaba de una etapa de imitación a un período de búsqueda de la propia identidad y desarrollo creador. *Ariel*, el encendido manifiesto de Rodó (1900), ofrecía una eventual alternativa a la pauta de progreso material del mundo anglosajón, destacando el papel de las ideas y las posibilidades de la raza hispánica en la perspectiva de un engrandecimiento continental. El opúsculo del gran escritor uruguayo enseñaba, en palabras de García Calderón, «a una juventud atormentada, atenta a las sollicitaciones de la política, a la anarquía, a la violencia, al culto de la vida interior, la fe en la multitud, en la democracia, en la función de la *élite* futura que surgirá libremente en las democracias».⁵⁸

Pero el arielismo, como conjunto espiritual de amplias dimensiones, existía también al margen de lo que literalmente había dicho aquel fogoso manifiesto. En las propuestas de muchos intelectuales, más allá de la dirección final que tomaran, la idea de la elite pensante en el sentido «rodoniano» estaba presente. Era un sentimiento compartido por Rubén Darío (nicaragüense), José Vasconcelos (mexicano), Pedro Manuel Arcaya (venezolano), Carlos Arturo Torres y Guillermo Valencia (colombianos) y otros más que ya hemos mencionado; cultores de la hermandad continental, la mayoría de ellos reconocían el liderazgo intelectual de José Enrique Rodó. Muerto este último, Francisco García Calderón pasó a ser el

⁵⁷ Tomamos buena parte de estas reflexiones del notable ensayo de GONZALES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [10], MS.

⁵⁸ GARCÍA CALDERÓN, *La creación de un continente*, [4], p. 113.

indiscutido «capitán general» de los pensadores del Nuevo Mundo hispánico, según lo afirma Luis Alberto Sánchez.⁵⁹

La primera Guerra Mundial originó un cambio en la posición de nuestro autor frente a los Estados Unidos, al aceptar las virtualidades de una «civilización atlántica», tal como se hace patente en sus ensayos sobre *El panamericanismo*, de 1916, y *El wilsonismo*, de 1920. García Calderón quedó impresionado con la participación activa de las tropas norteamericanas en aquella gran contienda y con la propagación de los «catorce puntos» del presidente Woodrow Wilson (1856-1924), que dieron al traste con las amenazantes pretensiones de Berlín y Tokio. Desde entonces pasaría a ser un fiel defensor de la tendencia panamericanista, en apoyo de la integración global del hemisferio occidental.⁶⁰

El desarrollo de los acontecimientos internacionales durante el período de entreguerra produjo distintos resultados en los grandes pensadores peruanos: en José Carlos Mariátegui dio paso al marxismo; en Víctor Raúl Haya de la Torre, al socialismo democrático; en Víctor Andrés Belaúnde, al socialcristianismo; en José de la Riva Agüero, la adhesión espiritual al fascismo. En el caso de Francisco García Calderón se dio el afianzamiento de su convicción liberal. Todavía en los años posteriores de su vida hablaba —como en su discurso de 1947 en homenaje a Riva Agüero— de la redención del indio, del robustecimiento de la pequeña propiedad y de la independencia económica del país.⁶¹ Esto es bueno subrayarlo, pues se ha pretendido que nuestro autor abandonó en la madurez sus motivaciones juveniles para convertirse en un custodio del pasado.

Hoy, más que nunca, ha dicho recientemente Osmar Gonzales, leer aquellos clásicos arielistas puede ayudar a encontrar la inspiración y el motivo para recuperar la vocación por las investigaciones de fondo, por participar en el debate contemporáneo desde nuestra específica ubicación nacional y con un utillaje conceptual actualizado y críticamente adaptado. En este sentido, la obra de García Calderón, su lectura y su

⁵⁹ Luis Alberto SÁNCHEZ, «Prólogo» a *El Perú contemporáneo*, [1], p. xviii.

⁶⁰ Cf. BASADRE, «Realce e infortunio de Francisco García Calderón», [17], pp. xxi-xxii, y SÁNCHEZ, «Prólogo» a *El Perú contemporáneo*, [1], p. xix.

⁶¹ GARCÍA CALDERÓN, «José de la Riva Agüero: recuerdos», discurso pronunciado el 22 de diciembre de 1947; reproducido en *Las democracias latinas de América*, [23], pp. 499-518. Al insistir en el papel decisivo de las elites, decía nuestro autor: «Nuestras clases dirigentes tienen deberes precisos: la redención del indio, la protección a la clase media, el robustecimiento de la pequeña propiedad, la industrialización, que es basamento de independencia económica...» (p. 511). Véase también LLOSA, «Francisco García Calderón», [3], pp. 63-66 y 95-96.

apropiación crítica serán, con toda seguridad, unos de los baluartes para reencontrar el camino extraviado de nuestra *intelligentsia*.⁶² Al realizar este ejercicio deberemos tener en cuenta las peculiares circunstancias históricas en que se originaron el discurso y las propuestas de «mediación dinámica» que contienen *Le Pérou contemporain* y las demás piezas que hemos, al menos someramente, examinado. La desazón producida por una grave derrota militar, las lecciones de Renan y la confianza en las virtudes del quehacer académico empujaron a Francisco García Calderón a soñar con unas elites que tuvieran óptima preparación y que fueran capaces de dirigir responsablemente una democracia representativa, liberal: todavía está vigente este sueño en muchos países de América Latina, a pesar del largo tiempo transcurrido.

Agradecimientos

Presentamos a continuación una antología de textos, en 18 capítulos o fragmentos, como una aproximación al pensamiento de Francisco García Calderón. Desde el punto de vista cronológico, los textos seleccionados cubren el margen más amplio posible: van desde 1904, cuando García Calderón era estudiante en la Universidad de San Marcos de Lima, hasta 1949, cuando había regresado al Perú luego de su prolongada estadía en Europa. Entremedias se halla (para fruición de los lectores) casi medio siglo, cubierto por los ensayos y libros del autor sobre temas de sociología peruana, tradición latina, integración latinoamericana, política contemporánea, cultura, religión, etc.

Al dar a publicidad este volumen, quisiera expresar mi gratitud a las personas e instituciones que, desde la Lima hirviente del siglo XXI, me ayudaron a exhumar y poner en valor el ideario de García Calderón. Por mi participación en el coloquio *Francisco García Calderón: el hombre y el pensamiento político peruano* (julio de 2001), recibí el entusiasta apoyo de las entidades organizadoras: la Dirección de Trabajo en Cultura del Congreso de la República y el Consorcio de Universidades Privadas del Perú. Consulté la mayor parte de las obras de este intelectual en la biblioteca del Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Y debo un reconocimiento especial a la profesora Luisa Talledo Medrano, quien con paciencia y generosidad infinitas me ayudó en la recopilación de los materiales y en la revisión de los textos.

⁶² GONZALES, «Francisco García Calderón: un modelo de intelectual», [10], MS.

Cronología de Francisco García Calderón

- 1883** El primogénito de Francisco García Calderón y Carmen Rey Basadre, que lleva el mismo nombre de su padre, nace el 8 de abril en Valparaíso, donde se encontraba internado quien fuera el presidente de la República del Perú, aprisionado y trasladado a Chile por los vencedores de la guerra del Pacífico. A fines de junio es transportado junto con sus padres a Rancagua, donde vivirá nueve meses.
- 1884** Se permite a la familia pasar en marzo a Valparaíso, visto el avanzado estado de gravidez de doña Carmen. Francisco García Calderón es autorizado a salir de Chile con su familia, obligándosele a viajar a Europa y no al Perú. El 27 de mayo aborda el barco inglés *Britannia*, con rumbo a Buenos Aires.
- 1886** Nace, en París, su hermano menor Ventura, quien ha de ser compañero permanente de Francisco en la vida intelectual. La familia retorna al Perú, pasando por España. Don Francisco es elegido, en ausencia, rector de la Universidad de San Marcos y senador por Arequipa. Llegado a Lima, el 21 de julio, se le ofrece la presidencia del Senado; representará aquí a Arequipa hasta 1893.
- 1887** Don Francisco instala en Lima la Academia Peruana de la Lengua, autorizada por la Real Academia Española, y es designado director de ella.
- 1893** El niño Francisco se matricula como alumno en el recién fundado Colegio de la Recoleta, dirigido por sacerdotes franceses de los Sagrados Corazones. Aquí iniciará su amistad con José de la Riva Agüero, dos años menor que él.
- 1901** Ingresa a la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, de la cual es rector su padre. Junto con su hermano Ventura y el fraternal Riva Agüero, conforma un pequeño grupo. Considerable influencia sobre su formación filosófica ejerce Alejandro O. Deustua, «un gran maestro, por el impulso y la ciencia, por el esfuerzo de dirección y la adhesión a la nueva juventud».

- 1904** Se incorpora al diario *La Prensa* de Lima como colaborador permanente, escribiendo sobre temas de filosofía y política, con especial atención por las novedades europeas.
- 1905** Para festejar la llegada de Menéndez Pidal a Lima, ante la ciudad congregada en el Palacio de la Exposición, pronuncia Francisco un famoso discurso de bienvenida: *Menéndez Pidal y la cultura española*. Viaja a Santiago de Chile, pero al morir su padre (21 de septiembre) regresa al día siguiente para asistir a las solemnes exequias. Francisco, que ha cumplido 22 años, vive un período de intensa depresión anímica.
- 1906** La familia García Calderón resuelve trasladarse a Francia, país que será residencia permanente de Francisco durante cerca de cuarenta años. Llega a París el 26 de abril, portando el nombramiento de canciller de la legación peruana. Viene en compañía de sus hermanos Ventura, José (arquitecto) y Juan (médico), todos en busca de mejor porvenir.
- 1907** Intensa participación en la vida intelectual francesa: asiste a cursos de Henri Bergson sobre Spencer y a reuniones en casa de Émile Boutroux.
- 1908** Por su libro *Le Pérou contemporain*, publicado el año precedente, obtiene el premio Fabien discernido por la Academia Francesa. En Londres, con el cargo de segundo secretario de la legación peruana, hace amistad con Ramiro de Maeztu y conoce al barón von Hügel, uno de los «corifeos del modernismo católico». En Berlín concurre a la conferencia internacional sobre protección de la propiedad intelectual y en Heidelberg (septiembre) participa en el Congreso de Filosofía al que concurren Croce, Boutroux, Royce, Windelband, entre otros. Con el fin de contraer matrimonio, viaja en diciembre a Lima.
- 1909** Se casa con la dama peruana Rosa Amalia Lores y retorna a Europa por la vía de Nueva York. Aprecia el clima intelectual de esta metrópoli y registra la vigorosa presencia hispánica en los Estados Unidos. Obtiene el puesto de segundo secretario de la legación peruana en París.
- 1910** Desde la capital francesa realiza una persistente colaboración intelectual para periódicos de América Latina, como *El Comercio* de Lima, *El Fígaro* de La Habana y *La Nación* de Buenos Aires.
- 1912** Aparece, con prólogo del primer ministro francés Raymond Poincaré, su libro *Lés démocraties latines de l'Amérique*, dentro de la colección de «filosofía científica» dirigida por Gustave Le Bon. El éxito del volumen conlleva su casi inmediata traducción al inglés y al alemán. En junio se edita, bajo su dirección, el primer número de la *Revista de América*, con la aspiración de «reunir, en una publicación libre, abierta a todas las direcciones del espíritu moderno, curiosa, flexible, de rica información, a los mejores escritores del Nuevo Mundo latino».
- 1914** En vísperas de la Guerra Mundial, es ascendido a primer secretario de la representación peruana en París. Francisco reparte su tiempo entre las

tareas diplomáticas y los ensayos que, en este período, se consagran a los problemas políticos de América Latina en relación con los Estados Unidos.

- 1916** El 5 de mayo, en el campo de Verdún, muere su hermano José García Calderón, alistado en las filas de la Legión Extranjera.
- 1917** Es incorporado a la Academia Peruana de la Lengua.
- 1918** Ministro plenipotenciario del Perú en París, por nombramiento del 12 de marzo. Es designado oficial de la Legión de Honor de Francia.
- 1919** Es acreditado como ministro plenipotenciario del Perú, además, en Bruselas. Representante del Perú ante la Comisión de Paz de Versalles y miembro de la delegación encargada de reunir toda la documentación sobre Tacna y Arica en Europa. El gobierno de Venezuela le otorga la condecoración del Busto del Libertador.
- 1920** Actúa en la Liga de las Naciones (Ginebra) como representante del Perú.
- 1921** En abierta oposición al régimen de «Patria Nueva» del presidente Augusto B. Leguía, renuncia a su cargo de ministro plenipotenciario del Perú (11 de marzo). De aquí en adelante se dedica intensamente al trabajo intelectual como comentarista político y colaborador de periódicos, propugnando la unidad europea y la integración de Alemania en el conjunto de las naciones del continente.
- 1928** Aparece, dentro de la colección de «escritores americanos» (dirigida por Ventura García Calderón), su libro *El espíritu de la nueva Alemania*, donde examina el pensamiento de escritores e ideólogos —Rudolf Eucken, Walther Rathenau, Oswald Spengler, Heinrich Mann, Rudolf Steiner— a la luz de la situación internacional, propiciando un entendimiento europeo ante la aparición del bolcheviquismo.
- 1930** Tras la caída del gobierno de Leguía, es designado ministro plenipotenciario del Perú en Francia (10 de septiembre). Continúa su colaboración con periódicos latinoamericanos, analizando las cuestiones políticas del momento: los ingleses en la India, el milagro norteamericano, europeísmo y germanismo, las ideas de Foch, etc.
- 1931** Es designado delegado peruano a la XV Conferencia Internacional del Trabajo, que se reúne en Ginebra.
- 1933** Es designado representante del Perú en la asamblea de la Liga de las Naciones, en Ginebra. A partir de esta fecha, aquejado de frecuentes depresiones, disminuye notoriamente su producción intelectual y deja de atender sus columnas en periódicos latinoamericanos.
- 1937** En representación de la Universidad de San Marcos, participa en el Congreso Jurídico Internacional que se reúne en París.
- 1938** Como representante del Perú, es llamado a presidir la 103ª sesión del Consejo de la Liga de las Naciones. Con tal motivo pronuncia un discurso titulado *L'avenir de la Société des Nations* (16 de septiembre).

- 1940** En pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, y constituido el gobierno colaboracionista de Vichy, es acreditado como ministro plenipotenciario del Perú ante éste.
- 1942** Junto con otros diplomáticos latinoamericanos, al producirse la ruptura con Alemania, es detenido por las autoridades nazis en un campo de reclusión de Bad Godesberg, cerca de Bonn. Carente de asistencia médica, su estado de salud se agrava.
- 1943** Es nombrado ministro plenipotenciario del Perú en Lisboa.
- 1945** Se retira oficialmente de la actividad diplomática.
- 1947** Enfermo, regresa definitivamente a Lima el 29 de agosto, junto con su esposa, cerrando cuarenta años de vida europea.
- 1948** Es internado en el hospital de salud mental «Víctor Larco Herrera», de Magdalena del Mar (Lima).
- 1951** Vista la precariedad de su situación económica, el Congreso de la República dispone un aumento en su pensión de diplomático, por resolución legislativa 11.613.
- 1953** Muere en Lima el 1 de julio, a los 70 años de edad. En su sepelio, realizado en el cementerio general Presbítero Maestro, toman la palabra Víctor Andrés Belaúnde, Leoncio de Mora y Luis Humberto Delgado, ante un reducido grupo de familiares y amigos.
- 1954** Su esposa Rosa Amalia Lores, con la ayuda de personajes influyentes, logra la publicación de un libro póstumo con ensayos de Francisco García Calderón: *En torno al Perú y América*. El volumen, que lleva un prólogo de Jorge Basadre, sale gracias a la colaboración de Carmen Ortiz de Zevallos, Augusto Salazar Bondy y Pedro Ugarteche. En él se hace una antología de sus diversas obras y se traduce por primera vez al español *Les démocraties latines de l'Amérique*, fragmentariamente.

Bibliografía sobre Francisco García Calderón

1. Libros y recopilaciones

- *De litteris (crítica)* / prólogo de José Enrique Rodó. Lima, Librería e Imprenta Gil, 1904. viii, 134 p.
- *Hombres e ideas de nuestro tiempo* / prólogo de Émile Boutroux. Valencia, F. Sempere & Co., 1907. 227 p.
Compilación de artículos publicados en diarios y revistas limeños, de 1904 a 1907.
- *Le Pérou contemporain (étude sociale)* / préface de Gabriel Séailles. París, Dujarric & Co., 1907. vi, 337 p.
- *Profesores de idealismo*. París, P. Ollendorff, 1909. 306 p.
- *Les démocraties latines de l'Amérique* / préface de Raymond Poincaré. París, E. Flammarion, 1912. 383 p. (Bibliothèque de philosophie scientifique).
- *Latin America: its rise and progress* / trad. de Bernard Miall. London, T. F. Unwin, 1913. 406 p., 29 láms. (The South American series; 9).
Versión inglesa de *Les démocraties latines de l'Amérique*.
- *Die lateinischen Demokratien Amerikas* / trad. de Max Pfau. Leipzig, K. F. Koehler, 1913. xvi, 306 p.
Versión alemana de *Les démocraties latines de l'Amérique*.
- *La creación de un continente*. París, P. Ollendorff, 1913. xiv, 264 p.
- *Ideologías*. París, Garnier Hnos., 1917. 487 p.
Reúne artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires, *El Figaro* de La Habana y la *Revista de América* de París.
- *Ideas e impresiones* / con un estudio sobre Francisco García Calderón por Gonzalo Paris. Madrid, Editorial América, 1919. 256 p. (Biblioteca de ciencias políticas y sociales ; 27).
- *Le dilemme de la guerre*. París, B. Grasset, 1919. 307 p.
- *El dilema de la Gran Guerra*. París, Ediciones Literarias, 1919. 291 p.
Versión castellana de *Le dilemme de la guerre*.

- *Europa inquieta*. Madrid, Editorial Mundo Latino, 1926. 295 p.
Recopilación de artículos sobre la política occidental de la época.
- *El espíritu de la nueva Alemania*. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1928. 238 p. (Colección de escritores americanos).
- *La herencia de Lenin y otros artículos*. París, Garnier Hnos., 1929. 303 p.
- *Testimonios y comentarios*. Bruxelles, Imprimerie Sobeli, 1938. 149 p.
Compilación de artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires y *El Comercio* de Lima, de 1927 a 1933.
- *En torno al Perú y América (páginas escogidas)* / con un ensayo preliminar por Jorge Basadre. Lima, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, 1954. XLV, 338 p.
- *Las democracias latinas de América* / trad. de Ana María Julliand ; prólogo de Luis Alberto Sánchez ; cronología de Ángel Rama y Marlene Polo. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979. XXI, 468 p. (Biblioteca Ayacucho ; 44). Versión castellana de *Les démocraties latines de l'Amérique*.
Incluye: *La creación de un continente*.
- *El Perú contemporáneo* / trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto ; prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Lima, Banco Internacional del Perú, 1981. XXXVII, 383 p. (Reflexiones sobre el Perú).
Versión castellana de *Le Pérou contemporain*.
- *Obras escogidas* / prólogo de Francisco Tudela; prólogo a la primera edición en castellano de Luis Alberto Sánchez. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001. 3 vols.
Incluye:
Vol. I. *El Perú contemporáneo* / trad. de Mari-Blanca Gregori de Pinto. 430 p.
Vol. II. *La creación de un continente*. 211 p.
Vol. III. *Las democracias latinas de América* / trad. de Ana María Julliand. 518 p.

2. Folletos y ensayos selectos

- *Menéndez Pidal y la cultura española*. 2.^a ed. Santiago de Chile, Impr. Cervantes, 1905. 26 p.
Se publicó originalmente en el folleto *Velada literaria en honor del comisario especial ... Excmo. Sr. Ramón Menéndez Pidal* (celebrada en el Palacio de la Exposición el 18 de marzo de 1905). Lima, Ateneo de Lima, 1905, pp. 5-21.
- *Les conditions sociologiques de l'Amérique latine*. París, V. Giard & E. Brière, 1908. 15 p.
- *Les courants philosophiques dans l'Amérique latine*. Coulommiers, Paul Brodard, 1908. 8 p.
Memoria presentada al congreso de filosofía de Heidelberg, 1908.
- «El panamericanismo: su pasado y su porvenir». Extrait de la *Revue Hispanique*, Nueva York & París, vol. XXXVII, 1916. 60 p.

- *Le Pérou et les «Semaines de l'Amérique latine»*. París, 1919. 44 p.
Escrito en colaboración con Carlos Rey de Castro y Eulogio del Solar.
- *El wilsonismo* / con una semblanza del autor por Gonzalo Zaldumbide. París, Agencia General de Librería, 1920. 68 p. (Biblioteca latino-americana).
- *Ensayos selectos*. Lima, Imprenta y Litografía T. Scheuch, 1923. 32 p. (La literatura peruana; 7).
- «Bolívar». En *Revista Histórica*, Lima, vol. VII, 1924, p. 375-380.
- «Un hispanista francés: Don Raymundo Foulché-Delbosc». Extrait de la *Revue Hispanique*, Nueva York & París, vol. LXXXI, 1933. 12 p.
- *Transformation en Amérique latine*. París, Institut des Études Américaines, 1938. 3 p. (Cahiers de politique étrangère ; 49).
- *L'avenir de la Société des Nations*. París, A. Pedone, 1938. 13 p.
Discurso pronunciado ante el consejo de la Liga de las Naciones, en Ginebra, el 16 de septiembre de 1938.
- *In memoriam*. Génova, Éditions de la Frégate, 1944. 60 p.
Homenaje a José de la Riva Agüero y Osma, fallecido en Lima el 25 de octubre de 1944.
- *José de la Riva Agüero: recuerdos*. Lima, Impr. Santa María, 1949. 30 p.
Conferencia dada en el Instituto Riva Agüero, Lima, el 22 de diciembre de 1947.
- «Carlos Arturo Torres y su obra». En *Anales de la Universidad de Antioquia*, Medellín, vol. XLIII, n.º 165, 1967, p. 597-601.
- *Bolívar es el más grande de los Libertadores: es el Libertador*. Caracas, Italgráfica, 1992. 36 p. (Biblioteca de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Divulgación general; 33).

3. Prólogos a otros autores

- Antuña, José G.
Literae: ensayos, crítica, comentarios / prólogo de Francisco García Calderón. París, Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 1926. 249 p.
- Barbagelata, Hugo David.
Para la historia de América / con una semblanza del autor por Francisco García Calderón. París, Agencia General de Librería, 1922. 184 p. (Biblioteca latinoamericana).
- Baudin, Louis.
Essais sur le socialisme, vol. I. *Les Incas du Pérou* / préface de Francisco García Calderón. Nouv. éd. París, Librairie de Médicis, 1947. 188 p. (Collection d'histoire économique).
- Echagüe, Juan Pablo.
Un teatro en formación / prólogo de Francisco García Calderón. Buenos Aires, Impr. Tragant, 1919. 404 p.

- Grisanti, Ángel.
La instrucción pública en Venezuela: Época colonial. La Independencia y primeros años de la República. Época actual / prólogo de Francisco García Calderón. Barcelona, Casa Editorial Araluce, 1933. 197 p.
- Melián Lafinur, Álvaro.
Figuras americanas / prólogo de Francisco García Calderón. París, Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 1926. xx, 190 p.
- Montalvo, Juan.
El regenerador / prólogo de Francisco García Calderón. París, Garnier Hnos., 1929. 2 vols.
- Pérez, Enrique.
Vicios políticos de América / prólogo de Francisco García Calderón. París, P. Ollendorff, 1913. x, 289 p.
- Rey de Castro, Carlos.
El artículo III del Tratado de Ancón; sinopsis cronológica / prólogo de Francisco García Calderón. Cahors, Impr. Coueslant, 1919. 311 p. (Petite collection américaine).
- Reyes, Alfonso.
Cuestiones estéticas / prólogo de Francisco García Calderón. París, P. Ollendorff, 1911. 292 p.
- Torres, Carlos Arturo.
Los ídolos del foro; ensayo sobre las supersticiones políticas / apreciación de Francisco García Calderón. Madrid, Editorial América, 1916. 304 p.
- Varona, Enrique José.
Desde mi belvedere (edición definitiva) / con una semblanza preliminar por Francisco García Calderón y una carta autobiográfica. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1918. 327 p. (Colección de escritores americanos ; 3).
- Velarde, Héctor.
Kikiff / prólogo de Francisco García Calderón. Lima, Editorial Garcilaso, 1924. 118 p.

Bibliografía sobre Francisco García Calderón

- Andújar, Jorge.
«Francisco García Calderón y José de la Riva-Agüero». En *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, Lima, vol. 21, 1994, pp. 19-32.
Ponencia sometida a las jornadas de estudio «Vigencia de José de la Riva-Agüero y Osma», realizadas en 1994.
- Aronna, Michael.
«Pueblos enfermos». En *The discourse of illness in the turn-of-the-century Spanish and Latin American essay*. Chapel Hill, NC, University of North Carolina,

Department of Romance Languages, 1999. 195 p. (North Carolina studies in the Romance languages and literatures ; 262).

- Basadre, Jorge.
«Realce e infortunio de Francisco García Calderón». Ensayo preliminar a *En torno al Perú y América (páginas escogidas)*. Lima, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, 1954, p. VII-XLI.
- Belaúnde, Víctor Andrés.
«Francisco García Calderón». En *Mercurio Peruano*, Lima, vol. XXXIV, n.º 316, julio 1953, p. 255-259.
- Carrión, Benjamín.
Los creadores de la nueva América. Prólogo de Gabriela Mistral. Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1928. 217 p.
Trata centralmente de José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Francisco García Calderón y Alcides Arguedas.
- Chavarría, Jesús.
«The intellectuals and the crisis of modern Peruvian nationalism, 1870-1919». En *Hispanic American Historical Review*, Durham, NC, vol. 50, n.º 2, mayo 1970, pp. 257-278.
- Delgado, Luis Humberto.
Hombres de nuestro tiempo. Lima, American Express Ltd., 1928-30. 2 vols. (Col. Microcosmos).
Contiene una semblanza de Francisco García Calderón (vol. I, p. 11-15).
- Fernández Cabrelli, Alfonso.
«Francisco García Calderón: vigencia de su propuesta integradora». En *Hoy es Historia* (revista bimestral de historia nacional e iberoamericana), Montevideo, vol. VII, n.º 40, julio/ agosto 1990, p. 37-52.
- Flores Galindo, Alberto.
«Francisco García Calderón: un profesor de idealismo». En sus *Obras completas*. Lima, CONCYTEC & Sur, Casa de Estudios del Socialismo, 1993, vol. IV, p. 35-40.
- García Calderón, Ventura.
Nosotros. París, Garnier Hnos., 1946. 148 p.
- García Godoy, Federico.
Americanismo literario. José Martí ; José Enrique Rodó ; Francisco García Calderón ; Rufino Blanco Fombona. Madrid, Editorial América, 1917. 248 p. (Biblioteca Andrés Bello; 37).
- Gonzales, Osmar.
Sancho fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano. Lima, Ediciones PREAL, 1996. 346 p.
- Guerra García, Francisco.
«Los novecientistas». En *Socialismo y Participación*, Lima, n.º 47, septiembre 1989, pp. 1-6.

- Jiménez Borja, José.
«Grandeza y aticismo en la obra de Francisco García Calderón». En *Letras* (órgano de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos), Lima, n.º 50-53, 1954, pp. 5-19.
- Loayza, Luis.
«Una amistad difícil: Alfonso Reyes y Francisco García Calderón. París, 1913/ 1914». En *Saludo del Perú para Alfonso Reyes*. Lima, Embajada de México en el Perú, 1989.
- López-Ocón Cabrera, Leoncio.
«La idea de la nacionalidad continental en el pensamiento político del peruano Francisco García Calderón». En *Revista de Indias*, Madrid, vol. XLVI, n.º 178, julio/ diciembre 1986, pp. 643-649.
- Llosa, Jorge Guillermo.
«Francisco García Calderón». En *Biblioteca Hombres del Perú* / dir. por Hernán Alva Orlandini. Lima, Editorial Universitaria, 1966, vol. 38, p.p. 47-103.
- Peña, Antonio.
«José de la Riva Agüero, Francisco García Calderón y Víctor Andrés Belaúnde». En *Pensamiento político peruano* / Alberto Adrianzen, editor. Lima, DESCO, 1987.
Ponencia sometida a un simposio organizado por DESCO, en 1986.
- Planas, Pedro.
El 900: balance y recuperación. Lima, Centro de Investigación y Tecnología para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 1994. 456 p.
- Rodríguez Monegal, Emir.
«Las relaciones de Rodó y Francisco García Calderón». En *Número*, Montevideo, abril/ septiembre 1953.
- Rodríguez Monegal, Emir.
«América/ utopía: García Calderón, el discípulo favorito de Rodó». En *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, n.º 417, marzo 1985, pp. 166-171.
- Salazar Bondy, Augusto.
Historia de las ideas en el Perú contemporáneo: el proceso del pensamiento filosófico. Lima, F. Moncloa, 1965. 2 vols. (470 p.)
- Sánchez, Luis Alberto.
La literatura peruana: derrotero para una historia cultural del Perú. Lima, Ediventas, 1965-66. 5 vols. (1846 p.)
- Sánchez, Luis Alberto.
Balance y liquidación del novecientos. ¿Tuvimos maestros en nuestra América? 3.^a ed. corr. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1968. 238 p.
- Sánchez, Luis Alberto.
Escritores representativos de América (primera serie). 3.^a ed. Madrid, Gredos, 1971. 3 vols. (Biblioteca románica hispánica. Campo abierto; 11).

- Sanders, Karen.
Nación y tradición: cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930). Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú & Fondo de Cultura Económica, 1997. 446 p. (Publicaciones del Instituto Riva-Agüero; 160).
Trata las obras de Manuel González Prada, Francisco García Calderón, José Carlos Mariátegui, Víctor Andrés Belaúnde y Víctor Raúl Haya de la Torre.
- Tamayo Vargas, Augusto.
Literatura peruana. Lima, PEISA, 1992-93. 3 vols. (xvi, 1073 p.)
Toca a Francisco García Calderón en el vol. II: *De la emancipación; Costumbrismo y romanticismo; Realismo y premodernismo; Modernismo*.
- Ugarteche, Pedro.
«Francisco García Calderón, maestro y amigo de la juventud». En *Mercurio Peruano*, Lima, vol. XXXIV, n.º 316, julio 1953, pp. 262-264.
- Valle, Rafael Heliodoro.
«La América de García Calderón». En *Mercurio Peruano*, Lima, vol. XXXIV, n.º 316, julio 1953, pp. 267-269.
- Vargas Llosa, Mario.
«Francisco García Calderón: (1) Vida y obras ; (2) Teoría de los dos Perús». En *Cultura Peruana*, Lima, vol. XVI, 1956, n.º 97 (julio), pp. 50-66, y n.º 98 (agosto), pp. 27-66.

LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS Y SU BIBLIOTECA¹

Llamo acontecimiento intelectual a la apertura de la Biblioteca de nuestra Universidad, y al decirlo no pienso extremar su importancia ni afirmar que esta nueva fuente de cultura superior sea el único fecundo renovador de nuestra mentalidad. Bien sé que otros factores extraños y difíciles influyen en nuestra situación intelectual: la imitación viciosa y parcial, el enervador memorialismo, la falta de enseñanza activa y de métodos socráticos, la débil corriente científica que llega a nuestro horizonte intelectual. Pretender que una República mal afirmada aún en su régimen político y económico, forme espíritus de alta selección, inteligencias de potencia creadora, es olvidar el ligamen que une los hechos sociales sujetándolos a una ley de coexistencia. Nuestra herencia mental es también contraria a las originales investigaciones, a la nota personal de los estudios. Desde el coloniaje hemos vivido de una ciencia pasiva, de un saber repetidor e inmodesto, con el fácil brillo de la elocuencia, pero sin las severas vestiduras de la investigación metódica y paciente. La inteligencia nacional —el dato primario de nuestra psicología— contradice todos los propósitos científicos. La ciencia exige larga paciencia, coordinación de esfuerzos, amplitud de observación, minuciosa tarea erudita: para saber, en el sentido verdadero y fecundo, hay que conocer los datos pasados, la historia del problema, los puntos cardinales de su aspecto bibliográfico, adaptarse a nuevas formas, no retroceder ante los tanteos, unir de aquí una nota perdida, de allí un hecho significativo y sólo afirmar resueltamente cuando, dentro del subjetivismo de nuestra mente, los hechos se combinan en forma evidente o se impone un juicio negativo con la misma claridad. La ciencia es obra de esfuerzo, de espe-

¹ «La Biblioteca y la Universidad». Artículo publicado en *La Prensa*, Lima, 16 de octubre de 1904. [THM]

ra, de absoluta honradez. La inteligencia nuestra —hecha para la improvisación, para la intuición brillante, para la asimilación amena, para el discreto imaginativo— se adapta difícilmente a las exigencias científicas. En este sentido, nunca se le predicará bastante el esfuerzo, el reposo creador, la tranquilidad reflexiva, para que la labor oscura de las fuerzas inconscientes produzca en el cerebro alguna combinación feliz, traiga a la plena luz de la conciencia algún boceto de grandes creaciones. Nunca se le pedirá bastante que no olvide lo que hay en la ciencia de voluntad, primero, en la continuidad de la investigación, en la robustez de los avances intelectuales; segundo, en la imparcialidad ante el hecho exterior, en esa aceptación de la evidencia que aconsejaba Descartes en sus reglas de método.

Pero si no podemos pedir sabios, si no hemos de ambicionar esa *élite* que en los pueblos de gran diferenciación social dirige el proceso de las inteligencias e impone su verbo al mundo, podemos exigir de nuestra juventud mayor esfuerzo, mayor preparación, mayor conciencia y sinceridad en la obra intelectual. ¿Qué haríamos nosotros con un Fouillée, por ejemplo? Sería el más sombrío de los personajes desarraigados, ni se le podría estimular como lo exige un gran cerebro solitario, ni tendría esa legión de discípulos, de émulo, de admiradores, que es un gran factor en los esfuerzos intelectuales. Antes que nuestra nacionalidad salude la aparición de un verdadero filósofo, de un gran sociólogo, pasarán muchas generaciones. Preparemos, nosotros, los oscuros obreros de este momento de la historia nacional, la obra de los futuros reveladores; para ello, las tesis, los trabajos científicos, los análisis de libros o de doctrinas, las críticas, deben ser continuas y llenas de savia joven.

La Biblioteca de la Universidad, abierta por el esfuerzo de sus directores, es para esta dirección de la actividad nacional un gran triunfo, una fecha clásica. Una Universidad sin biblioteca es en el siglo XX lo mismo que un laboratorio sin retortas. ¿Cómo, en el centro donde se forma la ciencia, donde no se acepta la voz dogmática del *magister*, donde se analiza y se discute y el espíritu llega a la total renovación de sus cuadros mentales, no hay libros que leer, no hay colecciones que consultar? Al fin hemos salido de este absurdo régimen que para una mirada observadora haría pensar en que nuestra Universidad sólo enseña ciencia muerta, pensar cristalizado y caduco, fórmula hecha sin virtualidad interior y sin fecundidad intelectual. Y en esa Biblioteca se han reunido felizmente las obras de interés general, de espíritu filosófico y social, a las colecciones especializadas, a los libros de doctrina jurídica. Lo más

granado del pensamiento contemporáneo, los libros de Fouillée, de Tarde, de Spencer, de Worms, de Guyau, de Ribot, de Summer Maine, de Giddings, de Huxley, etc., reposan en los largos anaqueles. Imposible sería citar todas las obras de importancia actual que una mano paciente ha reunido y catalogado. Creo sinceramente que en la Biblioteca universitaria —visitada por mí muchas veces— hay doctrina y ciencia moderna, hay alimento saneado para todas las inteligencias y que el que la hubiera leído íntegramente, o siquiera en sus obras capitales, sería un joven de nuestro siglo, presionado por sus anhelos y consciente de sus direcciones filosóficas y sociales. La Biblioteca es muy rica en la sección de letras, en libros de filosofía, de estética, sociología e historia, lo es menos en obras jurídicas y económicas; pero todas las secciones progresarán si continúa el mismo celo que ha presidido a su formación y enriquecimiento.

Puede ser que sea yo muy enamorado de quimeras, pero no puedo negar mi fuerte esperanza en los efectos psicológicos de una biblioteca para el ideal democrático. Hasta hoy se ha leído poquísimo en el Perú o no se ha leído: la Universidad era la edad de los pequeños ensayos, de las lecturas de breve dosis; la vida traía el olvido de los libros, el imperio del automatismo. ¿Para qué leer si con algunas nociones rezagadas, con un saber aparatoso y solemne, con la agudeza intelectual que es el patrimonio de nuestros hombres, se alcanzan todos los renombres, se reciben todos los honores republicanos? Justo es afirmar que la lectura era difícil, que se establecía la más vergonzosa de las superioridades, la de leer, porque había muchos que no podían seguir el movimiento de las publicaciones, ni emplear sus dineros en formar privadas bibliotecas. Una biblioteca puesta al servicio de todos los jóvenes facilitará la extensión científica, la elevación de todos los que tienen talento y voluntad y producirá, a la larga, un fenómeno que saludo con aplauso: se exigirá más para ascender, se discutirán muchos títulos, caerán muchos fetiches. Cuando muchos sean ilustrados, cuando todos conozcan la misma ciencia, habrá que ser superior para surgir, se admirará con paliativos, con espíritu crítico, con prudente examen, y no se creerá en el talento del que resuelve en ocho páginas un gran problema científico.

En segundo lugar, la cultura de las nuevas generaciones será general y equilibrada, aspirará a ese integralismo que es el ideal de todos los espíritus científicos. No hay que perseguir la enciclopedia, pero tampoco hay que caer en la viciosa especialización del profesional. Hay que conocer los grandes problemas del siglo, lo que hoy se discute sobre los

intereses superiores de la especie. Refería Renán —y France repite la anécdota— que paseando por un museo, un especialista le explicó sabiamente una sección y cuando llegó a otra, dijo desdeñosamente: «No es mi vitrina». A cuántos de nuestros profesionales les ocurre el mismo fenómeno de unilateralidad. Son monstruosamente ignorantes en lo que no se refiere directamente a la vitrina, al pequeño anaquel dentro del cual han encerrado la ciencia que para ellos es el eje del mundo. Hay que extender la cultura general, la cultura humana —filosofía, sociología— para levantar el nivel intelectual de la juventud y enseñarle la tolerancia, la amable curiosidad de otros dominios, la preocupación por serios y profundos problemas.

Por último, las tesis serán mejores, y ésta es la suprema esperanza de todos los que comprenden cuánto talento se pierde en la errabunda marcha de los jóvenes, cuánta fuerza se dilapida por falta de fecunda dirección magistral. En este sentido hay mucho por hacer. Los maestros generosos —los que comprendan que tienen «cura de alma»— deben (es ciertamente un deber sólo para los espíritus privilegiados) indicar o aceptar las sugerencias de sus alumnos sobre temas científicos y ayudarlos eficazmente en la labor bibliográfica y en el cuadro general del trabajo. ¿Cómo exigir grandes esfuerzos del que no ha podido ni orientarse en la materia, del que camina a tanteos y sin disciplina científica? Mi opinión es que la Biblioteca debería encargar las obras de consulta que solicitan los alumnos para sus tesis, cuando no pasaran de cierto número, y que las Facultades deberían organizar, a semejanza de las norteamericanas, pequeñas bibliotecas donde se fueran publicando los trabajos. El día en que cada tesis sea un estudio completo, un estudio perfecto de la materia, después de leer las obras capitales, se renovará nuestro acervo científico y podremos decir que si un pueblo vale por juventud, el nuestro ha probado que es capaz de todos los esfuerzos generosos y de todas las tentativas ideales. Nuestra Biblioteca universitaria es la primera base de esta bella orientación del porvenir.

En fin, hay dos datos de la psicología del universitario que siempre me han parecido peligrosos y que una biblioteca puede reformar. Cuando ingresé a la Universidad se creía que el estudiar era estigma, se unía el concepto de universitario aplicado al de universitario torpe. Hoy ha desaparecido esa idea que se aliaba a otras no menos tristes y viciosas. Se hacía alarde de improvisar exámenes, se creía que el talento consistía en precipitar lo que los franceses llaman el *chauffage*, la preparación presurosa y superficial, coronada por exámenes más o menos felices.

Con este concepto persistente nada se puede hacer. Hoy los talentos espontáneos, los creadores, son plantas raras o repetidores de lo que otros pensaron. Para sobresalir en cualquier estudio hay que conocer su estado actual, y esto supone largas vigiliias de análisis y de lecturas. Cualquiera puede decir por experiencia propia si no siente que su cerebro crece con la lectura y el análisis, si comparando su estado mental de un año a otro, de un período a otro, no lo siente más rico, más flexible, más fuerte para nuevos estudios. Hoy el talento sin el estudio tenaz es una fuerza dilapidada.

Otra idea curiosísima, que no es sino la ingenua confesión de impotencia en la voluntad, es que aquí no se produce nada original, que nuestra literatura es copia de copias y reflejo de reflejos. Hay espíritus superiores en el Perú que hacen gala de nunca leer lo nacional (es verdad que tampoco leen lo extranjero), porque suponen que no puede enseñarles nada que no sea repetición del pensamiento exótico. Otros no quieren escribir ni publicar porque sienten que no podrán ser originales. En esto hay ridículas pretensiones, egotismos enfermizos, ambiciones de creador encerradas en almas de pigmeo.

El que nada dice es porque nada tiene que decir, el que no produce obras modestas, porque persigue siempre productos geniales, es un impotente con disfraz de modestia. La verdadera modestia, la verdadera sinceridad, está en producir y trabajar enérgicamente, en acumular esfuerzos y estudios. El proceso de la invención tiene por base la imitación: los creadores han tenido su período de imitadores. Imitar a muchos es ya no imitar y, por lo mismo, el que persigue la originalidad, como flor suprema de su esfuerzo, debe comenzar por estudiar a otros, por hacer adaptaciones, por enriquecerse con asimilaciones. Sólo así nace el producto creador. Yo quisiera que en el cerebro de la juventud se grabara enérgicamente el pensamiento humano de Goethe: todo ha sido ya pensado, sólo hay que pensarlo otra vez.

LA PREDICACIÓN DEL ANCIANO: POR IGNORADAS RUTAS¹

Aquella tarde el anciano estaba triste. En más serenos días, me había anunciado, con gesto de vaticinio, la gloria de un nuevo porvenir, la exaltación de una nueva juventud, la divina primavera de los tiempos próximos. Esta vez, vagamente iluminado por la luz de una lámpara insegura y melancólica, como en el poema de Espronceda, hablaba de la muerte, de la nada, del cristal roto de la vida. Había concluido la lectura de un libro, *Les derniers entretiens*, en el cual Renouvier, moribundo y estoico, confesaba su ansia contenida de vivir y decía cuán bello es el sol a la mirada de sus ojos pensadores que se iban a cerrar. Y silencioso, arrugando la frente agrietada y enigmática como un surco, vivía con su enervador ensueño, en aquella tarde obscurecida y solemne, donde ya vagaban, despertados por el crepúsculo, los rumores de una larga noche invernal.

Y habló lentamente el anciano, ante el tenaz requerimiento de mi curiosidad y de mi esperanza. Era otro el tono de su discurso, que había perdido la robustez de las viejas afirmaciones, la juventud de las profecías virilizadoras. Hacia el misterio y hacia la muerte iban su corazón y su pensamiento. En vano perseguía yo, con fervor de discípulo, el salmo de la vida y el verbo del futuro.

Y así dijo venciendo paulatinamente su decepción y su tristeza:

«¡Qué serena muerte la de este gran filósofo, entre recuerdos evocados de Lucrecio y nimbos de misterioso crepúsculo! He pensado en Marco Aurelio y en los estoicos, vencedores del dolor y del destino, ante estas

¹ «Por ignoradas rutas». Publicado en *Hombres e ideas de nuestro tiempo*, Valencia, 1907, pp. 213-227. [THM]

últimas páginas de Renouvier. Y es que voy filosofando, y por lo mismo, como decía Spinoza, aprendiendo a morir. Vosotros los jóvenes no podéis ver la vida con este ambiente de eternidad que exigía el judío holandés, pulimentador de vidrios y de teoremas morales. Tenéis el sentido de lo que pasa y no el sentido de lo que es: sabéis del *devenir* y no del *esse*. Para vosotros el ideal es una realidad que se hace; para mí, una utopía del pasado, una realidad que no será. Y sólo la muerte decide de los problemas finales.

«A medida que avanzo hacia ella, la rechazo serenamente, conscientemente, y amo la vida. El deseo de morir es, más que el ansia de vivir, una forma de egoísmo. Cuando nos hemos agitado y pensado y amado por largos años, comprendemos la injusticia de la universal fatalidad. ¡Ah si pudiéramos sugerir al mundo inquieto el secreto de la esfinge que nos espera más allá del Leteo! La muerte sería así fecunda y luminosa. Pero morir para renovar, ante cada tumba, el mismo misterio, sin esclarecerlo; para satisfacer, individualmente, inútilmente, esa última curiosidad de que hablaba Guyau; cuando hemos vivido ante un pasado apenas descubierto y un porvenir siempre ignorado, sin saber el secreto de las almas ni el enigma de las cosas, ¡cuán lejos está ello de todo amor y de todo altruismo! Ante la muerte deberíamos todos pedir, como el héroe de Ibsen: “¡El sol!, ¡el sol!” , porque en ese sol está la vida. Somos demasiado humanos, carne preparada por los siglos, amasada por todos los atavismos, para abandonar la vida con la fría indiferencia de un huésped inútil. Quisiéramos, al vivir, cambiar con levísima oscilación el eje del futuro; destrozarnos la sed de las injusticias acumuladas, poner una lágrima de amor y una sugestión de tolerancia en los credos petrificados, levantar, en el alma de las nuevas generaciones, el culto de la acción, de la verdad y del amor, y cuando la muerte llega a destruir con choque prematuro esta ilusión, quisiéramos decir a los que quedan la palabra afirmativa o destructora que se oculta tras la definitiva derrota, crepúsculo de todos los sueños o aurora de todas las esperanzas. ¡Oh!, la muerte es el acto final de una tragedia de egoísmos. Y ante ella, yo os pido vocación para la vida intensa y abierta. No sé qué pensar de esa vuelta eterna de las cosas que aterraba a Nietzsche: yo amo esa nueva aparición en el gastado escenario de la vida, esa sucesión sonambulesca de fantasmas enviados por los cambios de la mecánica universal. ¿Quién sabe si en la desconocida sucesión de los tiempos, en algún cielo remoto, una mínima desviación en la combinación de los átomos, un *dinamen* en el sentido epicúreo, traerá, sobre otros mundos, la perdida armonía de

las cosas, la penetración amorosa de las conciencias, la final aproximación, el equilibrio divino de lo que soñamos y de lo que somos, de la realidad y del ideal, la nueva ciudad donde todas las almas asciendan a la misma luz, donde el hombre pueda adivinar, más allá de la penumbra del misterio, la certidumbre de alguna verdad, que sirva de nexo entre la realidad y la utopía?

«Pero yo, al menos, privado como estoy de tal consuelo, quisiera morir en comunión con todas las cosas. No busco el nirvana de los budistas, yo, que soy afirmador de la vida. Aquí, en este clima sin viriles transiciones, ondulante y voluptuoso como una odalisca, el alma se adormece, bajo la monotonía enervante de la misma caricia. *Emollit animos clementia coeli*, decía nuestro viejo Unanue. Al menos, en otras regiones, se asiste a la muerte de las cosas, a la resurrección de la vida, a la madurez otoñal de la tierra fecunda. Allí la naturaleza nos enseña a vivir y a morir. Yo escogería, para el fatal aniquilamiento de mi ser, no la tristeza desfalleciente de un insano, de árboles desnudos de nieve casta, de persistente media luz, sino la fiesta de las cosas, la orgía de la luz, el primer brote de nuevas florecencias, el inquieto latido de un mundo en gestación. Para morir así, amando la vida, y superior con el pensamiento a la muerte».

Y así continuó el anciano, dominado por sombríos pensamientos, para volver después al tema predilecto de sus meditaciones, a nuestro medio, a nuestra raza y a nuestra historia. Y allí fue larga su oración, escéptica a veces, levemente optimista en sus conclusiones.

«No llevo la tristeza de mis pensamientos habituales, huéspedes obligados de mi celda de visionario, al problema de nuestro porvenir. El olvidado aliento de mi mocedad remota me agita entonces para pedirme afirmaciones consoladoras. Antes de callar, quisiera decir sinceramente un nuevo salmo generoso. Pero hay tantas miserias en la realidad, que en vano me embarco en la carabela de mis sueños. Yo os quisiera ver marchar por ignoradas rutas, y apenas vislumbro aisladas, efímeras transformaciones. Muchas veces me abandona la esperanza ante el espectáculo de la estrechez intelectual, de la intolerancia, de la vida perezosa, del fanatismo tortuoso, del materialismo invasor. Nos movemos en el círculo de tantas fatalidades históricas, automatismo incásico, inquisición colonial, vanidad republicana, que no sé de dónde podrá venir la regeneración esperada por unos y por otros, anunciada y prometida. Yo confieso mi indecisión, la vaguedad de mi esperanza, la intermitencia de mi pesimismo.

«No ignoro, antes bien, aplaudo y amo lo que se hace, en la *fama* de las cosas, en el engranaje administrativo, en la evolución de la riqueza común. Pero me inquieta esta exaltación tradicional de la apariencia, en una raza que no ahonda la vida ni sabe de su destino. En vano he consagrado tristes desvelos a nuestra historia, para saber qué hemos querido en ochenta años de existencia, contra el determinismo de las cosas y de los tiempos. No lo sé; me atrevo a sugerir que nunca hubo tal pensamiento, que nunca supimos del ideal y de sus exigencias, que hemos vivido, con existencia contradictoria e inconsciente, sin discutir nuestra herencia, aceptando las imitaciones, sin la conciencia de nuestro ser y de nuestro destino. Suprema frivolidad, desesperante inconciencia, trágica indisciplina de una historia que no tiene el sello aristocrático y la espiritualidad discreta del virreinato ni la imponente ordenación del comunismo incásico. Condenábamos la realidad en nombre de vanos y retóricos idealismos, pero nunca hicimos crítica social. Inquietos y variables, no aceptamos ni la fecunda monotonía del trabajo ni la lenta y espontánea corrección de los moldes políticos. Fuimos los eternos famélicos de los cambios decorativos, de las superfetaciones engañosas, de las agitacione algo bufas, algo trágicas, de una fantasía reñida con las imposiciones de la vida.

«Exigencia sin ideal, agitada por ensueños retóricos o por turbulencias discontinuas: tal es la síntesis sombría de nuestra historia. Y no hablo yo, anciano de añosa experiencia, de un ideal hecho de fe romántica y de lejanos mirajes, sino de una aspiración concreta y progresiva, que se impone a la realidad, sin olvido de sus limitaciones ni excesos de dogmatismo ideológico, clavados a orillas de un océano en que se preparan las batallas de la futura hegemonía, mutilados en nuestro territorio, inquietados por odios históricos, turbados por la heterogeneidad de nuestras razas, por la soledad de nuestras llanuras, por el misterio de nuestros bosques codiciados e ignotos; nada previmos antes de la bancarrota, acariciados por el engañoso privilegio de una riqueza efímera. En la vida internacional, no tuvimos la visión del equilibrio americano; en la hacienda, agotamos el crédito; en la política interior, nos dividimos en facciones bizantinas. Y así, pródigamente, sin instinto de conservación o de defensa; acumulando errores y superponiendo derrotas; improvisadores en el dominio científico; teóricos en el orden de las realidades, hemos vivido bajo el imperio del destino antiguo, mientras a nuestro lado, otros pueblos espiaban nuestra decadencia.

«¿Creéis vosotros, jóvenes de hoy, compendios de la patria futura, anunciadores de renacimiento y de grandeza, que ese ideal, sin el cual son los pueblos *clanes* primitivos y frágiles, vive ya en el alma común, y que hay algo que lo prepara en los movimientos espontáneos, en las voces de la opinión, en las direcciones del magisterio, en las afirmaciones del periodismo? ¿Sabemos adónde vamos? ¿Lo sabéis vosotros, en quienes va encerrado el misterio del porvenir? ¡Cuántos problemas va a resolver nuestro siglo en el continente nuevo! Ya no es sólo la vida nacional, con sus ensayos democráticos, con sus corrientes inmigratorias, con sus reformas políticas, la que está en juego, sino la tradición de la raza, española y latina, nuestra tierra, nuestro glorioso atavismo. Y nuestro ideal no debe ser ya sólo la determinación de propósitos inmediatos, sino la visión de un problema vasto y complejo, en que hay acciones y reacciones sucesivas, en que la previsión debe extenderse hasta los limbos de un futuro siempre alejado.

«Tal es la tarea vuestra, inmediata, severa y difícil: formular ese ideal, contra los exclusivismos del pasado, contra las abstracciones de los ideólogos. Y después unirlo conjuntamente con el don generoso de nuestra juventud no gastada, con el avance resuelto de una caravana sagrada, a la que no detiene la inclemencia de los días presentes. No hagáis de ese común propósito una nueva retórica. No deis fe a las transformaciones verbales, a la acumulación de las leyes, a los grandes programas y a las grandes promesas. No creáis que el porvenir está en la federación o en el centralismo, que son cuadros políticos, en el catolicismo o en la libertad de pensar, que son formas de la mentalidad humana. Cambiad —y esa será vuestra gloria— la tabla de los valores nacionales. No toméis la forma por la materia, la apariencia por la realidad, la cristalización de un día por la virtualidad de un espíritu eterno.

«Yo os predico tres direcciones en vuestro ideal: la tolerancia, la solidaridad, la primacía de los intereses morales. Bien sé que no puede agotarse el contenido de un idealismo fecundo; que la concreción del lenguaje no sabe expresar la interior ansiedad, el roto secreto de las almas grandes. No quiero daros un evangelio ni arrojar la exuberancia de nuestro pensamiento, en el molde medioeval de un silogismo. Os inspiro grandes motivos para vuestra armonía interior, para el desarrollo espontáneo de vuestro ritmo propio.

«La intolerancia es nuestra ceguera incurable, según la frase de William James, el gran maestro de los *ideales de la vida*. No comprendemos la originalidad de cada ser, la dignidad de otras vidas, la libertad de otras

conciencias, la espontaneidad de otros amores. Tenemos el egoísmo de la inteligencia y del corazón. Somos dogmáticos en el sentimiento, en la fe, en la moda, en la opinión, en la indumentaria, en la política.

«Sólo concebimos un pensamiento monótono, un sentimiento mediocre y nivelado, una acción sujeta a los mismos eternos moldes. Odiamos la originalidad, la individualidad, la convicción propia, el gesto nuevo, el verbo inesperado. Nunca hemos respetado lo que Emerson llamaba «la santidad de todo lo que es profundo». Amamos la libertad de pensar, sin saber pensar; profesamos una religión, sin comprenderla ni vivirla. ¡Oh ironía!

«Nuestra lógica procede por oposiciones, por extremos irreductibles, por cerrados absolutismos. Tenemos todas las tonalidades del jacobinismo, desde el negro hasta el rojo, desde el fanático hasta el radical. Somos unas veces los caballeros de la Utopía y otras, los Quijotes del sentido práctico.

«Hemos exagerado nuestro verbalismo con *clichés* y categorías de campanario. Juzgamos el mundo desde la celdilla de nuestro egotismo. Y cuando hemos estudiado un fragmento de la realidad, dogmatizamos, con la ingenua presunción de una ignorancia agresiva; nos falta el grande, el moderno sentido de la relatividad, que crea la evolución en las cosas, la tolerancia en los hombres.

«Creedme, vástagos predilectos de mi patria, realizadores seguros de mi ensueño. Cuando un viento de absoluta tolerancia y de independencia en la vida se levante sobre nuestros torreones estrechados para derribarlos en nombre de la libertad, otro espíritu fecundará nuestras tierras, otro destino se impondrá a nuestras almas. ¿Qué ha faltado a nuestra inteligencia? No el brillo, no la improvisación desordenada y sugestiva, no la asimilación flexible y dominadora, pero sí la inducción, la complejidad en la observación, la lentitud en la síntesis, la sumisión al hecho y a sus imposiciones. Jóvenes, comenzad a pensar libremente, audazmente, para hacerlo después sabiamente. Respetad la fuerza de todo credo vivido, de todo pensamiento hondo y libre. «La religión es cosa magnífica para la ciencia pura», dice el gran Harnack. *Es ist eine herrliche Sache, um die reine Wissenschaft die Religion*. La ciencia es una disciplina gloriosa, donde la sinceridad y el esfuerzo, el espíritu crítico y el ansia de certidumbre, la duda sugeridora y la inducción prudente, educan el alma para el ideal, para la razón y para la tolerancia. Separad en nuestro espíritu ambos dominios; que sólo se mezclan en unión bastarda y efímera. No confundáis la sugestión sentimental de la fe con el

toque luminoso de la razón. Sed liberales en la simpatía por toda fe rica y profunda. Pero condenad virilmente todo fanatismo agresivo, toda religión, aristocrática y exclusiva, toda creencia que, abandonando la discreta soledad del fuero interior, se lanza a conquistar el dominio civil, a cerrar horizontes intelectuales, a condenar el amor y a entristecer la vida. Envolved en sudario de púrpura a los dioses que se van, a los ideales que mueren, a todas las intrusas supervivencias de un pasado histórico.

«Y no creáis, amigos de mi senectud, simpáticos execradores de la vida, que hemos alcanzado verdades absolutas. Nos rodea el misterio, nos inquietan nuevos problemas, nos parece siempre más vasto el dominio de lo cognoscible. La juventud tiene excesiva fe en la razón; la ancianidad se refugia en el enervador consuelo de una fe no demostrada. Vosotros, creyentes o escépticos, respetad el grande, el imponderable misterio que Spencer adivinó en la reconciliación indefinidamente lejana de la religión y de la ciencia. Hay que deciros la vieja palabra de Horacio al amigo escéptico en ese drama shakespeariano, que he meditado tantas veces: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, que las que sabe nuestra filosofía».

«Y en fin, si os divide una convicción, si os separa un prejuicio, tened al menos solidaridad y entusiasmo en la acción. Que no sea la envidia el principio disolvente de nuestra vida, que esa fatal herencia de raza se aniquile en el círculo de un infierno dantesco. Yo veo en ese estigma, anciano como soy y separado de terrenales ambiciones, un signo de estancamiento o de decadencia. Es el temor a la vida, es el culto del bienestar perezoso, es el personalismo exclusivo y débil, es la suprema flaqueza de un sentimiento empobrecido.

«Y después de ahogar este germen de disolución nacional, levantad sobre todos los intereses los estímulos de una superior moralidad. Hay un fetiche que ya veo en muchos altares, donde nunca debiera quemarse el incienso de los jóvenes: es la divinidad moderna, es Mammón, el icono del oro. Yo respeto la riqueza, que es el signo y el poder de nuestros tiempos, el exponente de una nacionalidad engrandecida a la base de una regeneración poderosa. Pero odio su influencia y su prestigio en los pueblos de individualidad empobrecida. Amad vosotros la riqueza cuando se prodiga, como en la gran República de Carnegie, para unir a los hombres, para curar miserias, para educar a nuevas generaciones. Temedla, condenadla cuando es el *decorum* de una vida inútil, el instrumento de individualidades deleznales, la reserva de inauditos egoís-

mos. Sobre todo, os lo pido con el último clamor de mi alma envejecida, no fundéis la *pambeocia* que irritaba a Renan; sed guardianes celosos de la aristocracia del espíritu. No permitáis que Calibán, rebelde e inmoral, enriquecido y vulgar, ambicioso y estéril, se entronice sobre la voluntad enmohecida de la muchedumbre».

El anciano calló, agotado por el esfuerzo y entristecido por sus visiones. La noche envolvía su oración en el misterio de las sombras. Y silenciosos ambos, meditando en la gravedad de estas cosas, hubiéramos querido, como el bracman del Ganges, imponernos al destino por la fuerza de una voluntad santificada. El anciano miraba inquietamente, como impulsado por una plegaria interior, la vasta soledad del cielo obscurecido. De pronto se levantó animado por la luz de un mensaje celeste. La estrella de la tarde iluminaba castamente con leve beso de plata la nevada cabeza del anciano pensativo.

«Es hora ya de terminar —dijo— esta charla platónica, que hubiera sido bella y serena bajo los plátanos sagrados del Academo. Y hablando a los jóvenes, todo sermón laico debe conducir a la acción y a la esperanza. No sé si vosotros olvidaréis a vuestros predecesores en la vida; no sé si miraréis con sonrisa escéptica mis palabras de convencido desengaño. «Siempre que aparece una nueva generación —dice una sudra del viejo Korán—, maldice ella de su hermana, la anterior». Y yo soy de los viejos, aunque en el alma lleve el grano de una fe superior a las decepciones. Pues bien; quiero deciros el motivo íntimo de mi limitada esperanza. Creo que contra todas las fuerzas del pasado, contra todas las fatalidades del medio y de la raza, hay una energía que, presidiendo a la evolución de los cerebros, en la escuela y en la vida, impide el señorío del instinto, de la mediocridad y de la ignorancia. Ya sabéis mi fe en la educación racional y libre, activa y orgánica. De lejos, con la exaltación de mis viejos días, he podido seguir un movimiento enérgico y simpático de juventud alrededor de un maestro admirado. ¡Qué bella indisciplina, qué santo horror a la escolástica armazón del viejo magisterio, qué noble entusiasmo de una legión que me recordaba a las universidades libres y renovadas del Renacimiento! Yo también he conocido a ese maestro de alma grande, de juventud espiritual y de cerebro dúctil. Agrupaos en torno de ese director laico de vuestras conciencias, de ese gran trabajador en la lucha por la cultura. Estudiadlo y seguidlo, que con él no iréis a tierras de fanatismo, de mediocridad o de barbarie.

«Es grande vuestro deber. La democracia nacional exige una selección. Y renegaríais de vuestro pasado republicano si fundarais esa dife-

rencia en prejuicios oligárquicos o en influencias de plutocracia. Haced la selección de la cultura, de la superioridad moral y del civismo, y tendréis las bases seguras de la grandeza nacional.

«He escuchado nuevos acentos entre vosotros, y ha sido como una caricia de primavera en largo día invernal. Quiero creer que esas voces son las voces de todos. Quiero pensar que, como en la epopeya antigua, buscáis aedas que expresen el nuevo verbo de vuestras conciencias. Entonces, ¡qué pródigas consolaciones para este anciano envuelto ya en la tibieza de un sudario! ¿No sería prematuro anunciaros un nuevo Evangelio? Y sin embargo, veo ya gérmenes de un ideal fecundo. Uno de los vuestros ha analizado con arte magistral, con entristecido patriotismo, nuestra literatura y nuestra política. Voy a recoger aquí su crítica y su anhelo. «La educación política del Perú —ha dicho él— es muy viciosa, la moral muy raquítica y vacilante, pero el remedio no consiste, de seguro, en limitarse a maldecir y denigrar... En vez de arrojarnos mutuamente fango, unamos nuestros esfuerzos, y veamos si todavía se puede salvar algo de este naufragio de ilusiones y esperanzas que se llama historia de la República del Perú».² Yo creo que este joven espíritu es de los que llamaba Paul Desjardins *positum*, en un libro bellísimo sobre «deber presente», es decir, un alma que afirma y cree que tiene un ideal y una esperanza. Otro legionario que sale de vuestras filas, ha estudiado en bella lengua las consecuencias funestas del inmoralismo nietzschiano en los pueblos débiles, hostiles a toda disciplina interior. Y en páginas que tienen el lírico aliento de un Zaratrusta bíblico, un Benjamín de vuestro clan literario, ha anunciado la venida del Antropomega, realizador de la armonía humana y salvador del yo. Cuando la juventud, separándose de toda frivolidad y de todo abandono, creyente sin ceguera, optimista sin utopía hasta en tales maduras palabras del ideal y de la vida, hasta en los ancianos —creedlo, amigos generosos— renace la olvidada esperanza. Es dulce morir así con la fe en vuestros destinos, con la conciencia de que sobre nuestras tumbas se cantarán himnos de confianza, de salud y de victoria. Ya quiero el beso casto de esa amada invulnerable.

«Sobre todo, almas primaverales, olvidad los mezquinos consejos de una vanidad hereditaria. No creáis que antes de vosotros no hubo almas grandes ni cerebros fecundos. No condenéis el pasado, con injusta y enfermiza presunción. Aceptad la imperfección de un legado, que

² José de la Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente* (tesis para el bachillerato de Letras en la Universidad de San Marcos). Lima: Librería Francesa Científica Galland, 1905, p. 214. [THM]

sería superior si para ello hubieran bastado patriotismo y generosidad en nuestra historia. Tened siempre el culto de las ideas grandes y seréis dichosos, porque según la sabiduría de Maeterlinck, que sabe de la virtud y del destino, «el hombre más feliz será siempre aquel en quien la más grande idea viva con el ardor más grande». Y ese ardor amoroso para las ideas os hará superiores al dolor, a la fatalidad y a la muerte. Pondrá entre vosotros esa religión un vínculo indefinidamente expansivo, la simpatía de las ideas, que en las almas jóvenes es también simpatía de los corazones. Dejaos llevar por esa sugestión del dios que, en la teogonía de Hesíodo, preside a la generación de todas las cosas. Eros, el más bello de los inmortales; que infunde dulce languidez a los hombres y a los dioses, que doma corazones y triunfa de los sabios consejos.

«Y exaltad, con impulso indestructible, la vida, que es bella, que es santa, que es misteriosa y sublime en sus desarmonías. Amadla por el calor y por la luz y por la sombra, por el mismo ardor de tierras y mujeres, por todos los sueños de belleza que sugirió en la piedra, en la tela polícroma, en el mármol olímpico, en la armonía infinita, en el verbo semidivino; porque ostenta lirios de virtud y adelfas de pecado; porque, con la impureza de milenarios gérmenes, ha sabido ganar el corazón de Francisco de Asís y el cerebro de Dante; porque, afirmadora y soberana, levanta su propio culto contra las venganzas del destino, bajo la estéril amenaza de los cielos. Vosotros, que sois el símbolo de la vida, en su riqueza primaveral, escuchad mi último canto de convencido, que aprendí en el *Laus Vitae*, de D'Annunzio: decidlo siempre en las grandes etapas de vuestra acción y de vuestro pensamiento:

O vital' o vital'
dono dell'Immortale
.....
chi t'amò en la terra
con questo furore?

Y calló el anciano, y besé su mano enflaquecida, en la cual se agitaba la sangre del entusiasmo oratorio. Y fuime repitiendo el verso de Ovidio, nunca más cierto que bajo la persistente sugestión de una palabra de vidente: *Est deus in nobis: agitante calescimus illo*.

LA CONSTITUCIÓN PERUANA Y EL MILITARISMO¹

La Constitución, desde el Estatuto de San Martín hasta su forma actual que data de 1860, tiene un sello cada vez más democrático y liberal. Conserva el espíritu religioso, con intolerancia hacia el culto público de otras iglesias; pero hace de la religión un depósito nacional, una suerte de galicanismo. Por medio del Patronato, del régimen de los diezmos y los beneficios eclesiásticos, se ha establecido, según el ejemplo francés, una constitución civil de la Iglesia. En este sentido, la revolución es tradicionalista. Los reyes españoles tenían sobre la Iglesia, y desde el reinado de los primeros monarcas absolutos, el derecho de intervención y de posesión; en sus manos, la defensa del culto se volvía acción civil y legisladora. La Iglesia era una fuerza social, pero la debilidad jerárquica perjudicaba sus ambiciones políticas. No podía, como en Inglaterra, efectuar pacto constitucional, delimitando libremente sus fronteras. El rey protegía la Inquisición, mostrándose más católico que el Papa, su influencia tutelar impedía los conflictos, tornándose soberana y única. En una raza mística, la religión era el principio de la vida privada y social; no existía separación, diferencia o soldadura entre estos dos órdenes unidos por el fin común de la dominación y cohesión social. El «cesarismo democrático» de los reyes españoles era un principio religioso, absoluto, por lo divino; igualitario, en tanto suponía la dignidad universal de la conciencia católica. En el Perú, como en toda América y España, establecer la libertad religiosa era hacer un problema de conciencia de lo que era un instinto social, una tradición colectiva y un derecho del Estado. El individualismo debilitado reclamaba la *catolicidad*, y el absolutismo del espíritu religioso.

¹ Extraído de *Le Pérou contemporain*, París, 1907, cap. II. Utilizamos la traducción de Mari-Blanca Gregori de Pinto para la edición de Lima, 1981 (pp. 85-94). [THM]

Así, entre todas las libertades, la Constitución² no consagró la libertad religiosa. Establecía la libertad de palabra contra censura; las libertades de reunión y de fe, mas no la de culto. Basaba las relaciones entre libertad y ley en un principio flexible y vago, que permitía todos los ataques a la independencia personal: «Nadie está obligado a hacer lo que la ley no exige, ni impedido de hacer lo que no prohíbe».³ La libertad podía ser humillada por el legalismo, pero bajo una regla honesta y general este principio aseguraba el libre desarrollo individual.

Nuestra Constitución olvidaba la ideología generosa de la Declaración de Derechos; no encontrábamos alegatos o consideraciones sobre el objetivo del Estado, el bienestar colectivo, la igualdad y la libertad, fundados en la naturaleza. ¿Era esto ignorancia o reflexiva orientación de las ideas políticas? El espíritu peruano, hasta 1860, era demasiado escolástico e impregnado de fórmulas jurídicas, para renunciar a una cierta precisión en las leyes. De allí este fenómeno curioso o natural. Mientras que la oratoria parlamentaria y la de los programas políticos trasuntaba el romanticismo y la sonoridad españolas, las fórmulas legales sentaban la reflexión y el análisis. Parecería que se aplicaba la misma lógica antigua, ingenua y formal a nuevas realidades. Cuando se imitaba la retórica de la Francia revolucionaria, se caía en la vaguedad y la elocuencia pomposa; al dominar el espíritu tradicional y universitario, la precisión y la agudeza, conservaban toda su fuerza.

Así, nuestra Constitución fue una selección, a veces una adaptación y, aquí y allá, un mal plagio.⁴ Aceptó diversas fórmulas de la Declaración de Derechos: los artículos III, V, VI, VII, VIII, IX y XVII,⁵ y los principios de

² Para este análisis de la Constitución adoptamos su forma actual, que tiene cerca de medio siglo de existencia; representa la síntesis definitiva de todos los esfuerzos anteriores. Y demandaría tiempo estudiar, en un capítulo de conjunto, las etapas progresivas de nuestra Carta. Lo que decimos de su forma final es, por otra parte, aplicable a sus formas anteriores.

³ Es el mismo artículo de la Declaración de Derechos de 1789: «Todo lo que la ley no prohíbe, no puede impedirse, y nadie puede estar obligado a hacer lo que no ordena».

⁴ Villarín, el mejor analista de las Constituciones peruanas, ha demostrado acertadamente esta imitación excesiva. El artículo 5º de la Constitución de 1860 dice que «nadie puede atribuirse el nombre de soberano: el que así lo hiciera, cometerá un atentado de lesa patria». Esta regla no se aplica en Francia, en la que las Asambleas se decían soberanas y se disputaban la dictadura. Y el plagio es evidente.

⁵ Los artículos III, V, VI, VII, VIII, IX y XVII dicen: «El principio de toda soberanía reside esencialmente en la Nación; ningún cuerpo ni individuo pueden ejercer la autoridad que no emane expresamente»; «la ley sólo tiene el derecho de prohibir las acciones perjudiciales a la sociedad»; «todo lo que la ley no prohíbe, no puede ser impedido, y nadie está obligado a hacer lo que ella no ordena»; «ningún hombre puede ser acusado, apresado, ni detenido, sino en los casos determinados por la ley y según las formas que ésta ha prescrito»; «aquellos que soliciten, expidan, ejecuten o hagan ejecutar órdenes

algunos otros. Pero rechazaba lo que se llama el socialismo de esta declaración, «el bienestar común», como fin social, la igualdad sin la que «las distinciones sociales sólo pueden estar fundadas sobre el bien común» (art. 1). Esta Constitución de 1860 se inspiró en el movimiento democrático político francés anterior a la reacción termidoriana. Ignora la Constitución del año III en toda su complejidad y en la limitación del sufragio universal. Se inspira en la Constitución francesa de 1793, que es verdaderamente republicana e igualitaria. Sin aceptar el referendo popular, lo que habría sido imposible en el Perú, en razón de su cultura y el aislamiento de sus regiones, promete la instrucción, la libertad de trabajo, la inviolabilidad de domicilio y la propiedad territorial. Establece los derechos de los extranjeros sobre sus propiedades en nuestro territorio y el derecho de petición y de asociación.

Una gran parte, quizá la más importante, de la Constitución de 1860, está calcada sobre la de 1793. Ésta se refiere a las atribuciones del Congreso. El proyecto de Herault establecía estrictamente que «el cuerpo legislativo propone las leyes y emite decretos», determinando el detalle de aquéllas. Nuestra Constitución sigue estas disposiciones dando al Congreso, como en el proyecto francés, facultades especiales: para la distribución política del territorio, la declaratoria de guerra, la determinación anual de las fuerzas de mar y tierra, la ratificación de tratados, la denominación, el peso y la acuñación de monedas, la determinación de contribuciones, etc.

Sus rasgos, relativamente originales, son la elección del Presidente por el pueblo y la ratificación de esta elección por el Congreso. La dualidad de las Cámaras, con extraña analogía en sus prerrogativas; el Presidente, como jefe del ejército en caso de guerra, con un ministerio sometido a la censura del Congreso y, sin embargo, sin derecho de disolución y armado de un veto sin fuerza; la elección de dos Vicepresidentes por el pueblo; la elección de jueces y miembros de las Cortes de Apelación y los de la Corte Suprema, por el Congreso; la organización de tres poderes sin

arbitrarias, serán sancionados»; «pero todo ciudadano, citado o apresado en virtud de la ley, deberá obedecer al instante»; «la resistencia lo hará culpable», «la ley sólo deberá establecer penas estrictas y evidentemente necesarias, y nadie puede ser sancionado, sino en virtud de una ley establecida y promulgada con anterioridad al delito y legalmente aplicada»; «todo hombre se presume inocente hasta que sea declarado culpable, y si su arresto se juzga indispensable, todo rigor que no sea necesario para asegurar su persona, debe ser severamente reprimido por la ley»; «siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella, salvo si la necesidad pública, legalmente constatada, lo exija con evidencia y bajo condición de una justa y previa indemnización». Los artículos XII y XIII pueden también ser comparados con la Carta peruana.

independencia real; y, finalmente, un régimen político calificado vagamente como «republicano, democrático, representativo, fundado sobre la unidad». La imperfección de esta fórmula ha permitido a los dictadores vivir bajo la apariencia de una representación nacional. Se decían demócratas, porque la voluntad de las masas los mantenía en el poder y «fundaban la unidad» en su cesarismo.

Podríamos decir, de nuestras sucesivas Constituciones, lo que Aulard escribe sobre la Declaración de Derechos. Se les puede considerar «desde un doble punto de vista, negativo o positivo, como destruyendo el pasado o como construyendo el porvenir». Los revolucionarios la consideraban generalmente desde el primer punto de vista, como un acta de defunción del antiguo régimen, «como una barrera contra una posible resurrección de este antiguo régimen» (*Historia política de la Revolución Francesa*, 1905, p. 45). Esta importancia del primer aspecto daba a la parte constructiva cierta debilidad. De allí el defecto de estas obras lógicas y simples, fuertes contra el pasado y débiles para el porvenir.

Taine escribía que Francia fue la obra maestra del espíritu clásico (*Los orígenes de Francia contemporánea*, p. 220). La claridad, el orden cartesiano y la flexibilidad de la abstracción eran las dominantes en esta soberbia creación de un molde social. La Constitución era armonía, un todo continuo y lógico, sin la irregularidad y complejidad de las cosas. El Perú republicano, creado por gesto único de la autocracia, de acuerdo a la tradición clásica, fue más bien una obra maestra del romanticismo. Existía un divorcio entre la forma perfecta y acabada de la Constitución y de las leyes políticas, y el carácter del país. La libertad, conquistada prematuramente, debía producir efectos de disolución. Una anarquía general que escondía un espíritu inquieto y batallador, un impulso hacia todas las libertades, la espontaneidad lírica, el horror por la ley y la tutela, destruyendo los poderes para luego aceptar la dictadura. La inconstancia, la indisciplina, el culto de la forma y el verbo, la sonoridad y el entusiasmo se convertían en los rasgos de esta gran movilidad política. La libertad destruía el orden y era indecisa y perturbadora.

Al mismo tiempo, las grandes características del romanticismo, es decir, la ambición de perfección y del culto por lo absoluto, el desprecio y el disgusto por las realidades de las formas existentes, favorecían al espíritu revolucionario. El siglo XIX presenta, tanto en Europa como en América, las mismas características de revolución y de sacudida interna y profunda. La realización del nuevo ideal de 1789 exigía la disolución de

las fuerzas tradicionales y la organización de realidades diferentes; en resumen, era una crisis perpetua de organización.⁶ Y en los países sudamericanos, el paso abrupto del absolutismo a la libertad produjo una agitación más fuerte en los primeros momentos de su historia. En Argentina y en Chile, el problema político era más complejo que en el Perú. Argentina tenía dos tendencias políticas que se contrabalanceaban; la unidad y el federalismo, la centralización y la autonomía regional. La lucha entre estos dos ideales producía las crisis y la dictadura, pero se afirmaba progresivamente una base más sólida para la organización definitiva, gracias al individualismo provincial. La riqueza agrícola ligaba los hombres a la tierra, constituyendo una garantía de paz interna. Aquí la centralización francesa no podía ser más que una teoría sin porvenir. En Chile, la oligarquía formada por Portales encauzaba la marcha hacia la demagogia, y la democracia del sufragio encontraba así fuerte correctivo a sus tendencias anárquicas. La igualdad no podía progresar en un país en el que dominaba una gran desigualdad de clases.

El Perú se resistía débilmente a la imitación francesa. La nobleza debilitada no era un núcleo de acción política. La autoridad del virrey era una especie de delegación; las bases de la oligarquía o de la monarquía eran inexistentes. Durante un siglo, nuestra política seguiría la dirección de la acción francesa. Y se produjo la revolución de 1848, la que, sin embargo, no encontró imitadores. El ideal social y humanista siguió siendo desconocido por los herederos de la Revolución. Existía inquietud por la democracia y la lentitud de su avance. Preferíamos Lamartine y Benjamín Constant a Louis Blanc y Proudhon.

Las revoluciones tenían un tinte político pero nunca social. Pasaban rápidamente, provocando efímeras popularidades, sin producir grandes desgarramientos. Su razón de ser era más individual que colectiva. El militarismo, fenómeno general, las creaba y recreaba sin cesar. Bolívar había dicho al abandonar América, a la que dominó con toda la fuerza de su genio, que la presencia de un soldado afortunado, por desinteresado que éste fuera, es siempre un peligro para un pueblo joven en la libertad. Esta frase profética fue la fórmula para todos los movimientos revolucionarios. Un puñado de soldados que había alcanzado fama en la época de las guerras de la Independencia usurpaba el poder sacrificando todas las libertades.

⁶ Seignobos ha escrito que el siglo XIX fue una época de revoluciones internas. Ver *Historia política de Europa contemporánea*, p. 792.

El militarismo era una fuerza necesaria en los inicios de la organización republicana, y más aún tras la conquista de la libertad. Spencer ha demostrado que el militarismo es una fuerza defensiva del organismo social, como elemento de concentración primitiva y autoritaria (*Principios de sociología*, trad. Caselles, t. III). Cuando las diversas nacionalidades americanas no estaban aún definidas, y los caudillos se disputaban la herencia de la independencia, había que oponer fuerza a la fuerza; por lo tanto, un fuerte militarismo era necesario. Estallaban guerras entre los pueblos y los ejércitos se volvían más poderosos. Pero, con el tiempo, estos enfrentamientos fueron disminuyendo y el instrumento militar de conquista y de defensa disminuía su utilidad nacional. Sin embargo, seguía existiendo, pero para nuevas funciones; la guerra externa daba tregua a las revoluciones.⁷

El militarismo no quería ser sobreviviente inútil y se transformaba en fuerza de disolución interna. Para dominar la anarquía se recurrió al ejército; y las revoluciones generalmente oponían dos caudillos, dos generales ambiciosos del poder. Momentáneamente, el militarismo creaba el orden, para luego destruirlo en otra lucha personal. He aquí nuestra historia durante más de medio siglo.

Las fuerzas conservadoras de la sociedad y las energías tradicionales estaban descartadas de este inquieto y tumultuoso movimiento. El militarismo no tenía las mismas características que las antiguas monarquías, en las que su alianza con el sacerdocio le daba características de sagrado e inviolable. Constituía una fuerza democrática y popular; y en este sentido era un elemento de constitución republicana.

Existen diversas causas que justifican el éxito vicioso de las revoluciones. Las costumbres militares y las camarillas formadas en la guerra de independencia buscaban una mayor expansión. La autoridad constitucional, la monotonía de la vida cotidiana, eran un marco estrecho para los caudillos militares, ávidos de autocracia sin control. Se quería, aun en tiempos normales, una fuerte dominación e indisciplina revolucionaria.

⁷ El profesor Seignobos, en su curso de la Sorbona, ha explicado en acertada síntesis, la causa de las revoluciones americanas: «El pueblo, hasta entonces mantenido al margen de toda la vida pública —escribe— no tiene ninguna experiencia política; los indios están habituados a obedecer al clero y a los propietarios; los mismos criollos no tienen otras ideas políticas que las que han tomado de los libros o en Europa; todo su bagaje se reduce al francés y fórmulas. Una multitud de jefes, que la paz ha dejado desocupados, hacen la guerra interna, y están orgullosos de su rol y llenos de ambición; pueden encontrar entre sus antiguos camaradas de armas todos los elementos para las luchas internas. Las dos condiciones, pueblo ignorante y caudillos desocupados y ambiciosos, han dominado hasta 1860 la vida política de los nuevos Estados». En *Revista de Cursos y Conferencias*, año XI, 1902-1903, t. II, p. 658.

ria. Había demasiados caudillos y generales en los comienzos de una organización difícil y débil. He aquí la primera explicación de las revoluciones. Por lo demás, los civiles, indolentes y muelles, aún imbuidos de las costumbres coloniales, no ofrecían resistencia a las peleas de cuartel. Seguían a los caudillos en una cacería ambiciosa por obtener sinecuras. Es así como el ocio colonial favoreció las revoluciones. Se buscaba vivir apaciblemente en la burocracia: eran necesarios nuevos puestos para una burguesía dilapidadora e indiferente. Un nuevo móvil psicológico, la ambición de llegar y aparecer, que había sido frenada bajo el antiguo régimen, en el que existían privilegios sólo para los españoles, se convertía en el elemento dominador de la naciente República. El aliento igualitario derribaba la separación entre las antiguas clases y, el encumbramiento social no selectivo forzaba el movimiento revolucionario. Finalmente, la política se había convertido en discusión y crítica, sobre la que se cernía el idealismo generoso de la raza. El perpetuo alumbramiento de ideas, proyectos, ensayos reformadores, y de objetivos aventurados, perturbaban la estabilidad del orden y de la paz.

Y no sólo la paz y el orden, sino también el alma nacional, se resentían de esta inestabilidad en la vida política. ¿Cómo llegar a la idea de lo relativo, a la aceptación de reformas parciales sucesivas? ¿Cómo dar a la conciencia nacional el sentido de la evolución paulatina de las cosas, si las revoluciones oponían permanentemente la promesa de regeneración total y absoluta a las esperanzas defraudadas? ¿Cómo fortalecer los caracteres suscitando el individualismo en un ambiente en el que la tutela política imponía la uniformidad a los espíritus y en el que la codicia por el poder debilitaba las almas?⁸

El militarismo favorecía el espíritu nacional en su amor por la exteriorización brillante y la apariencia vanidosa. Comportaba también la herencia caballeresca y heroica de la raza dominante, ahogando en sus inicios el oscuro instinto de las masas. Constituía la única energía floreciente, en tanto que las otras formas de vida se desenvolvían en un estado de indecisión y parasitismo.

Este régimen estéril sólo tuvo un momento de acción interior y fecunda para la vida republicana, entre 1845 y 1851 y entre 1858 y 1862,

⁸ En estos ensayos encontramos todos los elementos del espíritu jacobino analizado por Taine. «Las dos raíces del espíritu jacobino —escribe— son el amor propio y el razonamiento dogmático... Su principio es un axioma de geometría política, que tiene en sí mismo su propia prueba... El hombre en general, los derechos del hombre, el contrato social, la libertad, la igualdad, la razón, la naturaleza, el pueblo, los tiranos; he aquí estas nociones elementales... Como lenguaje: es una metafísica de pedantes, propalada con un énfasis de energúmenos». En *Los orígenes de Francia contemporánea*, t. V, pp. 12, 23 y 25.

bajo la acción de un espíritu superior y autoritario. Castilla, general y hombre de Estado, improvisador genial y político previsor, logró el sueño de igualdad con la liberación de los esclavos; fortaleció el orden mediante la codificación; avizoró la importancia del Oriente y quiso conquistarlo; convirtió el poder en más fuerte y durable; favoreció el esfuerzo científico y el trabajo, y contrarrestó el ideal oligárquico de Vivanco. Poseía la ambición generosa de Bolívar, así como el espíritu de continuidad, el equilibrio y serenidad republicanos de San Martín. Su esfuerzo de concentración se desarrolló aisladamente, desapareciendo rápidamente en los enfrentamientos de nuevas revoluciones. La solidaridad cuyos lineamientos había trazado, obedeciendo a la igualdad de las condiciones civiles, no podía lograrse sino con la independencia individual y una cooperación fundada sobre el trabajo y la acción. Y era el militarismo el que precisamente se oponía a toda organización de las energías nacionales.

Asimismo, impedía toda diferenciación en objetivos y aptitudes, toda división de trabajo. La homogeneidad de la función pública teñía de fuerte monotonía el espíritu nacional. La improvisación era dominante y, por tanto, no se beneficiaban la especialización profesional ni la capacitación práctica. Existía una separación radical entre el ideal republicano y la realidad, entre las doctrinas individualistas y los hechos.

LA EDUCACIÓN EN EL PERÚ DEL NOVECIENTOS¹

Si bien la religión ha tenido siempre características de una presión secreta, de una influencia sentimental y casi subconsciente, la educación en sus avances quiere formar una clara conciencia de la nación. Desde la independencia, las primeras Constituciones establecían la educación obligatoria, la protección del Estado sobre las escuelas, la difusión de lo que los revolucionarios llamaban «las luces de la razón». Su esfuerzo fue siempre inconstante, irregular, sin método ni ideal nacional. El modelo de educación clásica francesa fue el molde uniforme; durante los primeros años de la República se quiso seguir el sistema Lancaster en las escuelas normales. La imitación fue —desde todo punto de vista— excesiva, sin considerar la psicología nacional, sin experiencia y sin un plan reflexivo y científico: copia de programas, traducción de textos e inclinación pasiva. No se hizo adaptación ni depuración. Privada de esta selección, la educación cambiaba, cada cinco años, de plan y sistema, marchando sin objetivo ni lógica, titubeante, en perpetuo verbalismo. Tuvo grandes defectos: la pasividad que favorecía la pereza de la raza; la uniformidad, que olvidaba las diferencias étnicas, la diversidad del territorio y aun la variedad de climas; la ausencia de carácter educativo; la imitación francesa, sin método ni objetivo.²

Tras titubeos y la dirección desarticulada de la educación republicana, en 1876 apareció un reglamento preciso, completo y novedoso en

¹ Extraído de *Le Pérou contemporain*, París, 1907, cap. V. Utilizamos la traducción de Mari-Blanca Gregori de Pinto para la edición de Lima, 1981 (pp. 218-226). [THM]

² Además de la influencia francesa, hemos tenido maestros alemanes que han dirigido la educación de algunas generaciones distinguidas. Éstos son Contzen y Leicher. El primero era un erudito, un profesor de gimnasio; conocía a fondo la literatura y las ciencias. El segundo fue un verdadero maestro, con orientación pedagógica. En sus escritos tiende hacia la educación del carácter y tiene un sentido kantiano de la moralidad y del deber.

sus planes, el que dio un carácter definitivo —de tipo francés— a los colegios.³ Era la primera imitación científica, aunque excesiva y verbal, de un gran plan europeo. Debido al carácter de asimilación y análisis del peruano, esta educación de base latina era una gran reforma. Pero se necesitaban maestros que buscaran y aplicaran el espíritu de los nuevos programas. Dominaba un cierto fetichismo por la ley, el texto y el programa. La instrucción, que antes de este reglamento era débil y superficial, se tornó integral y enciclopédica. Estas características favorecieron las inclinaciones viciosas del país: la vanidad, la retórica, la improvisación sin disciplina ni esfuerzo. Desde entonces, al cambiar los programas dando nuevas orientaciones al memorismo reinante, creíamos progresar en las ciencias de la naturaleza y de la vida. En vez de cerebros bien formados, hubo cerebros llenos, grandes máquinas de palabras. Comprendimos, al revés, el profundo consejo de Montaigne.

Después de veinticinco años de esta orientación, un cambio en la opinión, costumbres y dirección de la vida nacional impuso, no sin esfuerzo, nuevas modalidades en la educación. En 1901, una nueva ley para los colegios, debida a la sabia iniciativa del profesor Deustua, se acercaba a la instrucción secundaria norteamericana de las *high schools*. Las corrientes económicas e industriales, más seriedad y menos retórica en la vida, un sentido más agudo de la realidad, el horror a una pseudo-ciencia audaz y estéril, eran los elementos que se conjugaron en esa ley reformista. La oposición para que se aplicara fue encarnizada. No se quería renunciar al enciclopedismo, se quería saber y experimentar todo, sin un verdadero sentimiento de profundidad y verdad. El antiguo sistema escolar exigía seis años para aplicar programas amplísimos. El nuevo sistema reducía esta instrucción a cuatro años de preparación común y dos de especialización, la que se realizaba en las Facultades de Letras o Ciencias, según profesiones o inclinación. Asimismo, el estudio escolar quedaba restringido a los grandes principios, a la ciencia necesaria, a las generalidades que permanecen como semilla en un espíritu formado en la crítica, el análisis y los métodos activos de educación. La rutina provocaría el fracaso de esta reforma. Sin acortar los programas, se marchaba hacia el absurdo, estudiando los mismos textos en períodos más cortos. Ahora, tras larga indecisión, el nuevo modelo se impone. Y esperamos que los nuevos maestros —pioneros del nuevo ideal— lleguen a la

³ Después de esta reforma, el gobierno de Pardo llamó a profesores extranjeros. Y un escritor francés, bastante conocido por sus traducciones de Fiore y por su obra, Pradier Foderé, crea en Lima la Facultad de Ciencias Políticas, según el modelo de la Escuela parisina fundada por Taine y dirigida por Émile Boutmy.

búsqueda de lo esencial en educación, a fin de hacer más intenso, flexible y verdadero el régimen de la instrucción secundaria.

Los mismos defectos que Le Bon encontró en la educación francesa —el culto a la memoria, el olvido de la observación y la práctica⁴— se dan actualmente en la educación peruana. Ni el sentido de la historia, ni la lenta y minuciosa observación, ni el empuje de una filosofía fuerte y profunda, existen en el marco monótono de una educación bizantina, separada de los hábitos escolásticos del período colonial para quedarse en el ambiente inflexible del clasicismo, de una retórica caduca y de una filosofía añeja (rancia y trasnochada). Estamos obligados, gracias a esta insuficiencia educativa, a rehacer personalmente y en desusado esfuerzo nuestra instrucción secundaria. De allí los esfuerzos de educación individual, que no llegan sino a formar individualidades incompletas. Ni la curiosidad, ni el esfuerzo, ni la reflexión sobre las cosas son productos de un sistema que tiene todos los defectos de una limitación, sin las virtudes de la adaptación científica.

La preparación especial en las Facultades universitarias de Letras y Ciencias ha tenido más éxito. Es ya un poderoso elemento de reforma, una fuerza viva en el viejo organismo universitario. Patria de doctores, nación de mandarinazgo político, en la que los abogados han sido siempre dueños del gobierno, los directores de la máquina administrativa y fiscal, nuestra nación está actualmente formando para el futuro espíritus más abiertos y científicos.

El espíritu jurídico, abstracto y formalista, y una cultura unilateral y estrecha fueron otrora los defectos de esta hegemonía de litigantes y de hombres de foro. Ser abogado era ser político, legislador, financiero o crítico de presupuesto. Los estudios filosóficos y de ciencia social e histórica figuran, de ahora en adelante, en la preparación para estudios jurídicos. En la antigua Facultad de Derecho, los nuevos programas consideran la sociología y el estudio de la evolución de las formas jurídicas,⁵ y a pesar de que la reforma es reciente, encontramos ya nuevas orientaciones en la juventud universitaria.

La Universidad tiene una tradición escolástica, ya que en sus inicios su educación fue enclaustrada y jesuítica. En un tiempo fue renova-

⁴ Ver *La psicología de la educación*, que critica los vicios latinos más que los franceses. El autor opone constantemente el tipo anglosajón al método francés.

⁵ Esta orientación es notoria en el curso de Filosofía del Derecho, de Villarán, el que se inspira en todos los nuevos aportes de la sociología y de la filosofía positiva. Apunta hacia un positivismo amplio, complementado por un idealismo profundo y, por esto, recuerda la escuela italiana de Derecho y al gran maestro Icilio Vanni.

dora y liberal; pero hoy en día, tras un siglo de vida independiente, la institución venerable por su antigüedad y la nobleza de sus tradiciones, primogénita de Salamanca, conserva la rigidez de la vejez y la lentitud en sus reformas. Muchos de los esfuerzos de renovación y de dotarla de nuevo espíritu han fracasado. No sólo las ideas son anticuadas, sino los métodos y organización de los cursos, que tienden hacia la rutina, favoreciendo la quietud intelectual. No posee la unidad francesa en la que los colegios integran un sistema extendido y organizado. Separada de los grados inferiores de instrucción, y a pesar de ser su culminación, no sabe dirigir ni coordinar sus esfuerzos, ignorando su misión nacional. Asimismo, su influencia es nula como fuerza educativa. Sin ideal republicano, sin espíritu de progreso, demasiado ligada al pasado, sólo brinda una instrucción incipiente y primitiva. Mitad escolástica, mitad moderna, no se perciben rasgos definidos ni direcciones fecundas.

Felizmente, encontramos un fermento, una inquietud interna, pero poderosa, que parecería actuar en nombre de nuevas ambiciones nacionales. Una generación de nuevos maestros intenta destruir modelos ya prescritos. Su acción, en doble sentido, converge en un objetivo común: el espíritu nacional y el espíritu científico. Separada por un extraño muro de la actividad del país, actualmente tiene un objetivo que se define cada vez más, hasta convertirse en idea-fuerza. Es un ideal democrático y liberal, una continua reflexión de la ciencia universitaria sobre las realidades circundantes de la vida, una crítica de la actualidad social y política, sin los prejuicios de camarilla cerrada. Es la preparación del futuro mediante un esfuerzo nacional. Añadamos a esto las características del espíritu científico, un positivismo más o menos difundido, un ensayo de nuevos métodos, un verdadero «modernismo» intelectual, un análisis y adaptación de los nuevos logros científicos de Europa. Conocemos y seguimos —sin reservas ni objetivos unilaterales— todas las corrientes intelectuales.

Un gran maestro, por su brío y ciencia más que por su fuerza conductora y su contacto con la nueva juventud —Alejandro Deustua—, nos recuerda la labor de los maestros franceses; como un Lavisse o un Liard, ha inspirado esta renovación, en la que Javier Prado a través de su notable tesis de filosofía y de una activa enseñanza ha sido, desde 1891, actor brillante y generoso. Asimismo, a través de iniciativas individuales, siempre tendentes hacia la renovación, jóvenes maestros como Odriozola, Prado, Villarán, Olaechea, Manzanilla, Cornejo, contribuyen —en bella emulación— al renacimiento de la educación universitaria.

Preconizando métodos activos, despiertan el pensamiento y la crítica. El imperio de las fórmulas, las estereotipias científicas, la repetición y la memorización infecunda parecen haber terminado para siempre.

En una etapa de nuestra historia, la acción de los maestros fue viva. Herrera, Gálvez, Lorente y Valdivia actuaron intensamente sobre la juventud, formando doctrinarios y liberales. Esta influencia de algunos maestros ilustres fue a veces excesiva, formando individualismos demasiado exclusivos y definidos. La época en la que la libertad y la discusión eran mediocres y las orientaciones del pensamiento casi uniformes en cada sentido, creándose un marco monótono: liberal o conservador; una lógica rígida, el condicionamiento intelectual, aun la novedad de algunas doctrinas más predicadas que enseñadas por un grupo de eminentes maestros, amenazaban sojuzgar los espíritus. Las actuales influencias son mucho más libres y sugerentes. Una mayor libertad, el conocimiento más extenso y variado y una cierta soltura en la discusión han cambiado el carácter de la acción de los maestros. Estimulan y favorecen, mas ya no dominan los espíritus.

* * *

La instrucción primaria, siempre reducida al mínimo, al arte de leer y escribir, al cálculo elemental y a la doctrina cristiana, ha sufrido profundas modificaciones. Las escuelitas diseminadas en el país, incapaces de realizar el deseo republicano de instrucción obligatoria con maestros ignorantes y mal retribuidos, tenían el aspecto de pequeños cuarteles en los que debía marchitarse la juventud popular. La escuela no tenía ideal: era ambiciosa en los programas y nula en sus resultados. No se encontraba nada serio: ni especialización esmerada, ni cultura democrática, ni espíritu moral y cívico. La inexistencia de Escuelas Normales era una de las causas de esta lamentable limitación. Encontrábamos, formados en prácticas deficientes, repetidores sin cultura y a veces sin conciencia, en esta escuela convertida en humilde, vergonzante y banal. En cuanto a los aborígenes, su ignorancia era y es todavía más acentuada. Dominados por un régimen que desconocen, en estado servil bajo la autoridad feudal del *cacique* y conducidos por dos autoridades —religiosa y política—, en audaz objetivo de explotación, forman una colectividad marginada dentro del contexto nacional. Son los *capita minora* de la tutela política. También la instrucción del indio es un ideal que jamás ha considerado la realidad.

Actualmente, comenzamos a reaccionar tenazmente contra este régimen de servilismo, de mediocridad educativa y de ignorancia. La política actual tiene dos características: es económica y educadora. La reforma de la instrucción primaria es completa y real. Hemos centralizado el servicio antes brindado por las comunas, fundando una Dirección de Educación Primaria, inspirada en el modelo francés, lo que se ha acompañado del incremento del número de escuelas, la intensificación de la preparación escolar y la creación de Escuelas Normales. Hoy en día, hay más niños a educar en escuelas de construcción moderna, alegre e higiénica; más maestros formados en los métodos pedagógicos modernos, portadores del mismo ideal para todas las escuelas peruanas. Los programas han sido reestructurados en un plan más práctico y racional. La escuela se acerca al tipo francés de enseñanza primaria superior. Maestros extranjeros —en su mayoría belgas— son el centro de este movimiento inmediato y total de reformas. Por lo tanto parece que, en la culminación como en la base —en la universidad y en la escuela—, hay una notable transformación destinada a un nuevo y glorioso futuro.

Igualmente, un ensayo de instrucción profesional e industrial y práctico, adaptado a las necesidades locales, diferente en cada región, es algo más que una esperanza de educación especial. En un país en el que la dirección positiva e industrial está constantemente extendiéndose e intensificándose, en el que la mano de obra es buscada, pero rutinaria e ignorante, el exceso de bachilleres atenta contra el equilibrio de la actividad nacional. Una educación con objetivo práctico y especial que sea una preparación general para la vida, así como una formación para el taller o el campo, para la labor material y cotidiana, es una necesidad tan perentoria como la de la enseñanza primaria. Hace más de treinta años que una Escuela de Artes y Oficios —desafortunadamente efímera— inició este tipo de instrucción. La tentativa se renueva en un sentido más amplio. Finalmente hemos comprendido que «la habilidad técnica, que otrora fuera producto de una habilidad especial, más bien mecánica y manual, exige actualmente inteligencia y conocimientos».⁶ Los cursos prácticos de electricidad, de mecánica, dibujo, una escuela especializada de agricultura y un aprendizaje derivado de la observación, brindados en escuelas equipadas con material moderno y completo, son la contraparte científica del desarrollo de las fuerzas económicas del país. Todavía no conocemos, en ausencia de experiencia bien conducida, las

⁶ A. Millerand, «La enseñanza técnica o profesional», en el libro *Enseñanza y democracia*, París, 1905, p. 174.

facultades de invención del peruano, ni su capacidad de producción. A partir de ahora, el problema está planteado y la instrucción profesional aportará la solución necesaria para una acción futura.

Sería mucho pedir a la universidad y a la escuela, a la enseñanza de colegios y establecimientos profesionales, que nos dieran una orientación consciente o un ideal; no llegaríamos a descubrirlos. Hemos imitado sin depurar y sin objetivo definitivo; hemos reunido miembros dispersos, sin preocuparnos de la coordinación o de la lógica. ¿Cuál es el espejismo obsesionante, el objetivo de todos los esfuerzos? ¿La formación de una aristocracia intelectual, de una república centralista, de una democracia predominante igualitaria, de una oligarquía fundada sobre los escombros de las familias patricias, de una nación industrializada, de un país regionalista de espíritu local, de religiosidad ingenua y tradicional? No sabríamos decirlo. No tenemos ideal ni orientación deseada y organizada, sólo encontramos una marcha inconstante que obedece a la fuerza de la tradición. El precepto latino y católico es el trasfondo de esta tradición. El progreso escapa a esta fuerza arraigada e inquietante. Tenemos mucho por hacer para terminar con sus duraderas manifestaciones. Tendemos, todavía y por largo tiempo, al autoritarismo, la ausencia de sentido crítico, la ideología absoluta, las verdades tradicionales, la retórica hueca, el gusto superficial por la imagen y la forma caducas.

LAS CORRIENTES FILOSÓFICAS EN AMÉRICA LATINA¹

En los primeros años del siglo XIX, la América Latina, desde México hasta el Plata, conquistó su independencia política, una verdadera libertad comercial, y cierta autonomía intelectual. Las corrientes actuales de la especulación en los países de tradición española derivan, necesariamente, de ese primer hecho radical: la fundación de la libertad política, la declaración más o menos absoluta de los derechos humanos, la constitución de repúblicas en toda la extensión del continente.

La época anterior a esta transformación política se señala por la dependencia en todos los órdenes de la vida, representada por la Inquisición. Son tres siglos transcurridos bajo la dominación de España: al principio, época de indisciplina y de lucha; luego, de colonización; por fin, de quietud intelectual y moral. Es nuestra Edad Media.

Domina el dogma católico; se establece la Inquisición; una escolástica de decadencia se impone en las universidades; la curiosidad intelectual se gasta en obras de erudición poderosa, en disputas bizantinas y comentarios de viejos textos estrechos y excesivos. La filosofía dominante es la de Duns Escoto, más que la de Tomás de Aquino; es una sutileza ideológica, un ejercicio dialéctico en el vacío. La moral no es sino una consecuencia del dogma, cada vez más desprovisto de eficacia religiosa y moral. Hay que agregar la influencia de Suárez, el teólogo español, representante de una escolástica todavía poderosa, y a veces original.

Sin embargo, es curioso observar que ninguna de las manifestaciones de la filosofía española libre del dogma (criticismo de Luis Vives, platonismo, cartesianismo de Gómez Pereira, escuela del derecho natu-

¹ «Les courants philosophiques dans l'Amérique latine». Comunicación presentada al Congreso de Filosofía de Heidelberg, en septiembre de 1908. Utilizamos la traducción de Pedro Henríquez Ureña para la edición en la *Revista Moderna* de México (1908). [THM]

ral de Vitoria) obra sobre el pensamiento de las colonias españolas, cuya libertad intelectual es mucho menor que la de España. Sólo a fines del siglo XVIII se conocen y comentan en las publicaciones de la época las doctrinas de Descartes y de Newton: por ejemplo, en el *Mercurio Peruano*, de Lima. Pueden señalarse también, en los doctrinarios de la política española, particularmente en su actitud respecto de los indios, algunas novedades intelectuales, la aparición de algunas ideas de derecho natural. Pero no hay en todo este movimiento ni originalidad ni autonomía.

Con la revolución de 1808 a 1824, con las doctrinas de libertad política, con la autonomía constitucional, se hacen sentir nuevas corrientes de influencia intelectual en la América, libre ya de la tutela española. La *Enciclopedia*, la filosofía política de Rousseau, las ideas de religión natural, teísmo político, derechos del hombre —en suma, la acción intelectual de la Revolución Francesa—, se propagan en todos estos países que se organizan y que buscan reglas de política, después de un movimiento de liberación, que fue, como el de Francia, una reacción contra el poder absoluto y la oligarquía deprimente. Aquí y allí, pero débilmente, penetra el pensamiento de los creadores de la independencia en la América anglosajona: Washington, Jefferson, la moral simplista de Franklin.

En los años que siguen a la independencia, todo el pensamiento se orienta hacia la política, y las influencias francesas predominan. El liberalismo de Benjamín Constant y el doctrinarismo de Guizot luchan o se imponen en todas partes. En folletos y libros se comentan doctrinas que al mismo tiempo se trata de llevar a la práctica, con tanteos a menudo estériles. En el orden del pensamiento puro, la influencia de Cousin y el eclecticismo comienzan hacia 1850, y se extienden, con la acción ejercida por los libros de Saisset, de Paul Janet y de Jules Simon, hasta fines del siglo.

Deben señalarse, sin embargo, algunas influencias inglesas, y la acción, muy restringida, de los ideólogos franceses, de Cabanis y de Laromiguière. En la escuela escocesa de Reid y de Dugald Stewart, se forma un pensador eminente, hijo de Venezuela: Andrés Bello, que preside la vida intelectual de Chile. Su espíritu de análisis, su fuerte lógica, su psicología un tanto abstracta, pero penetrante y segura, le dan influencia original sobre la marcha de las ideas, acción variada y profunda. Aplica el análisis inglés a los principios de la gramática, a las leyes del lenguaje, a la lógica, a los códigos, al derecho internacional: es siempre un filósofo de la escuela anglosajona, con su *common sense*, su estoicismo moral, su análisis apretado y poderoso. El argentino Alberdi recibe, como él, la influencia inglesa, pero más bien en las doctrinas políticas y socia-

les; mientras que Sarmiento, en el mismo país, representa, por la mejor parte de su espíritu y de su influencia, la tradición latina.

Esta corriente inglesa es de importancia inferior, si se la compara a la influencia ejercida por Francia en las ideas y en las costumbres. Pero hay que confesar que los únicos esfuerzos de especulación pura se informan en la corriente inglesa; la acción de la filosofía francesa se ejercía principalmente sobre la idea del Estado y del derecho, sobre las libertades políticas y civiles, sobre el progreso indefinido y los derechos naturales. Y a través del romanticismo, poético y literario, una dirección espiritualista se advierte en las obras de la época. El humanitarismo, la filosofía del progreso, las ideas morales de caída y redención, el poder del ideal sobre la inercia de las cosas, sobre las fatalidades históricas, se convierten en ideas poéticas. Olegario V. Andrade, el poeta argentino, es de ello ejemplo notable.

Al mismo tiempo se observa en todas partes la formación de doctrinas laicas contrarias a los dogmas. Las luchas políticas son muchas veces luchas de ideas, choques entre la tradición y el liberalismo; y se notan siempre, en las polémicas, ideas filosóficas de origen generalmente francés. Tres nombres notables en este respecto deben citarse: Vigil en el Perú; Montalvo en el Ecuador; Bilbao en Chile, sin olvidar a Juárez mismo en México, aunque su acción haya sido principalmente política.

El pensamiento filosófico, desde la era de la independencia hasta 1875, y aun después, es, como se ve, pensamiento romántico y liberal, de origen francés, templado apenas por la influencia de Guizot, de los ideólogos y juristas franceses y de los analistas y lógicos ingleses. No hay sino una excepción que señalar: la acción, muy limitada hasta entonces, del comtismo. En el Brasil, Benjamín Constant y su escuela ejercieron influencia real, intelectual y política; en Chile, Lagarrigue, uno de los discípulos fieles del comtismo integral —bien distinto del de Littré—, explica y defiende su doctrina sin éxito positivo; en México, la *Revista Positiva*, de Agustín Aragón, que defiende las mismas ideas, ha tenido una curiosa vitalidad.

Sin embargo, el positivismo, a fin de cuentas, debía conquistar la América más que ninguna otra doctrina filosófica. Sería riesgoso querer determinar las causas de esta influencia, tan poderosa en México, en el Brasil, en Chile. Hubo seguramente una reacción contra un modo de pensar algo verbal y difuso; hubo también condiciones de progreso material, que encontraron en el positivismo un marco para la vida nueva; la aceptación de esta filosofía se explica también, en algunos países, Méxi-

co y Chile por ejemplo, por características nacionales de disciplina política, de visión concreta y de voluntad.

El positivismo simbolizaba también el culto de la ciencia, la supremacía de la razón, el laicismo a ultranza, de que estaban enamorados estos pueblos jóvenes. El camino había sido preparado, no sólo por el disgusto de las filosofías oficiales, sino también por el materialismo, que abiertamente reinaba en todos los estudios científicos.

Hasta hace poco, el positivismo de Spencer, más que otro alguno, imperaba todavía en las universidades y ejercía a menudo un verdadero despotismo intelectual. Si su metafísica y su psicología no son muy conocidas, no sucede lo mismo con su principio, un tanto abstracto y general, de evolución, el cual se aplica allí a todo, ni con sus doctrinas morales y sociales. Un resumen de los *Principios de moral* de Spencer, resumen, por lo demás, muy bien hecho, sirve como texto de estudio en México, así como la *Lógica* de Stuart Mill, compendiada. La sociología es bastante cultivada en los medios universitarios de la América Latina, desde el doble punto de vista de los principios universales y de las aplicaciones a la realidad social. Hay ya en este orden algunos nombres dignos de citarse: Cornejo en el Perú; Bulnes en México; Báez en el Paraguay; Letelier en Chile; Ramos Mejía en la República Argentina. Cornejo y Letelier se inclinan al positivismo, a la metafísica de Spencer; Ramos Mejía, en sus libros *La locura en la historia* y *Las masas argentinas*, ha aplicado principios biológicos a los fenómenos sociales.

Como doctrina, el positivismo ha ejercido gran influencia sobre las ideas y la dirección de la vida. Ha producido un racionalismo algo estrecho, una metafísica dogmática, y, en la acción, el culto de la riqueza, la supremacía de lo práctico, el egoísmo, a veces un amoralismo, al cual las doctrinas de Nietzsche, mal interpretadas y de generalización fácil, han contribuido con su fuerza y su brillo.

En el campo de la especulación pura, un pensador cubano, Enrique José Varona, ha ampliado el positivismo de Spencer con un idealismo de tendencias francesas. Sus *Conferencias sobre moral* son prueba notable de ello: aislado esfuerzo de adaptación del pensamiento evolucionista inglés, hay que citarlo en contraste a tanto ensayo de limitación excesiva o de dogmatismo simplista.

Pero esta supremacía del positivismo provoca lentamente una reacción idealista; y esta última corriente tiende a predominar ahora en la América Latina. En cierto sentido, el nuevo movimiento no es sino reflejo de la evolución filosófica europea, nueva imitación de las tendencias

que principian a imperar en Francia, en los Estados Unidos, en Alemania. Pero hay que considerar que existe un verdadero idealismo de raza, de cultura en la América Latina, y que, a pesar, de algunas excepciones y algunas desviaciones, toda filosofía idealista tiene allí cierto porvenir. Esto explica la hegemonía francesa en las ideas de las repúblicas latinoamericanas.

Por una parte, las ideas francesas, que fueron el fermento de la revolución de la América española, ideas de libertad, de justicia, de armonía, de derecho humano; por la otra, la herencia española de nobleza, de quijotismo, de dignidad caballeresca: he ahí los dos influjos de herencia y educación que, con el doble poder de su unión, han dado a las tendencias de la América Latina una fuerte base de idealismo en el derecho, en el pensamiento, en las actitudes, en las costumbres, en la vida.

En los últimos veinte años, las corrientes idealistas han sido francesas. La América Latina acepta todas las ideas extranjeras, con una curiosidad tal vez peligrosa. Es un entusiasmo de pueblos nuevos, asimilativos y brillantes, nacidos apenas a la vida intelectual. Pero la selección se realiza, aunque lentamente. Y en esta selección es el idealismo —sobre todo el francés— el que triunfa.

La acción de Fouillée y de Guyau ha sido muy intensa, principalmente la del primero, en los estudios jurídicos y sociales. Porque debe notarse que allí se busca siempre la parte social de las doctrinas, como es natural en pueblos que se forman. Guyau es siempre el filósofo de la juventud: de su noble influencia no podrían señalarse aún la extensión ni los límites. Las nuevas generaciones lo leen y comentan sin cesar; y un joven pensador, brillante defensor del idealismo y del latinismo en nuestra América, José Enrique Rodó, del Uruguay, ha hecho grandes elogios de él en un libro pequeño, *Ariel*, cuyo título es un símbolo de renacimiento y de idealismo generoso.

Todas las figuras interesantes del pensamiento contemporáneo en América llevan cierto sello de idealismo. En psicología, la doctrina de las ideas-fuerza, la primacía de la voluntad, la originalidad de la evolución psíquica; en metafísica, cierto indeterminismo, la condenación del mecanicismo; en ética, la autonomía del sujeto moral, el imperativo persuasivo, el valor del ideal: he ahí los nuevos aspectos de este movimiento filosófico. En México, donde dominaba el positivismo, se nota una transformación. El ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, hablaba recientemente de la crisis filosófica; Bergson ha destronado a Spencer. En Chile, un profesor alemán, el doctor Wilhelm Mahn, ena-

morado de las recientes doctrinas psicológicas, dirige en el Instituto Pedagógico un nuevo movimiento de ideas, contrario a la tradición positivista de ese pueblo. En el Perú, los profesores Deustua y Javier Prado; en el Uruguay, Vaz Ferreira; en la Argentina, Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros; en Cuba, Varona; en el Paraguay, Manuel Domínguez, difunden ideas bastante análogas para que sea permitido señalar una corriente filosófica nueva.²

El pensamiento de Boutroux, de Bergson, se estudia, se comenta, se sigue. La psicología vuelve a adquirir sus derechos; las ciencias sociales se conciben de manera diferente, como capítulos diversos de una sociología colectiva; y a las soluciones generales y fáciles del positivismo suceden cuestiones más sutiles, análisis más complejos, datos menos exteriores, menos uniformes. Se observa, aun en la poesía, un gran fondo de idealismo; en la novela, altas preocupaciones psicológicas, religiosas, sociales; así en la poesía de Silva, de Darío, de Lugones; en la novela, por ejemplo, *Redención*, del argentino Ángel de Estrada.

Estamos en pleno renacimiento del idealismo. ¿Adónde nos llevará este movimiento? ¿Realizaremos después de la imitación la invención, la creación de un sistema, la formación de una escuela filosófica, según el ritmo social descrito por Tarde? La América Latina ha imitado durante largo tiempo, en un sentido estrecho y exclusivo; hoy todas las direcciones del pensamiento europeo se conocen y discuten. Esperemos que esta fase de cultura, desarrollada e intensa, producirá algo más autónomo en la especulación, acaso una gran personalidad, un gran sistema.

Hay que confesar, sin embargo, que la América Latina no tiene, como la sajona, una herencia de individualismo religioso, de vida interior, de reflexión activa, como la que fue el tesoro de los *pilgrim fathers*, fundadores de la civilización de los Estados Unidos. La raza es también un obstáculo: retrógrada e ignorante, la mayoría de la población no podrá elevarse a las cimas del pensamiento puro. La educación, que aún no está desarrollada; la vida política, a veces inestable; una religiosidad inquisitorial, enemiga del libre examen; necesidades de vida y de crecimiento que dan a la riqueza, a su culto y a su conquista la primacía

² Deustua se inspira en el voluntarismo de Wundt, completado por el idealismo francés, influencias de Fouillée y de Bergson; Javier Prado aspira a un sincretismo en que dominan las ideas de Fouillée; Vaz Ferreira es el psicólogo más bien ecléctico; Bunge, cuyos *Principios de psicología individual y social* han sido publicados en francés por Alcan, profesa un evolucionismo dirigido por las ideas-fuerza; Ingenieros es un psicólogo, cuyas ideas sobre el lenguaje musical han sido aceptadas, en parte, en Francia, por Combarieu, Charles Lalo, etc.; Domínguez es un educador imbuido de las doctrinas idealistas más recientes.

sobre las meditaciones filosóficas: he ahí factores que han de tomarse en cuenta para predecir el futuro. La América Latina se preocupa cada vez más de los problemas de las ciencias y de la filosofía; se encamina hacia el idealismo. Éstos son los hechos, cuya significación futura sería imposible adivinar.

Ensayemos resumir las ideas generales contenidas en este estudio:

1. En su primer siglo de vida política independiente, la América Latina no ha creado una filosofía original; pero en sus imitaciones y adaptaciones del pensamiento extranjero, ha dado prueba de curiosidad intelectual y fuerza de asimilación.
2. Es la filosofía francesa la que, bajo todas sus formas, ha ejercido mayor influencia en esas repúblicas, especialmente el pensamiento de Comte, de Fouillée, de Guyau.
3. Ni el kantismo, ni el hegelianismo, ni el pesimismo, entre las grandes escuelas del siglo, han suscitado imitadores. En cambio, sí han tenido grande influencia el positivismo de Spencer y, últimamente, las ideas de Nietzsche.
4. Las ideas filosóficas que se han impuesto en la América Latina han tenido generalmente un lado social predominante; constituyen una especie de pragmatismo u orden de pensamiento adecuado a la vida.
5. La tendencia al idealismo distingue a la nueva especulación; la filosofía de Bergson y de Boutroux domina.

UN ACTO DE FE: LA *REVISTA DE AMÉRICA*¹

Long, too long America.

Walt Whitman.

Diversos signos morales revelan que la América Latina va a entrar en una nueva etapa saludable. Hasta ayer observábamos, en el orden político, discordia; en el orden intelectual, aislamiento. Las graves voces de los profesores de americanismo, de Alberdi, de Vigil, se perdían en el fragor de las querellas locales. Oscuras fuerzas van cambiando hoy el drama de la historia. Peligros que señalan los pensadores o fatiga de la existencia fragmentaria —¿quién lo sabe?— sugieren inesperadas actitudes. Algunos fundan en la tradición hispana, otros en la cultura latina, su evangelio unificador. Espíritus que llegan a París de opuestos confines, de México y del Plata, de Venezuela y Chile, revelan, sin previo acuerdo, la misma inquietud, traen, para los males de América, soluciones semejantes. En todas partes se condena el caudillismo, la política estrechada por el horizonte local, la turbia retórica que esconde bajas codicias. Una juventud atenta al rumor del porvenir ha escuchado la promesa mesiánica. ¿Vendrá el director intelectual a quien todos esperan, tendrá el nuevo mundo latino, como la Germania dividida, un Fichte que anuncie el gran Renacimiento?

Preparemos, por la unión de los elementos intelectuales, la gloriosa epifanía. Tal es el objeto de esta revista. Tiende ella a agrupar a los escritores iberoamericanos, sin parcialidades de cenáculo, sin celos de región, en amplia confraternidad, en tenaz propaganda de cultura. Amigas voces la piden, comprenden que la dispersión es flaqueza y que ha llegado la hora de la concordia moral. Sin ufanarnos del resultado obtenido, podemos decir que nos han ofrecido su concurso los mejores escritores latinoamericanos. Pertenece esta revista a la *élite* intelectual de ultramar. Este primer número lo revela.

De España, de Francia, de Italia, recibiremos selecta colaboración: será así este órgano revista latina, fundirá armoniosas tradiciones. Debemos a

¹ «Un acto de fe». Editorial publicado en la *Revista de América*, París, año I, vol. 1, junio-agosto de 1912. [THM]

los pueblos que ciñe el Mediterráneo hombres, glorias, ideales. Nuestra herencia no sólo es española y portuguesa: a la arrogancia, al individualismo ibéricos, se han agregado la elegancia francesa y el fervor italiano. Más complicada el alma americana que la de los primitivos dominadores del Nuevo Mundo, ha de aceptar todo intelectual esfuerzo esa riqueza de matices y de influencias que anuncia ya a la gran raza del porvenir.

La aceptación incondicional de extranjeros modelos conduce al vassallaje intelectual. Anotó una vez un escritor eminente, Paul Groussac, que hasta cuando viviésemos de copias, seríamos habitantes de Mimópolis. La imitación ha de preparar la futura invención, la originalidad necesaria. Somos defensores de la autonomía literaria, del americanismo en el pensamiento y en las letras. No se confunda, sin embargo, novedad con ignorancia, ni en nombre de una intuición semidivina se renuncie al beneficio de la cultura. En esta revista, escritores de gran competencia estudiarán continuamente el movimiento filosófico, artístico y literario de Europa. Si algo falta a nuestra joven literatura es información: abundante, varia, hemos de darla a un público sutil que quiere saber, que busca, entre tanteos, rutas intelectuales. Un brillante crítico del *Mercure de France*, M. Jean de Gourmont, consagrará mensualmente un artículo a las novedades literarias francesas, y otros escritores no menos cultos estudiarán las demás literaturas.

Pero, no sólo seguiremos el movimiento de las letras europeas. Hemos pedido a selectos espíritus de cada república americana noticias sobre el desarrollo intelectual de esas naciones. Será ésta la más preciosa novedad de la *Revista de América*: por ella podrá el lector conocer la evolución de las letras iberoamericanas, de México a Buenos Aires.

En resumen, aspiramos a reunir, en una publicación libre, abierta a todas las direcciones del espíritu moderno, curiosa, flexible, de rica información, a los mejores escritores del Nuevo Mundo latino. Tal ambición es un acto de fe. Creemos en los admirables destinos del continente, en la raza ardiente, curiosa, liberal, que creará mañana genios como ayer caudillos y libertadores. Ha despilarrado energía y entusiasmo, ha puesto su romántica abundancia al servicio de todos los ideales. Se impone hoy la economía en el esfuerzo, la aceptación de un orden, de una disciplina. En un siglo ha realizado la obra de diez centurias; no ha respetado tradiciones ni querido para sus improvisados monumentos la pátina ennoblecedora de los años. A la violencia anárquica opongamos el estudio, la tolerancia, la serena razón. Seamos pacientes, no olvidemos, eternos Quijotes de una irrealizable perfección, que contamos con una base de siglos para levantar, en el Nuevo Mundo, la ciudad ambicionada.

ESPAÑA: LA RAZA CONQUISTADORA¹

Viajeros y psicólogos siguen encontrando en el griego moderno la astucia de Ulises, la habilidad retórica de los sofistas de Atenas, la anarquía de las brillantes democracias agrupadas alrededor del mar azul. En la raza degenerada por el contacto con África y los turcos, subsiste sin embargo el antiguo espíritu griego. Se observa en América una vitalidad semejante. El criollo allende el mar es un español del siglo heroico, enervado por el mestizaje y el clima. Es imposible explicar su carácter sin tener en cuenta el genio español. Las guerras de independencia dieron al Nuevo Mundo latino la libertad política, engañosa novedad de formas y de instituciones porque, latente, subsiste el espíritu de la raza: la República reproduce las normas esenciales del régimen colonial. En las ciudades sobrecogidas por el cosmopolitismo subsiste la vida antigua, silenciosa y monótona alrededor de un campanario secular. Las mismas pequeñas inquietudes agitan a los hombres que ya no ostentan la altanera rigidez moral de los antiguos hidalgos. Creencias, charlas, intolerancias conservan la estrechez de miras que les fue impuesta durante tres siglos de aislamiento por el espíritu español orgullosamente exclusivista. Estudiar la historia política y religiosa del siglo pasado en las democracias americanas, es escribir un capítulo de la evolución ibérica. Al otro lado del océano y de las columnas legendarias, derribadas por las picas de los conquistadores, vive otra España, dividida y tropical y donde la gracia andaluza venció a la austeridad castellana.²

¹ *Les démocraties latines de l'Amérique*, París, 1912, Lib. I, cap. I. Utilizamos la traducción de Ana María Julliard para la edición de Caracas, 1979. [THM]

² Puede decirse que los portugueses conquistadores se parecían a los españoles por su individualismo y su espíritu aventurero. Eran menos fanáticos, quizá porque no tuvieron que luchar contra los enemigos de su fe.

Si pudiéramos reducir a una simple fórmula la inquieta existencia de la metrópoli, esta fórmula explicaría a la vez la historia atormentada de veinte repúblicas americanas, así como se descubre en germen, en la raíz profunda, el vicioso desarrollo de un árbol tropical. Pero nada tan difícil como reducir el turbio desarrollo español, hecho de anarquía y de sangre, a una unidad abstracta y violenta. La Península, dividida en regiones hostiles entre sí, refugio de razas enemigas, presenta en su pasado contradicciones rebeldes a cualquier síntesis. En este pueblo teocrático, las libertades municipales se desarrollaron prematuramente. Mientras la feudalidad extendía sobre toda Europa su rudo vasallaje, en España se formaban ciudades libres. Paralelamente al eterno quijotismo, que renuncia al vulgar reino de lo útil para abismarse en lo ideal, sabios refranes populares expresan un realismo denso, positivo, prosaico. El pueblo católico por excelencia suministró al duque de Alba tropas que conquistaran Roma. Al cabo de largos años de monarquía absoluta, el antiguo espíritu democrático resucita en las juntas peninsulares contra la invasión francesa. Del Cantábrico a Cádiz, existe dentro de la unidad castellana una espléndida variedad de tipos provincianos. A la aspereza asturiana se opone el ritmo andaluz; a la fogosidad extremeña, la parquedad catalana; a la tozudez vasca, la orgullosa indolencia castellana. Una vida turbulenta nace de esta geografía compleja: lucha secular para alcanzar la unidad nacional, generosa epopeya católica contra el Islam, conquista de continentes misteriosos, tenebrosa búsqueda de la unidad religiosa por intermedio de los autos de fe. La historia misma de Europa se transforma allende los Pirineos. La feudalidad se detiene, la cruzada contra los infieles dura ocho siglos, la religión y el imperio se hacen uno, como en las teocracias orientales. En la riqueza de este desarrollo nacional persisten esenciales caracteres de la raza que es menester fijar: el individualismo, la democracia, el espíritu local receloso de vastas unidades, el fanatismo africano que encuentra su satisfacción solamente en sensaciones excesivas y soluciones extremas; en una palabra, los dones de una raza grave y heroica, en perpetua lucha vital, arrogante frente a Dios, el Rey y el Destino.

El individualismo es la nota fundamental de la psicología española. Rasgo ibérico, tiene la fuerza de un imperioso atavismo. Exalta todas las formas de acción, de afirmación del ser e inspira una confianza desmedida en la propia fuerza; tiende a desarrollar la energía humana, a defender la independencia nacional contra cualquier presión externa, contra el rigor de la ley, la moral imperativa, el deber inflexible; crea en las

almas exaltadas una ardiente voluntad de dominación. Strabon observa entre los iberos primitivos, divididos en tribus hostiles, un inmenso orgullo contrario a la unión y a la disciplina. El español muestra en su vida y en su actitud todas las formas interiores y exteriores del individualismo. La austeridad, la arrogancia manifiestas en los pliegues de la capa de los hidalgos, en su caminar majestuoso, en la lengua sonora, en el ademán señorial, el valor personal que transforma la historia en epopeya. La audacia, el espíritu aventurero, el aislamiento, son formas de exaltación personal. «Los españoles están persuadidos de ser los amos absolutos», decía el escudero Marcos de Obregón.

El individualismo explica las analogías entre la historia ibérica y la evolución inglesa: la civilización peninsular recuerda por algunos caracteres aquella que brilló en la isla sajona. En ambas, encontramos la afirmación prematura de la libertad, una excesiva soberbia y la larga lucha contra las invasiones. De todo aquello surge un imperialismo agresivo: comercial en el Norte, religioso en el Sur. En Inglaterra, el individualismo, por el clima y el territorio, tiende a ser utilitario; en España, por la guerra contra el Islam, se hizo guerrero. El idealismo, la vida interior, la exaltación imaginativa crean en Inglaterra los puritanos; en España, los místicos e inquisidores. Pero en la conquista del medio hostil, el sajón adquiere un sentido realista; y el ibero, bajo las caricias del sol, se vuelve en España y en América cazador de quimeras. La semejanza entre las dos historias se concreta en un símbolo: Ariel y Calibán; Don Quijote y Sancho Panza representan la misma eterna dualidad del idealismo y del realismo. Calibán dio a Inglaterra un vasto imperio; el Caballero Andante tornó a su Mancha natal, cansado por su estéril aventura.

La evolución española, los aspectos morales y religiosos de la vida peninsular se explican por esta perpetua exaltación del individuo. El estoicismo es la forma moral del individualismo. Predica la virilidad (*esto vir*, dijo Séneca); desarrolla la voluntad humana contra el destino; es un evangelio de austeridad frente al dolor y de heroísmo silencioso frente a la muerte.

Séneca fue un profesor de energía para la España romana: de sus lecciones dimana esta fe tenaz en el carácter que da a la historia peninsular este señorío. El cristianismo, que proclama la dignidad humana, se extiende al otro lado de los Pirineos hasta llegar a ser la religión nacional. Para los estoicos, los hombres son iguales frente al destino; para Jesucristo, son iguales frente a Dios: un orgullo formidable resulta de estas dos doctrinas. Por último, en el misticismo, expresión original del

genio religioso español, nada recuerda el panteísmo oriental, la anonadación del hombre frente al Absoluto. Los místicos peninsulares exaltan su individualidad; de los coloquios con el Amigo extraen fortaleza, se divinizan en el éxtasis y anhelan sumergirse en Dios con la fogosidad de los conquistadores. En oposición a la Reforma alemana que creía en la predestinación, los teólogos españoles defendían al libre albedrío, la eficacia de la acción, la dignidad y el mérito del esfuerzo. Las luchas de la Península tienen un significado religioso: los héroes son místicos y los místicos son caballeros de la «orden divina». Ignacio de Loyola y Santa Teresa sueñan con empresas heroicas a la vez que leen novelas de caballería. El misticismo inspira a los guerreros mientras que la fe purifica la codicia de los conquistadores.

Voluntarioso y místico, el temperamento español es activo, por ende se exterioriza en conflictos y se manifiesta en comedias y tragedias. El genio peninsular es dramático: la aventura, el movimiento, el choque de las pasiones se desarrollan en un escenario amplio donde se dan todos los aspectos del individualismo exacerbado. Se lucha no sólo por la independencia, sino también por el prestigio del apellido, para conservar frente a los demás la integridad del honor. Este sentido del honor, celoso, agresivo, en suma profundamente español, inspira un sinnúmero de tragedias. Antagonismos, disociaciones, tesis y antítesis llenan la historia española: el positivismo de Sancho, el idealismo del Quijote, la porfía y la pereza, la pachorra y la violencia, la gorronería y la aventura, la seriedad tétrica y la tristeza secular de los cuadros de Zurbarán y de Ribera y, por otro lado, la frivolidad, las danzas armoniosas, fiesta y vértigo bajo el sol; la fe en la voluntad y la aceptación del destino, la exaltación de los místicos y de los conquistadores, el cinismo de los mendigos y los pícaros, el desprendimiento heroico y la codicia avasalladora, he aquí las irreductibles contradicciones del alma española que explican la zozobra y la intensidad de su drama interior.

Aquellas luchas, las voluntades curtidas, las pasiones sutiles, la soberbia, los temperamentos altaneros, las tragedias con rasgos cómicos y las comedias ribeteadas de misticismo están plasmadas en el teatro. La literatura caballeresca, las novelas, los rudos poemas primitivos, el Cid, los Infantes de Lara son dechados de individualismo y de acción. Los grandes tipos literarios como el héroe, el aventurero, el místico, el jefe de una gran empresa, el caballero, el galán son individualidades exaltadas. El pícaro mismo pertenece a esta gallarda familia: es tan arrogante como un caballero, a la vez que pícaros son muchos caballeros. Sutil y escéptico, se vale de la astucia y del heroísmo en su diaria lucha por sobrevivir.

Refiriéndose al gongorismo, escuela literaria española, Martínez Ruiz escribió que es la expresión del movimiento en la lengua, que es una poesía dinámica para hombres de acción. Los dramas y novelas con nervio, las epopeyas violentas y sin la antigua serenidad, son las que forman la verdadera literatura española.

En arte, filosofía y literatura, no existen las escuelas, pero sí escritores, filósofos, artistas y genios como el Greco, que no dejan imitadores: son personalidades solitarias, como Gracián o Quevedo. Sólo las organizaciones políticas y militares en las cuales el individuo es el más libre, es decir el pueblo, la tribu, la guerrilla, la montonera, son las que triunfan en España. Por doquier se rinde culto a la energía rebelde y exuberante. Hasta en las relaciones entre el rey y sus súbditos encontramos el mismo individualismo peninsular:

*Por besar mano de rey
no me tengo por honrado,
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado*

rezan algunos versos españoles. La obediencia al rey es condicional: descansa sobre el respeto que el monarca tiene al orden supremo de la justicia, y a un contrato tácito o expreso entre él y el pueblo. Las cartas, los usos y las tradiciones limitan el absolutismo real. En las cortes de Ocaña, en 1469, el rey fue declarado «mercenario» de sus súbditos que le pagaban un estipendio.³

Toda la obediencia española está impregnada de arrogancia; los nobles aragoneses como individuos se sienten iguales al rey y en conjunto se consideran superiores a él. Las ciudades confederadas en «hermandades» o en uniones discuten con el monarca: en buena cuenta constituyen un Estado dentro del Estado, se alzan contra el gobierno imponiéndole el reconocimiento de sus fueros. En 1226, las ciudades de Aragón y de Cataluña exigen de Jaime I que reconozca los derechos populares. Las insurrecciones contra el poder son comunes y se encarnan en un héroe: el Cid. Por otro lado, Mariana, el historiador, autoriza cualquier tipo de violencia contra la tiranía real.

Tal individualismo resguarda la justicia de los formalismos legales y de las discusiones bizantinas de los legistas, eleva un cerco protector

³ Cf. Joaquín Costa, *Concepto del Derecho en la poesía española (estudios jurídicos y políticos)*. Madrid, 1884.

contra las sentencias, las penas y los tribunales. Los poemas y los refranes son la expresión de este duelo entre el ideal jurídico y la ley: la conciencia peninsular condena la justicia relativa y precaria de los códigos.

Joaquín Costa escribió: «De todas las epopeyas que conozco, sean nacionales o de raza, la española es la que más ha exaltado el principio de justicia y le ha rendido el más entusiasta tributo». Austero e inviolable, el derecho representa un orden de relaciones eternas frente al cual cualquier individualidad es insignificante, aun la del rey, y cualquier institución quebradiza, aun la Iglesia.

Estoica porque cree en la justicia pura, nutrida de fieros heroísmos, de visiones interiores, de novelas y de leyendas, divinizadas por diálogos místicos, curtida por siglos de guerras religiosas, el alma española se asoma, llena de ímpetu, al Renacimiento, en el siglo XVI, y desafiando el Océano, descubre continentes, o descorriendo los velos del misterio, revela leyes naturales y crea personalidades imperiosas que desafían el destino. El individualismo español estalla pues en misticismo, en audacia, en aventuras; es la época de los conquistadores, de los políticos e inquisidores: Jiménez y Pizarro, Torquemada, Loyola y Cortés. España derriba el cerco del mundo antiguo: defiende la civilización cristiana en Lepanto, el catolicismo en Alemania y Flandes, ambiciona el dominio del Mediterráneo, coloniza un mundo inmenso y desconocido e impone su voluntad al Papa gracias a las legiones del duque de Alba; simultáneamente el imperialismo religioso de Carlos V y Felipe II es una amenaza para Europa. La política de aquel tiempo tiene la majestad y enjundia romanas, la literatura culminó en el Siglo de Oro y la filosofía propuso extensas soluciones armoniosas con Fox Morcillo, sentó las bases del derecho natural y de gentes con Francisco de Vitoria y Domingo de Soto. Es una etapa pletórica de energía y de creación, de conquista y de heroísmo, el fin de una historia de estoicismo violento, anunciadora de una larga y majestuosa decadencia.

Receloso de jerarquías, el individualismo español crea formas sociales democráticas. Las tradiciones, doctrinas, costumbres y leyes señalan un sentido preciso de la igualdad humana.

Hablando de España, Menéndez Pelayo la llama democracia monacal, porque en la nivelación de todos encontramos rasgos conventuales y porque existe un trasfondo cristiano en este fervor igualitario; Salillas le dice democracia picaresca, aludiendo a la igualdad entre el caballero y el pícaro, a la dualidad de un pueblo arrogante, con ínfulas de nobleza, y de una nobleza despreocupada que se transforma constantemente en

democracia por falta de una clase media y por la tradicional pereza de los hidalgos. Unamuno, en su análisis *En torno al casticismo*, la ve una democracia anarquista, contraria a la jerarquía, indisciplinada y soberbia; por su lado Oliveira Martins piensa que es un cesarismo democrático, pues el absolutismo de los monarcas no es una realeza feudal sino un principado romano. El rey preside una democracia de caballeros, de místicos, de aventureros y de pícaros. Este espíritu igualitario se puede observar en la formación de la aristocracia española: la nobleza gótica, hereditaria y feudal, es extraña a la evolución peninsular. La aristocracia nacional se encuentra en el seno de la Iglesia; es electiva, abierta a las turbulentas corrientes populares, a punto tal que los concilios tienen más abolengo que los consejos militares y las asambleas. La servidumbre es menos penosa en la España medieval que en el resto de Europa: los colonos foreros, casi libres, se multiplican de este lado del Pirineo, mientras que al otro lado desaparecen bajo la presión del feudalismo. Por otra parte, como hay nobles tributarios, se puede inferir que entre la democracia y la nobleza no existen divisiones irreductibles.

Dicho desarrollo igualitario es notorio en el orden político. Efectivamente, el feudalismo no fue en España una institución nacional y el espíritu de los reyes godos se transformó bajo la influencia ibérica. En León y Castilla, la nobleza era menos poderosa que en Francia o en otras regiones españolas, como Cataluña, Navarra o Aragón.⁴ Las clases sociales no se superponían en un orden riguroso y, como las ciudades adquirieron franquicias, se fueron formando señoríos proletarios.

La monarquía nivela y democratiza. El César persigue el equilibrio en la igualdad, para eso destruye los privilegios excesivos tanto de la aristocracia como del pueblo y en la lucha política se inclina alternativamente a un lado y al otro. El lenguaje popular ratifica la igualdad de las clases sociales: «Cada cien años, dicen, los reyes se vuelven villanos y al cabo de ciento seis años, los villanos son reyes». «Todos y el rey son iguales si no fuera por el dinero». Los concilios españoles perduraron porque han sido el centro de esta gran democracia.

Desde los orígenes de la historia peninsular, la ciudad ha luchado por su independencia. Se rastreó en el *djemaa* del Atlas, en las tribus berberiscas, parientes de los iberos, el antecedente africano del concilio español: ambos distribuyen los bienes equitativamente y procuran evitar la miseria. Los *djemaa*, municipalidad o concejo, aislados y autónomos, constituyen la unidad política y el Estado es una confederación de

⁴ Altamira, *Historia de España y de la civilización española*, t. I, p. 229 y ss.

ciudades libres. Las villas españolas defendieron su independencia contra toda unidad artificial, fenicia, griega o romana. Si Roma reinó durante siete siglos es porque reconoció parcialmente la autonomía de los municipios, por ende la democracia española. Extendió los derechos civiles, estableció pequeñas repúblicas que elegían a sus magistrados, administraban las finanzas municipales y debatían sobre los impuestos y la distribución de las tierras de la curia, de tal suerte que así se hallaba satisfecho el individualismo español. Durante el Imperio, el gobierno se hizo centralizador y absorbente y se destruyó la libertad local; sin embargo, una corriente oculta y arraigada restableció la autonomía de los pueblos en cuanto decreció el poder romano. Más tarde, bajo los godos, asambleas de ciudadanos libres gobernaban las ciudades y aquéllos, siguiendo los consejos de la Iglesia nacional, respetaban la organización municipal. Se fue formando así un régimen híbrido, feudal por el carácter germánico de la aristocracia dominante y democrático por los concilios, la Iglesia y el poder tenaz de las ciudades. Durante las luchas contra los moros, los reyes pactaron con ellas, otorgándoles cartas y fueros a cambio de un tributo de oro y sangre.

La libertad y la democracia son más antiguas en España que en Inglaterra. La Carta de León de 1020, anterior a la Carta Magna inglesa, otorgaba a las municipalidades una jurisdicción administrativa y judicial. En ella, [se] reconocía al siervo el derecho hereditario a la tierra que cultivaba y su entera libertad de cambiar de señor: he aquí un feudalismo atenuado. Las primeras Cartas de Castilla reconocían los derechos de las ciudades. En los concilios de Burgos en 1169 y de León en 1188, figuraban delegados de las municipalidades; más, en las cortes mismas de Aragón donde reinaba la tradición germánica, los representantes de las ciudades eran admitidos ya en el siglo XII. El señor que extiende su protectorado sobre una villa no la despoja de su anterior soberanía, precisamente las Behetrías son ciudades o grupos de ciudades que escogen el tutelaje de un barón o un jefe guerrero sin por ello perder su autonomía. Las ciudades, altaneras y celosas de sus privilegios, se unieron al poder real en su lucha contra la nobleza: treinta y cuatro de ellas constituyeron en 1295 la «hermandad» de Castilla, a la cual se sumaron posteriormente hasta cien más.

En la España antigua descubrimos siempre algo de contractual, un concierto de voluntades libres, un perpetuo convenio entre gobernantes y gobernados. De la tribu ibérica a la urbe romana, de la ciudad libre a los villorrios que se agrupan en hermandades, y de aquéllos a las juntas

populares que defendieron España contra la dominación francesa y organizaron una épica resistencia, hay una evidente continuidad histórica. El patriotismo local es contrario a las ambiciosas construcciones políticas. Diversos pueblos: judíos, bereberes, árabes, coptos, tuareg, sirios, celtas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, francos, suevos, vándalos y godos, invadieron la Península, sobreponiéndose como los estratos geológicos, o se esparcieron a través de esta España montañosa y luego convirtieron las querellas de provincias y las rivalidades de las ciudades en batallas de regiones y en antagonismo de razas.

Tanto en el enfrentamiento de las individualidades españolas como en la violenta afirmación de las prerrogativas municipales y en la evolución democrática hostil a la jerarquía, trasunta un patriotismo africano, semítico, que convierte la historia en tragedia sangrienta. En el árido páramo castellano, hombres soberbios defienden principios absolutos con una fe agresiva, bajo un sol abrasador. Hablando de España, Miguel de Unamuno escribe que «es un pueblo más fanático que supersticioso, para el cual conviene mejor el monoteísmo semítico que el politeísmo ario».⁵ En nombre de ideas simples y rígidas, cuya intolerancia es a la vez religiosa y política, judíos y moros fueron expulsados de la Península. Se obtuvo la integridad espiritual de España pero la industria decayó, la miseria aumentó; en seguida llegó la decadencia y en la España desangrada por los autos de fe y las emigraciones, se alzó una cruz solitaria, símbolo de un cristianismo africano de espaldas a la caridad.

España es africana desde su prehistoria. El ibero se parece a los habitantes del Atlas. Como ellos es moreno y dolicocefalo. Los caseríos españoles y los kabilas presentan grandes analogías. Convulsiones geológicas separaron por un estrecho dos territorios semejantes pero invasiones sucesivas infundieron sangre africana en la sangre peninsular. Fenicios y cartagineses establecieron colonias sobre las costas españolas; en 711, siete mil bereberes sentaron sus reales en el sur de la Península. En 1145, con la invasión de los almohades, se unen nuevamente iberos y africanos. Durante los largos siglos de lucha entre cristianos y árabes, las dos razas se cruzan bajo la elegante tolerancia de los califas.

Los reyes godos, en sus pleitos, piden ayuda a los jefes árabes, y el Cid fue un *condottiero* que luchó alternativamente en los ejércitos musulmanes y cristianos, listo para servir a los jefes compradores del heroísmo de sus huestes. A su vez los monarcas españoles intervinieron en las luchas entre los califas y Alfonso VI se unió al rey moro de Sevilla para

⁵ Unamuno, *En torno al casticismo*. Madrid, 1902, p. 115.

conquistar Toledo en 1185. En las capitales españolas, los árabes se desempeñan como adivinos y maestros, mientras que los españoles estudian el árabe para iniciarse a las ciencias orientales. La lengua conserva huellas de esta convivencia. Los árabes, escépticos y refinados, señores enervados por la gracia andaluza, gobiernan sin fanatismo: permiten a los vencidos conservar su religión y sus usos, sus leyes, sus autoridades y sus jueces, y libertan a los esclavos cristianos que se convierten a la religión musulmana. Los mozárabes, cristianos que vivían en los Estados musulmanes, sin renegar de su fe ni renunciar a sus costumbres, prepararon la fusión de las razas enemigas. A pesar de las guerras, vencedores y vencidos experimentaron como los primeros reyes godos la influencia nacional bajo la mirada indiferente de árabes extranjeros. Se reconstituía, por obra de la convivencia, el tipo primitivo de los hombres que poblaron Iberia desde los Pirineos hasta el Atlas.

Frente al desarrollo de las naciones indoeuropeas, la originalidad española es el producto de África, del atavismo ibérico, de la larga dominación mora y del Oriente semítico.

La anarquía de la tribu persiste: el clero es todopoderoso, tanto como los morabitos africanos. A la nobleza feudal y a los parlamentos europeos, la Península opone los concilios; a las luchas del sacerdocio y del imperio responde con la fusión oriental de la religión y la monarquía; contra la Reforma, las coaliciones de católicos y protestantes y la liga de príncipes cristianos y del Sultán arremeten con un cristianismo fanático que realiza la unidad nacional expulsando moros y judíos y quemando brujos y heréticos en crepitantes autos de fe. Al iniciarse la decadencia de España, sus antiguos caracteres: el individualismo, el espíritu municipal, el fervor democrático, desaparecen para dejar lugar a las influencias semíticas y africanas.

Bajo la teocracia, el pueblo conquistador degenera: en Villalar, la monarquía vence a las ciudades libres y a la nobleza arrogante. El clero reina sobre las escuelas y en los palacios: es la casta superior como en Oriente. Los rufianes y los pícaros suceden a los héroes y a los aventureros y el parasitismo oriental invade la Península con las legiones de mendigos orgullosos que pueblan los caminos de Castilla. Es el ocaso del quijotismo heroico. La venganza de los moros vencidos fue imponer a la Península empobrecida su fanatismo africano. Allende el mar, nuevas Españas se alzan contra la metrópoli decadente. Cansada de crear naciones, la raza conquistadora descansa y veinte democracias se alistan para recoger su herencia moral.

LOS ESCRITORES EN LA VIDA ESPAÑOLA¹

Después de un breve viaje por España os soltean [asaltan] impresiones. ¿Cómo imponerles unidad sin conocer los múltiples aspectos del esfuerzo intelectual hispano? ¿Cómo enhilar ideas si la memoria se siente grávida porque suntuosas imágenes la embargan?

En quien visita las grandes librerías y lee los diarios más principales, en el observador que estudia con simpatía, se insinúan dudas respecto a terminantes afirmaciones que nadie examina o discute. No se lee en la Península, se dice, y las estadísticas traen la abrumadora cifra del analfabetismo. A la nación incuriosa llega el tumulto de Europa sin conmoverla. No se entera, según los que denuncian esta ominosa apatía. Empero los editores traducen obras de todas las lenguas cultas. Antes de que aparezca Spengler en francés, en inglés o en italiano, se publica en edición española. Análoga indicación puede hacerse en relación con Freud o con Rathenau. De la escuela jurídica alemana, de los criminalistas italianos, de los doctores del neomarxismo ruso, lo esencial surge, en vestidura castellana, de prensas curiosamente activas. Numerosas colecciones entregan al público todos los días libros con que saciar la más ardorosa curiosidad. Nada escapa a este empeño de importación, clásicos y modernos, literaturas remotas, grandes libros del pueblo convecino que siempre atrae, porque es nervioso y sutil, a españoles.

De presente, el interés va a Italia, a descubrirla, a propagar su renacimiento cultural. Pirandello, Borgese y el mismo Verona ingresan triunfalmente en la Península. Alguien lee estas colecciones invasoras, a un vasto público se dirigen, corresponden seguramente a direcciones que impone una inteligencia quizás insegura, pero también ágil y hospitala-

¹ Publicado en *La herencia de Lenin y otros artículos*, París, 1929, pp. 135-143. Título original. [THM]

ria. No persistirían en su interesante conato las grandes casas editoriales si no llegara a ellas, en masa, el lector capacitado para distinguir, rechazar y admirar. ¿Qué comerciante se expondría al fracaso de su esfuerzo por educar a su público, por imponerle un peligroso *sursum*? Cier- to, América lee, compra libros que vienen de la metrópoli, pero no basta su curiosidad en progreso para explicar la fundación y el desarrollo de poderosos centros de edición.

Además, en los grandes órganos de la prensa domina un estado mayor de escritores. Allí están los más originales, los más cultos, los mejores. La hoja cotidiana se convierte en revista para todas las gentes. No sólo sorprende el periódico por su abundante información, por su perfección gráfica, porque se ha adecuado a la agitada vida de nuestro tiempo, sino porque en él se discuten diariamente los más altos temas y el espíritu se avigora al leerlos. Imaginaos lo que sería la prensa de París si en ella colaborasen regularmente Bergson y Claudel, Anatole France y André Gide. Si nadie se interesa en la cultura, ¿por qué convocan los directores de los periódicos peninsulares a tan selectos espíritus, por qué entregan sus columnas a sabias discusiones sobre la excelencia de la enseñanza clásica o el porvenir del sindicalismo o las relaciones entre la enseñanza de Tolstoi y el comunismo rojo de los eslavos?

Misteriosa simpatía que sólo se justifica si los lectores siguen tales encuestas, si se complacen en disquisiciones trascendentales, si un intenso amor de ciencia los aprieta, si piden luz, más luz en España, que a sí misma se condena como país de regresión y de tinieblas. Creo que se lee más allá de los Pirineos y que la «inteligencia», que tantas analogías presenta con la de los rusos «poder inclinado a la crítica, fuerza explosiva y destructora», va formando un vasto público, suscitando inquietudes en un pueblo resignado, creando un estado difuso de incertidumbre, favorable a las revelaciones y a las transmutaciones. El progreso, según Stuart Mill, es obra de espíritus descontentos. Los jóvenes españoles, generación que estudia y medita y afirma que nada está bien en la Península, transforman a la misma gente que se ufana de conservar y resistir, llevando hasta ella interrogaciones, dudas y lecturas.

No sé cómo reaccionan las clases sociales ante esta propaganda del diario y del libro. Se dice que la aristocracia indiferente, entregada a aventuras y deportes, sonríe cuando los intelectuales se lamentan y priva a éstos de acción inmediata en los salones. Sin embargo, una marquesa invita a Stravinsky, que dirige conciertos en Madrid, y en grandes mansiones solariegas se inauguran exposiciones de pintura. Por el arte,

por el esnobismo, llegarán los «grandes» al libro nuevo, a la idea audaz. Quién sabe si Ramón y Cajal hallará pronto duquesas con las cuales discutirá las reglas de la investigación biológica, como Voltaire estudiaba con madame de Châtelet los principios de la filosofía de Newton...

El clero se opone naturalmente al análisis pertinaz de la vida hispánica. Interesado en el mantenimiento del antiguo orden social, prefiere la evolución lenta o estancamiento de la revolución. Con todo, las revistas que publican determinadas congregaciones docentes se distinguen por su elevado espíritu e informan, aunque sea en actitud de crítica, de las más importantes manifestaciones del pensamiento contemporáneo. Acaso temen que el intelectual se convierta en agente de disolución, que sepa destruir, pero que ignore el arte operoso de las construcciones durables.

No se ha formado todavía en España, como en Francia, una poderosa clase media. Los plutócratas se inquietan porque, tras las reformas, adivinan el ataque a la propiedad. No leen seguramente. Se ciñen, en la industria, en la banca, en el comercio, a estrechas obligaciones. Los señores de la tierra saben que sufrirán desmedro sus privilegios si se discuten los fundamentos del régimen social. Los políticos, constituidos en grupo con sus clientes, poco estudian, si aceptamos autorizados juicios sobre su acción. Algunos de ellos, un Sánchez de Toca, un Ossorio y Gallardo, agitan ideas, discuten con prestigiosos ideólogos. Ha declarado el señor Ossorio y Gallardo, en una revista liberal de Francia, *La Nueva Europa*, que los conservadores de España deben preparar el camino a los hombres de la izquierda, a los reformadores, y que a ello se reduce su presente función histórica. He aquí a un hombre público que simpatiza con las derechas y acepta, sin embargo, transformacionesineludibles.

Los obreros se instruyen seguramente. Colecciones, tal la que publicara el editor Sempere, pusieron a su alcance la más ilusiva literatura anarquista, como si el caos pudiera ser norte de su ambición futura. En los diarios encuentran ya elementos para formar precisa opinión sobre los sucesos del mundo, para afirmar y ordenar sus reivindicaciones.

A todas estas clases, constituidas o en formación, llevan los intelectuales su doctrina. Combaten la oriental aceptación de lo que adviene, sea mengua o resurrección, exigen cooperación eficaz. Donde mantienen tan segura preeminencia instituciones envejecidas, augustas creaciones del pasado, ellos critican y condenan. Job ha resucitado en la Península, escribe un cronista. ¿Qué más da?, dice el hombre de las calles y de las plazas.

La «inteligencia» española rechaza tal actitud. A todos los géneros lleva su generoso ímpetu. Ninguno de éstos prospera tanto como el ensayo.

Si el renacimiento de la actividad intelectual española es, en todos los dominios, evidente, me parece que en el artículo, en el comentario, en la crítica, en la crónica, el progreso se manifiesta de manera decisiva. Pulan ideas sutiles o fuertes en los editoriales de los grandes diarios. El periodista se transforma sin esfuerzo en ensayista. Mientras tanto, a despecho de nobles tentativas, el teatro se extravía en el fácil vodevil o vive de importaciones extranjeras, y se dice de la novela que sólo le interesan los problemas que surgen en torno a una aguda sexualidad.

Los intelectuales luchan, no sólo con la indiferencia de otras clases, sino también con el desarrollo del espíritu crítico. ¡Qué severidad para juzgar el esfuerzo ajeno y la obra propia! Los jóvenes, en su afán iconoclasta, se apresuran a destruir y a negar. Se eclipsa la gloria de las grandes figuras de un pasado no remoto. Sobre Menéndez Pelayo, formidable crítico, he escuchado injustas opiniones. Empero, nadie escribe hoy mismo mejores estudios que los consagrados por el maestro a Víctor Hugo o a Heine, ni explica, mejor que él, los grandes sistemas filosóficos. Pero ¿cómo afirmarse sin establecer antítesis y diferencias? Vendrá pronto la síntesis acuciada y a ella habrán contribuido, en inesperado concierto, dos o tres generaciones.

Disolviendo o construyendo, los escritores buscarán la amistad de nuestra América. El iberoamericanismo no es ya voz a que no corresponde [la] actual realidad, *flatus vocis*, sino expresión de sincero acercamiento. Se disertará siempre, entre aplausos, en simpáticas asambleas; pero, mejor que en tales escarceos, espíritus fraternales acogerán la obra de los americanos como si hubiera aparecido en una región de la Península, sin obedecer a viejos prejuicios, con decisión de reconocer preeminencia dondequiera que ésta se encuentre, como sucedió con Rubén Darío y hoy parece que va a producirse con Amado Nervo.

Esta minoría activa y sabia de intelectuales vigila los ensayos políticos del Directorio Militar. Frente a la fuerza áspera el espíritu que protesta o que sugiere a pesar de la censura, que no se inclina y pronuncia el orgulloso *non serviam*. El destierro de Unamuno, la clausura del Ateneo, la desaparición de una revista de brillante historia, *España*, han sido aspectos de la lucha entre dos poderes resueltos y tenaces. Importante duelo en el cual la «inteligencia» ha ganado ya algunas batallas.

Naturalmente, algunos desesperan en el combate o buscan un refugio para meditar y volver más tarde avigorados a la acción intensa. Otros, como Luis Araquistain, se mantienen en estado de rebeldía, aportan claras soluciones, se preparan para dirigir al país remozado.

¿Qué falta a la obra de todos, al viril y simpático empeño? Simbiosis, sinergia, todas las manifestaciones de una actividad que, en vez de dispersarse, se concentra; la contribución, sin reservas, de individualidades distintas a trabajos comunes; pero no, como hasta ahora, la acedía en el juicio, la división, la exasperación de la duda y del examen, el total desencanto. España, sana y austera, con prodigiosas reservas, si es sabiamente guiada podrá convertirse en bulvar de todas las culturas y poderoso centro de energía espiritual. Pero antes es necesario que «ponga su silla la unidad sobre todo», como enseñaba el místico.

TRADICIÓN LATINA: RAZA, CULTURA Y ESPÍRITU¹

Cuando en América se oponen a la República imperial del norte las veinte democracias del sur, se busca la razón del antagonismo existente entre ellas en un elemento esencial: la raza. Entre sajones y latinos se percibe claramente el contraste de dos culturas. Los americanos del sur se creen latinos de raza, como sus hermanos geográficos del norte son los retoños lejanos de peregrinos anglosajones. Pero si los Estados Unidos se formaron gracias al concurso de austeros emigrantes ingleses, en la colonización del sur no hay intervención de elementos latinos puros. Navegantes originarios del *Latium* descubren un continente ignorado; españoles, portugueses lo conquistan y lo colonizan. Casi no se encuentra sangre latina en los hogares que forman la sensualidad de los primeros conquistadores en la América desolada.

Emigrantes de Extremadura y de Galicia, andaluces y castellanos, gente abigarrada de España y de Portugal, concurren todos a crear el primer mestizaje con las razas vencidas: son iberos, en quienes los antropólogos descubren analogías morales con los bereberes del Norte africano. Los vascos, rudos y viriles, que emigran de España para dominar América, no vienen del *Latium*; el elemento andaluz, de Sevilla o de Cádiz, es de origen oriental. Una España mitad africana, mitad germánica coloniza los vastos territorios americanos; dos herencias, la visigoda y la árabe, se unen en su raro genio.

Los colonos franceses e italianos no tienen la importancia de los de España y Portugal, por su inferioridad en número y en riqueza. Los iberos defienden celosamente sus prerrogativas de raza en estos Estados aislados de ultramar. Tres siglos después y una vez abierto el continente

¹ *Les démocraties latines de l'Amérique*, París, 1912, Lib. VI, cap. I. Utilizamos la traducción de Ana María Jullian para la edición de Caracas, 1979. [THM]

al comercio europeo, los italianos invaden las ricas llanuras de la Argentina. Ellos contribuyen a la formación de una raza nueva, más latina que española.

No olvidemos, sin embargo, los innumerables sajones que aportaron la riqueza y fundaron familias en Argentina y en Chile; ni a los alemanes del Brasil meridional, ni a los asiáticos del litoral peruano. Iberos, indios, latinos, sajones y orientales se confunden en América, Babel de razas, a tal punto que no se llega a descubrir en ella las líneas definidas de un tipo futuro. Inútil es buscar allí unidad de raza. Y en los Estados Unidos mismos la invasión confusa de judíos rusos y de italianos meridionales mina, poco a poco, la primitiva unidad sajona.

Esta confusión de razas de norte a sur deja en presencia dos tradiciones: la anglosajona y la iberolatina. Su fuerza de asimilación transforma las razas nuevas. Los ingleses y los españoles desaparecen; sólo subsisten las dos herencias morales. Fácilmente se descubre esta tradición latina en los americanos del sur. Ellos no son exclusivamente españoles o portugueses. Al legado recibido de España se han unido tenaces influencias originarias de Francia y de Italia. De México al Plata, las leyes romanas, el catolicismo, las ideas francesas, por una acción vasta y secular, han dado aspectos uniformes a la conciencia americana.

Leyes de origen español rigen a América. Ellas trazan el cuadro rígido de la vida civil. Y es de Roma que vienen estas leyes, a despecho de fuertes elementos feudales. Bajo la influencia del derecho latino, Alfonso X unifica la legislación española durante la primera mitad del siglo XIII. Tres siglos después, los españoles colonizan América. Las Partidas, vasta enciclopedia de derecho y colección de leyes castellanas, son un código romano. Afirman el sentido individualista de la propiedad contra las formas españolas del colectivismo; refuerzan el poder del *pater familiae* en la austera familia ibérica; consagran la igualdad, autorizando el matrimonio entre gentes de condición libre y siervos antes proscritos de la ciudad; adoptan el formalismo romano.

Después del eclipse de la época feudal, príncipes ambiciosos, desde Alfonso X a los Reyes Católicos y a Carlos V, imponen en política el sentido romano de la autoridad central. Estos monarcas son Césares. Concentran todos los poderes, centralizan, unifican, legislan. Semejante absolutismo real destruye los privilegios y nivela a los hombres. Se forma, a la manera romana, una vasta democracia española sometida al César. El sentido latino de la autoridad y de la ley se impone en las colonias españolas: la propiedad es individual, absoluta, la igualdad

civil domina; a despecho de la diversidad de razas, se nivela teóricamente a indios y españoles; la familia, como la *gens* romana, reúne a hijos y esclavos bajo el sombrío poder paternal. El monarca lejano es señor formidable a quien se dirigen virreyes y capítulos, cortes judiciales y clericales en demanda de leyes y reglamentos, castigos y sanciones.

El catolicismo se une indisolublemente a la autoridad romana de los reyes. En España y en América, el príncipe es al mismo tiempo pastor de la Iglesia. La religión es un instrumento de dominación política, una fuerza imperial, heredada del genio latino. Multiplica formas y ritos, disciplinando colonos, exigiendo la obediencia exterior, la uniformidad de la creencia y de las costumbres. «La Iglesia romana, dice Harnack, es un instituto jurídico». El catolicismo es también una religión social. En América, él creó la patria brasileña contra el peligro holandés; fundó repúblicas en tierras de indios hostiles a toda vida organizada; difundió la energía latina; favoreció de norte a sur la constitución de sociedades y de gobiernos nuevos.

Bajo la doble presión del catolicismo y de la legislación romana, América se latiniza. Aprende a respetar las formas y las leyes, a soportar una disciplina tanto en la vida religiosa como en la vida civil. Al agregarse a estas influencias, las ideas francesas preparan primero y gobiernan luego los espíritus americanos desde la época de la Independencia hasta nuestros días.

Estas ideas constituyen una nueva presión latina. En los tiempos modernos, Francia es la heredera del genio de Grecia y del de Roma. Al imitarla hasta el exceso, los iberoamericanos asimilan los elementos esenciales de la cultura antigua. Encontramos en el espíritu francés el sentido del gusto y de la armonía, el *lucidus ordo* de los clásicos, el amor por las ideas generales, los principios universales, los derechos del hombre, la repulsión a las brumas del Norte y a la luz demasiado violenta del mediodía; el racionalismo, el vigor lógico, la emoción ante la belleza y el culto a la gracia. Para las democracias americanas, Francia ha sido una maestra de sociabilidad y de literatura; su acción es ya secular. Voltaire y Rousseau fueron los teóricos del período revolucionario; Lamartine dio a conocer el lirismo y la melancolía romántica; Benjamín Constant, la teoría de la política; y Verlaine, las lamentaciones de la decadencia.

Ora indirectamente, por la influencia del pensamiento y de la literatura de España y de Portugal, ora directamente, estas repúblicas han vivido las ideas francesas. Así se ha formado en el continente americano una corriente general de pensamiento que no es sólo ibérica, sino france-

sa y romana. Francia ha realizado la conquista espiritual de nuestras democracias y ha creado en ellas una variedad del espíritu latino. Esta alma latina no es una realidad aparte: está formada de caracteres comunes a todos los pueblos mediterráneos. Los franceses, los griegos, los italianos, los portugueses y los españoles encuentran en ella los elementos fundamentales de su genio nacional, así como en la antigüedad las mujeres griegas encontraban en Helena los rasgos de su propia belleza. A esta síntesis espiritual España contribuye con su idealismo; Italia, con el paganismo de sus hijos y la perpetua sugerencia de sus mármoles; Francia, con su educación llena de armonía.

En las democracias ibéricas domina un latinismo inferior, un latinismo de decadencia: abundancia verbal, retórica ampulosa, énfasis oratorio, al igual que en España romana. Las cualidades y los defectos del espíritu clásico se revelan en la vida americana. El idealismo tenaz que desdeña a menudo la conquista de lo útil; las ideas de humanidad, de igualdad, de universalidad, a despecho de la variedad de razas; el culto de la forma, la vivacidad y la inestabilidad latina, la fe en las ideas puras y en los dogmas políticos, se encuentran en estas tierras de ultramar, al lado de la inteligencia brillante y superficial, del jacobinismo y la facilidad oratoria. El entusiasmo, la sociabilidad y el optimismo son también cualidades iberoamericanas.

Estas repúblicas no están al abrigo de ninguna de las debilidades ordinarias de las razas latinas. El Estado es omnipotente, las profesiones liberales se hallan excesivamente desarrolladas, el poder de la burocracia se torna inquietante. El carácter de sus ciudadanos es débil, inferior a su imaginación y a su inteligencia; las ideas de unión y el espíritu de solidaridad luchan contra la indisciplina innata de la raza. La vida interior falta en estos hombres dominados por las sollicitaciones del exterior, por el tumulto de la política; entre ellos no se dan ni grandes líricos ni grandes místicos. Frente a las realidades vulgares, yerguen su individualismo exasperado.

Indisciplinados, superficiales, brillantes, los americanos pertenecen a la gran familia latina; son vástagos de España, de Portugal y de Italia, por la sangre y las tradiciones profundas, hijos de Francia, por las ideas generales. Un hombre político francés, Clemenceau, ha encontrado en el Brasil, en la Argentina y en el Uruguay «un latinismo de sentimientos, latinismo de pensamiento y acción, con todas sus ventajas espontáneas, con todos sus defectos de método, sus alternativas de arrebatos y flaquezas en la conducción de los planes». Este espíritu de una América

nueva es irreductible. El contacto de la civilización anglosajona podrá renovarlo parcialmente, pero la transformación integral del genio propio de nuestras naciones no se operará nunca. Ello significaría el suicidio de la raza. Allí donde los yanquis y los latinoamericanos se ponen en contacto, se observan mejor las contradicciones insolubles que separan a los unos de los otros. Los anglosajones conquistan la América comercialmente, económicamente, imponiéndose a los latinos, pero la tradición y el ideal, el alma de estas repúblicas les son hostiles.

Es conveniente corregir los vicios de la raza iberoamericana sin salir del marco de las tradiciones que le son propias. Sin perder su originalidad como nación, Francia triunfa hoy día en las luchas deportivas y gasta sin medida energía y genio inventivo para la conquista del aire. Hace suyas victorias que parecían ser el privilegio de los anglosajones. Del mismo modo, para que las democracias latinas adquieran espíritu práctico, actividad tenaz y bella energía, no es necesario que renuncien a su lengua, a su religión y a su historia.

La defensa del espíritu latino es su deber primordial; Barrès, ideólogo apasionado, enseña contra los bárbaros el culto del yo: ninguna tutela extranjera debe turbar la revelación interior espontánea. Las repúblicas del ultramar, que progresan bajo las miradas hostiles e indiferentes, *bajo la mirada de los bárbaros*, deben cultivar su originalidad espiritual en contra de las fuerzas enemigas.

El peligro norteamericano, la amenaza de Alemania y la del Japón rodean el porvenir de la América Latina, como esas fuerzas misteriosas que en el teatro de Maeterlinck dominan la escena humana y preparan en silencio las grandes tragedias. Para defender las tradiciones de un continente latino es útil medir la importancia de las influencias que las amenazan.

EL PORVENIR LATINOAMERICANO¹

Una nueva ruta abierta al comercio humano está transformando la política mundial. El canal de Suez abrió a Europa las puertas del legendario Oriente y encauzó la emigración europea hacia Australia, al mismo tiempo que permitía la formación en África del Sur de una confederación anglosajona. El canal de Panamá está llamado a alterar profundamente el equilibrio de las naciones del Nuevo Mundo. Humboldt lo anunciaba ya en 1804: «Las producciones de la China se acercarán en más de 2000 leguas a Europa y Estados Unidos; grandes cambios tendrán lugar en la política de Asia oriental, porque este istmo (Panamá) es desde hace siglos la avenida de la independencia de la China y Japón» (*Ensayo sobre el gobierno de la Nueva España*, t. I).

El Atlántico es hoy el océano de la civilización moderna. La apertura del canal desplazará el eje de la política mundial. El Pacífico, océano separado de las corrientes civilizadoras de Europa, recibirá directamente del mundo antiguo sus riquezas, sus productos, sus emigrantes. Hasta este momento, Estados Unidos y Japón compartían su dominación como *mare clausum* y luchaban por la supremacía en Asia y la costa occidental de América. Abierto el istmo, nuevos pueblos comerciantes invadirán con sus industrias los países encantados de Asia y las lejanas repúblicas americanas. Nueva York se acercará al Callao, pero al mismo tiempo Hamburgo y Le Havre acortarán distancias con la costa peruana. Se calculó que por la nueva vía, el viaje entre Liverpool y los grandes puertos del Pacífico se acortará entre 2600 y 6000 millas, según su respectiva posición, y que entre Nueva York y los mismos centros de actividad comercial e industrial la distancia disminuirá de 1000 hasta 8400 millas.

¹ *Les démocraties latines de l'Amérique*, París, 1912, Conclusión. Utilizamos la traducción de Ana María Julliand para la edición de Caracas, 1979. [THM]

Compañías navieras alemanas, francesas e inglesas harán el servicio directo con los grandes puertos de Chile y de la China. El comercio mundial cambiará de ruta y Panamá servirá de vía civilizadora al Asia oriental y la costa americana del Pacífico, como Suez al Asia central, África oriental y Oceanía. El Atlántico será el océano de un mundo envejecido.

El comercio de la nueva era prepara revoluciones inesperadas. La influencia de Europa en China y en América occidental crecerá considerablemente. Alemania rivalizará con Estados Unidos por la supremacía comercial en Oriente y en América Latina. Sus navíos, agentes imperialistas, que ahora dan una larga vuelta por el estrecho de Magallanes, pasarán por el canal. Los buques de Japón, como antaño los navegantes fenicios, traerán a Europa los productos del exótico Oriente; Nueva York desplazará a Hamburgo, Amberes y Liverpool y los ingleses perderán su histórica posición intermediaria entre Europa y Asia. Los Estados Unidos, amos del canal, establecerán en Nueva York una gran feria donde concentrarán las mercaderías de Oriente y Occidente, los tesoros de Asia, el oro de Europa y los productos de su pujante industria. Entonces habrán logrado la hegemonía comercial sobre el Pacífico, América del Sur y la China, donde competirán favorablemente con Inglaterra y Alemania. Entre Nueva York y Hong Kong, Nueva York y Yokohama, entre Melbourne y el primer puerto norteamericano, se establecerán nuevas relaciones comerciales. Al acercarse a Nueva York, el Oriente se alejará de Liverpool y los puertos europeos: la ruta por Panamá favorecerá a los industriales yanquis en Asia y Oceanía. Ya podemos vaticinar que los Estados Unidos surgirán como terribles competidores para los negociantes ingleses en los mercados de Australia y Nueva Zelanda.

Difícil es adelantarse al futuro: demasiadas incógnitas intervienen en este drama de la historia de los pueblos. Pero no cabe duda [de] que, de no mediar algún acontecimiento extraordinario que turbase la evolución de los pueblos modernos, las grandes naciones industriales europeas y Japón, defensor de la integridad asiática, se opondrán al formidable desarrollo de los Estados Unidos.

El canal alza una frontera a la ambición yanqui: es la línea meridional, la *South Coast Line*, que poblaba los sueños de Jefferson. Ya en 1809, creía que Cuba y el Canadá debían incorporarse, como estados de la Unión, a la inmensa federación; adelantándose al bronco lirismo de Walt Whitman, pensaba fundar «el más vasto imperio de la libertad que haya existido». Herederos del genio sajón, los norteamericanos quieren formar una federación democrática.

Lograron en Cuba lo que Japón en Corea: primero, la lucha por la autonomía, las intervenciones necesarias, luego el protectorado y quizá la anexión. Así se realizará la profecía de Jefferson. Entre el Canadá, colonia autónoma, y los Estados Unidos, los intereses económicos se entrecruzan, los tratados de comercio crean tal complejidad de influencias que la evolución hacia la unión política parece fácil. La disgregación del imperio anglosajón será obra de los yanquis. La influencia norteamericana en el Canadá crece día a día: el capital americano invertido en diversas industrias alcanza los 100 millones de dólares. El comercio aumenta y en virtud de nuevas convenciones, los Estados Unidos aventajarán a Inglaterra en el mercado canadiense. En esta colonia libre, existe un *Far West* que poblar. El Este es sajón, industrial y aristocrático; el Oeste, bárbaro y agrario, desea la unión con la democracia vecina. Hugo Münsterberg cuenta que un diario de Boston escribe todos los días en primera plana que el deber de los Estados Unidos es anexar Canadá.

La amistad con Inglaterra y el entendimiento entre las naciones de habla inglesa impedirán quizá el avance imperialista hacia el Norte; pero nada se puede contra el capital norteamericano que desarrolla y explota el Oeste canadiense. Además, hombres de la talla de Goldwin Smith aconsejan la unión con la gran República vecina. La libertad comercial que los radicales ingleses quieren conservar, afloja los lazos económicos que podrían asegurar la continuación del Imperio Británico, e impide la formación de un *Zollverein*, de esta unión aduanera entre Gran Bretaña y sus colonias, que era el gran proyecto de Chamberlain. Justamente para resguardar intereses económicos, comerciales e industriales, Canadá se acerca a los Estados Unidos y se aleja de Gran Bretaña.

México, donde los capitales norteamericanos llegan a 500 millones de dólares; Panamá, república sometida al protectorado del Norte sajón; la zona del Canal, que los yanquis adquirieron como una lejana posesión meridional; las Antillas, que van conquistando poco a poco; América central, donde repúblicas continuamente desgarradas toleran las intervenciones pacificadoras; y Canadá, rico y autónomo, forman para los soberbios estadistas de Washington y la prensa amarilla el codiciado imperio. En dos siglos, las pequeñas colonias puritanas del Atlántico habrán logrado quizá dominar un continente, desde el polo hasta el trópico, y crear, con el concurso de todas las razas, una nueva humanidad sajona, industrial y democrática. Así gobernaron el mundo Roma y Gran Bretaña.

Para detener la marcha de los Estados Unidos, el Sur no tendrá el contrapeso necesario. En el conflicto entre los norteamericanos unidos y los sudamericanos desunidos, el Nuevo Mundo latino lleva todas las de perder.

El Pacífico será el escenario de guerras de razas y de emigraciones transformadoras. El canal abierto, es poco probable que los emigrantes europeos se dirijan sobre las costas del Pacífico. Sólo Brasil y Argentina atraen al aventurero moderno: «El Dorado» es la pampa argentina o las selvas brasileñas. Venezuela, invadida por inmigrantes de raza germánica, podrá renacer cuando una densa muchedumbre pueble sus valles, y Caracas será seguramente una gran ciudad latina. Pero en Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia, escasos son los centros de civilización en el interior: la sierra sigue triste y arisca y todo el progreso se concentra en las pequeñas ciudades de la costa, en medio del desierto. Los chinos y japoneses, contentos con un módico jornal, aventajan al obrero europeo. Las colonias japonesas poblarán la costa americana desde Panamá hasta Chile; además, sobre estas nuevas tierras, la fusión de la sangre japonesa con la india no es irrealizable.

Siempre habrá en América del Sur dos regiones distintas, separadas por los Andes y divididas por el trópico. La América atlántica conservará su libertad y aumentará su poderío y sus riquezas. Es posible que el sur de Brasil se vuelva alemán, pero Argentina, Chile, Uruguay y los grandes Estados brasileños defenderían la herencia latina. Al norte y al oeste, naciones despobladas y desunidas tendrán que hacer frente a la invasión de orientales y a las embestidas de un pueblo conquistador. Gracias a la protección de Japón podrán liberarse de la tutela de los Estados Unidos, o si no alejar a los súbditos del Mikado, pero acogiendo-se a la influencia norteamericana. Solamente la federación de todas las repúblicas latinas bajo la presión de Inglaterra, Francia e Italia, que poseen importantes mercados en América, podrá salvar las naciones del Pacífico, como hace un siglo Inglaterra pudo resguardar la autonomía de estos pueblos contra los designios místicos de la Santa Alianza.

La doctrina Monroe se opone a la intervención de Europa en los asuntos americanos, pero esta doctrina, que irrita a los imperialistas alemanes como Münsterberg, puede perder actualidad. Si Alemania o Japón vencen a los Estados Unidos, la doctrina tutelar quedará para el recuerdo. América Latina saldrá del aislamiento impuesto por los Estados Unidos, formará parte del concierto europeo, de la combinación de fuerzas políticas —alianzas y acuerdos—, base del equilibrio moderno.

Se unirá por lazos políticos a las naciones que la enriquecen con sus capitales y le compran sus productos.

Japón no perdió su originalidad como nación asiática al unirse a Inglaterra por un tratado que conserva el statu quo oriental. Las repúblicas latinas no renunciarán a su carácter de pueblos americanos al firmar acuerdos con las naciones del Occidente. Ya existen entre ellas y Europa tratados de comercio, una armonía económica, afinidades intelectuales. Brasil y Argentina, donde imperan las ideas francesas y los capitales ingleses, podrían unirse por una vasta red de alianzas con el grupo de naciones europeas que conquistaron, civilizaron y enriquecieron América, es decir, España, Francia e Inglaterra. ¿Acaso una comunidad de intereses en América no robustecería la unión de estos pueblos solidarios en Europa? Grandes cambios políticos resultarían de estas nuevas influencias: los latinos de América, al entrar a formar parte de la política europea, alejarían a Italia, cuyos intereses en Brasil y Argentina son considerables, de la Triple Alianza; respaldarían la alianza entre Francia e Inglaterra contra Alemania, su poderoso rival tanto en Europa como en América. Canning, el ministro Inglés que combatía los designios de la Santa Alianza hace un siglo, decía que había dado la libertad al Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio en el antiguo. Frente a pueblos teocráticos que pretendían presidir los destinos del mundo, fomentó la aparición de estas democracias libres señaladas para asentar firmemente las bondades de la libertad. Su esperanza fue prematura, porque sobre las ruinas del absolutismo español era difícil que surgieran espontáneamente repúblicas perfectas. Apenas si hoy, después de un siglo de intentonas constitucionales, algunos Estados latinoamericanos, Argentina, Brasil, Chile, Perú, Bolivia, parecen capacitados para responder al deseo de Canning.

Estos pueblos quisieran contribuir a la defensa del ideal latino. Pero, ¿no es mucha pretensión de parte de naciones todavía semibárbaras? Las viejas razas de Occidente miran su arrebatado avance con el mismo desprecio que Roma observaba las turbulentas migraciones de godos y germanos. Y aun cuando la raza latina pudiera detener su decadencia, gracias a la riqueza y a la juventud de estos pueblos americanos, ¿convendría oponerse al triunfo de los sajones y los eslavos en nombre de una raza degenerada? Hace setenta años, Tocqueville visitaba los Estados Unidos y barruntaba su grandeza. Hoy Clemenceau, admirador de los Estados Unidos, elogia el vigor latino que pudo apreciar en Buenos Aires, en Uruguay, en Río de Janeiro. La república yanqui colmó los

vaticinios del primero, nada extraño que las democracias latinas confirmasen el optimismo del segundo. Una nueva energía, un indiscutible progreso material, una fe creadora anuncian en el nuevo continente el advenimiento, si no de «El Dorado» soñado por codiciosos aventureros, por lo menos de naciones de pujante agricultura e industria, de un mundo en el cual rejuvenecerá la gloriosa ancianidad del mundo latino. Cuando Emerson visitó Inglaterra, hace cincuenta años, dijo que el corazón de la raza británica estaba en los Estados Unidos y que la «isla madre» se llenaría de orgullo con la energía transmitida por sus hijos (*Works*, t. II, p. 160). ¿Acaso, hablando de España y de Portugal, no podrían los argentinos, brasileños y chilenos afirmar lo mismo?

La decadencia de los latinos, evidente a los ojos de los sociólogos, podría ser tan sólo un período de quebranto. Las aventuras que exigen un gran despliegue de energía y de heroísmo son seguidas de un período de recogimiento, de lasitud después del momento de creación. Al comienzo de la era moderna, en el siglo XVI, los indisciplinados ingleses se mostraban renuentes a la regularidad y monotonía de la vida industrial, y en el XIX organizaron un poderoso industrialismo, volviéronse lentos y metódicos; luego en 1894, Charles Pearson se preocupaba por «la decadencia de la energía inglesa, que se manifiesta con la adopción del socialismo de Estado y la pobreza de los inventos mecánicos» (*National life and character*, 1894, p. 102 y ss.).

En el porvenir, los latinos volverán a gozar de su antigua virilidad. Los *recorsi* de la historia, estudiados por Vico, demuestran que algunos pueblos que habían perdido su preeminencia la recobraron y otros, un tiempo prósperos, decaen: ningún privilegio es eterno, ni tampoco, el retroceso, el resultado de una irremediable fatalidad.

Multa renascentur quoe jam cecidere, cadentque
quoe nunc sunt in honore...

La política imperial de Carlos V y de Felipe II, la conquista de un continente por los españoles, portugueses y franceses, la gloriosa fiesta del Renacimiento, el triunfo de Lepanto, el maravilloso imperio de Venecia, la política de Richelieu, el siglo de oro del clasicismo francés, la revolución que proclamó los Derechos del Hombre, la epopeya napoleónica, la independencia de América española, son cantos a las glorias de la raza latina. Hoy, Bélgica, Italia y Argentina dan señales del resurgimiento de una raza pretendidamente agotada.

Legatarios del espíritu latino en lo moral, religioso y político, los pueblos iberoamericanos desean conservar su gloriosa herencia. La idea de raza, es decir tradiciones y cultura, domina en la política moderna. Asistimos a un brote de paneslavismo, panislamismo, panasiatismo, pangermanismo, panlatinismo, palabras bárbaras indicadoras de las luchas futuras. Los eslavos de Dalmacia y de Alemania, Servia y Bosnia quisieran reconstituir, con los fragmentos de naciones divididas, un Estado que también sería una raza. El Islam reúne a diversos pueblos, con el fervor de un nuevo fanatismo, a instigación de califas o morabitos populares, desde el Sudán hasta Fez, de Bombay a Estambul. Vastas ligas de pueblos dispersos se están formando en nombre de una religión o de un origen común. Eslavos, sajones, latinos, amarillos se pelean el mundo. Así se simplifica el drama de la historia: por encima de conflictos entre naciones inestables se alzan los profundos antagonismos de razas milenarias.

Onésime Reclus estudió en su libro *Le partage du monde* la situación respectiva de cada uno de estos poderosos grupos humanos. Las conclusiones de su estudio son optimistas: frente a los sajones y los eslavos, los latinos conservan vastos territorios que les falta poblar. Su posición geográfica, a pesar del imperialismo anglosajón y la inmensa superficie de la Rusia europea y asiática, no está en desventaja.

Son cien millones de eslavos esparcidos sobre un inmenso territorio asiático y europeo, desde Vladivostok hasta el mar Báltico; dos millares y medio de millones de hectáreas a disposición de la prole de esta raza prolífica. Juntando los pueblos de Noruega, Suecia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Suiza a los germanos de Austria, la raza alemana, destinada a propagar por el comercio o la violencia el evangelio del pangermanismo, posee alrededor de 100 millones de hectáreas para 93 millones de habitantes. Los anglosajones, enemigos naturales de la expansión alemana, rivales del *Deutschtum* en Asia, África y América, señorean sobre una superficie casi ilimitada, 4 millares de millones de hectáreas: India, Canadá, Estados Unidos, África del Sur, Egipto, Australia, tierras conquistadas o reinos bajo tutela, con todos los credos y todas las razas. Más de 200 millones de anglosajones pueblan esta «más grande Inglaterra» que no comprende la inasimilable India.

Los territorios ocupados por los pueblos latinos en Europa, América y África son de 3 millones 900 000 hectáreas, habitados por 250 millones de hombres: el número de latinos no es, pues, muy inferior al de los anglosajones, ni tampoco lo son los territorios abiertos a la expansión

latina. Llegan con las colonias francesas de Asia a los 4 millares de millones de hectáreas.

Los latinos aventajan a los esclavos y germanos por la extensión de sus territorios y por su número. Por otro lado, no son inferiores a los ingleses ni en potencial humano ni en abundancia de tierras explotables. E Inglaterra llegó ya al apogeo de su período industrial y de su desarrollo político. En las ciudades, el índice de natalidad disminuye y la emigración es nula, el Estado es el protector de la turba demagógica y decadente. Los Estados Unidos pretenden conquistar nuevas tierras, pero los latinos poseen en América del Sur un rico continente casi inhabitado y los franceses están cimentando un imperio colonial que competirá con Egipto en riqueza e importancia y se extenderá desde Marruecos hasta el Congo y de Dakar a Túnez.

Reclus calcula que América Latina podrá alimentar cien personas por kilómetro cuadrado. Mientras que la natalidad queda estacionaria en Estados Unidos y en las grandes ciudades sajonas del Atlántico, la población latinoamericana crece prodigiosamente; suma hoy 80 millones, cuando hace un siglo era aproximadamente 15 millones. Es posible que al terminar este siglo los sudamericanos sean 250 millones, consecuentemente, los latinos aventajarán a los sajones.

América es, pues, un factor esencial en el porvenir de las naciones latinas. El destino de Francia, España, Portugal e Italia cambiaría si los 80 millones de latinoamericanos perdieran sus tradiciones de raza, si dentro de un siglo o dos América se unificara bajo la hegemonía yanqui, o si alemanes y anglosajones asfixiaran el núcleo de civilización formado por Argentina, Uruguay y el sur de Brasil. Económicamente, perderían mercados; intelectualmente, dóciles colonias; del punto de vista práctico, centros de expansión. Hoy, sajones, germanos, esclavos y neolatinos son fuerzas equilibradas que pueden desarrollarse armoniosamente en el marco de la civilización cristiana, sin guerras de conquista ni monopolios. La unidad moral de América del Sur contribuiría a la realización de este proyecto. Un nuevo continente sajón, erigiéndose desde Alaska hasta el Cabo de Hornos sobre las ruinas de veinte repúblicas españolas, sería para los herederos de la cultura romana el anuncio de una definitiva decadencia. En las luchas seculares entre la ciudad latina y los bárbaros, el catolicismo y el protestantismo, el genio francés y la mentalidad tudesca, entre el Renacimiento y la Reforma, los latinos habrían perdido la última batalla.

América es un laboratorio de hombres libres. Charles W. Eliott, rector de la Universidad de Harvard, indagó qué papel tuvieron los Estados Unidos en la formación de la civilización moderna: el arbitraje, como principio universal, la tolerancia, el sufragio universal, el bienestar material, la libertad política, le parecen ser los caracteres de la cultura norteamericana. En el sur latino, encontramos principios análogos. El arbitraje es la base de las relaciones internacionales, la tolerancia religiosa está progresando. La libertad política existe en las constituciones más que en las costumbres, pero las cartas políticas, adaptadas a los principios de la civilización moderna, constituyen el ideal de estas repúblicas. Cuando nuevas razas hayan poblado el desierto, las democracias crecerán dentro de este marco y el libre sufragio, los derechos individuales y la tolerancia serán realidad.

En América Latina, sobre todo en las naciones del sur, no se concibe la restauración del antiguo orden social, despotismo e inquisición religiosa. El nuevo continente, el sajón y el latino, es democrático y liberal.

Si como en tiempos de la Santa Alianza, los pueblos teocráticos se coaligaran, Austria católica y guerrera, Alemania dominada por el feudalismo prusiano, Rusia, mística y formidable, América entera sería entonces la avenida de la libertad. Si alemanes y latinos, latinos y anglosajones luchan entre sí, las democracias ultramarinas coadyuvarían a la vitalidad latina. Si, en una Europa dominada por germanos y eslavos, los pueblos mediterráneos se ven obligados a replegarse hacia el mar azul poblado de islas griegas y de símbolos tan antiguos como el mundo, es probable que el mito antiguo se realice nuevamente y que la antorcha del ideal de la civilización latina pase de París a Buenos Aires, o Río de Janeiro, como pasó de Roma a París en la época moderna, y de Grecia a Roma, en la época clásica. América, hoy desierta y dividida, salvará la cultura de Francia e Italia, la herencia de la Revolución y del Renacimiento, y habrá justificado hasta el final la feliz osadía de Cristóbal Colón.

PANAMERICANISMO Y PANIBERISMO¹

Cerrado el ciclo de las asambleas continentales, inician los Estados Unidos una política panamericana. Reúnen en congresos periódicos a las discordes naciones del Sud.

No buscaron siempre los yanquis la unión política y moral con los pueblos de origen ibérico. Una confederación de las colonias inglesas y españolas fue, en 1809, el ideal de sus políticos. Pensaron en acoger a los diputados americanos en el parlamento, apenas hubieran proclamado las rebeldes colonias su independencia.

Después de aquella amistosa invitación, sólo hallamos reserva e indiferencia. Enemigos de toda alianza, según la tradición washingtoniana, no se apresuraron los norteamericanos en reconocer la independencia de las repúblicas españolas. Siguieron con prudente simpatía la evolución liberal de estos Estados. Sólo en 1822 se dignaron reconocer la autonomía de Colombia, de Chile, del Perú, de las provincias del Plata y de México. Francia contribuía a la independencia norteamericana con legiones afortunadas: ningún auxilio de dinero ni de hombres recibieron de la gran República los «hermanos del Sud».

Discutió aquélla largamente sobre las ventajas posibles que derivarían de su asistencia al congreso de Panamá. Designó representantes que no figuraron en la asamblea. En el gran conflicto entre americanos y españoles, afirmaba el gobierno neosajón su neutralidad. El presidente Monroe había condenado la política reaccionaria de la Santa Alianza; pero tampoco olvidaron sus sucesores el aspecto utilitario de la gran querella entre la América republicana y la Europa teocrática. Denunciaron los privilegios comerciales que pudieran conceder a las naciones europeas las flamantes repúblicas. «El cambio de un vecindario de colo-

¹ *La creación de un continente*, París, 1913, Lib. I, cap. II. Título original. [THM]

nos insignificantes por naciones soberanas e independientes, ha sido acogido por nosotros por un sentimiento de protección», declaraba ya el imperialismo previsor.

El congreso reunido por Bolívar inquieta a los norteamericanos. Puede ser el germen de una gran federación; y ante esa formidable expectativa, precisan que la asamblea es «puramente diplomática», sin que pueda revestirse de carácter legislativo. «La palabra Congreso —escribía un ministro—, es superfluo observarlo, no debe por ningún motivo ser tomada aquí en el sentido en que se toma respecto a asambleas políticas de índole diferente». Sobre divididas naciones, era más fácil el señorío de un pueblo orgulloso que aspiraba, en el Nuevo Mundo, a la hegemonía.

Después de 1826, fueron invitados los Estados Unidos a los congresos del Sud: se inclinaban las nuevas naciones ante la fuerza de su expansión política y sus altas enseñanzas de progreso democrático. Eran los «amigos sinceros e ilustrados» de que hablaba, a Bolívar, Santander, presidente de Colombia. No dirigían todavía las discusiones en las asambleas, ni imponían su ideal. Los ocupaba el desarrollo de su propia nacionalidad: conquistan el desierto, defienden la libertad contra la esclavitud, dirigen la corriente inmigratoria, fundan industrias y ciudades. Los Estados Unidos no quieren imponer su autoridad a las democracias ibéricas: «No teniendo éstas viejos prejuicios que combatir —decían entonces los norteamericanos—, ni usos establecidos que modificar, ni códigos de guerra y de comercio que rehacer, gozan de una libertad absoluta para consultar la experiencia del mundo entero y adoptar sin parcialidad principios capaces de darles seguridad y felicidad, y de garantizarles la paz».

El primer Congreso panamericano se reunió en Washington, en 1889. Fue la gran obra política de Mr. Blaine, el célebre político de perfil cesáreo y ambición imperial. La guerra del Pacífico había arrebatado provincias al Perú y a Bolivia, y la República sajona quiso, en aquella hora trágica, ofrecer un principio de armonía al continente dividido. Representó esta asamblea, mejor que anteriores congresos, a las tres Américas, de México a Buenos Aires, bajo la dirección moral de la nación protectora. En su discurso, formuló el secretario de Estado Blaine los principios que debían presidir a la unión de las democracias americanas. El idealismo sonoro de otras reuniones adquiere entonces precisión, firmeza y eficacia. Con excepción de Chile, aprueba América las conclusiones del proyecto de Mr. Blaine: todo principio de conquista queda excluido del derecho público americano mientras conserve su fuerza el Tratado general de arbi-

tramento; serán nulas las cesiones de territorio que se hicieren mientras dure ese Tratado; si se efectuaren bajo la amenaza de guerra o como consecuencia de la presión ejercida por la fuerza armada, la nación obligada a tal cesión de territorio tendrá derecho a exigir que se decida, por arbitramento, su validez; carece de eficacia la renuncia a recurrir a ese medio pacífico, hecha en las mismas condiciones de violencia armada.

Sancionaba así el Congreso graves principios de derecho: el arbitramento, la independencia y la integridad nacionales. Al mismo tiempo, el sentido práctico de los hombres del norte impuso la adopción de medidas utilitarias: el canal de Panamá, el ferrocarril panamericano... Desde 1889, eran las compañías de navegación importantes factores en el plan unificador de la política septentrional. Al monroísmo se agregaba, como eficaz corolario, el monroísmo económico. Se creó en Washington un *Bureau* de las repúblicas ibéricas, con la misión de propagar, por todo el continente, el nuevo evangelio del panamericanismo. Ha inquietado a nuestras democracias este órgano administrativo, que parece ser una creación imperialista, una oficina centralizadora, como el Ministerio de las Colonias en la obra de Mr. Chamberlain.

En aquel Congreso de tendencias unitarias definieron su ideal los americanos del Sud. A la fórmula yanqui: «La América para los americanos», opuso el ministro Sáenz Peña, hoy presidente de la democracia argentina, una nueva y más vasta ambición: «La América para la humanidad». Fiel a sus tradiciones, defendía una vez más la Argentina la influencia europea contra los proyectos de federación continental.

Nuevos congresos panamericanos, el de México en 1902, el de Río de Janeiro en 1906, el de Buenos Aires en 1910, no presentan el mismo interés moral de la primera asamblea. Confiesan públicamente su entusiasmo las naciones ibéricas; su espíritu fraternal la república yanqui. Votos platónicos suceden a inútiles promesas. Empero, no avanza la fusión deseada de sajones y latinos. En Buenos Aires denunció un delegado antillano, Américo Lugo, la expansión del Norte. En revistas y diarios, elocuentes pensadores condenaron a esas juntas retóricas que predicaban unión mientras la ambición sajona desmembraba Panamá, agitaba a Nicaragua y amenazaba a México.

Nuevas formas de la política norteamericana exigen minucioso examen. La tradición del Partido Demócrata, que gobierna hoy en la república sajona, puede enervar el fuerte avance imperialista. Mas, en virtud de la solidaridad que une a las generaciones, ni renunciará el flamante régimen al legado colonial del Partido Republicano, ni abandonará sus

privilegios comerciales. Férreos vínculos atan lo presente a lo pasado. Poder engendra deber, según la sutil observación de un moralista, Guyau, y el exceso de la fuerza adquirida impone a los Estados del norte una posición tutelar en el Nuevo Mundo. Son cruzados de la utilidad, misioneros de la cultura.

En la audaz proposición de un senador, Mr. Lodge, se estrecha el histórico sentido del monroísmo. La República del Norte considera agresiva a su soberanía la adquisición de tierras al sud del río Grande por sociedades europeas. Es la extensión de la enmienda Platt al Nuevo Mundo español. En los códigos que respetan el *jus utendi et abutendi* de los romanos, agregarán los legisladores un artículo parental: se prohíbe disponer de la propiedad en favor de sociedades extranjeras. Se limita así un derecho bajo la presión yanqui. Al mismo tiempo, gozan en el canal de Panamá de ventajas comerciales los buques norteamericanos, y ello restringe la libertad comercial de los pueblos del Pacífico. ¿No podrá una futura declaración señalar el monto de los capitales europeos que puedan ingresar a cada república o determinar la importancia numérica de la corriente migratoria? Sucesivamente, se impondrá así a pueblos libres una dura tutela. La presión moral se sustituye por un catecismo imperativo.

Para alejar los recelos que en el Sud amenazado engendra la expansión yanqui, un brillante diplomático colombiano, el señor Pérez Triana, sugiere, en manifiesto a los pueblos de América, la ampliación de la doctrina de Monroe. Le inquieta el imperialismo de las grandes potencias europeas que se dividen Trípoli y Marruecos y fundan colonias en lejanos continentes. Condena la «recrudescencia del instinto predatorio». Agotados los dominios repartibles en Asia y África, avanzarán a América los pueblos colonizadores. ¿Qué los detiene hoy? Aquella histórica doctrina, «donde las nacientes nacionalidades encontraron en la cuna de sus libertades recién conquistadas». Pero los Estados Unidos se han convertido también en potencia imperial. En Cuba, en Nicaragua, en Panamá, en Puerto Rico, han construido dominios sujetos a tutela. A la inquietud sudamericana o al odio tropical, propone el señor Pérez Triana la aceptación del tradicional monroísmo. La potencia sajona y las repúblicas de América, congregadas en asamblea propicia, declararán pomposamente que «la conquista quedará definitivamente proscrita del continente americano».

No atribuyamos a las promesas escritas un sentido trascendental. También ofrecieron los Estados Unidos no inmiscuirse en negocios euro-

peos, desde 1823, y el imponente desarrollo de sus intereses comerciales les obligó, a fines del siglo, a repudiar aquella declaración puritana. Contra las realidades creadas por la fuerza o la formidable expansión de pueblos densos, nada significan los textos precisos de congresos fraternales. Declaran las naciones europeas que mantendrán el statu quo territorial en los Balcanes, y una guerra victoriosa anula hoy estos aventurados propósitos. La neutralidad de Bélgica, que garantiza pactos solemnes, se halla amenazada por el progreso alemán, y la nación protegida funda en legiones aguerridas su futura autonomía. Si se dirigiera a las tierras americanas, el voraz imperialismo europeo hallaría pueblos indomables. La experiencia enseña al Viejo Mundo que ninguna expedición de conquista pudo vencer, en ultramar, la resistencia patriótica: ni ingleses y franceses coaligados derribaron a Rosas, ni la expedición española impuso al Perú y Chile la voluntad metropolitana, y en México el imperio napoleónico se hundió en un crepúsculo de sangre. En África hallan las potencias colonizadoras tribus errantes; en Asia, imperios caducos; en América, encuentran pueblos cristianos que se organizan. Allí la imperiosa acción de la tierra crea un celoso nacionalismo.

Un eminente historiador brasileño, el señor de Oliveira Lima, insinúa una política más útil que el generoso idealismo del señor Pérez Triana. En un gran banquete neoyorquino, consideró la educación como agente de panamericanismo eficaz. «Toda soberanía debe evidentemente ser respetada —dice—, pero es necesario también que ella merezca ese respeto. Las naciones no pueden ocupar el mismo rango si representan unas el más alto grado de civilización, mientras que otras ocupan un lugar más bajo». La cultura nivelará a los pueblos de ultramar; la cultura y la riqueza podrá decirse, como fuerzas solidarias. Se formaría así una confederación ideal en la que ingresarían sucesivamente los pueblos en progreso. Los primeros Estados de esta liga continental, la Argentina y el Brasil, se unirían a la República norteamericana para una alta misión pedagógica: impedirían las guerras aniquiladoras, fecundarían con el oro nacional los vecinos territorios, enviarían maestros a sus escuelas e instructores a sus ejércitos.

Si se limitaran los Estados Unidos a evitar guerras, a transformar el continente con la acción expansiva de sus bancos y la audacia frenética de sus aventureros, sería civilizadora su influencia. Pero ¿cómo exigir de un pueblo dominado por activas plutocracias esa alta función jurídica?²

² En mi libro *Les démocraties latines de l'Amérique* (París, 1912) he estudiado la oposición entre Estados Unidos y la América Latina y el desarrollo del imperialismo norteamericano (p. 275 y ss.).

La ambición conquistadora se sustituye a la fraternal vigilancia, y los congresos de las dos Américas recordarán pronto a esas asambleas sajonas donde las colonias discuten con la metrópoli los grandes intereses del imperio.

En el orden económico, conviene a los iberoamericanos la influencia del Norte. El canal de Panamá que dará a Nueva York y a Nueva Orleans privilegiada situación comercial, acercará meridionales repúblicas sin capital propio a una gran nación plebataria de riqueza. Los norteamericanos han transformado Cuba y Panamá: obras de progreso material, higiene, orden financiero surgen repentinamente en la tierra discordante e insalubre. No les satisface la preponderancia: ambicionan el monopolio, y esa severa dependencia encierra el más grave peligro para las débiles naciones del Sud. La autonomía es un nombre vano, *flatus vocis*, si por convenciones estrechas como un anillo de hierro los productos agrícolas de América van a los Estados Unidos solamente, y de ellos reciben las vastas tierras del sud mercaderías y capitales que hoy les envían sajones, alemanes y franceses.

En el dominio intelectual nunca alcanzaron primacía, entre los hispanoamericanos, las escuelas y los maestros del Norte. Cuando se transforma el régimen de las prisiones en el Perú se piden modelos a los Estados Unidos; cuando Sarmiento quiere multiplicar escuelas contra la barbarie impuesta por Rosas, estudia el desarrollo de la instrucción popular en la democracia sajona. Pero, las grandes corrientes intelectuales llegan a América de España y de Francia, alguna vez de Inglaterra. La inquietud religiosa, el idealismo bostoniano, la formación de admirables universidades: el espectáculo de esa otra América sajona, desdeñosa del violento materialismo y de la inmoral codicia de los hombres prácticos, es ignorado en el Sud latino.

Políticamente, ha sido funesto el ejemplo de los Estados Unidos para estas incipientes democracias. Explicando la grandeza de la república sajona por el carácter de sus instituciones, se apresuraron a imitar su constitución federal, análoga, escribe Tocqueville, «a esas hermosas creaciones de la industria humana, que colman de bienes a sus inventores pero que son estériles en otras manos» (*La démocratie en Amérique*, París, 1835, t. I, p. 259). Atribuyeron a las ideas políticas, a las constituciones, una acción misteriosa, olvidando que existe para el genio de cada raza un sistema adecuado de gobierno; que las formas políticas, las religiones y las lenguas son creaciones del espíritu de los pueblos. Ya en 1823, un diputado de los primeros congresos mexicanos, el padre Mier, se oponía

a semejante imitación del gobierno norteamericano. «El federalismo, decía, es un medio de unir lo que está desunido: en los Estados Unidos toda la historia colonial exigía el pacto federal, aquí (en México) sería desunir lo unido». Bolívar, libertador de América, condenaba este sistema que llamaba *anarquía organizada*.

Al inspirarse en instituciones extranjeras, se cambió radicalmente su espíritu. En Norteamérica, poseen los Estados que constituirán una república privilegios y cartas políticas. Se unen en libre federación, realizan un pacto social. En la América del Sud, las provincias que acaban de conquistar su autonomía no aceptan entre sí lazos políticos, un contrato. Organizan el federalismo dentro de cada Estado; conceden a las provincias de que se componen las repúblicas un congreso, un presidente. Es una federación invertida que multiplica la anarquía por el número de Estados y aniquila el poder central. En los Estados Unidos, síntesis, creación de fuerzas nuevas; en las democracias latinas, división excesiva y despilfarro de fuerzas.

Geográficamente, es el panamericanismo una ficción que da a la vecindad territorial una significación trascendente y desdeña todos los antagonismos de raza y religión, lengua y tradiciones. Si ha sido nefasta la influencia de su sistema político, su acción futura, encerrada dentro de límites precisos, puede transformar al continente meridional. Densos, ricos, poderosos, aspiran a una hegemonía incontrastable. Respetuosos del sentimiento nacional de las repúblicas vecinas, habrían completado la tarea impuesta por el monroísmo: después de defender a inseguras democracias contra la Europa coaligada, las salvarían de las miserias de su pasado y de las angustias de una larga gestación.

La nación sajona pretende ejercer en el mundo una función pacificadora. Extiende más allá del océano el vínculo federal, en que es libre el concurso y plena la autonomía de los pueblos congregados. Tal es su ideal, según lo ha expresado un antiguo embajador, Mr. Hill: la formación de un gran Estado internacional donde ella imponga la «paz americana» por la justicia, como fundaron los romanos otra larga paz por medio de la fuerza. El mismo Roosevelt, profesor de imperialismo, evita una guerra europea en Algeciras y sella el acuerdo de dos naciones enemigas —rusos y japoneses— en Portsmouth.

Dentro del continente, este alto arbitraje se opondría a fraternales conflictos. En el Sud, a donde no llega la ambición territorial de la democracia expansiva, tal ministerio de paz contribuiría al progreso común. Un escritor uruguayo, Luis Alberto de Herrera, aconseja a los orientales

amenazados por el Brasil y la Argentina que pidan a los Estados Unidos mediación aquietadora. Cuando en el Pacífico iba a estallar una guerra entre el Perú y el Ecuador, la intervención de la república maternal evita aquel funesto desgarramiento. Al mantener el statu quo territorial, al afirmar vínculos tradicionales entre pueblos semejantes, al condenar hegemonías peligrosas, merecerá la actitud norteamericana la aprobación de un mundo propenso a la discordia.

Critican, sin embargo, la mediación de los Estados Unidos aquellos pueblos fuertes del continente meridional que sueñan con futuras conquistas. Es conocida la hostilidad chilena contra la nación tutelar. Pero si el monroísmo desconoce posibles invasiones de Europa en el Nuevo Mundo español, ¿por qué había de tolerar la agresiva campaña de las repúblicas poderosas contra las débiles en los mismos territorios que defiende de exóticas codicias?

Cierto es que la nación protectora adquiere colonias, domina en el mar Caribe y practica un rudo imperialismo comercial. Sólo en Panamá se detiene su práctico avance. No puede negarse sin embargo que, al sud del istmo, son desinteresadas sus intervenciones pacificadoras. En vez de estimular divisiones, base de su futura dominación, aconseja o impone la paz. Contribuye de esa manera a la formación de fuertes democracias, de definitiva conciencia nacional. La política maquiavélica dice a los Estados Unidos que han de dividir para reinar: de Panamá al Plata, ellos unen y civilizan.

Si aceptamos la hidalga mediación entre pueblos enemigos, condenamos dentro de ciertos límites la intervención en los negocios internos de las repúblicas revolucionarias. La primera corresponde a generosas tradiciones del derecho internacional; la segunda ataca la inviolable soberanía de los Estados. Tal es la acción de la enmienda Platt en la Constitución cubana. ¿No es contradictoria la independencia obediente a extranjera tutela? Sin ejercer coacción política, pueden los Estados Unidos usar de su autoridad moral en provecho de naciones desconcertadas. Representan la opinión internacional en una de sus más altas manifestaciones, y ante esa oscura presión cedería pronto la anarquía meridional. Se ha dicho que pretenden declarar que no reconocerán gobiernos creados por revoluciones ni aceptarán tiranías. Tan enérgica decisión, de ser sincera, traería para las democracias del Sud orden, cultura y progreso material.

El rebelde individualismo de las repúblicas no acepta semejante función pedagógica. Quiere plena autonomía, aunque de ella se deriven

la disolución y el caos. Pero, robusteciendo la paz, ponen los sajones los definitivos fundamentos de la grandeza sudamericana. Su intervención se efectuaría en nombre del porvenir, y sería desinteresada, armoniosa, educadora. La temerán los caudillos voraces, pero la aclamarán los pueblos laboriosos. Mientras los Estados Unidos se limiten a educar en el Sud, este imperialismo que sirve a la cultura acercará a las democracias americanas en el más bello de los esfuerzos solidarios.

No será peligrosa la influencia neosajona, si el continente español busca afanosamente el equilibrio de todas las influencias civilizadoras. Contra agresiones del Norte, el oro y la gente de Europa; contra el Viejo Mundo agresivo, la intangible doctrina de Monroe. Colonias «sin bandera» que transformen la raza y se opongan al monopolio yanqui; capitanes de industria que traigan de los Estados Unidos el capital fecundante y luchen contra el banquero de Londres y el exportador de Hamburgo. Mientras se empeñan estas útiles batallas podrán las informes democracias unirse, armarse y rechazar el ataque de todos los imperialismos.

El panamericanismo tiene una significación territorial; sirvenle de base la casualidad geográfica y los provechos comerciales. El panibberismo es una tendencia de raza. Restaura antiguos vínculos morales oxidados por el tiempo, congrega a Europa y a las repúblicas de ultramar en una federación ideal.

Tal fusión no pudo realizarse antes de que se olvidaran audaces expediciones de reconquista. Pareja y Mazaredo llevaron en 1866, al Perú y a Chile, el altanero mensaje de la metrópoli, y confirmó entonces su independencia la América como triunfaron dos veces los Estados Unidos de Inglaterra, en 1776 y en 1812. Mientras fueron Cuba y Puerto Rico colonias españolas, la fraternidad ibérica parecía un sarcasmo. Un congreso reunido en Madrid, en 1890, definió, sin embargo, los ideales de esta nueva corriente internacional. Alejada España de América en el orden político, se inicia, en el orden moral, el acercamiento.

Nobles profesores, Leopoldo Alas, Altamira, Unamuno, Posada, contribuyen eficazmente a dicho movimiento. El viaje de Menéndez Pidal a América, en 1905, la odisea de Altamira, de Buenos Aires a México en 1909, la presencia de una Infanta española en las fiestas del centenario argentino, el fervor tribunicio de Blasco Ibáñez —un grupo de maestros, de conquistadores espirituales, que atraviesa el océano en busca de América, perpetuo Dorado de la ambición castellana—, revelan que España renuncia a su aislamiento.

Un largo esfuerzo ha consagrado a la citada tarea fraternal el gran maestro de Oviedo, Rafael Altamira. Noble ejemplar de la raza castellana, apóstol por la fisonomía tolstoyana, el acento y la actitud, expresa en libros y conferencias su tenaz esperanza. Una obra de generosa elocuencia, *España en América*, resume sus trabajos en favor del Nuevo Mundo. Reconoce el profesor asturiano la útil influencia dentro de la península de los españoles que vuelven de América. Son «una fuerza real», llena del «espíritu progresivo que traen de las tierras de América». Demuestra las ventajas de un acercamiento intelectual entre las democracias ibéricas, dice su inquietud ante la creciente influencia norteamericana. Él también ambiciona renovar el espíritu de las universidades peninsulares para que la juventud de América se congregue en los claustros españoles a escuchar lecciones de sabiduría.

Altamira y sus compañeros ambicionan análogo destino para los pueblos de origen español. Todas las tradiciones llevan a España hacia el Nuevo Mundo, donde ha dejado además huellas de su genio en las costumbres, en las ciudades y en las leyes. Han caído las columnas de Hércules y continúa el éxodo de los iberos a ultramar. La afinidad de raza es más fuerte que el océano y la diversidad de régimen político. Nuevas Españas divididas, heroicas, señoriales y quijotesas, perpetúan más allá del océano la altivez española. Hacia ellas van, tenaces emigrantes, los vascos, y fundan colonias prósperas. Diríase que Estaña va a curar su anquilosis en América.

Para las democracias que ella fundó en un vasto continente, volver a España y Portugal es defender la propia tradición y alejar las fronteras del pasado. Privada de esta secular perspectiva, sería mediocre e inexplicable la historia americana. El pasado lleno de riquezas espirituales une a ambos mundos españoles.

Y, sin embargo, el paniberismo no puede ser una fuerza unificadora. Contrasta con el esfuerzo de una minoría intelectual la ignorancia del pueblo español en los asuntos ultramarinos. El indiano es un personaje de zarzuela. En vano vuelven pletóricos de oro los emigrantes: la nación desdeña a aquellas antiguas colonias que oponen su abundancia de advenedizos a la orgullosa pobreza de los hidalgos. El nuevo continente no es todavía popular en la antigua metrópoli: es lejano, es distinto. Sólo cuando millares de españoles enriquecidos pregonen, al volver del Nuevo Mundo, el vigor de las jóvenes democracias, olvidará Sancho el gesto estéril del caballero decadente, y la Península buscará en América su renacimiento.

Contra los laicos predicadores de fraternidad, algunos escritores de Cuba han exagerado el nacionalismo. El señor Fernando Ortiz, catedrático de la Universidad de La Habana, halla en la ambición española un plan de «reconquista de América». El señor Roque Garrigó, diputado cubano, condena la influencia ibérica. Su libro elocuente, *América para los americanos* (Nueva York, 1910), analiza menudamente los diversos aspectos de la decadencia española, el analfabetismo, el estancamiento de las industrias, la inercia moral. Contra la influencia de la antigua metrópoli exalta otra acción moral, el monroísmo. Para defendernos de un peligro utópico propone la amistad de una nación imperialista. Olvida la necesidad de mantener lengua, religión y tradiciones —la riqueza moral de la raza— ante la invasión del exotismo. Depurar nuestra herencia española sin destruirla, contribuir a la transformación peninsular con el esfuerzo de veinte democracias remozadas, tal sería para las antiguas colonias de España el ideal necesario.

Ciertamente, no han de renunciar a otras influencias: a la energía yanqui, al oro inglés, a la tenacidad germana; pero nada sería más estéril que descartar a las naciones creadas por el esfuerzo ibérico. Si no fuera posible la unión con la España de hoy, lo sería con la futura España.

Heredera de las ambiciones de Costa, prepara una generación nuevos destinos para la gran nación fatigada. En el orden político y económico, no puede la antigua metrópoli aspirar a actual preeminencia. Sólo un fuerte renacimiento industrial, como el de Cataluña, será fundamento del *Zollverein* con América. El Nuevo Mundo no hallará capitales en la Península ni productos fabriles que destierren a los de Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Francia. Y no pedirá el firme liberalismo de la Argentina, del Uruguay, del Brasil, lecciones políticas a una monarquía conservadora y militar. Subsisten en América los vicios españoles: el caciquismo, el poder de las oligarquías locales, el parasitismo burocrático. La condenación de estas tenaces realidades aleja a los americanos de la influencia peninsular.

En el dominio intelectual, es efectiva la fraternidad fundada en el vehículo supremo de la lengua. Empero, según la expresión de un polígrafo español, el señor Labra, se hallan en pie de igualdad la nación ibérica y las democracias americanas. España es solamente «la hermana mayor». Las antiguas colonias no imitan a la Península como en la época clásica y romántica: van conquistando lentamente su autonomía espiritual. Otras influencias modifican la lengua y el ideal americanos.

No existe hoy una filosofía ni una ciencia social españolas ni una intensa corriente mística; en literatura, algunos nombres solitarios se han impuesto a la atención europea. La Península restaura su vida intelectual, traduce e imita, como nuestras repúblicas. De uno y otro lado del océano, los españoles presentan, ante el movimiento intelectual europeo, una atención estudiosa. De ahí que los estudiantes americanos vengan a las universidades de Francia, de los Estados Unidos o de Alemania y no a los centros pedagógicos de España: buscan, como la juventud peninsular, la «europeización» soñada por Costa, más allá de los Pirineos. Para que el paniberismo sea una enérgica cruzada, es necesario que la cultura española adquiera fuerte originalidad, que a los claustros de sus universidades gloriosas llegue la ávida juventud europea, y que sus maestros enseñen, como en los tiempos de Vives, en Oxford, en Heidelberg o en París.

Reconocen los jóvenes escritores de la península el estancamiento de la cultura. Aspiran dolorosamente a la regeneración de la metrópoli aletargada. «Los españoles de hoy —escribe Juan Guixé— somos pesimistas y creemos, sin vacilaciones, que todo *no está bien*, y que hay que someter a examen severo, a análisis escrupuloso, todos los viejos valores éticos y étnicos de España» (*Problemas de España*, Madrid, 1912, p. 178). Para el joven pensador, «la posición actual» de su patria se define así: «Reposo, silencio, tristeza, defensa». Dice Ramiro de Maeztu: «Nos hemos convencido de que nuestras clases intelectuales no existen, de que son retraídas o inmorales, porque no son intelectuales» (*La revolución y los intelectuales*, Madrid, 1911, p. 38). Y al recordar las magnas enseñanzas de Costa, exclama: «Costa nos plantó Europa delante de los ojos como un ideal por conquistar. Se trata de europeizar a España; esto es, de que siga siendo España, pero además Europa» (*Debemos a Costa*, Zaragoza, 1911, p. 71). Ortega y Gasset, el precoz catedrático de la Universidad de Madrid, lucha también por la cultura, condena la quietud espiritual de la Península.

Creo que uno de los aspectos más interesantes del paniberismo sería la conquista de España por América. Afectuosa cruzada, renovación que trae la prole dispersa al viejo hogar castellano. Mr. Stead ha escrito un libro sobre la americanización del mundo y especialmente de Inglaterra. Los Estados Unidos transforman a la metrópoli orgullosa: influyen en su periodismo, en su aristocracia, en la fe tradicional. La «americanización» de España sería el esfuerzo de las nuevas generaciones. ¡Qué magnífico empeño para los intelectuales de ultramar! Reunidos por una tarea ideal, los pensadores ibéricos contribuirían con su propio resurgimiento espiri-

tual, a la «europeización» de la vieja nación colonizadora. Ya la poesía peninsular ha sido transformada por los americanos: Rubén Darío ha tenido discípulos, y en gran parte invadieron España a través de América las líricas novedades del simbolismo y del decadentismo. La misma prosa lenta, acompasada, sonora, ha sufrido transformaciones a que no es extraña la influencia del Nuevo Mundo. Pierde su académico rigorismo y su pureza —y ésta es la continua acusación de los españoles a los americanos—, pero se convierte en instrumento dócil de modernos pensamientos. Lengua rica en matices y nuevas armonías, ondulante y elegante, que será pronto, merced al esfuerzo ultraoceánico, el español de ambos mundos. Según Ramiro de Maeztu, ha escrito Rubén Darío los mejores versos castellanos y el mejor libro en prosa Rodríguez Larreta: dos americanos (*La revolución y los intelectuales*, p. 19).

El mismo peninsular inactivo, orgulloso, en perpetua *non curanza*, se convierte en enérgico obrero al llegar al Nuevo Mundo. El emigrante español fecunda la tierra que invade. Reconocen las memorias oficiales la excelencia del trabajador ibérico en las rudas tareas del canal de Panamá. En la Argentina y en Cuba, la colonia española conquista las posiciones industriales. En América continúa el intenso movimiento liberal de las Cortes de Cádiz, la obra reformadora de Carlos III. En España, tradiciones y prejuicios, graves fuerzas del pasado, luchan contra el impulso renovador.

El paniberismo significa, para los americanos, tradición, y para los españoles, progreso. Limitado a las relaciones morales, corrige el espíritu revolucionario de ultramar e impide la lenta petrificación de la Península.

No ha de olvidarse, en este fraternal acercamiento, la influencia portuguesa. El Brasil ha adquirido un sentido más firme de la independencia que otras democracias americanas: el panlusitanismo no es de Pernambuco a San Pablo, ideal de un pueblo ambicioso de imperiales destinos. Pero, en el orden de las ideas, la obra de Portugal es tan notable como la de España: Eça de Queiroz y Pérez Galdós son los más grandes novelistas ibéricos; Oliveira Martins, el primero de sus historiadores; y Teófilo Braga disputa a Menéndez Pelayo el cetro de la crítica peninsular.

Unidos el Brasil y las repúblicas españolas a las dos naciones conquistadoras, influirán en los destinos de la Europa latina. El Nuevo Mundo devolverá su equilibrio al Antiguo, según el voto de Canning, y la preeminencia germana cederá pronto ante la imponente congregación de todas las fuerzas ibéricas. España abandona ya su melancólico aislamiento, colabora con Francia en Marruecos: su política tradicional la

lleva a ingresar en la triple *entente*, a formar con Inglaterra y la democracia francesa un bloque occidental. En América se realiza ya esta fusión eficaz: el oro sajón, las ideas de Francia, la lengua, las tradiciones españolas transforman el Nuevo Mundo. De ultramar llegan a la metrópoli las sugerencias necesarias. Y cuando una definida cooperación acerque a estas fuerzas semejantes, y una España liberal y una Francia democrática e Inglaterra, que fundó la autonomía americana por obra de sus bancos expansivos, y una inmensa América millonaria de riquezas y de hombres, avancen a la defensa de sus intereses vitales, ninguna cruzada podrá vencer a estas naciones reunidas. España salvó la civilización cristiana en Lepanto; y quizá es su destino contribuir a la perpetuidad de la cultura latina, en las luchas futuras. El paniberismo adquiere así un admirable sentido humano.

LA CORRIENTE AMERICANISTA: HISTORIA Y CRÍTICA¹

Un pensador argentino, Alberdi, estudió hace cuarenta años, en obras de firme dialéctica pero de fatigosa exposición, las inquietudes americanas. Después de haber consagrado un libro a su patria, análogo en la evolución argentina al *Federalista* de Hamilton en el desarrollo norteamericano, explicó en las excesivas páginas de su ensayo sobre el gobierno de América «según las miras de la revolución fundamental», el pensamiento monárquico de los fundadores de la Independencia, los vicios de la República y la excelencia del protestantismo en democracias enfermas de abulia.

Otros esfuerzos contemporáneos —geniales instituciones de Sarmiento, románticos ensayos de Vigil y de Lastarria, algún capítulo de un escritor eminente, Eugenio M. de Hostos—, representan la contribución de los pensadores en relación con las cuestiones palpitantes del continente. Un largo silencio sucede a aquellos graves exámenes de conciencia. Diríase que se relajan antiguos vínculos: los últimos congresos americanos de 1846 y 1864 se clausuran sin dejar en el ambiente promesas de unión. La discordia creada por guerras internacionales exaspera el patriotismo y mantiene tenaces rivalidades. De 1860 a 1890, hallamos escasos libros de sociología americana.

Surge entonces una nueva escuela que analiza los problemas colectivos. No propone remedios o los formula vagamente: critica, desmenuza, discute con noble pasión americana. Su fuerza está en el despiadado estudio de males comunes, adicionales. Prepara los elementos de la reconstrucción futura, anuncia al «cirujano de hierro» o al «civilizador formidable». Y como, según la fórmula clásica, oponerse es afirmarse, la observación de posibles enemigos, bárbaros que amenazan nuestra in-

¹ *La creación de un continente*, París, 1913, Lib. II, cap. II. Título original. [THM]

dependencia, ha servido para señalar los caracteres que distinguen al Nuevo Mundo y defender con espléndida energía su autonomía moral.

César Zumaeta es el precursor de estos excelentes críticos. Inició la reacción contra la antigua indiferencia. Su libro sobre *El continente enfermo* estudia los peligros internos y externos que preocupaban a América, el malestar de la raza, el inquietante porvenir. Ante el imperial avance de los Estados Unidos, el citado escritor y sus sucesores en igual tarea proceden a un severo análisis. Condenando la ambición yanqui, empezaron los iberoamericanos a conocer sus vicios y energías. Fue generalmente esta investigación, contraria a los propósitos de la gran democracia del Norte, estudio de las oposiciones de tradición y de raza entre las dos Américas. De ese fatal antagonismo, esperaban en el Sud la unidad de dispersas naciones.

Un escritor mexicano, Francisco Bulnes, consagró un libro acerbo en 1899 a examinar el porvenir de la América Latina en relación con el progreso de los Estados Unidos. Aplicaba ideas de Le Bon y de sociólogos sajones, con la rudeza de los antiguos profetas, en un estudio desordenado y vigoroso. Destructor de leyendas, no cree Bulnes en las pregonadas riquezas de México, del Perú, del Brasil. Según él, la «maldición de la América Latina» está en ser tropical: de las ondas cálidas no nacieron nunca fuertes razas, industrias y civilizaciones expansivas. Allí abunda el alcohol que envilece, la pereza que prepara futuras esclavitudes. Comparando la producción de las minas de oro y de plata en esos países con la intensa riqueza de California, Australia y África del Sud, halla en América mediocres tesoros. El nuevo continente necesita inmigrantes y capitales, y debe irrigar sus desiertos para no desaparecer en este siglo ante grandes naciones imperialistas. Sólo la Argentina, Chile, México, los estados del Brasil que están fuera del trópico, podrán mantener su autonomía en las futuras luchas. La América septentrional, desde Cuba hasta Bolivia, habrá perdido hacia 1980 —anuncia el augur— su independencia.

Es excesivo tal vaticinio. Si el trópico deprime, no aniquila el esfuerzo humano. En el Brasil central, viajeros que esperaban hallar una perpetua holganza contemplaron el terco avance de una raza orgullosa que fecunda la tierra núbil, improvisa ciudades, sana y embellece la capital brillante, Río de Janeiro. Bolivia es un país de frías mesetas donde se mantiene incólume la humana energía. En el Perú, una larga obra de progreso se realiza en la costa, y la sierra poco habitada, dura, austera, espera a sus dominadores. En los mismos países tropicales, Colombia,

Venezuela, Ecuador, la desigualdad del territorio permite el éxodo a las regiones elevadas donde el clima estimula a la acción. Las profecías de Bulnes yerran por excesiva generalización.

No puede negarse, en cambio, que ningún libro examinó con tan viril franqueza los vicios americanos, la megalomanía, el «canibalismo burocrático», el jacobinismo. Excelente aplicación de las doctrinas sociológicas europeas hallamos en su estudio de las condiciones materiales de la nueva América. Ha condenado la fe de los republicanos de ultramar, la eficacia de las constituciones políticas. Recordando enseñanzas de Le Bon en su libro sobre las *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, escribe que «deben hacerse hombres para las instituciones y no instituciones para los hombres» y que «no está en el poder de un hombre transformar durante su vida a una nación, obra de centenares de siglos».

La evolución mexicana confirma estas sentencias. La larga dictadura de Porfirio Díaz no vence la discordia, y una trágica serie de revoluciones es el epílogo de su tiranía silenciosa. El sombrío dictador no había formado hombres aptos para la vida democrática. Perfectas leyes escritas fueron impotentes para reformar costumbres seculares.

Bulnes ha dado la verdadera explicación económica de las revoluciones sudamericanas. Como no existen industrias, el Estado alimenta a las clases medias, y si no satisface sus ambiciones, aumentando los puestos burocráticos, estallan revueltas. De su libro se levanta un inflexible pesimismo. No halla en estas repúblicas ninguna de las virtudes democráticas: ni la veracidad, porque se exageran riquezas y grandezas, ni la justicia, porque dominan la desigualdad y la intolerancia, ni la previsión —«en los países latinoamericanos toda la clase media ha tenido abuelos ricos y toda la clase rica ha tenido abuelos pobres»— ni, finalmente, la cooperación al bien público, porque la envidia que heredaron de España los americanos ataca a cuantos se distinguen en política, ciencias o finanzas.

Algunas de estas críticas, que condenan a una nación o a un régimen político, abundan no sólo en los países latinos, en Francia, en Italia, en España, sino también entre los sajones y en Alemania, a pesar de la intolerancia prusiana. Los monarquistas franceses critican a la república con la misma dureza con que atacan a la monarquía los republicanos españoles: para aquéllos la primera es un régimen de escándalo y de ruina; para éstos la segunda, una institución decadente, viciosa, parasitaria. No se puede juzgar a la América española por opiniones de un

escritor apasionado. Naciones en progreso como la Argentina, el Brasil, Chile, el mismo México, no merecen la vibrante reprobación del sociólogo. Notable en el estudio de los defectos, el libro de Bulnes no analiza las cualidades de la raza americana: en sus rudas sentencias se sustituye al pensador el periodista. Es útil la bíblica indignación que se resuelve en esperanza. La realidad en los pueblos que la inmigración fecunda, que el oro europeo enriquece, revela profundas transformaciones. ¿Será comparable la Argentina actual a la nación bárbara y violenta de Facundo y de Rosas, el Perú de hoy a la república indisciplinada del año 4º, la Bolivia de Montes a la de Melgarejo, Chile en firme progreso a la república federal del año 28? En la inquieta región tropical, la estabilidad de Costa Rica, república densa y homogénea, el progreso político de Cuba, son ejemplos de renacimiento. Contra las tradiciones de Le Bon, surgió el Japón renovado y triunfador; contra el escepticismo de Bulnes, una nueva América se levanta ordenada, rica y progresiva.

Después de Bulnes, un literato uruguayo, a quien saludan como maestro jóvenes escritores de América, José Enrique Rodó, pronunció según la tradición de los diálogos de Renán un sermón laico a las *nuevas generaciones*. Su libro *Ariel* (1900) ha sido comentado y elogiado de uno a otro extremo del continente. Libre discípulo de Renán y de Guyau, predica un noble idealismo en cinceladas frases. El ritmo de su prosa elegante refleja la armoniosa ondulación de sus ideas. Enseña a una juventud atormentada, atenta a las sollicitaciones de la política, a la anarquía, a la violencia, al culto de la vida interior, la fe en la multitud, en la democracia, en la función de la *élite* futura que surgirá libremente en las democracias. Invoca a Ariel, *genio del aire*, para que presida a sus coloquios. Su ideal para América es la conservación de las tradiciones latinas, su ensueño o su utopía en la prosaica edad moderna, la fusión de las inspiraciones esenciales del cristianismo y del helenismo.

Enseña a los jóvenes, como lo hace Guyau, que la primera confesión es la de ser hombres. «Aspirad, les dice, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de nuestro ser».

Este culto de la individualidad no ha de confundirse con la improvisación temeraria o el vago enciclopedismo de hoy. La América necesita de especialistas en hacienda, en historia, en política. No desconoce Rodó la actual primacía de esta dirección utilitaria. Señala como ideal para repúblicas en progreso la formación de hombres armoniosos, vástagos de libre democracia, tolerantes, activos, curiosos de ideas generales, apasionados por la belleza. No desdeña las ideas democráticas. Precisa

su significación, critica sus excesos, comprende que no puede renegar el nuevo continente de su tradición republicana. «Toda igualdad de condiciones, dice a los que sueñan con violentas nivelaciones, es en el orden de las sociedades, como toda homogeneidad en el de la naturaleza, un equilibrio inestable». La igualdad es provisional, la desigualdad constante y necesaria. Un prematuro socialismo que reemplaza las antiguas revoluciones por huelgas ambiciosas, confunde en algunas repúblicas la democracia con la confusa autoridad de la muchedumbre. El Estado jacobino nivela y deprime, y la evolución igualitaria conduce a la más estéril de las uniformidades.

La democracia norteamericana, que servilmente endiosan algunas naciones de ultramar, no realiza la selección necesaria. La vulgaridad y el utilitarismo son todavía algunos de sus atributos esenciales. Analiza el maestro uruguayo los vicios y grandezas de la gran nación federal. Son las mejores páginas de su sermón laico, serenas, precisas, armoniosas. Pero no halla en el Norte la ciudad perfecta, la civilización definitiva. Le inquietan, en la cultura norteamericana, los excesos de la actividad práctica, el poder de ambiciosas plutocracias, la mediocridad, el mercantilismo. Personifica en *Ariel* la sutil esencia de su magisterio: desinterés, nobleza, culto del arte y de las ideas.

Oponiendo a la utilitaria democracia sajona el ideal latino, ha hecho comprender a las nuevas generaciones americanas la dirección necesaria de su esfuerzo. Parece su enseñanza prematura en naciones donde rodea a la capital, estrecho núcleo de civilización, una vasta zona semibárbara. ¿Cómo fundar la verdadera democracia, la libre selección de las capacidades, cuando domina el caciquismo y se perpetúan sobre la multitud analfabeta antiguas tiranías feudales? Rodó aconseja el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia, el reposo consagrado a la alta cultura cuando la tierra solicita todos los esfuerzos y de la conquista de la riqueza nace un brillante materialismo. Su misma campaña liberal, enemiga del estrecho dogmatismo, parece extraña en estas naciones abrumadas por una doble herencia católica y jacobina. Aunque no corresponda al presente estado de estas democracias la noble doctrina de *Ariel*, ella señala la dirección futura a pueblos enriquecidos y poblados por inmigrantes. De la misma manera, en los discursos de Fichte, halló la Alemania anarquizada las firmes líneas del renacimiento, el evangelio de la unidad y el patriotismo.

Otros escritores estudiaron después de Rodó el porvenir de América. Manuel Ugarte en diarios y revistas europeas; Rufino Blanco Fombona

en artículos y en un libro reciente sobre la evolución política de América; Oliveira Lima en una obra sobre los peligros del panamericanismo defendido por los Estados Unidos; Carlos Octavio Bunge en un estudio pesimista, *Nuestra América*.

Manuel Ugarte ha expresado sus ideas sobre el *Porvenir de la América Latina* en un libro notable que han elogiado sin reserva los diarios y los escritores de ultramar. Su idea esencial es la unión del continente, la realización del proyecto de Bolívar. La América dividida será impotente para resistir a los yanquis. Ninguna razón profunda justifica la discordia entre los latinoamericanos, a quienes imponen durable unión raza, creencias y tradiciones. Ugarte cree en el peligro norteamericano, lo analiza con rara precisión. No teme a la conquista directa, sí a la lenta infiltración de los neosajones hasta dominar el Sud. Comprende que es utópica la fusión de las dos Américas, anglogermana y latina. «Nadie negará, escribe, que de acuerdo con la teoría de M. Tarde, que ha definido los conceptos del moderno imperialismo comercial, en algunas repúblicas sudamericanas los medios de transporte y las grandes empresas empiezan a estar en poder de los norteamericanos. En otras, la acción envolvente reviste formas sutiles porque no es posible emplear el mismo lenguaje y los mismos procedimientos con el gobierno de Buenos Aires que con el de Panamá. Pero el fondo y los resultados son los mismos».

Desde hace diez años denuncia Ugarte, en revistas europeas, la amenaza del Norte. No se limita su esfuerzo a defender contra ambiciosos tutores la juventud de quince repúblicas. En su libro estudia el pasado, la formación de las nuevas democracias, su composición étnica, el personalismo disolvente que es el eje de la política, el verbalismo que es la clave de la enseñanza. Un sano optimismo se desprende de sus conclusiones. El sociólogo argentino cree en su raza con el entusiasmo que llevaban a la lucha social los revolucionarios del 48. Su fe es fervor de iluminado, voluntad de vivir y de triunfar. «La América Latina, dice, es quizá la promesa más alta que ofrece el porvenir al mundo entero». Podrá criticarse en ese libro elocuente la impresión de las últimas páginas sonoras. En religión, en arte, en moral, da el sociólogo vagas lecciones: el reino de la justicia, el deísmo no dominado por ritos ambiciosos, la verdad y el bien, la unión de todas las juventudes de América para imponer a los gobiernos hostiles el nuevo evangelio. Esta fe lamartiniana se opone, como reacción necesaria, a los rudos vaticinios de Bulnes.

La enseñanza central del citado libro no corresponde a la dirección invariable del continente. Espontáneamente, aspiran los pueblos de Amé-

rica a la discordia. No saben conciliar la idea federal con la autonomía. En los antiguos congresos americanos, un celoso nacionalismo disolvía pronto las confederaciones necesarias. Si los sajones construyen rotas asociaciones de Estados, los iberos dividen afanosamente como si un curioso atavismo los llevara a reconstruir la tribu autónoma. Entre los perpetuos conflictos americanos, sólo es posible pensar en conglomerados de dos o tres naciones afines. La vasta congregación del continente parece irrealizable.²

A la historia política y social de América ha consagrado Rufino Blanco Fombona un estudio: *La evolución política y social de Hispano América* (1911). El sociólogo venezolano descubre, en el abigarrado desarrollo de las democracias americanas, ideas y direcciones generales. Su libro, brillante síntesis donde sirve a las consideraciones filosóficas muy sólida erudición, ofrece el resumen del agitado avance de veinte naciones que se organizan. Después de estudiar la lucha de castas durante la dominación española, el régimen político y eclesiástico en las colonias de ultramar, personifica en Bolívar, héroe venezolano, la independencia y la organización de América. Al fundar repúblicas en territorio español, Bolívar «salvaba de nuevo los principios de 1789 y, con ellos, la república y la democracia, precisamente cuando una coalición de monarcas, en alianza llamada santa, ahogaba en Europa los sentimientos liberales y amenazaba a esos mismos pueblos americanos».

Las guerras civiles de América, tan exageradas en Europa, se explican, según Blanco Fombona, por el mestizaje, la poca densidad de población y la escasez de vías de comunicación, por la falta de libertad y por la ignorancia. Del mestizaje se deriva la discordia entre castas, la inharmonía en los individuos; la falta de caminos y ferrocarriles perpetúan una edad feudal en que dominan caciques; el despotismo engendra violentas manifestaciones de la opinión que han podido expresarse en libres asambleas o municipios. A pesar de esa imperfecta organización política, cree el escritor venezolano en los grandes destinos del continente. Su fe se funda en la estadística: «Ciudades de 45 000 habitantes como Buenos Aires tienen un siglo después, millón y cuarto... Los 15 millones (población de América en 1810) alcanzan al presente a 50 millones, sin contar los 20 millones del Brasil. En países donde Europa no tenía un céntimo invertido hace poco tiempo, invierte hoy cantidades fabulosas.

² He explicado en mi libro *Les démocraties latines de l'Amérique* el sentido necesario de estas federaciones parciales.

Los extranjeros a quienes un siglo atrás les impedía España establecerse en América, ocupan hoy toda la extensión del Nuevo Mundo».

De este sano optimismo, fundado en el estudio de los progresos americanos, participa el eminente historiador brasileño, señor de Oliveira Lima. Su libro *Pan Americanismo* (1907) analiza uno de los problemas que inquietan a las repúblicas latinas, los proyectos de hegemonía yanqui. Ni exagera la amenaza sajona, ni cree que la expansión norteamericana respete en lo futuro, en nombre de un quijotismo heroico, la precaria independencia de las naciones tropicales. Si acepta la doctrina de Monroe, quiere limitarla, *latinizarla*. «¿Qué necesidad hay, pregunta, de que se perpetúe la doctrina de Monroe una vez que las naciones latinoamericanas puedan disponer todos sus destinos y resistir, con las alianzas que entre sí realizarán según las circunstancias políticas, a cualesquiera agresiones extranjeras?». Inquietan al diplomático brasileño los modernos aspectos del monroísmo, el *Zollverein*, el pretendido desinterés sajón, la dura hegemonía que ambiciona la gran república.

Son dos los ideales del señor de Oliveira Lima: la unión más estrecha entre los latinoamericanos y Europa, de la que reciben aquéllos civilizadoras corrientes, y el reconocimiento de vínculos tradicionales que dan a la América española y portuguesa la necesaria unidad moral.³ «Dejaría de ser el predominio norteamericano, escribe, una realidad si entre los países latinos del continente reinase el espíritu de solidaridad a que deberían aspirar y que no es forzosamente opuesto a la cordialidad y aun a la unión con el elemento anglosajón». Por otra parte, reconoce el historiador brasileño «los beneficios de la expansión europea, explicable en naciones poderosas llenas de savia, exhuberantes de población y de producción industrial»; pero no en «los Estados Unidos que no tienen población que exportar, brazos que suministrar, actividades que ofrecer, ni aun capital con qué contribuir ampliamente a la grandeza de los demás países del continente, esperándolos del empleo del continente».

El libro de Bunge, *Nuestra América*, recuerda en cierto modo a los *panfletos* de Carlyle: lírico, a ratos, científico en otros, erudito, brillante, a menudo superficial, estudia las razas de América y el más grave de sus problemas políticos, el caciquismo. Ha escrito páginas definitivas sobre algunos vicios americanos, sobre la psicología del criollo, del mulato, sobre los grandes caciques, Rosas, García Moreno, Porfirio Díaz. Falta a su libro la

³ En brillante odisea, ha recorrido el señor de Oliveira Lima las universidades norteamericanas de California a Nueva York, dando hermosas conferencias y explicando a la democracia del Norte la vitalidad del Sud latino.

simplicidad latina, la armonía, la ordenación francesa. Es un estudio en que se agitan muchas ideas sobre el pasado y el presente de América.

La carencia de sentido moral le parece «rasgo distintivo y capitalísimo, común a indios y negros, a mulatos y mestizos»; el cruzamiento de españoles, indios y negros, antecedente de terribles degeneraciones. Triste psicología la de los criollos y mulatos, según el sociólogo argentino. Carece el mulato de valor personal, es «irritable y veleidoso como una mujer, aunque desaforadamente ambicioso, verdadero *arribista*, no tiene *esprit de suite*, es parásito y oportunista, vive de la política de expedientes, del *chantaje*. Rápido y locuaz, sabe a veces simular talento». Si el mulato presenta caracteres de degeneración, son lamentables los rasgos más salientes del criollo. La pereza en primer término, «falta innata de actividad», cuyos aspectos expone con gran precisión Bunge. Todo lo explica, este vicio, en las repúblicas de ultramar: «La pequeñez de nuestra clase grande, la pobreza psicológica de nuestra clase rica que no funda institutos progresistas, ni dota universidades, escuelas, bibliotecas o museos; y también, la verbosidad de la literatura y, en el comercio y la industria, el monopolio extranjero».

A la pereza se unen la mentira criolla, constituida por «la exageración tartarinesca, imaginativa, propia de mulleras andaluzas caldeadas por el sol del mediodía, y el poco-más-o-menos, el *à peu près* de los pueblos decadentes que no fijan sus ideas»; la tristeza, la arrogancia, rasgo español que se revela en el desprecio de la ley, en el culto del coraje, analizado por otro sociólogo argentino, Juan Agustín García.

A pesar de tan despiadado análisis, cree Bunge en el progreso sudamericano. «Una vez corregidos los defectos que en este libro esbozo —escribe—, seremos los hispanoamericanos, respecto de europeos y yanquis, no iguales, los mejores».

Idéntica fe en su raza expresan todos los sociólogos americanos. El pesimismo se refiere al presente, en que no se han difundido todavía las castas, ni abundan los inmigrantes europeos. Bulnes, el más radical en sus condenaciones, cree en el porvenir de México, de la Argentina, de Chile. «A pesar de las circunstancias desfavorables en que se ha desarrollado la América Latina, escribe Blanco Fombona, su balance al fin del siglo XIX, es decir, en menos de una centuria de vida independiente, arroja un saldo inmenso a su favor». Por el libro de Ugarte pasa, dando a los períodos una larga trepidación, el soplo de una fe indestructible. «La prosperidad inverosímil, el progreso fantástico y el estado social superior de la Argentina, del Brasil, de México y del Uruguay» son, para

el sociólogo argentino, hermoso anuncio de lo que podrá revelar el continente americano regido por «una doctrina única». A despecho de la inferioridad de los mestizos, piensa Bunge que esa deficiencia, *relativa a la civilización europea*, pero no definitiva ni absoluta, podrá salvarse, ya sea porque las gentes de América asimilen la cultura europea, ya porque produzcan una civilización propia, según el ejemplo de los japoneses. De la armoniosa oración de Rodó surge también una creencia tenaz. Existen ya, en nuestra América Latina, afirma, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente las acerca con acelerado paso a participar del primer rango del mundo.

De la obra concorde de estos escritores nace una activa esperanza. Todos exclaman, como Walt Whitman:

Long, too long America.

La crítica de la inestable realidad presente es, en ellos, superior a la construcción del futuro. Aspiran a curar el continente enfermo; pero no traen remedios infalibles. Condenan el panamericanismo engañoso, el deprimente caciquismo, la burocracia parasitaria, el patriotismo exclusivista que olvida los intereses continentales. Abandonan a los políticos la tarea reformadora, olvidando que en la visión precisa de Alberdi se inspiraron los creadores de la democracia argentina. A firma Bunge que, corregidos los defectos hispanoamericanos, será la nueva raza, superior a yanquis y europeos. No indica cómo podrán evitarse esos vicios hereditarios; y al conferir a dichos países discordes futura superioridad sobre Europa archiculta y la impetuosa América sajona, no explica las bases en que funda su profecía. Incurre así en el «poco-más-o-menos de los pueblos decadentes», que despiadadamente analiza. El libro de Blanco Fombona es un estudio histórico; el de Rodó un discurso a la juventud. A aquél interesa el pasado, a éste la sugestión melodiosa de Ariel sobre las almas inquietas de la nueva generación. Bulnes pronuncia anatemas. Ugarte termina como poeta un libro que comenzó como sociólogo. Oliveira Lima sólo discute una faz del problema americano.

Realizada la penosa obra crítica, conviene analizar las reformas y las direcciones necesarias del porvenir americano, descubrir los medios de sustituir la discordia por el orden, la imitación por la autonomía, la confusión de castas por una definida conciencia de raza.

LEGADO CATÓLICO: LA RELIGIÓN AMERICANA¹

Venció a las teogonías indígenas un credo extranjero y fue el catolicismo la religión del Nuevo Mundo español. En los desolados templos del Sol se levantaron iconos, y en los rojos altares aztecas se celebraron sacrificios incruentos. Se bastardeó en la lucha con los americanos la creencia extraña, y la nueva Iglesia asimiló en curiosa síntesis todas las tradiciones. El indio practica un culto semipagano, confusión de dos religiones. En las clases populares se simplifica la fe católica: es adoración de santos tutelares y de genios maléficos. En las castas dominantes de criollos y mestizos, se convierte en credo elegante, aristocrático, institución de Estado y fórmula necesaria para los grandes actos de la vida civil. La vida ha sido dominada por la religiosidad hereditaria: moral privada, código social, luchas políticas, todo lo explica la antigua fe. Es rito indispensable, es solución providencial al drama de la vida que pide la pereza criolla. El catolicismo, credo heredado de los españoles, molde secular en que se forman las nacionalidades, infunde convicciones idénticas, actitud uniforme ante la muerte, crea un culto pomposo y nuevos funcionarios. No hallamos en ultramar un escepticismo elegante, una religión puritana, ni un misticismo como el español, que da intensidad a la vida y vigor a la acción. Adecuado al alma criolla, incapaz de continua exaltación, el catolicismo americano es religión tímida y oficial.

El clericalismo y el anticlericalismo fueron igualmente funestos en la historia de estas democracias latinas. Agregaban a la inestabilidad política una nueva inquietud. Comunicaban un ardor jacobino a las guerras civiles. A aquellas contiendas que ensangrentaron a Colombia, al Ecuador, a México, sucede hoy la indiferencia en el orden religioso. Fatiga de batallas estériles o resultado inmediato de la lucha por la riqueza.

¹ *La creación de un continente*, París, 1913, Lib. III, cap. I. Título original. [THM]

Asistimos a la decadencia de la religión tradicional. La Iglesia se convierte en institución burocrática. Los conventos atraen únicamente a las clases inferiores. La robustez de las convicciones creadoras, que es la fuerza de los hombres bíblicos de Norteamérica, la preocupación del destino humano, el sentido trágico del deber, la conciencia de la seriedad de la vida, no turban al catolicismo americano, sensual y linfático.

En el orden económico y político esta indiferencia religiosa es causa de indecisión en las opiniones, de odio a las ideas y de inmoralidad. Los hombres educados por España tenían convicciones rigurosas en moral, en religión, en política. La decadencia de la fe, unida a la extensión del mestizaje, explica la flexibilidad moral de las nuevas generaciones. Falta un credo a estas repúblicas indiferentes; las antiguas costumbres estaban ligadas a una religión severa; en ella encontraban explicación y sanción. El abandono del catolicismo en democracias sin cultura moral es la regresión a la barbarie.

Se ha adaptado, pues, la religión secular a la vida americana. Nuevo ejemplo de esa admirable flexibilidad del catolicismo que explica su fecunda vitalidad. Ha perdido su rigidez cristiana para convertirse en suntuoso credo de una raza imaginativa y sensual. Se ha desarrollado viciosamente el culto externo en pueblos que no sienten el tormento de la duda ni el entusiasmo de la fe. El credo secular es allí un instrumento de unidad política: enseña el respeto a las jerarquías, el orden necesario; predica una moral, sugiere una esperanza; condena la anarquía y une las castas sociales. A esa función histórica se agrega su acción necesaria, hoy, ante los avances del industrialismo.

Un franco renacimiento de la fe antigua será útil a la moral de las clases dirigentes y a las direcciones de la evolución económica. La conquista de lo útil apaga en las fauces satisfechas la sed de lo infinito. La riqueza transforma a los pueblos de América, es la base del orden interno, del desarrollo político, del crédito nacional. Empero, ¿favorece la cristalización de una moral, se opone a la corrupción administrativa, al despilfarro fiscal?

En los Estados Unidos, el puritanismo tradicional es la perpetua defensa contra la inmoralidad plutocrática. En el Sur latino sólo una fe renovada y profunda puede dar a las riquezas acumuladas un sentido nacional. Una América sierva de Calibán, sin perspectivas ideales, fría-mente atea por pereza mental o indiferencia, sería un inmenso continente mediocre, que podría sumergirse, como la Atlántida, sin dejar en los anales humanos el recuerdo de una sagrada inquietud, de una teogonía, o siquiera del ateísmo apasionado y de la duda trágica.

Comprendieron siempre los grandes políticos americanos que el catolicismo estaba profundamente vinculado a la nueva raza. Bolívar llegaba a la intolerancia en su afán conservador. Y cuando Portales en Chile, Francia en el Paraguay, García Moreno en el Ecuador y Núñez en Colombia quisieron vencer la anarquía y crear estables democracias, soñaron con la fundación de repúblicas cristianas. Querían que la Iglesia fuera esencialmente americana. Guzmán Blanco ambicionaba una religión venezolana ligada al Estado paternal. Según la tradición española, eran los presidentes generosos tutores de la Iglesia. El regalismo conquistó a clérigos y a doctores, y ante Roma defendieron juristas sutiles los privilegios de la Iglesia americana. Fue condenado un gran polemista peruano, Vigil, quien, sin abandonar el sacerdocio, escribió libros eruditos contra las ambiciones del poder eclesiástico.

En el rito, en el precepto, se había modificado el catolicismo americano. Eran más flexibles sus disposiciones, más tolerante su espíritu.²

Persiguiendo la misma adaptación a las costumbres del Nuevo Mundo, reformadores celosos pretendieron despojar al catolicismo de su carácter internacional. Exigieron en Centroamérica enérgicos dictadores el juramento de fidelidad al clero y suprimieron el celibato eclesiástico. Consideraron otros políticos que el trópico es hostil a la rigidez del celibato y, como protesta contra la abundancia de familias irregulares que forman los curas en las sierras solitarias de América, impusieron el matrimonio a los sacerdotes. Fracasó aquella rebelde tentativa, pero aún hoy subsiste el patronato que une profundamente la Iglesia al Estado; y la protección al clero nacional, que es el desiderátum de muchos políticos, contribuye a americanizar el credo nacional.

No podrá exagerarse esa tendencia, porque el catolicismo, heredero de la ambición romana, une a todas las razas y sólo tolera débiles privilegios. En la unidad de la Iglesia universal se disuelven todos los provincialismos. Pero, dentro de esa necesaria uniformidad, puede la religión americana preferir los sacerdotes nacionales a congregaciones extranjeras, perpetuar la suave tutela del Estado que hace de la Iglesia una institución castiza, sustituir los santos, las leyendas y las tradiciones del continente a una milagrería importada.

En los Estados Unidos, un movimiento condenado por la Iglesia, el «americanismo» del padre Hecker, pretendía dar a la religión romana nuevos caracteres impuestos por la vida yanqui. Una creencia más activa,

² Duras prácticas religiosas, como el ayuno, se suavizaron, por ministerio de la Iglesia, en los climas enervantes de ultramar.

más tolerante que el catolicismo europeo, en el que el dogma desterraba a la acción, surgió en el seno de una raza enérgica, y, a pesar de la oposición de Roma, hoy mismo repudia la fe de los norteamericanos, las bizantinas discusiones teológicas, y aspira a fraternizar con todas las sectas cristianas que luchan en contra del materialismo invasor. Un agudo observador, Henri Bargy, llama *positivismo cristiano* a esta fusión de morales activas, y halla en esa «escuela de energía práctica», el sincero deseo de luchar por el bien, olvidando sutiles investigaciones sobre el dogma. Cabe también en el Sud latino un limitado americanismo religioso.

Necesitan repúblicas de nuevos pobladores. Una Iglesia intolerante se opondría al desarrollo económico. El catolicismo es el credo de la colectividad política, pero los inmigrantes traerán nuevos cultos que es preciso respetar. La libertad de conciencia y de cultos son artículos necesarios a las constituciones americanas. Atraen al colono extranjero y desarrollan el sentido de la tolerancia.

No se opone a la existencia de una religión nacional esta libertad de creencias. Lucharán las doctrinas diversas en las futuras democracias enriquecidas por inmigrantes. Es preferible la querella religiosa que promueve ideas y afirma convicciones a la plebeya quietud de las almas indiferentes. Privilegiada e inviolable, la Iglesia americana se debilita. Engendra odios jacobinos, disputas con el poder civil, un clericalismo estéril. La libre discusión religiosa, dentro de la más perpetua tolerancia, despojará al catolicismo de ritos parásitos para convertirlo en religión activa y conquistadora.

Ni Iglesia privilegiada ni Iglesia separada del Estado: tal parece el ideal americano. Cuando, a ejemplo de los Estados Unidos, se ha buscado el divorcio entre las dos grandes fuerzas sociales, eclesiástica y política, ni ha sido perpetuo tal alejamiento, ni verdadera la libertad de la Iglesia en relación con los gobiernos hostiles a la idea religiosa. Espontáneamente se unen de nuevo ambas influencias, y el Estado, según la tradición latina, usa del catolicismo como de un seguro instrumento político.

Alberdi pensaba que el protestanismo es la religión de las repúblicas. Un joven crítico uruguayo, discípulo de Ruski, Alberto Nin Frías, propaga en América la religión del individualismo y del deber austero. Cree en los beneficios de una Reforma protestante. Pensaba Juárez que el indígena mexicano hallaría en esa religión, idólatra de santos y de curas voraces, una vida moral superior, el sentido de la obligación y del esfuerzo.

Si es benéfica la discusión religiosa y la variedad de credos y teologías cuando la política no se convierte en lucha dogmática, en la Améri-

ca inquieta, donde coexisten tantos elementos de discordia, la batalla religiosa sería, como en Colombia y Chile, seguro agente de disolución o regresión. No es tampoco el protestantismo religión adecuada a estas democracias sometidas a una disciplina católica tres veces secular. Ha perdido la raza el antiguo individualismo que inclina a la fe protestante, y la austeridad calvinista o puritana es extraña a la imaginación tropical y a la castiza sensualidad.

Aun en los conquistadores americanos domina la educación de la Iglesia: son intolerantes y dogmáticos, católicos al revés, rojos inquisidores. Lo ha explicado Unamuno, profundo observador de la tradición española. La inteligencia americana es católica, en religión y en política. No se concibe la conversión en masa de un continente español y latino a una religión extranjera por su individualismo, por su ardor místico y por su tristeza.

Juan Enrique Lagarrigue, en Chile, y algunos positivistas de México y del Brasil predicán en América la religión de Augusto Comte. Adoptan el culto de la humanidad, el calendario y los santos del positivismo. Es impopular este esfuerzo en América. Olvidan sus apóstoles que el positivismo integral es un catolicismo sin dogmas, mero cambio de ritos y de fetiches. Estas democracias inclinadas a endiosar caudillos, no aman a los grandes hombres lejanos de la religión de Comte. Prefieren símbolos tangibles y ritos sensuales. El renacimiento religioso únicamente podrá realizarse dentro del catolicismo, religión tradicional, matriz de ideas y costumbres, imponente presión a la que no escapan ni el indio servil ni el español hidalgo.

BOLÍVAR: EL MÁS GRANDE LIBERTADOR¹

Bolívar es el más grande de los libertadores americanos: es el Libertador. Supera a unos en ambición, a otros en heroísmo, a todos en actividad multiforme, en don profético, en imperio. Fue, en medio de gloriosos generales, de enemigos caudillos, el héroe de Carlyle: «fuente de luz, de íntima y nativa originalidad, virilidad, nobleza y heroísmo, a cuyo contacto todas las almas se sienten en su elemento... Ante él cedían todos los poderes». «A veces —escribía su adversario, el general Santander— me acerco a Bolívar lleno de venganza, y al solo verlo y oírlo me he desarmado y he salido lleno de admiración». El pueblo, con infalible instinto, lo endiosa, comprende su misión heroica. El clero lo exalta, y en la misa de las iglesias católicas se canta la gloria de Bolívar entre la Epístola y el Evangelio.

Es estadista y guerrero, critica la oda de Olmedo sobre la batalla de Junín, determina la forma de un periódico, traza planes de batalla, organiza legiones, redacta estatutos, da consejos de diplomacia, dirige grandes campañas; su genio es tan rico, tan diverso como el de Napoleón. Cinco naciones que ha libertado del dominio español le parecen estrecho escenario para su acción magnífica; concibe un vasto plan de confederación continental. Reúne en Panamá a los embajadores de diez repúblicas, y sueña ya en una Liga anfictiónica de estas democracias que influya en los destinos del mundo.

Nació Simón Bolívar en Caracas el 24 de julio de 1783, de noble familia vascongada. Viajó en su juventud por Europa con su maestro Simón Rodríguez, austero mentor; leyó a los clásicos latinos, a Montesquieu, a Rousseau, a Holbach, a Spinoza, a los enciclopedistas. Juró en Roma, en el Aventino, ante aquel maestro, como Aníbal en la edad antigua, consagrar su vida a la libertad de su patria. Su patria fue la América.

¹ «Simón Bolívar». Contribución al volumen colectivo *Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más grandes escritores americanos*, Madrid/Buenos Aires, 1914, pp. 87-100. [THM]

Era nervioso, impetuoso, sensual, rasgos del criollo americano; activo y constante en sus empresas, como heredero de vascos tenaces; generoso hasta la prodigalidad, valiente hasta la locura. Tenía la actitud y la fisonomía de los caudillos: frente alta, cuello enhiesto, mirada luminosa que impresionaba a amigos y enemigos, andar resuelto, elegante ademán. Individualidad forjada para la acción, sin tardanzas ni veleidades; figura y genio de *imperator*. Después de sus largos viajes cumplió el juramento de Roma. De 1812 a 1830 batalla contra los españoles y contra sus propios generales, infatigable en su obra libertadora. Dos temibles jefes españoles, Boves y Morillo, llevan a Venezuela la «guerra a muerte». Bolívar los combate ayudado por Bermúdez, Arismendi, Piar, Ribas, Mariño, Páez, etc., tenientes alternativamente dóciles y rebeldes a su acción guerrera. Lo acompaña asimismo desde 1818 una legión de seis a ocho mil ingleses, entre oficiales y tropas, que [en] la mayor parte desaparecen en la guerra. Prepara desde las Antillas diversas expediciones; lo nombran jefe supremo, presidente provisorio, director de la campaña; dudan de él sus generales, envidian su prestigio, conspiran contra su autocracia. Bolívar continúa la guerra en medio de la anarquía colombiana: aniquila a los españoles en el Orinoco y toma Angostura (1817), que erige en capital provisorio; en Boyacá (1819), y ocupa a Bogotá; en Carabobo (1821), y entra victorioso a Caracas; en Bomboná y Pichincha (1822), y conquista el Ecuador y entra en Quito.

El Perú llama al Libertador, al «gran Bolívar, al héroe de América». Impulsado por su genio, acepta la súplica peruana. No ignora los peligros de esta empresa el caudillo colombiano: son veteranas las tropas españolas, han vencido durante catorce años, tienen recursos en la sierra, y los aliados colombianos y peruanos les son inferiores en experiencia del terreno y en cohesión. «El negocio de la guerra del Perú requiere una contracción inmensa y recursos inagotables», escribía el Libertador a Sucre. No olvida tampoco que «la pérdida del Perú producirá necesariamente la de todo el sur de Colombia». El Congreso de Lima le concede «la suprema autoridad militar en todo el territorio de la República». Dos grandes batallas, Junín y Ayacucho (1824), destruyen el poder español y aseguran la independencia de toda la América. En Junín dirige Bolívar una carga de caballería que decide la victoria. Sigue una lucha cuerpo a cuerpo, sonoro choque de sables sin un tiro.

Sucre es el héroe de Ayacucho: combina el admirable plan de batalla. Son 6000 los patriotas y 9000 los realistas; es superior la artillería española a la de los aliados. Empieza el fuego de los enemigos, que descienden de las lomas; se aproximan las dos líneas de batalla. La noche

sirve de tregua a los combatientes; oficiales de ambos ejércitos conversan en fraternales grupos antes del próximo combate. En la mañana del 9 de diciembre, una carga de caballería del general Córdoba, «a paso de vencedores», dispersa los batallones realistas. Interviene entonces la reserva de los españoles; flaquea la izquierda de los patriotas. Reanimada la línea peruana, es completo el triunfo. Capitula el ejército español; se entregan catorce generales; abandonan el Perú sus antiguos dominadores. La América es libre. Bolívar elogia el heroísmo de Sucre, «padre de Ayacucho, redentor de los hijos del Sol». Lima endiosa al Libertador, lo declara padre y salvador del Perú, presidente perpetuo. Después de esta victoria, varias acciones secundarias en Alto Perú, la toma de Potosí, la destrucción y muerte del general Olañeta en Tumusla, la rendición del fuerte del Callao, donde se conservan los penates de España, y la dominación del Pacífico terminan la magna obra militar de Bolívar. Esa obra militar es, por su extensión, su trascendencia y las dificultades vencidas, de las más grandes que realizara soldado alguno.

Sus últimos años son melancólicos como un lento crepúsculo del trópico: antiguos y oscuros guerrilleros realistas pasados a los patriotas se levantan; Córdoba insurge; Páez y Santander conspiran contra su poder; sucesivamente se le confía la primera magistratura y se le despoja de ella; se le ofrece una corona y se reniega de su autocracia. Muere el Libertador en Santa Marta, abandonado y trágico, en la desierta costa colombiana, frente al mar, como Napoleón en la áspera isla sajona, a los 47 años de edad, el 17 diciembre de 1830.

Bolívar es general y estadista, tan grande en los congresos como en las batallas. Es superior a todos los caudillos como político. Es un tribuno. Es el pensador de la Revolución; redacta constituciones, analiza el estado social de las democracias que liberta, anuncia con la precisión de un vidente el porvenir.

Enemigo de los ideólogos, como el primer cónsul; idealista, romántico, ambicioso de síntesis en las ideas y en la política, no olvida las rudas condiciones de su acción. Su latino ensueño parece templado por un realismo sajón. Quiere, discípulo de Rousseau, «que la autoridad del pueblo sea el único poder que exista sobre la tierra». Pero ante la democracia anárquica busca inquietamente un poder moral. En 1823 pensaba: «la soberanía del pueblo no es ilimitada: la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término». Es republicano: «Desde que Napoleón (a quien tanto admiraba) fue rey —decía—, su gloria me parece resplandor del infierno». No quiere ser Napoleón, ni menos Iturbide, a pesar del servil entusiasmo de sus amigos. Desdeña las glorias imperiales para

ser soldado de la independencia. Analiza profundamente los defectos de una futura monarquía en las antiguas colonias españolas.

En la conferencia de Guayaquil (1822) representó San Martín la tendencia monárquica; Bolívar, el principio republicano. Su oposición era irreductible —dice un historiador argentino—, porque perseguían: el uno, la hegemonía argentina; el otro, la colombiana; la primera, que respeta la individualidad de cada pueblo, y sólo por excepción acepta intervenciones; la segunda, que pretende unir a diversos pueblos «según un plan absorbente y monocrático». Este antagonismo exigía un término superior de acuerdo, una síntesis, porque la doctrina colombiana produjo, como reacción, la prematura formación de inseguras democracias, y la teoría argentina favoreció la indiferencia, el egoísmo y el aislamiento de naciones unidas por la raza, la tradición y la historia.

El genio, el orgullo aristocrático, la ambición de Bolívar lo llevan a la autocracia. Ejerce la dictadura, cree en los beneficios de la presidencia vitalicia. «En la República —enseñaba— el ejecutivo debe ser más fuerte, porque todo conspira contra él, en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el legislativo, porque todo conspira en favor del monarca. Estas mismas ventajas son las que deben confirmar la necesidad de atribuir a un magistrado republicano una suma mayor de autoridad que la que posee un príncipe constitucional». No olvida los peligros de una presidencia autoritaria. Lo inquieta la anarquía, que crece («la feroz hidra de la discordante anarquía»), como una vegetación viciosa, ahogando su obra triunfal.

Aterrado contempla las contradicciones de la vida americana: el desorden trae la dictadura y ésta es enemiga de la democracia. «La continuación de la autoridad en un mismo individuo —escribe el Libertador— frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos». Pero también: «La libertad indefinida, la democracia absoluta son los escollos donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas». Libertad sin licencia, autoridad sin tiranía: tales son los ideales de Bolívar. En vano lucha por ellos, entre generales ambiciosos y pueblos desordenados. Comprende antes de morir la vanidad de su esfuerzo.

«Los que han servido a la Revolución —exclama— han arado en el mar... Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América». Denuncia la miseria moral de estas nuevas repúblicas con la crudeza de los profetas hebreos: «No hay buena fe en América, ni entre los hombres, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; la vida, un tormento».

Este pesimismo, que fue el credo de su madurez, se fundaba en el implacable análisis de los defectos americanos. Comprendió la originalidad y los vicios del nuevo continente. «Nosotros somos —decía— un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y las ciencias, aunque, en cierto modo, viejos en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América como cuando, desplomado el Imperio Romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses, situación o corporaciones...». «Ni nosotros ni la generación que nos suceda —pensaba en 1822— verá el brillo de la América que estamos fundando. Yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; al fin habrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo».

Mientras los doctores fabricaban utopías, imitaban en improvisados estatutos la constitución federal de Estados Unidos, legislaban para una democracia ideal, Bolívar estudia las condiciones sociales de América. «No somos europeos —escribe—, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles: americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado». «Tengamos presente —agrega— que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte; que más bien es un compuesto de África y América que una emanación de la Europa, pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana (árabe), por sus instituciones, por su carácter».

El Libertador propone formas políticas nuevas, adecuadas a un continente original por su territorio, su raza y su historia. Defiende la autoridad tutelar. «Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra». Execra el federalismo y la división del poder ejecutivo. «Abandonemos las formas federales, que no nos convienen —decía—. Semejante forma social es una anarquía regularizada o, más bien, la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y arruinar el Estado con todos sus individuos... Abandonemos el triunvirato del poder ejecutivo, concentrándole en su presidente, confiriéndole la autoridad suficiente para que logre mantenerse luchando contra los inconvenientes anexos a nuestra reciente situación».

Da altas lecciones de sabiduría política: «Para formar un gobierno estable, se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto

una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirlos... Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte para que se establezcan aquí, trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y angloamericanos cambiarían todo el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero... Nos faltan mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para adelantar y prosperar».

En los escritos de Bolívar se halla el mejor programa de reformas políticas y sociales para la América. Fue el primer sociólogo en románticas democracias.

Su epopeya se compone de cerca de quinientas funciones de guerra, libradas por él mismo o por sus tenientes y colaboradores: Taguanes, Arauré (1813); Carabobo, San Mateo (1814); Angostura (1817); Carabobo (1818); Pantano de Vargas, Boyacá (1819); Carabobo (1821); Bomboná (1822); Ibarra (1823); Junín (1824), son sus grandes triunfos militares. La carta de Jamaica (1815), el proyecto constitucional de Angostura (1819), el estatuto de Bolivia (1825), el Congreso de Panamá (1826), son sus admirables creaciones en el orden político. Congregar a las divididas naciones de América en permanente asamblea; oponer a la Europa la América, al poder sajón del Norte una fuerza latina en el Sur, factor necesario del equilibrio continental; trabajar en favor de la unidad, de la síntesis, fue el proyecto de la frustrada asamblea de Panamá.

La carta de Jamaica es una profecía que la dócil realidad cumple en el último siglo. «Por la naturaleza de las localidades, riquezas, población y carácter de los mexicanos —dice el Libertador—, imagino que intentarán al principio establecer una República representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el Poder Ejecutivo, concentrándolo en un individuo que, si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia». «Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá, probablemente, una monarquía, que al principio será limitada y constitucional, y después, inevitablemente, declinará en absoluta». La presidencia de Porfirio Díaz, el imperio de Iturbide y de Maximiliano, apoyados por el partido monárquico, la misma dictadura de Juárez, los poderes que las constituciones mexicanas confieren al jefe del Estado, confirman las predicciones de Bolívar.

«Los Estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán una federación». Perduró ésta hasta 1842, y hoy vuelven lentamente a ella las

repúblicas centroamericanas. Panamá era, para el Libertador, el emporio del universo: «Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos convencionales de Europa, América y Asia, y traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la Tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio».

«La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una República central, cuya capital será Maracaibo o una nueva ciudad que con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se forme entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía Honda». Bolívar mantuvo unidas a Nueva Granada y Venezuela hasta 1830; nuevos caudillos, como el general Mosquera, quisieron restablecer aquella federación y hoy es el empeño de los políticos del Ecuador, de Venezuela y de Colombia.

«En Buenos Aires habrá un gobierno central en que los militares llevarán la primacía, por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas». Es la historia argentina, hasta el advenimiento de Rosas, la lucha de los caudillos, la anarquía del año 20. «Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía o una monocracia». En efecto: un grupo plutocrático domina en Buenos Aires, y sobre el caudillaje se levanta la monocracia de Rosas.

«Chile está llamado, por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes de sus virtuosos moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una República. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena... No alterará sus leyes, sus usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas». La larga estabilidad de la nación araucana, la homogeneidad de su población, la eficaz duración de su carta política, el carácter conservador de sus instituciones, el desarrollo firme y lento de Chile hasta la guerra del Pacífico y la revolución de 1891, realizan plenamente los vaticinios de Bolívar.

Encierra el Perú «dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad. Se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas. Aunque estas reglas serían aplicables a toda América, creo que con más justicia las merece Lima». «No tolerarán allí los ricos la democracia, ni los esclavos y libertos la aristocracia; los primeros preferirían la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por esta-

blecer siquiera un orden pacífico». La evolución del Perú demuestra la profundidad de esta profecía: el salitre y el guano han creado, por medio de escandalosos monopolios, estériles fortunas privadas que corrompen y enervan a la clase dirigente. Un confuso mestizaje mantiene la anarquía. La oligarquía acepta a los dictadores militares que defienden la propiedad y traen la paz. Desde 1815, cuando la América era un dominio español, anuncia Bolívar, atento al espectáculo de las fuerzas sociales en conflicto, no sólo las inmediatas luchas, sino el desarrollo secular de diez naciones. Es un magno profeta. Hoy, después de un siglo, obedece el continente a sus predicciones, como a un conjuro divino.

En Angostura el Libertador entrega a la meditación de los colombianos un proyecto de constitución. Sus bases son el gobierno republicano, la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud y de los privilegios. En ese notable ensayo se concilian las teorías de Montesquieu, de Rousseau y de Bentham, el realismo inglés y el entusiasmo democrático de Francia. El poder legislativo se compone de dos cámaras: la primera, de elección popular; el Senado, hereditario, según la tradición sajona, formado por los libertadores que fundaran la aristocracia de América. El presidente es a manera de rey constitucional; sus ministros, responsables, gobiernan. El poder judicial adquiere estabilidad e independencia. Una nueva autoridad, el poder moral, completa este cuadro político. Es, en la República del Libertador, mezcla original del Areópago ateniense y de los censores romanos; se encarga de la educación, de la moral y del cumplimiento de las leyes; «castiga los vicios con el oprobio y la infamia, y premia las virtudes públicas con los honores y las glorias». Bolívar tendía al despotismo intelectual y moral; este tribunal impondría las buenas costumbres. Más tarde el Libertador, obligado por la terrible realidad del medio, condena los textos de Bentham en las universidades de Colombia y acepta como instrumento de gobierno el catolicismo. El artículo 9º del proyecto de Angostura dice que «la ingratitud, el desacato a los padres, a los maridos, a los ancianos, a las instituciones, a los magistrados, a los ciudadanos reconocidos y declarados virtuosos, la falta de palabra en cualquier materia, la insensibilidad con las desgracias públicas o de amigos y parientes inmediatos, se recomiendan especialmente a la vigilancia de ese Poder Moral», que podría castigarlos «hasta por un solo acto». Era la tiranía paternal sobre sentimientos, conductas y pasiones.

Bolívar crea con provincias de la Argentina y del Perú una República, el Alto Perú, que se llamará Bolivia, en recuerdo de su fundador; le

da un estatuto político, la Constitución boliviana, que quiere imponer inútilmente al Perú y Colombia. Es el desarrollo de las ideas expuestas en el ensayo de Angostura, y define su ideal de República. Es casi una monarquía en que el poder no es hereditario. El presidente debe ser vitalicio e irresponsable, «porque en los sistemas sin jerarquía se necesita, más que en otros, un punto fijo, alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas». Contra la anarquía, un jefe vitalicio; contra la tiranía, poderes independientes: el judicial, elegido por el Congreso entre los designados por los colegios electorales; el legislativo, compuesto de tres cámaras: de tribunales, senadores y censores. Los primeros duran cuatro años en sus funciones, los segundos ocho; los últimos son vitalicios, «ejercen una potestad política y moral», constituyen el Poder Moral. Con este sistema original evitaba el Libertador la anarquía política, la disolvente ambición de los caudillos; constituía dos fuerzas estables en inciertas democracias: los censores y el presidente vitalicio; adaptaba a la República la unidad y la permanencia, caracteres de la monarquía constitucional.

Comprendieron pronto los generales que esa Constitución era una amenaza a su ambición, y se levantaron contra ella en Bolivia, en el Perú y en Colombia.

Rodean a los campeones de la independencia brillantes caudillos como O'Higgins, los Carrera, Güemes, La Mar, Santander, Páez, Córdoba, Anzoátegui, Mariño, Cedeño, Urdaneta, Salom, Piar, Santa Cruz, Montilla, Sucre, admirable éste como héroe y como estadista. Pero sobre émulos, caudillos y tenientes, se levanta —encina entre árboles menores, según la clásica imagen— Bolívar, Libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, y fundador, en suma, de la independencia sudamericana. «El continente ha sido libertado por él», dice el mismo Mitre, historiador que le es tan adverso.

Fue el genio de la revolución americana, creador, capitán y profeta. Sentía en sí el «demonio de la guerra». Como las grandes almas atormentadas, desde Sócrates, obedecía en sus impetuosas campañas a una divinidad interior.

En sus actos y en sus discursos, en su inquietud, en su dignidad y en su fe, hay una insólita grandeza. Trabaja para la eternidad; acumula sueños y utopías; vence a la tierra hostil y a los hombres anárquicos: es el superhombre de Nietzsche, el personaje representativo de Emerson. Pertenece a la ideal familia de Napoleón y de César; sublime creador de naciones, más grande que San Martín y más grande que Washington.

LA AFIRMACIÓN DEL PANAMERICANISMO¹

El panamericanismo se afirma en veinticinco años, desde el primer congreso de 1890, y muere pronto el recuerdo de antiguas asambleas, en que confesaran periódicamente su exacerbada indisciplina naciones de tradición semejante. Crece en ambición, gana prosélitos, se cristaliza en doctrinas de indudable grandeza. Persiste siempre entre las declaraciones de los políticos y la acción cotidiana un penoso divorcio; la intervención de los Estados Unidos preocupa, como disfraz de conquista, como regresión a un período no remoto de expansión territorial. Y aunque se afanan en demostrar los secretarios del Estado sajón que la república maternal sólo ambiciona el progreso de democracias menores, en la rudeza de su ministerio descubren las naciones protegidas intenciones de tutela o de despojo.

Dos tendencias se manifiestan en relación con este civilizador apostolado. El pueblo inglés educa restringiendo libertades y aplica su método predilecto a la India rebelde, al Egipto que despilfarraba riquezas e ignoraba los beneficios del orden. Prepara lentamente para la futura libertad a naciones incapaces de *self-government*, concediéndoles parciales franquicias, dominándolas sin excesiva rudeza, disolviendo el instinto revolucionario en largos años de paz impuesta. Es la más audaz experiencia psicológica de los tiempos modernos; el cerebro en formación sufre, como el de los antiguos aimaraes, la ineludible presión de un método constante. Si la anarquía es una enfermedad del organismo político, médicos eminentes, apoyados en cañones, practican en inmensos asilos una cura social. Y así llega el pueblo, sujeto a minuciosa vigilancia, a gobernarse libre y sabiamente en un distante porvenir. Los españo-

¹ Extraído de «El panamericanismo: su pasado y su porvenir». Separata de la *Revue Hispanique*, Nueva York/París, vol. XXXVII, 1916, pp. 31-45. [THM]

les latinizados desconocen el mérito de esa autoritaria presión. Prefieren la revolución permanente al orden externo; el sangriento aprendizaje de la autonomía en batallas civiles, en la grandeza y decadencia de las tiranías, a una engañosa arquitectura política sin bases profundas. Sólo ensayando hasta la miseria, hasta el crimen, las fuerzas propias, se llega, según estos individualistas apasionados, a la paz digna y a la organización durable.

Cuando se recuerda el progreso higiénico y escolar de Cuba, atribuido a la intervención de Estados Unidos, denuncian los defensores de la extrema libertad los vicios políticos que dejara el gobierno extranjero, la venalidad de las elecciones, el plebeyo materialismo, la corrupción administrativa, el mercantil abandono de la independencia en cambio de áureos provechos. Se estudia males análogos en Santo Domingo, donde los norteamericanos administran las finanzas, presiden las elecciones y destierran a presidentes insumisos. En todas partes el parasitismo de los funcionarios yanquis consume, como el de los doctores castizos y [el] de los caudillos militares, el presupuesto nacional. Haití, república neoafricana, ha recibido en este año la temida visita del imperialismo; y allí también el erizado poder que llega trae, en cambio de indiscutibles beneficios, un intolerable despotismo.

Potencia interventora, que corrompe con previsión, según estos hostiles testimonios; divide para imperar, estimula revoluciones en Nicaragua o en México, persigue a los representantes mestizos de un viril nacionalismo, agita democracias naturalmente volubles para imponerles la necesaria paz, «paz americana», análoga al orden moral de los conquistadores, a la tiranía benévola de Roma, a la ruda disciplina de la Santa Alianza. Roosevelt ha confesado que provocó una revolución en Panamá para desmembrar a Colombia y adueñarse de la importante zona del Canal; el Senado washingtoniano, desgarrando el manto de la dignidad patricia, condenó la aventura y ofreció a la república despojada reparaciones. Cesa la sana barbarie de altivas repúblicas y, en cambio, el régimen plutocrático pacifica enervando fuerzas generosas y extraviadas. Desaparecen la marcial grandeza y la noble miseria y gobierna el dios pesado de los más vulgares intereses.

Pero la civilización es siempre, según la uniforme lección de los sociólogos, orden interno, desarrollo industrial, disminución repentina del militarismo, difusa riqueza que aleja de la vida cotidiana la faz heroica. El tránsito de una edad guerrera a un período de activo industrialismo, lo precipitan los norteamericanos invadiendo con abundantes

capitales tierras de oculto poder y conservando la paz en medio de las trágicas ambiciones de los caudillos. Entregadas a sí mismas al violento juego de las revoluciones, avanzan las democracias inconscientes a la final disolución. Presidentes «regeneradores» o «restauradores» contribuyen, con nuevos estatutos, a la decadencia irresistible. Del viejo sistema colonial subsisten escasos fragmentos; todo vuelve, en la tierra y en los hombres, a un caos frenético. Los Estados Unidos ofrecen prosperidad material, aquietan y organizan. Entre dos amenazas, provisoria tutela o ruina definitiva, está, para la América tropical, la vía de salud. O cesa la anarquía por espontáneo esfuerzo, o llega el rubio conquistador. Al fundar estables situaciones y crear intereses, reconozcamos que la nación sajona robustece a las mismas naciones que invade y pone las bases de su futura independencia. No ocupa, por otra parte, repúblicas ordenadas, como El Salvador o Costa Rica, respeta en Cuba los ensayos de una insegura libertad y sólo abruma con su imperialismo a pueblos decadentes.

Las jóvenes democracias aspiran a resolver libremente sus problemas peculiares. Prefieren la muerte a una perdurable minoría. La obra de saneamiento de rasurados procónsules, la medicina de intrusos doctores, no convence a gobiernos seguros de su propia virtud reformadora. Aun los partidos de oposición, que combaten al caudillo imperante, temen a los maridajes con un extraño poder, que serán para las depuraciones en que sueñan fuentes de nueva impureza.

Subsiste, no obstante, la dirección panamericanista en los consejos de Washington, presión continua de un gobierno previsor. A despecho de todas las protestas, se afana en cuidar a naciones desordenadas. Falta a su acción la reciprocidad: como en los contratos sinalagmáticos de la vida civil, la definición de mutuos deberes y derechos, la correspondencia de utilidades y privilegios que despoje al credo unitario de su antigua rudeza. Sólo el progreso de las naciones americanas, o la repentina eminencia de alguna república, puede cambiar la condenada tutela en libre amistad de iguales democracias. Si se perpetúa la indisciplina y la bohemia revolucionaria, imperará, en un continente anónimo, el único poder organizado.

A fines del siglo XIX prosperan felizmente, en la región austral de América, bajo la influencia de extranjeras inmigraciones, naciones fuertes: la Argentina, rica, poderosa, en segura paz; el Brasil, antiguo imperio de firmes tradiciones, vencen la discordia y aspiran a juntarse a la nación iniciadora en empresas de dignidad y utilidad. Para que las rela-

ciones entre las dos Américas no implicaran sumisión de unos pueblos y hegemonía de otros, debía sufrir decremento la potencia mayor o crecer las naciones inferiores en influencia y poder. De estos cambios sólo el segundo se realiza. Orgullosa de su fortuna reciente, la América, que triunfa de males hereditarios, reclama de milenarias naciones consideración adecuada a su reciente excelencia. Aspira a figurar en el drama de los estados modernos, región tributaria que se elevará a la realeza cuando fracasen los imperios adustos en un ineludible *ricorso*. Los Estados Unidos reconocen pronto que, en la confusión de naciones meridionales, tres concertadas democracias van a disputarle esa solitaria hegemonía que pesó rudamente sobre los destinos de naciones infantiles.

El primer acto de esta intervención fue la nota de un estadista argentino, el doctor Drago, que agregaba corolarios inevitables al postulado político de Monroe. Nueva doctrina sólida y enérgica, en que un mundo sumiso a centenaria tutela reafirma su invulnerable autonomía. En diciembre de 1902, una reclamación diplomática degenera en intervención. México, en bancarrota, sufrió hace cuarenta años la invasión extranjera y, en su ruda meseta, la trágica suntuosidad de una intrusa reyecía. Los ministros de Inglaterra y de Alemania exigían ahora de Venezuela el pago inmediato de acreencias discutidas, empleaban la coerción y presentaban un ultimátum al gobierno rebelde. Al rechazo del país deudor contestan los representantes de aquellas potencias con la agresión de sus escuadras, la destrucción de unidades navales, el bombardeo de Puerto Cabello y el bloqueo de los demás puertos de la costa amenazada, sin previa declaración de guerra. Los Estados Unidos se oponen a este ataque disfrazado de pacífica misión. Se rompen entonces las hostilidades entre la débil república y los imperios formidables. Italia se une a ellos. Después de una estéril demostración naval, se retiran los barcos solemnemente a las remotas costas de Europa y quedan sometidas al Tribunal de La Haya las cuestiones no resueltas. La expedición, valiéndose de recursos de fuerza, se proponía cobrar las sumas reclamadas por los extranjeros perjudicados en las guerras internas de Venezuela y los atrasados intereses de préstamos al fisco. La banca se tornaba marcial y cañones inminentes apoyaban el fantástico desfile de cifras ni reconocidas ni juzgadas por tribunales.

El doctor Luis María Drago, canciller argentino, protestó, en su célebre nota de 29 de diciembre de 1902, contra esa injusta violencia, y, elevándose del caso presente a consideraciones de interés americano, definió los derechos y los deberes de los gobiernos de América en rela-

ción con la Europa prestamista. «Algunas consideraciones relativas» a ese cobro compulsivo exponía el ministro; evidentes demostraciones fundadas en el universal derecho de gentes contra el método instaurado por gobiernos desdeñosos y arbitrarios. «El capitalista que suministra su dinero a un Estado extranjero tiene siempre en cuenta cuáles son los recursos del país en que va a actuar y la mayor o menor probabilidad de que los compromisos contraídos se cumplan sin tropiezo»; «el acreedor sabe que contrata con una entidad soberana, y es condición inherente de toda soberanía que no puedan iniciarse ni cumplirse procedimientos ejecutivos contra ella, ya que ese modo de cobro comprometería su existencia misma, haciendo desaparecer la independencia y la acción del respectivo gobierno»; «el reconocimiento de la deuda, la liquidación de su importe, pueden y deben ser hechos por la nación, sin menoscabo de sus derechos primordiales como entidad soberana; pero el cobro compulsivo e inmediato, en un momento dado, por medio de la fuerza, no traería otra cosa que la ruina de las naciones más débiles y la absorción de su gobierno, con todas las facultades que le son inherentes, por los fuertes de la Tierra».

El brillante apostolado argentino confirmaba un aspecto esencial de toda política americana: en la fatal debilidad de naciones que crecen dolorosamente, en la pobreza de repúblicas sin capital nacional, la autonomía financiera, sin la cual la independencia proclamada en las constituciones es un nombre vano, *flatus vocis*. De Monroe a Drago observamos un evidente desarrollo lógico; del reconocimiento de la autonomía del Nuevo Mundo y del rechazo de la colonización europea se avanza, sin solución de continuidad, a la protesta contra la coerción en nombre del comercio y de la banca, perenne disfraz de conquistas insidiosas. 1823 y 1902 son fechas complementarias en la extensión de un principio tutelar. Explicaba el doctor Drago que «el camino más sencillo para la apropiación y la fácil suplantación de las autoridades locales por los gobiernos europeos es precisamente el de las intervenciones financieras». Se sustituía al viejo optimismo de los estadistas del Plata la desconfianza previsor; a un excesivo cosmopolitismo, la visión de limitados horizontes: «son muchos ya los escritores europeos que designan los territorios de Sud América, con sus grandes riquezas, con su cielo feliz y su suelo propicio para todas las producciones, como el teatro obligado donde las grandes potencias, que tienen ya preparados los instrumentos y las armas de la conquista, han de disputarse el predominio en el curso de este siglo».

Una fe robusta en los destinos del continente agredido surge de esa nota severa: el reconocimiento de la solidaridad; «apoyándose las unas en las otras», inspirándose estas inseguras democracias en el «sentimiento de confraternidad continental», llegarán a «su desenvolvimiento pleno», porque en ellas descubrimos fe, virtud y energía suficientes. No es ya la minoría estado de pueblos que tan firmemente defienden su derecho violado. Aspiran al gobierno de sí mismos, respetado el país débil por la nación en progreso, juntos en una tarea análoga en la provechosa conjunción de dos sentimientos, nacionalismo y americanismo, cuya divergencia sería, para el hemisferio armonioso, la obra de un hado siniestro.

La república norteamericana ni aprueba ni rechaza la teoría argentina: no ataca la represión tan enérgicamente como el canciller platense y recuerda a los hispanoamericanos el deber cardinal de mantener «el orden dentro de sus fronteras» y de cumplir «sus justas obligaciones con los extranjeros». Pero, ¿quién define la justicia o la injusticia de un crédito? ¿El tribunal nacional o el gobierno extranjero? ¿La razón del fuerte o la fuerza de la razón? Con solicitud protectora ha declarado el presidente de los Estados Unidos, en su mensaje de 1903, que si respetan las convenciones formadas con el exótico acreedor, «pueden descansar seguros» estos menores estados bajo el estrellado estandarte de cien millo- nes de rubios y rudos hermanos. Sin renunciar a este ideal baluarte, empiezan las democracias neoibéricas a exigir para su libre esfuerzo atención y respeto. Comprendan la magnífica originalidad de su tentativa constitucional: «el ensayo más considerable que la humanidad haya realizado del sistema republicano de gobierno», decía el doctor Drago tres años más tarde en un banquete, que congrega a estadistas representativos de la América, diversa en razas y uniforme en designios.

Pero no satisface este triunfo parcial a los políticos del Sur: ingresan triunfalmente en más vasta asamblea de naciones. Segundo acto de intervención en los graves consejos de potencias displicentes. A la primera Conferencia de la Paz, reunida en La Haya en 1899, no fueron invitadas las repúblicas sometidas a irrevocable ostracismo por los doctores de una civilización infalible. Sólo México, bajo el régimen de la dictadura porfiriana, y el Brasil, antiguo imperio, debían enviar representantes al estéril Congreso de acuerdo universal. No figuró en sus discusiones sino el ministro mexicano. En la segunda Conferencia de 1907, después de la rotunda declaración de Drago, se extendió la convocación, sin humillantes reservas, a todas las democracias de ultramar. Concluía el desdén protocolar a confusos estados sin ejecutorias de nobleza caucásica,

a razas mestizas y locuaces, tumultuosas y generosas. Un mundo, el mismo que llamaba Canning a la libertad en el desconcierto del antiguo, figuraba en perfecta relación de igualdad al lado de imperios divinizados por los siglos.

Correspondieron a su excelente tradición los ministros de un continente liberal proponiendo o apoyando soluciones de paz, denunciando las intrigas de la fuerza organizada, depurando y alejando la guerra, luchando contra la renovación de empresas armadas y conquistadoras.

«La cultura jurídica del Nuevo Mundo ibérico «ha escrito un eminente historiador y diplomático, el señor de Oliveira Lima» constituyó una revelación para muchos de los juristas y estadistas europeos, que no creyeron hallar tanta erudición espontánea, que no revelaba esfuerzo alguno, en gentes a quienes mentalmente habían asociado negligencia intelectual y delirio revolucionario». En la discusión de la teoría de Drago emplearon su mejor esfuerzo doctrinario, triunfando definitivamente de la indiferencia europea. La proposición norteamericana expresó el común deseo del Nuevo Mundo, la enhiesta actitud de pueblos deudores: «Con el fin de evitar entre las naciones, sugería el delegado general Porter en la primera forma que dio a su intervención, los conflictos armados de origen puramente pecuniario, provenientes de deudas contractuales reclamadas al gobierno de un país por el gobierno de otro país en defensa de sus súbditos o ciudadanos, y a fin de garantizar que todas las deudas contractuales de esa naturaleza, que no hayan sido arregladas amigablemente por la vía diplomática, sean sometidas al arbitraje; se conviene en que ningún recurso a medidas coercitivas, que implique el empleo de fuerzas militares o navales para el cobro de tales deudas contractuales, podrá tener lugar hasta que no se haya hecho una oferta de arbitraje por el reclamante que haya sido rechazada o dejada sin respuesta por el Estado deudor, o hasta que el arbitraje haya tenido lugar y el Estado deudor haya dejado de conformarse a la sentencia pronunciada». El arbitraje debía conformarse a las reglas establecidas en La Haya para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales. En nombre de un vínculo respetable, el panamericanismo, los Estados Unidos defienden, en primer término, la independencia de estados sin reservas fiscales, en difícil y lento crecimiento, que necesitan el auxilio financiero de Europa; y en segundo lugar, la excelencia del principio arbitral, credo americano, solución de justicia que evita guerras de interés en que el poder acreedor es gendarme de ávidos banqueros. Reconocía, sin embargo, la posibilidad de la guerra como *ultima ratio* contra deudores que desconocieran el fallo de un eminente tribunal.

Este «gran paso atrás» suscitó la protesta del doctor Drago, defensor de una tesis pacífica sin probables recursos de fuerza. Un congreso que aleja la guerra iba a reconocer, aceptando la sugestión final del delegado yanqui, que la lucha armada es «resorte ordinario de derecho», nueva forma necesaria y legítima del choque entre naciones. Y este «empleo de la fuerza implicará siempre, en la mente de los estadistas argentinos e hispanoamericanos, la desproporción entre la represión y la ofensa, con los mismos peligros para las soberanías locales, con los mismos inconvenientes y perjuicios para las naciones neutras y con la misma protección excesiva respecto de los tenedores de títulos cosmopolitas y cambiantes». A la exégesis del delegado platense, aplicada a su doctrina propicia, se adhirieron los ministros de las principales repúblicas iberoamericanas, comentando o deplorando hechos de antigua violencia, acusando, poniendo sordina en sus voces dolientes cuando se dirigían a las viejas naciones enriquecidas con el oro de ultramar. No corresponde a potencias de caballeresco abolengo la función de los «oficiales amanuenses que se llaman alguaciles», exclamaba el delegado de Nicaragua. Chile reclama el arbitraje para «todas las reclamaciones de orden pecuario, cualesquiera que sean su nombre y su importancia, provenientes de una infracción, real o supuesta, de parte de un gobierno, a las obligaciones contraídas con súbditos extranjeros por ese mismo gobierno». El señor Pérez Triana, que representaba a Colombia en estas discusiones *pro domo americana*, recordó, con leve ironía, que «el principio del cobro forzoso sólo puede aplicarse cuando el deudor es débil y el acreedor es fuerte», y que sería irrisoria, invirtiendo los términos de esta relación, la presión ejercida por «un acreedor militarmente débil» contra un fuerte poder militar.

«Los pueblos jóvenes no perecen: tarde o temprano pagan lo que deben»; «las naciones son inmortales: lo que una generación no pagará, lo pagará la siguiente», declaraban con acento de angustiada sinceridad estos ministros patriotas para detener el gesto de Shylock en el implacable brazo de estados millonarios. Recordaban los intereses usurarios que enviaba el Nuevo Mundo, en magníficas anualidades, a sus prestamistas. Pedís un régimen de excepción, un privilegio a la debilidad, replicaban los representantes de poderes dóciles a una ley de dureza. Si la solución arbitral no es aplicable a querellas de vital interés entre los Estados, a cuestiones que afectan el honor colectivo, en todos los conflictos internacionales, ¿por qué se acogerán a ella, en nombre de inexplicables bancarrotas, pueblos menores incapaces de *self-government*? En lengua sinuosa

y correcta escondieron su fe en radicales intervenciones los diplomáticos seguros de la fuerza occidental. «¿Sería conforme al espíritu de la Convención de 1899, preguntaba el delegado rumano, insertar una estipulación sui géneris estableciendo una distinción marcada entre dos hemisferios?» Al defender un principio uniforme, olvidando el desequilibrio económico y moral entre el iniciado y el iniciador, aconsejaba magistralmente a débiles repúblicas, en las «grandes pruebas excepcionales» de su historia financiera, abnegación, energía, celoso cumplimiento de pactos solemnes, austera moral pública en medio de los desfallecimientos de la anarquía y de la periódica rapacidad de las dictaduras.

La anarquía mexicana desarrolla nuevos aspectos del panamericanismo doctrinario. Tercera etapa en la evolución de un principio que de eminentes tribunas desciende a la ardua realidad. El fin de un útil y sombrío despotismo ha puesto en libertad oscuras fuerzas de disolución. Una latente barbarie destruye las bases del orden antiguo: rapaces bandas se agregan a partidos de exasperado radicalismo en un pueblo guerrero. ¿Quién será el demiurgo benéfico en el caos? Se acusa a los Estados Unidos de mantener la discordia para proclamar la necesidad de la intervención. El gobierno del dictador Huerta unifica violentamente, es soberano *de facto*; pero el presidente de una puritana democracia, Mr. Wilson, desconoce su título político, y antes de sentarlo en el banquete de pueblos fraternales, le exige que lave sus manos ensangrentadas. Intereses de turbio industrialismo parecen influir en las severidades de la política: la Standard Oil lucha por la posesión de pozos de petróleo, un fragmento de la inmensa riqueza mexicana.

Sin llegar a declaradas hostilidades, se inclina el presidente norteamericano a los revolucionarios, que piden, en una república gobernada por poderes oligárquicos, la inmediata división de la tierra. Ocupan sus tropas Veracruz y lo abandonan sin ser derrotadas; episodios diversos de una vacilante intervención, acciones y reacciones de un presidente ideólogo, que aplica la elegante incertidumbre de Renán al conflicto inmediato de tensas energías. En agosto de 1913 envía a su agente confidencial, Mr. John Lind, instrucciones de benévolo tutor; quiere manifestar «el más escrupuloso respeto a la soberanía e independencia de México» y pide al general Huerta graves concesiones: en un pequeño mundo de indomadas pasiones, de larga guerra a muerte, un «armisticio definitivo, solemnemente concertado y observado escrupulosamente», «seguridades de una pronta y libre elección», renuncia del dictador a ser candidato en la próxima batalla política y su leal cooperación al nuevo

régimen; el desinterés de los caudillos; el orden repentino en una fundamental revolución; la síntesis de las fuerzas castizas sugerida o impuesta por un gobierno extranjero. El canciller de México, señor Gamboa, acusa al poder mediador: «Con sólo que vigilara, escribe en su nota del 16 de agosto, la no prestación de ayudas materiales y morales a los rebeldes que se refugian, conspiran, se arman y alimentan del otro lado de la frontera; con que se dignara exigir la más rigurosa observancia por sus autoridades inferiores y locales de las leyes de neutralidad, yo le aseguro al señor agente confidencial que la completa pacificación de la República sería obra de relativo poco momento». Rechaza perentoriamente, en nombre de la soberanía nacional, que se pretende vulnerar «consejos y advertencias» que «comprometerían para un porvenir indefinido nuestros destinos de entidad soberana»: el veto de los presidentes de los Estados Unidos a futuras elecciones, la sumisión de un pueblo viril, que ningún gobierno aceptará «a menos de no registrarse un cataclismo monstruoso y casi imposible en la conciencia mexicana».

Hábilmente transforman los ministros del general dictador la querrela de facciones en guerra internacional; la violencia sajona unifica a los partidos discordes, la invasión destruirá la revolución. Pero «los buenos oficios» de la república norteamericana difieren de la amenaza marcial; imperiosamente aconsejan la paz, intervienen al margen de un severo protocolo con la bíblica rudeza de predicadores desencantados. Se aleja la intervención, y el ministro de Relaciones Exteriores argentino, doctor Murature, reconoce «el carácter depresivo, que necesariamente asumirá», en México disociado, «cualquiera ingerencia extraña, mientras no fuera solicitada, con plena madurez de pensamiento, por las mismas agrupaciones comprometidas en el litigio». Condena la recia tutela que pesaba ya sobre la democracia anarquizada, y al afirmar «la íntima solidaridad moral con que se siente ligado a la suerte de México» el pueblo argentino, y recordar tradiciones y esperanzas comunes, oponía, como el doctor Drago en los días trágicos de otra intervención, la comunidad de repúblicas neoespañolas al poder exclusivo de la América sajona. Volvía así a este mundo de entidades desigualmente poderosas el equilibrio moral y se alejaba de su futuro brumoso la conquista. Conciliación oportuna del americanismo y del respeto a nacionalidades independientes, realizado por el gobierno de un poder fuerte, el argentino; prescindencia en los asuntos internos de repúblicas afines, ya que «las tentativas de pacificación inspiradas en móviles de orden sentimental serían estériles, cuando no contraproducentes, y podían estimular tendencias que, sien-

do altamente generosas en su inspiración originaria, derivasen, por imposición fatal de las circunstancias, hacia un peligro para la dignidad o para la soberanía de los pueblos sometidos a ellas».

No ha olvidado la venturosa democracia los años dolientes de su constitución, y por eso es más eficaz su piedad política; de la eminencia de la paz conquistada sigue, sin desdén, el agitado avance de pueblos menos prósperos. «Perdura en todos los recuerdos, escribe el doctor Murature, la visión nítida de las incertidumbres angustiosas y de los sanguinarios extravíos que acompañaron al proceso de la organización política nacional. Está ya bastante lejos para que podamos contemplarla sin pasión y demasiado cerca todavía para que nos sea posible evocarla sin dolor». ¡Refinada sensibilidad de pueblos, que han sufrido el mal de la gestación y que no serán impasibles, como los severos estados sajones, al largo desconcierto de inestables repúblicas! En vez de un solo poder presentarán sus generosos oficios cuatro naciones: la Argentina, el Brasil, Chile, el ABC de las combinaciones políticas meridionales, unidas en esta cura de pueblos a la República del Norte. En Washington se acepta la mediación del Sur, el resuelto avance de democracias que desconocen la antigua jerarquía de naciones en un continente rico, en vida ascendente, y orgulloso de sus tradiciones exclusivas.

Notable intervención, por la cual se establece definitiva relación de familia entre los estados neoespañoles. México amenazado y el vecino imponente aceptan el arbitraje de tres gobiernos que enhiestan la conciencia americana, todavía confusa, y proponen, para los problemas que afectan a la vida nacional, el beneficio de soluciones colectivas. Las bases señaladas por el presidente Mr. Wilson para fundar el orden mexicano, son examinadas y corregidas por los representantes del ABC. A ellos se agregan ministros, escogidos al azar, de Guatemala, de Bolivia, del Uruguay, a fin de que la benévola pacificación exprese la voluntad unánime del continente. Y en lugar de la tabla rasa sugerida por el romanticismo político, como si fuera posible desconocer pasiones y crear un Estado abstracto y viable en el tumulto de exasperados intereses, se construye un régimen adecuado a la inquietud mexicana. Es reconocido por los gobiernos de América el primero de los caudillos militantes, el general Carranza, semidictador que ha explicado la discordia nacional por razones de injusticia económica y que va a establecer quizá, abandonando como gobernante los excesos de su radicalismo, una república libre de feudalismo territorial y de impura demagogia.

Estos ejemplos de activa solidaridad crean en América, sin previos tratados, un solemne poder moral, como el que levantara Bolívar sobre la anarquía de Estados incipientes. Ministerio de paz desinteresado y oportuno, para el cual se juntan, en la crisis de alguna república, los Estados prósperos, en nombre del interés continental. Aspiran a conservar las fuerzas del Nuevo Mundo, a acrecerlas, a detener la obra revolucionaria, a evitar conflictos interiores y exteriores, en que despilfarran la energía adquirida naciones que improvisan su vida política y financiera. Reconocen la excelencia de esta cooperación sin designio imperialista y atribuyen al monroísmo un sentido americano. Asociadas a la nación sajona, repúblicas que crecen demográfica y económicamente defienden la libertad de la América, su orden interior y sus principios democráticos.

EL NUEVO ORDEN Y LA POLÍTICA WILSONIANA¹

Como el Pontífice en las guerras medievales, el Presidente interviene para llevar a un continente desconcertado la tregua de Dios. El Papa protestante se opone desde Washington al César católico de Roma.

Oposición, desplazamiento del eje religioso del mundo, en que se manifiesta el antagonismo de dos tradiciones y de dos políticas. El Papa blanco anunciaba, durante la guerra, en fórmulas sibilinas, el advenimiento de una era armoniosa en que la justicia vencería a la fuerza; sugería, esperaba, en la quietud de su santa misión; no pronunciaba sentencias ni dirigía admoniciones. Levantaba una tímida cruz como si no hubiera querido irritar las pasiones colectivas. Aun cuando pensaba el Pontífice en Bélgica, cenicienta de un catolicismo demasiado neutral, no exigía, con bíblica ira, reparaciones. Insinuaba lo que sería el día lejano de la paz, el noble reino desolado.

Mientras tanto, un doctor protestante se indignaba y combatía por la justicia. Definía el deber presente para los pueblos angustiados. Su misticismo activo contrastaba con la paciente lección de Roma. En el duelo de dos Papas, el de América representa el cristianismo perdurable, la religión que disolviera un orden de realidades políticas y fundara en las conciencias el culto de la justicia absoluta.

El catolicismo, religión adecuada a la tierra, a sus contradicciones y sus lentitudes, ignora la rudeza de los profetas ingenuos que creen en un dulce milenario. Hubiéramos querido, en el árbitro santo del Vaticano, la antigua y heroica condenación de pontífices acerbos en presencia de Bélgica martirizada, de Armenia transformada en espantoso jardín de suplicios.

¹ Extraído de *El wilsonismo*, París, 1920, pp. 48-68. [THM]

Calló entonces el déspota bueno de las conciencias y surgió la admirable figura del cardenal Mercier, en quien se maridan dos grandezas, la santidad y la sabiduría. El Padre augusto expresó sin duda su tristeza al pequeño reino fiel; pero no olvidó los intereses del mundo, la tradición política de la Roma papal. El cristianismo convertido en Iglesia es religión y diplomacia, imperio y doctrina de justicia, autoridad frente a otras autoridades, cura de almas y atención necesaria a pasiones, ambiciones y riquezas.

Porque fue más simple, la inspiración de Mr. Wilson trajo a Europa profundas inquietudes espirituales. No comprendieron los políticos de la razón de Estado a este optimista impenitente que ofrecía a los hombres la paz definitiva y el reino de Dios. El Presidente sostiene que un viejo mundo complicado y artificial, donde se superponen en cada región civilizaciones diversas, puede ser reformado con esas francas soluciones de América, del continente que plasma a gentes extrañas, disuelve antagonismos centenarios y crea hombres nuevos sin fatiga.

Políticos, historiadores, filósofos afirman que erró el ideólogo generoso aplicando a realidades distintas principios uniformes. «No somos enemigos del pueblo alemán», repetía Mr. Wilson, separando a la nación germana de su gobierno autocrático. Pero ¿no ama la raza teutona, desde los tiempos de César, la guerra y la invasión? Cuando los estadistas reclaman garantías contra el sempiterno enemigo, se inspiran en la experiencia de diez siglos. Desconfían de provisionales almenas y buscan en un río cargado de historia el límite que evite o aleje nuevas invasiones del pueblo conquistador.

Mr. Wilson cree en la inmediata conversión de Alemania. Observadores menos lejanos, menos generosos, sostienen que el carácter de cada pueblo se mantiene idéntico durante centurias, que leves modificaciones no llegan a transmutar su ser profundo y que será por muchas décadas peligrosa para la paz de Europa «la furia teutónica».

Los pueblos deben gobernarse a sí mismos, declara el Presidente, y naciones y provincias de Europa, de Asia, de África, se levantan contra sus dominadores. Mr. Wilson multiplica conflictos en nombre de una paz durable. Europa se divide y subdivide, las tentativas de unidad, las grandes síntesis fracasan, se multiplican los nuevos Estados en la ruina y el dolor de los antiguos, naciones infantiles recogen la herencia de pueblos viejos y experimentados: la justicia absoluta, integral, engendra el caos.

¿Dónde está la verdadera solución de los conflictos europeos, en la relativa paz que ofrecían a poblaciones desemejantes los Estados fuer-

tes, o en la anarquía interminable que las reivindicaciones nacionales suscitan en el indefinido fraccionamiento de los Estados? El mundo avanzaba hacia la unidad; oponía a la dispersión la concentración, congregaba fuerzas en el orden intelectual, económico y político. Al contrariar esa impulsión profunda pueden traer una regresión los generosos principios del Presidente.

El Congreso de París declaraba el optimismo de las naciones liberales; no repetirá el error diplomático y político del de Viena; no construirá alianzas funestas para el dominio y el reparto del mundo. La paz permanente, no el orden sostenido por una coalición de autocracias, he aquí la obra próxima de las democracias asociadas. Si juzgamos las influencias de ambas asambleas según el criterio norteamericano, una regla pragmática, el tratado de Versalles, parece inferior al de Viena. Treinta años de paz sucedieron al pacto de los monarcas.

La política wilsoniana es la expresión de un continente original, de un mundo sin duras tradiciones, sin odios milenarios. Excelente cuando se aplica a naciones uniformes, generadora de unidad en América, es inadecuada a Europa, mosaico de religiones y de razas. En ella multiplica las querellas, revive aspiraciones regionales, que había amortiguado o vencido la nación, con la presión de leyes e intereses comunes.

* * *

Europa reniega del pastor de continentes. Aceptó su severa ley, ofreció renunciar a su política tradicional —garantías, equilibrio, compensaciones territoriales, sustitución de hegemonías— y comprende que su alma doliente es incapaz de tal sacrificio. Luchan dos diplomacias en las cancillerías. *Et adhuc sub iudice lis est.*

Pero el continente americano con sus tres familias, sajona, española y portuguesa, no sólo ha restablecido el orden del mundo antiguo según el voto de Canning, sino que ha salvado una civilización. Los pueblos de Europa aceptaron, para vencer el ideal político de naciones lejanas, la cándida esperanza de Estados infantes y en el universo tembloroso se levantaron estrellas ignoradas.

¿Vencerá esta nueva cultura, generosa, optimista? Sin su contribución guerrera y financiera hubieran cambiado los destinos del mundo, se hubiera abismado el régimen político de los pueblos liberales, desaparecería de Europa la obra de los reformadores y de los revolucionarios. Francia, Inglaterra, Italia, hubieran sido vencidas por una América ger-

EL NUEVO ORDEN Y LA POLÍTICA WILSONIANA¹

Como el Pontífice en las guerras medievales, el Presidente interviene para llevar a un continente desconcertado la tregua de Dios. El Papa protestante se opone desde Washington al César católico de Roma.

Oposición, desplazamiento del eje religioso del mundo, en que se manifiesta el antagonismo de dos tradiciones y de dos políticas. El Papa blanco anunciaba, durante la guerra, en fórmulas sibilinas, el advenimiento de una era armoniosa en que la justicia vencería a la fuerza; sugería, esperaba, en la quietud de su santa misión; no pronunciaba sentencias ni dirigía admoniciones. Levantaba una tímida cruz como si no hubiera querido irritar las pasiones colectivas. Aun cuando pensaba el Pontífice en Bélgica, cenicienta de un catolicismo demasiado neutral, no exigía, con bíblica ira, reparaciones. Insinuaba lo que sería el día lejano de la paz, el noble reino desolado.

Mientras tanto, un doctor protestante se indignaba y combatía por la justicia. Definía el deber presente para los pueblos angustiados. Su misticismo activo contrastaba con la paciente lección de Roma. En el duelo de dos Papas, el de América representa el cristianismo perdurable, la religión que disolviera un orden de realidades políticas y fundara en las conciencias el culto de la justicia absoluta.

El catolicismo, religión adecuada a la tierra, a sus contradicciones y sus lentitudes, ignora la rudeza de los profetas ingenuos que creen en un dulce milenario. Hubiéramos querido, en el árbitro santo del Vaticano, la antigua y heroica condenación de pontífices acerbos en presencia de Bélgica martirizada, de Armenia transformada en espantoso jardín de suplicios.

¹ Extraído de *El wilsonismo*, París, 1920, pp. 48-68. [THM]

Calló entonces el déspota bueno de las conciencias y surgió la admirable figura del cardenal Mercier, en quien se maridan dos grandezas, la santidad y la sabiduría. El Padre augusto expresó sin duda su tristeza al pequeño reino fiel; pero no olvidó los intereses del mundo, la tradición política de la Roma papal. El cristianismo convertido en Iglesia es religión y diplomacia, imperio y doctrina de justicia, autoridad frente a otras autoridades, cura de almas y atención necesaria a pasiones, ambiciones y riquezas.

Porque fue más simple, la inspiración de Mr. Wilson trajo a Europa profundas inquietudes espirituales. No comprendieron los políticos de la razón de Estado a este optimista impenitente que ofrecía a los hombres la paz definitiva y el reino de Dios. El Presidente sostiene que un viejo mundo complicado y artificial, donde se superponen en cada región civilizaciones diversas, puede ser reformado con esas francas soluciones de América, del continente que plasma a gentes extrañas, disuelve antagonismos centenarios y crea hombres nuevos sin fatiga.

Políticos, historiadores, filósofos afirman que erró el ideólogo generoso aplicando a realidades distintas principios uniformes. «No somos enemigos del pueblo alemán», repetía Mr. Wilson, separando a la nación germana de su gobierno autocrático. Pero ¿no ama la raza teutona, desde los tiempos de César, la guerra y la invasión? Cuando los estadistas reclaman garantías contra el sempiterno enemigo, se inspiran en la experiencia de diez siglos. Desconfían de provisorias almenas y buscan en un río cargado de historia el límite que evite o aleje nuevas invasiones del pueblo conquistador.

Mr. Wilson cree en la inmediata conversión de Alemania. Observadores menos lejanos, menos generosos, sostienen que el carácter de cada pueblo se mantiene idéntico durante centurias, que leves modificaciones no llegan a transmutar su ser profundo y que será por muchas décadas peligrosa para la paz de Europa «la furia teutónica».

Los pueblos deben gobernarse a sí mismos, declara el Presidente, y naciones y provincias de Europa, de Asia, de África, se levantan contra sus dominadores. Mr. Wilson multiplica conflictos en nombre de una paz durable. Europa se divide y subdivide, las tentativas de unidad, las grandes síntesis fracasan, se multiplican los nuevos Estados en la ruina y el dolor de los antiguos, naciones infantiles recogen la herencia de pueblos viejos y experimentados: la justicia absoluta, integral, engendra el caos.

¿Dónde está la verdadera solución de los conflictos europeos, en la relativa paz que ofrecían a poblaciones desemejantes los Estados fuer-

tes, o en la anarquía interminable que las reivindicaciones nacionales suscitan en el indefinido fraccionamiento de los Estados? El mundo avanzaba hacia la unidad; oponía a la dispersión la concentración, congregaba fuerzas en el orden intelectual, económico y político. Al contrariar esa impulsión profunda pueden traer una regresión los generosos principios del Presidente.

El Congreso de París declaraba el optimismo de las naciones liberales; no repetirá el error diplomático y político del de Viena; no construirá alianzas funestas para el dominio y el reparto del mundo. La paz permanente, no el orden sostenido por una coalición de autocracias, he aquí la obra próxima de las democracias asociadas. Si juzgamos las influencias de ambas asambleas según el criterio norteamericano, una regla pragmática, el tratado de Versalles, parece inferior al de Viena. Treinta años de paz sucedieron al pacto de los monarcas.

La política wilsoniana es la expresión de un continente original, de un mundo sin duras tradiciones, sin odios milenarios. Excelente cuando se aplica a naciones uniformes, generadora de unidad en América, es inadecuada a Europa, mosaico de religiones y de razas. En ella multiplica las querellas, revive aspiraciones regionales, que había amortiguado o vencido la nación, con la presión de leyes e intereses comunes.

* * *

Europa reniega del pastor de continentes. Aceptó su severa ley, ofreció renunciar a su política tradicional —garantías, equilibrio, compensaciones territoriales, sustitución de hegemonías— y comprende que su alma doliente es incapaz de tal sacrificio. Luchan dos diplomacias en las cancillerías. *Et adhuc sub iudice lis est.*

Pero el continente americano con sus tres familias, sajona, española y portuguesa, no sólo ha restablecido el orden del mundo antiguo según el voto de Canning, sino que ha salvado una civilización. Los pueblos de Europa aceptaron, para vencer el ideal político de naciones lejanas, la cándida esperanza de Estados infantes y en el universo tembloroso se levantaron estrellas ignoradas.

¿Vencerá esta nueva cultura, generosa, optimista? Sin su contribución guerrera y financiera hubieran cambiado los destinos del mundo, se hubiera abismado el régimen político de los pueblos liberales, desaparecería de Europa la obra de los reformadores y de los revolucionarios. Francia, Inglaterra, Italia, hubieran sido vencidas por una América ger-

manizada, dócil a lecciones de violencia, sin otro ideal que la absorción del individuo por la inmensa máquina del Estado.

Sin duda las repúblicas del Sur, frágiles y fervorosas, no pudieron enviar una masa de hombres disciplinados para la reconstrucción del mundo. De todas partes, de México a las riberas del Plata, muchachos heroicos, inquietos, caballeros del ideal, acudieron a la cita sangrienta. ¿Adónde no llevaron su vida pura y su fe clara? En los campos de batalla de Europa duerme esta aristocracia de nuestra América, entusiasmo, desinterés, belleza. El continente español y portugués ofreció a Francia individualidades que encarnaban su más generosa ambición.

También reunió la América fuerzas morales, los imponderables de Bismarck, para que se inclinara, merced a esta sutil presión, el destino de Occidente. Expresiones de lúcida amistad, salmos de sus poetas, el oro abundante para curar dolores, una prensa romántica en que con nueva sonoridad [se] representan las victorias de los aliados, una legión de escritores que exalta a Francia, que admira a Inglaterra, un prodigioso concurso de fe activa acompaña a los ejércitos que resisten, que retroceden, que vencen en años de turbada esperanza.

Esta contribución de las fuerzas militares, morales, económicas, de las dos Américas, la sajona y la latina, decide de la guerra en Europa. Si se hubieran cerrado los puertos del continente español y portugués a los aliados, si Estados Unidos hubiera mantenido una neutralidad estricta en la cruzada contra Alemania, hubieran vencido definitivamente los Imperios autocráticos. Tal es la orgullosa convicción de América, del mundo que ha hallado en el Presidente apostólico su portavoz emersoniano, un *representative man*.

El wilsonismo no puede ya ser artículo de exportación. Los Estados Unidos, impotentes para llevar profundas transmutaciones a Europa y Asia, impondrán la justicia armada en el Nuevo Mundo. Olvidando, en nombre de universales intereses humanos, los límites que fijó la doctrina de Monroe a la política exterior de la Gran República, Mr. Wilson ofrece la paz justa a la guerra de Occidente, interviene como mediador, se interesa por pueblos lejanos, defiende a Polonia, a Bohemia y a Armenia.

No olvida, sin embargo, que existen problemas cercanos, intereses que tienen el privilegio de la vecindad, un orden de repúblicas sobre las cuales ejerce la América sajona hegemonía moral. El Presidente de la República del Salvador ha fijado, en una carta muy comentada, la importancia que los mensajes al mundo y los catorce artículos evangélicos del Presidente tienen para las futuras relaciones entre los dos grupos de

pueblos del Norte y del Sur. A la actitud de desconfianza de las democracias sucederán signos de franca adhesión.

Escritores y políticos expresaron con frecuencia su inquietud ante el desmesurado crecimiento político de los Estados Unidos. ¿Quién vigilará al formidable tutor? ¿Dependerá un mundo tumultuoso de la buena voluntad de este hermano mayor inclinado a bruscas agresiones y a peligrosos monopolios? Mr. Roosevelt alarmó a veinte naciones poniendo su mano robusta sobre Panamá. *I took Panama!*, exclamó orgullosamente, es decir, usurpé tierras ajenas, despojé a Colombia, reemplacé el imperialismo insidioso por la conquista franca. Y su risa, que domara en la jungla a los felinos, irritó a dos generaciones de iberoamericanos.

Del Presidente cazador al Presidente evangelista, cambió de programa y de ambición. Mr. Wilson se dirige a los americanos de tradición ibérica como a asociados de una gran comunidad política. Aspira a corregir los errores del pasado, a depurar la herencia política que recibiera de otros presidentes, a interpretar en actos públicos los sentimientos y las aspiraciones de las dos Américas. Mientras impere el wilsonismo en las direcciones de Washington, será la unión panamericana una asociación eficaz.

Republicanos partidarios de la violencia y de la anexión brutal podrán imponerle desde Washington un provisorio eclipse. Volverá a imperar porque los intereses de un pueblo industrial y el idealismo de sus grandes empresas políticas, desde la Declaración de los Derechos hasta la abolición de la esclavitud, desde Lincoln hasta Wilson, corregirán esas peligrosas desviaciones en su progreso ineludible.

El wilsonismo anuncia en América largos años de armonía continental. Por él la nación tutelar renuncia a la violencia, respeta a los Estados pequeños, condena viejos y flamantes imperialismos, ofrece una justa paz. Pronto los problemas del Sur recibirán atención y solución de la república cristianísima. El meridiano moral del continente pasa hoy por Washington. De Jerusalén a la metrópoli federal van las vías de Dios. El cristianismo fundamental resurge en la capital de un Estado democrático y lentamente se funda, como en la decadencia del orbe romano, un nuevo derecho de gentes.

Para conservar su autoridad en el mundo que surge dolorosamente del caos presente; para que se abisme para siempre un orden político fundado en la injusticia y en la violencia, necesitan los Estados Unidos conservar la paz en el Nuevo Mundo, apoyarla en seguras bases, mantener el wilsonismo en sus relaciones con las repúblicas latinas. ¿Cómo

infundirán respeto a los nuevos Estados europeos si toleran agresiones en el continente dócil a su dirección moral? Si entre pueblos menores, en sociedades semejantes, democracias sin largo pasado, no aciertan a establecer el reino de la concordia, sonreirán los Estados lejanos cuando la república intrusa pretenda enseñarles cómo se conquista la estabilidad.

A los periodistas mexicanos, a los estudiantes, a los diplomáticos del mundo ibero, ha explicado Mr. Wilson su doctrina. En el varón fuerte habita la dulzura. En vez de admoniciones y manifestaciones de un poder abrupto, la enseñanza de la igualdad. Somos, dice a naciones secundarias, el hermano mayor, *the Big Brother*. Un crecimiento inesperado ha puesto en nuestras manos, habituadas a la lucha, fuerzas exorbitantes.

No podéis oponeros a nuestro predominio. Pero en vez de constituir para vosotros una amenaza, aspiramos a enseñaros cómo se conquista riqueza, poder, preeminencia. Nuestro oro colmará vuestras arcas, nuestra ciencia construirá rutas y fábricas en la majestuosa soledad de vuestras llanuras. Vamos a colaborar en esta era nueva, olvidando rencores y errores de un turbio pasado. Fundaremos una asociación de repúblicas iguales, para la paz y el progreso económico. No habrá guerra de conquista, usurpación de territorios, provincias bajo ominoso yugo extranjero, en este mundo libre. Si alguna república ataca a su vecina, convocaremos a los demás pueblos y juntos intervendremos para devolver al continente inquieto la estabilidad y la unión. Alguna vez nosotros mismos, animados de espíritu satánico, os llevaremos la discordia. Entonces, vosotros todos virilmente congregados contra el fuerte, nos impondréis la paz.

El antiguo imperialismo fracasa y se establece una fuerte sociedad entre países semejantes. La América dividida, insegura, se transmuta en continente armonioso. Esta admirable realidad exige de todas las naciones enérgica reforma interior. Antes de ingresar en esa asociación para la paz, vencerán en sí mismas atávicos males, afirmarán el orden, depurarán las finanzas, renunciarán a mediocres luchas periódicas. En el pensamiento de Mr. Wilson lentamente, en relación con este esfuerzo, serán llamadas las repúblicas de ultramar a la futura liga de las Américas.

Cuando Mr. Knox afirma que el monroísmo es una política original que los Estados Unidos definen y aplican según su albedrío, sin someter su voluntad omnipotente a normas fijas, *quia nominor leo*; cuando una minoría de senadores republicanos amenaza con esta arma singular a democracias infantes, el wilsonismo se siente amenazado y vencido, pero con él perece la amistad de los dos continentes, sajón e hispanoportugués. La América será wilsoniana o se abismará definitivamente el paname-

ricanismo y celebrarán los pueblos de América alianzas parciales con las naciones de Occidente, con Inglaterra, Francia, Italia o Alemania, en el orden de sus simpatías o de sus intereses, aun con el Japón para contrapesar, con fuerzas de Oriente, la abrumadora preeminencia de la república sajona.

El centro de los negocios humanos pasa de Londres y París a Washington. Allí residen el oro despótico y el nuevo y rudo ideal. Llega para el continente colombino la hora de las decisiones trascendentales. Mr. Wilson, con su flexible doctrina, puede agrupar a naciones semejantes. El imperialismo, según la tradición de Mr. Roosevelt, establece entre el Norte y el Sur del Nuevo Mundo separaciones irreducibles. Europa—no sólo el mundo sajón, sino también las naciones de abolengo latino— ignora o desdeña a la América española. Ninguno de sus políticos repite la profética frase de Canning; ninguno prepara la alianza de la América y el Occidente europeo contra la futura hegemonía sajona. Ignorancia, angustia de los intereses y de los problemas inmediatos; estrechez de horizontes explican este olvido de la verdadera política, del arte mayor de asociar voluntades y pasiones en todas las avenidas del mundo. [...]

Inglaterra y sus colonias constituyen una Liga de Pueblos. Los *dominios* aspiran a una completa libertad. El mundo sajón se organiza para imponer a razas en constante discordia sus leyes y sus productos, su lengua y su ideal. A ejemplo de esta unión fecunda, el wilsonismo funda en las tres Américas la verdadera sociedad de naciones. Tal es su tentativa vigorosa frente al caos. Y cuando Europa decline, cuando la amenace una nueva barbarie, rebelión de clases inferiores, guerra contra el orden y el capital antiguos, podrán venir del mundo más joven, suprema reserva del Occidente caduco, principios claros, hábitos eficaces, un gran olvido de los antagonismos de credo y de sangre, un profundo renacimiento político.

EN TORNO AL COMUNISMO: LENIN Y SUS HEREDEROS¹

El leninismo, en armonía con los principios del marxismo, establece la dictadura de una clase social, el proletariado. Según la definición de Lenin, esta dictadura es a la vez sangrienta y no sangrienta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa. A todos los órdenes llega la presión constante y obstinada de una nueva fuerza. Para vencer al mundo antiguo, burgués y capitalista, los trabajadores organizados en guisa de combate usan y abusan de todos los instrumentos de dominio. Los dirige el partido, vanguardia de la clase proletaria, más avanzado que ella en cultura, estrecha minoría lúcida.

El leninismo distingue sutilmente entre la dictadura del proletariado y la dirección del Partido Comunista. El partido no ejerce dictadura, se limita a señalar derroteros, preside las transformaciones necesarias, educa, organiza, prepara una revolución general en la educación.

Democracia y autoridad, elección y dirección, se concilian en la Unión de las Repúblicas Rusas. En el soviét, el obrero vota, interviene activamente en la vida pública. La célula inferior elige a la superior y así, desde los escalones inferiores hasta la cima, se siente la sana influencia de las masas que discuten sus propios intereses. Los trabajadores confieren plena autoridad a sus delegados y se limitan, terminada la elección, a obedecer. De la célula superior llegan, en esta severa jerarquía, órdenes precisas. El comunista sincero debe someterse *perinde ac cadaver*, renunciar a la crítica que enflaquece la disciplina. En un centro de dirección, en su supremo comité, reside la autoridad absoluta.

Esta doctrina cardinal del leninismo no ha sido abandonada en la Rusia actual, pero las formas de la dictadura del proletariado, según explica Zinoviev a hombres de poca fe, se vuelven más dulces, porque

¹ Extraído de *La herencia de Lenin y otros artículos*, París, 1929, pp. 12-28. [THM]

cambia la situación en el país. La herencia política del zar rojo topa, en su ruta clara, con dos enemigos interiores: el bolcheviquismo nacional que ha sido definido por Ustrialov y la nueva economía rusa, la *Nep*.

En virtud de un movimiento «inevitable como la vida, imperioso como la historia», el nacionalismo se ha asociado en forma singular al maximalismo. Como no estalla todavía la revolución mundial, el obrero ruso puede resolver problemas particulares, encerrarse entre fronteras precisas, mientras que los trabajadores de otros países se preparan a derribar el orden burgués. No por eso olvidan los nacionalistas que el triunfo definitivo del socialismo ha de ser internacional. Por ahora, limitan sus aspiraciones, se tornan sensatos y prudentes. La decimocuarta Conferencia panrusa condenó esta forma flamante del bolcheviquismo, el «estrechamiento nacional» que se opone al leninismo. Pero la misma Conferencia reconoció que «las masas populares necesitan reposo, trabajar la tierra en paz, recobrar nuevas fuerzas, y que el mismo estado de espíritu existe entre los comunistas». ¿Cómo oponerse a estas manifestaciones de fatiga y desencanto?

Aun después de fundada la dictadura del proletariado no desaparece el comercio en los campos. La economía se desarrolla allí sobre bases naturales de individualismo, el labrador se enriquece y se forma una nueva burguesía. Es el reino de la *Nep*. Reaparecen el capitalismo y antiguas formas de explotación. El leninismo transige con esta reacción inevitable y el partido reduce o suprime las restricciones impuestas a la clase que trabaja. Sabe que de largos años, de decenios quizá, necesita el flamante régimen para llevar el colectivismo a los campos e instruir a los aldeanos.

No por eso cesa la lucha o renuncia el maximalismo a la victoria final. Lenin no olvida que en una nación rodeada por Estados burgueses ha de renacer parcialmente el capitalismo. En la guerra contra el orden que debe morir caben «retiradas estratégicas», abandonos provisionales, treguas, mientras se afirman las primeras conquistas. En vez de obstinarse en nombre de una doctrina rígida que no puede adecuarse a realidades en mudanza, el leninismo, firme en su ambición central, pero también flexible y previsor, contempora. Ante poderosos enemigos se retira, realiza maniobras oportunas. Una de ellas, vasta y peligrosa, es la *Nep*.

Lenin confesó en 1922 que el comunismo había sufrido «pesada derrota dentro del frente económico» y que en el seno del Estado proletario el capital se instalaba nuevamente y progresaba, sin que se pudiera destruir su poder por medio de un ataque de frente. La ofensiva económi-

ca había sido emprendida sin fuerzas suficientes. El mercado privado nos ha vencido, decía el caudillo doliente, y explicaba que si Rusia aventajaba a Gran Bretaña y a Alemania en cuanto al régimen político, era todavía inferior a los pueblos más atrasados de Europa occidental en lo que se refiere a la organización de un capitalismo ordenado, al nivel de civilización, a la preparación material del socialismo. Esta flaqueza explica que si la revolución comunista no ha podido ser vencida por los poderes imperialistas congregados, se ha visto obligada a reducir su ambición, y que los petulantes augurios del socialismo no se han cumplido en tierra rusa.

No niegan los comunistas que la *Nep* ha realizado ya útiles transformaciones, regularizado los medios de comunicación, llevado el orden a regiones amenazadas por la miseria y el caos. Abundan las «concesiones», el partido renuncia a su abrumadora supremacía y se vincula al capital extranjero, a la finanza burguesa. De estas relaciones se enorgullece porque, con designios maquiavélicos, atrae el oro de naciones plutocráticas y lo emplea en robustecer al proletariado nacional y organizarlo para nuevas batallas en época no remota, cuando los trabajadores de otros países se sientan capacitados para la revolución final. Otras «concesiones» le inquietan —tolerancia con los campesinos, alquiler de tierras, utilización de obreros asalariados— porque ellas favorecen la formación de una burguesía rural. El campesino enriquecido, el «kulak», tiende a dominar, odioso personaje que explota, acapara cereales y es más peligroso que el «nepman» de la ciudad, porque el comunismo no ha triunfado en los campos.

Lenin se consolaba de este retroceso al pensar que el capitalismo ruso es, en suma, un capitalismo tolerado por el Partido Comunista: un capitalismo de Estado que el gobierno puede limitar y dirigir y que está ligado a él, es decir, a los obreros que se han enseñoreado del país, al partido vigilante, vanguardia de una clase social. Desde 1918, consideraba que ese capitalismo constituía un paso en la realización del plan socialista, que era ya las tres cuartas partes del socialismo.

Zinoviev, con ruda franqueza, declaró en 1925 que en Rusia el poder económico de la burguesía urbana y rural aumenta no sólo relativa sino absolutamente, que su influencia crece y se hace más fuerte su presión sobre el régimen. Al mismo tiempo que se afirma esta situación creada por la *Nep*, el ímpetu revolucionario se amortigua en Europa. En estos años grises no debe morir la esperanza comunista. El problema esencial consiste en vivir, en ganar tiempo, en consolidar victorias mo-

destas y parciales. ¿Podremos subsistir a pesar del predominio de la pequeña producción rural, a pesar de nuestra miseria, preguntaba Lenin, hasta que los países capitalistas hayan terminado su evolución hacia el socialismo? Para salvar a la revolución precisa conservar con todo empeño una cierta dosis de socialismo, por débil que sea en las instituciones fundadas. El caudillo se sentía encerrado por largos años en una «fortaleza sitiada».

Zinoviev ha estudiado la situación económica de la nación en 1925 y la ha comparado con la de 1913, año anterior a la Gran Guerra. Su optimismo se funda en las cifras que cita. La producción agrícola ha alcanzado el ochenta y siete por ciento de la de 1913, el setenta por ciento la industrial, el tráfico en los ferrocarriles el ochenta por ciento, el número de obreros ocupados en las fábricas el setenta por ciento. El comercio exterior se ha elevado a dos mil millones de rublos. Sesenta y dos por ciento de los instrumentos de producción fabril están en manos del Estado; en la gran industria, el noventa y nueve por ciento. El país progresa y al mismo tiempo el poder soviético extiende su acción. Ciertamente es que en los campos los medios de producción socializados sólo representan el cuatro por ciento. Allí reside siempre la amenaza para la revolución triunfante: el labrador individualista es el enemigo.

Han transcurrido diez años desde la victoria del bolcheviquismo en febrero de 1917. Veinte serán necesarios, según las predicciones del leninismo, para que se desarrolle con mayor intensidad todavía la producción, y la electrificación sea general; para que, gracias a ella, progrese el industrialismo, la técnica nacional rivalice con la de las grandes potencias occidentales. ¿En cuántos decenios se realizará, bajo la dictadura del proletariado, la revolución verdadera, profunda, total, abolición de las clases sociales, fin de la explotación del hombre por el hombre, acabamiento de viejos antagonismos entre la ciudad y el campo, el trabajador manual y el intelectual? Estamos en presencia de ese conflicto, choque entre dos doctrinas armadas.

* * *

¿Quién es hoy el legítimo continuador de Lenin, el heredero de su inspiración y de su política? Nos parece que Stalin prevalece sobre sus adversarios, un Bujarin, un Zinoviev, un Trotski, al comentar las doctrinas esenciales del leninismo. En la acción también transige, cambia de frente y de actitud. Confiesa que el partido no ha levantado todavía la fábrica

de la nación socialista, que ni siquiera ha puesto los fundamentos de ella. Recuerda que Lenin consideraba necesarias ciertas concesiones, zigzags inevitables en la ardua ascensión de una montaña abrupta, inexplorada. ¿Cómo definir la línea recta en medio de tantos vaivenes? Obreros y rústicos combaten siempre. El Estado comunista se inclina a los primeros, fija precios para los productos agrícolas, por medio del impuesto enflaquece al aldeano enriquecido, al kulak; acumulando productos alimenticios, ejerce presión sobre el mercado. En la lucha entre el labrador pobre y la burguesía rural, desplaza fuerzas en favor del campo, usa y abusa de los tributos, derriba sin piedad al que se entona.

Resuelto, lúcido, capaz de fintas, Stalin se resigna a transigir. Tolerancia el arriendo por corto plazo de las tierras, el empleo en ellas de trabajadores que reciben salario. Celebra contratos con el mundo capitalista a fin de avanzar, aunque sea lentamente, en la dura ruta fijada.

Empero, no triunfa la ciudad. En presencia de realidades hostiles, el dictador se derrama en sinceras admoniciones. Imita a Lenin en la manera de contemplar la realidad con decisión y sin acedía. Sabe que la fuerza y el poder se desvían en los campos y que sobre ellos conquista influencia decisiva el kulak. El aldeano medio se asocia a la burguesía de terratenientes en vez de confiar en el proletariado urbano, generoso y tutelar. Con frecuencia el agricultor poderoso adquiere las cosechas del labrador medio. Si se afirma esa tendencia, el capitalismo puede resurgir y una burocracia encrestada vencer al partido capaz de abnegación. Se perderá entonces la «perspectiva socialista» en medio de ominosas transacciones. Por otra parte, los Estados capitalistas gravitan sobre el poder de los soviets, con formidable acción. Que no nos ataquen, declara Stalin, y llegaremos a realizar nuestro programa; que nos dejen en esta áspera marcha algún reposo.

Algunos comunistas defienden métodos de violencia contra el campo insumiso. Trotski y la oposición exageran la importancia del renacimiento burgués en los campos y olvidan la intervención del aldeano medio con el cual celebra alianza el socialismo imperante. Stalin prefiere la persuasión. Puesto que el labrador opone resistencia al maximalismo de la ciudad, precisa conquistarle en lentas etapas sin ejercer contra él extrema presión. No cree el dictador que se pueda gobernar siempre *manu militari*, hollar, oprimir, perseguir. Más vale convencer al aldeano medio, atraerle mostrándole la excelencia de un régimen que transforma los centros urbanos y no olvida los campos. Cuando en 1925 compañeros inquietos preguntaban al sucesor de Lenin cuál sería la actitud del par-

tido si no se realizaba en un período de diez o de quince años la revolución del proletariado occidental, él sugería medidas en favor del trabajador rural para esos tiempos de transición: la electrificación de los campos, la extensión de las cooperativas en las cuales ingresaría el labrador y se avecinaría al Estado proletario, la reducción del impuesto para que no se sintiera estrechada la aldea.

Adecuándose a un orden de acaecimientos en los cuales no descubre elementos para una victoria inmediata, Stalin no traiciona. Combate con energía a la Segunda Internacional, organización corruptora que, según él, inficiona a los obreros de todos los países y favorece a la burguesía. Durante la última guerra los señores Renaudel, Henderson y Scheidemann fueron denunciados por el maximalismo ruso como agitadores reaccionarios, aliados del capitalismo y del imperialismo. Si corregimos tan escueta afirmación, Stalin nos explicará que entre el gobierno de Mr. MacDonald o de Herr Scheidemann y la conquista del poder por el proletariado, existe la misma distancia que entre la tierra y el cielo. El paraíso de los soviets rechaza contubernios con un orden prosaico y material. La dictadura rusa no se satisface con simples cambios de ministerio. Crea un nuevo poder servido por órganos flamantes, centrales y locales, sobre las ruinas del antiguo poder burgués.

Nada puede esperar de los directores de una Internacional que se extravía en una estrategia política sin grandeza, y para la cual un período que abarcará decenas o centenas de años separa dos revoluciones, la democrática burguesa y la proletaria. Al escuchar tal vaticinio, la burguesía se siente avigorada y organiza fuerzas para la contrarrevolución. El maximalismo combate esta doctrina que impone al proletariado una actitud singular de espera indefinida hasta que las clases directoras se corrompan y madurezca al capitalismo. Ciertamente, no hemos de resignarnos, clama Stalin impávido. En efecto, el capitalismo, desdeñado en Moscú, no se dispone a morir. Al contrario, el «sistema de la economía imperialista mundial» forma un todo compacto en el cual descubrimos quiebras y flaquezas. En verdad sufre mengua, se fatiga en luchas internas, pero no se abisma. Esperar que se derrumbe con acción exterior, equivaldría a retroceder. La revolución debe comenzar, como enseña el leninismo, no donde ha culminado el régimen industrial o donde el proletariado constituye mayoría, sino allí donde la «cadena del imperialismo» es más frágil, presenta un eslabón que puede ser roto con un tajo resuelto. Así en Rusia el año 1917, así mañana tal vez en la India.

Enhestada y bien dirigida, la clase obrera es siempre beligerante. Interviene en otros pueblos, suscita en ellos esperanzas y ambiciones revolucionarias, no acepta nunca el statu quo. Desarrolla y traba energías. Si los trabajadores se hallan oprimidos, los alza a nuevos y vastos deseos. Se prepara a una lucha larga, insidiosa, maquiavélica, para conquistar el sufragio de las masas obreras en su mayoría, o siquiera la neutralidad benévola de poderosos elementos de la clase explotada. Sabe maridar en su empeño el espíritu práctico de los norteamericanos y el ímpetu destructor de los esclavos, el idealismo apasionado y el necesario sentido de la tierra. Aplica sin cesar la teoría revolucionaria a la acción porque la práctica, no iluminada por la doctrina, se agita y se pierde en las tinieblas.

Cuando lucha con la oposición atarantada, «neurasténica», que pregona su escepticismo, Stalin afirma como Lenin su fe entera. Se obstina en demostrar el vigor actual del gobierno soviético, el cual, en un país aislado y atrasado, se ha defendido contra una liga de pueblos ricos, altivos y guerreros. En este duelo a muerte se ha manifestado el formidable poder del partido proletario. Ello no significa que Rusia cercada se baste a sí misma o que la victoria final del proletariado pueda realizarse fuera de la «escala internacional», sin la revolución jubilosa de todos los trabajadores del mundo coligados.

La izquierda comunista merece ostracismo porque se limita a juzgar y a criticar. Contra sus afirmaciones sostiene el dictador que los aldeanos en globo pueden ser conquistados y transformados. Ellos han recibido del proletariado ruso tierras y paz. Nada deben a la burguesía liberal y se asociarán al cabo, en durable alianza, con el Estado proletario. En Occidente, la unión entre el aldeano y el burgués se explica porque éste, después de haber vencido en revolución democrática a los terratenientes, granjeó tierras que entregó al trabajador rural. En cambio, en Rusia todo lo debe el labrador a su hermano el proletario de la ciudad: sosiego, riqueza, campo de libre acción, abundante producción fabril. El campo seguirá a la ciudad que es socialista. Vinculado a ella, a la industria en creciente, a las cooperativas que dilatan su red magnífica, podrá salvarse de la ruina inminente y se constituirá el formidable bloque futuro urbano y rural.

Vana esperanza, insiste la oposición, porque la política actual de la *Nep* es el capitalismo, restauración del pasado de fuerzas que parecían vencidas. Según Stalin, el partido rector tolera la coexistencia del capitalismo y del socialismo en el seno de la nación remozada. En la *Nep*, se

manifiesta el elemento capitalista que se contrapone al elemento socialista dentro de la economía rusa. Pero sólo el socialismo es protegido y nadie duda de su triunfo contra la reacción pertinaz. No olvidemos que en las ciudades domina la industria de Estado, que en los campos la cooperación cuenta ya con diez millones de miembros. El kulak no conquistará el poder de antaño en la tierra nacionalizada.

Para el restablecimiento del capitalismo precisaría despojar al proletariado del poder, privarlo de las fuerzas que en sus robustas manos se concentran: transportes y gran industria, *trusts*, sistema de crédito. El poder proletario se ufana de hacer ventaja al poder burgués porque junta riquezas que no sirven a una sola clase social sino al país entero y que, en virtud del monopolio, serán fuentes de capitales suplementarios si se las explota con economía y previsión. Entre todas las formas posibles de gobierno, mientras persiste el orden actual, es aquel en el cual hallamos definido «carácter de masa», democracia real y directa, no turbada por la influencia de Mammón. Los directores del comunismo militante ambicionan instaurar donde triunfan la verdadera democracia, la cual redime a todos los trabajadores de la explotación por una minoría de capitalistas y aniquila el régimen plúmbeo inspirado o dirigido por banqueros y capitanes de industria: los Morgan, los Rothschild, los Stinnes.

En diversos escritos y en un libro que impone a la Revolución, como dilema, la elección entre el socialismo y el capitalismo, Trotski moteja el optimismo general y somete a crítica minuciosa las petulantes afirmaciones de Stalin. Se siente también animado por ruda sinceridad. Nuestras industrias progresan lentamente, dice; el capitalismo de las naciones burguesas prepondera, ofrece productos más baratos y de mejor calidad que los que arroja al mercado la industria socialista. Bajo la dirección del Estado soviético el país desarrolla riquezas con el auxilio del capitalismo occidental, importa máquinas y métodos del extranjero. ¿Hasta dónde puede llegar esta política de acercamiento y de concierto? Según Trotski, el orden ruso en vez de ser genuino socialismo, contrarresta a un capitalismo necesario, limitado y temporal, colabora con países de ideología contraria y multiplica invitaciones y concesiones a la finanza occidental. La agricultura, en virtud de un individualismo persistente, contribuye a robustecer las tendencias del sistema capitalista.

No niega Trotski que la economía nacional se complica y aquista sólidas posiciones. Hasta ahora, gobernada por el Estado veedor, la nueva política económica ha impedido el restablecimiento del capitalismo. Pero si la industria castiza se desarrolla con más lentitud que la agricul-

tura en años venideros, el antagonismo entre los aldeanos y el poder soviético conducirá seguramente a una era de libre capitalismo. Olvidar las necesidades actuales de la industria parece a Trotski error esencial. En lo que denomina su prognosis, no figuran tristes vaticinios. Se limita a agorar que si, en próximos decenios, el capitalismo mundial acierta a establecer un nuevo equilibrio dinámico como aquel de un largo y glorioso período entre 1871 y 1914, y se conciertan la burguesía y el proletariado dentro del cuadro firme de la vida nacional, Rusia maximalista tendrá que confesar su error capital. Creyó que el capitalismo y el imperialismo se hallaban desmarridos, que asistíamos a su agonía. Si en vez de la degeneración anunciada se abre un nuevo ciclo de expansión y de poder para las fuerzas del pasado, sufrirá naturalmente desmedro el socialismo recluso en un país atrasado. Trotski manifiesta temores y espera que el marxismo vencerá a sus adversarios. Entretanto defiende con energía el régimen creado y la estricta ortodoxia. La ciudad fiel se le antoja más interesante que el campo aliado del capitalismo.

RIVA AGÜERO, COMPAÑERO DE GENERACIÓN¹

Yo no pretendo estudiar la obra vasta y múltiple de Riva Agüero, es ésta una casa ligada a claros días de mi juventud. Tan sólo quisiera traer recuerdos y corregir errores sobre esta alta personalidad nacional que podrían inveterarse.

Era nieto de don José de la Riva Agüero y Looz-Corswaren, que fue ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de don Manuel Pardo. Mi padre se asoció a él en empresas industriales, en una época de apogeo para el país que fue frustrada por la guerra del Pacífico. De esta relación de familia nació entre el nieto y yo una amistad íntima, profunda, indestructible, que ha durado hasta su muerte.

Juntos entramos en 1893 al Colegio de la Recoleta, destinado a larga influencia en los destinos espirituales del Perú. Él tenía ocho años y yo diez. Eran pocos los alumnos y numerosos los profesores. De esta suerte se estableció pronto lo que llamó Platón una cadena magnética entre los discípulos y los maestros, que ejercieron sobre nosotros una acción personal, directa, persuasiva, formadora. Había leído mucho Riva Agüero, no sé cómo ni cuándo. Se le podía aplicar lo que escribió *Clarín* de Menéndez y Pelayo, que así como algunos duermen mientras leen, otros leen cuando duermen. Tal debió ser el caso de este muchacho, que sabía de memoria páginas enteras de César Cantú, historiador italiano entonces en boga, que había leído a Michelet, repetía versos de Leopardi y se complacía en desentrañar complicadas genealogías de familias peruanas.

Sorprendió pronto a sus maestros por la seguridad de sus recuerdos y el vigor de su talento. Dominaba todas las materias, salvo las matemá-

¹ Extraído de *José de la Riva Agüero: recuerdos*, Lima, 1949, pp. 8-15. [THM]

ticas, que le fueron siempre extrañas, como a Lord Macaulay, el célebre historiador inglés. En los recreos, en vez de jugar, comentábamos nuestras lecturas. En las tardes, en paseos que no nos parecían monótonos, del colegio a mi domicilio en la calle de la Amargura, de él a esta casa de Lártiga,² y de nuevo a Amargura, en incesante y decidido deambular, tratábamos con juvenil petulancia de todos los problemas divinos y humanos, hacinábamos recuerdos, afirmábamos nuestras ambiciones. Una tarde era el tema la célebre respuesta de Castelar al canónigo Manterola, en que opuso el Dios del Sinaí de violencia y de justicia al del Calvario, Dios de amor. Otra, el elogio insidioso de De Maistre a Voltaire, que termina así: «Le elevaría una estatua, pero por mano del verdugo». Estudiábamos a Donoso Cortés, aprendíamos de memoria páginas de su admirable discurso sobre la Biblia. Nos enfervorizaba Michelet. Íbamos a Taine, de quien él se apartó más tarde, respetuosos y fervientes. Contradecía José el *Parini*, diálogo de Leopardi sobre la gloria, porque él creía en ella y la buscaba con empeño mozo.

Llegados a la pubertad, en vano le repetía yo los versos de Eneas, en trance de amor, que empiezan así: *infandum, Regina jubes renovare dolorem*. Él creía, sin duda, como el poeta, que el licor femenino es licor de mandrágoras y origina demencia. En la cuna de este hombre privilegiado se juntaron todas las diosas, pero Venus llegó tarde a la cita olímpica. Más que los versos latinos que yo comentaba, prefería él otros que han servido de guía a los conquistadores y a los dominadores.

Él creía sobre todo en la voluntad, y la suya era señera y tajante. En la historia romana, que estudió de preferencia siguiendo a Mommsen, exaltaba a César y desdeñaba un tanto a Cicerón, el orador helenizante. Sus preferencias iban naturalmente a Sylla, jefe de los conservadores, y no al demócrata Mario, *homo novus*, escribe Salustio, que «no poseía estatuas» de antepasados. Riva Agüero tenía innúmeros retratos de familia de los Riglos, los Sancho Dávila, los Ramírez de Arellano... En vano quería yo demostrarle que el Imperio Romano es el heredero legítimo de la imponente construcción romana, que nunca sería, como Roma en los tiempos de Diocleciano, monarquía burocrática, ni la gobernarían príncipes extranjeros. Él se inclinaba ante Roma sede del Papado, capital del mundo latino, metrópoli de la más universal de las culturas. Había leído *Il Primato* de Gioberti.

² La residencia de la familia García Calderón estaba en la calle de la Amargura; la de la familia Riva Agüero, en la calle de Lártiga, en donde la Universidad Católica del Perú ha creado el Instituto Riva-Agüero, en homenaje al gran polígrafo. [THM]

Cuando viajó por Europa prefirió siempre como lugar de residencia Roma a París. Lector asiduo de Tito Livio, creía tal vez que los franceses —a quienes admiraba y leía— son, como en tiempos de los galos, *gens ad tumultos nata*. En Alemania halló siempre orden, organización y disciplina, olvidando que ella considera la paz larga como signo de fatiga y de flaqueza y así destruye lo que había conservado con esfuerzo. *Et ingrata genti quies*, escribió Tácito de los germanos.

En la Universidad fue Riva Agüero lo que llaman los franceses *fort en thème*. Se distinguió en todas las cátedras, aprendía sin esfuerzo; secundado por su memoria poderosísima, obtuvo premios y *contentas*.³ Una vez, nuestro maestro el doctor Deustua nos opuso en justa breve. Yo defendí la libertad contra el determinismo, inspirándome en la filosofía de las ideas fuerzas de Fouillée. Él me combatió en nombre de la *Ética* de Spinoza. Su dialéctica me pareció muy vigorosa.

Su tesis para el bachillerato en la Facultad de Letras, sobre la literatura en el Perú independiente y sus caracteres esenciales, fue un acontecimiento intelectual. Unamuno le consagró artículos que han sido reproducidos en el volumen de sus *Obras escogidas*. Por primera vez se estudiaba con criterio moderno la obra de nuestros escritores, siguiendo la dirección de ilustres críticos, sobre todo de Menéndez y Pelayo. Al patriarca de nuestras letras, don Ricardo Palma, a quien comparó con Walter

³ Su memoria era firme, inagotable, abrumadora. Podría referir cien anécdotas respecto a ella. Aquí van algunas. Riva Agüero se esforzaba por hacer olvidar su superioridad, se bajaba hasta su interlocutor y decía, por ejemplo: «Recuerda usted en Tito Livio», «Ha leído usted como yo en Polibio», «Usted no ignora a Herodoto»... Asistimos juntos a una representación de Teodora de Sardou y de repente me dijo José: «Esto no está en Procopio» (Procopio es uno de los historiadores de Bizancio). Visitando en París, en el cementerio de Picpus, las tumbas de nobles franceses que fueron víctimas del Terror, una religiosa llena de bondad se propuso explicarnos el entroncamiento de las familias a quienes pertenecían. Riva Agüero corrigió sus errores sin piedad. Parecía un maestro de heráldica. Mi amigo Marcel Ribière, fiel secretario de Poincaré, le conoció en Roma. En París, nos reunió Riva Agüero a almorzar. La conversación seguía su curso normal, pero llegamos por desgracia a la historia de los merovingios. Ribière tuvo que confesar que sus conocimientos eran limitados y José le abrumó con su erudición magistral e inesperada. Desde entonces, cada vez que topaba yo con Ribière me preguntaba éste: «¿Cómo está el monstruo, su amigo el marqués?». Cuando falleció Riva Agüero publiqué en francés un folleto [*In memoriam*, Genève, 1944] que llevaba como epígrafe versos de Lord Tennyson en la muerte de su amigo Hallam. Después de leerlo, mi ilustre amigo Gonzague de Reynold, el más grande de los escritores suizos, me escribió que había conocido a José en Roma, en una comida del senador Cairolí, y que quedó asombrado por la erudición portentosa del comensal. Cairolí exaltó en Riva Agüero, más que al escritor, a un hombre de Estado, perseguido por maquinaciones tenebrosas, que buscaba refugio en la ciudad de los Césares. Probablemente, Reynold no descubrió en José los rasgos de un revolucionario a la manera de Kossuth o de Garibaldi, porque terminaba su carta con un frase de fina ironía francesa: «C'était assez romantique, mais le diner était excellent». [THM]

Scott, a Chocano, a González Prada, dedicó notables páginas. Al exaltar a González Prada suscitó un revuelo en nuestros círculos religiosos y aristocráticos, pero su elogio era naturalmente dirigido al escritor patriota, al alto y vigoroso prosador, al orador del Politeama que pudo ser nuestro Fichte con sólo oponer la grandeza y la excelencia del Perú vencido a la desmesura y a los errores del vencedor. Olvidó voluntariamente a González Prada envejecido, que mostró peligrosa ignorancia en filosofía y en historia, leyó tarde a los sociólogos y se dejó ganar por un anarquismo ingenuo, no según la mente poderosa de Bakunin, sino según la de oscuros discípulos como Malato o Grave. Riva Agüero admiraba la poesía de González Prada, sobre todo *Minúsculas*, donde renovó la versificación castellana, introduciendo en ella nuevas formas: la balada, el pántum, la spenseriana, y cantó con acento personalísimo eternos temas humanos, el dolor, el amor y la muerte. [...]

La Historia en el Perú fue el título de la tesis de Riva Agüero para el doctorado en la Facultad de Letras. Libro amplísimo y trascendental. Allí analiza con profundo conocimiento del pasado nacional a los historiadores, enjuicia a Garcilaso y Montesinos. Allí encontramos inducciones y consideraciones originales sobre la época incásica. Siguiendo a Calancha, evoca en bellas páginas la vida de los conventos en el Virreinato. Con minuciosidad y severidad examina el esfuerzo de nuestros historiadores republicanos, de Mendiburu y Paz Soldán, principalmente. Desde la publicación de su tesis fue considerado como jefe de nuestra escuela histórica, en la cual es hoy notable representante Jorge Basadre, que podrá ser el Fichte de mañana si sigue la ruta que anuncian sus recientes *Meditaciones*.

Al estudiar una obra imparcial y notable de Paz Soldán sobre la guerra del Pacífico, Riva Agüero llega a excusar y explicar los errores militares de Piérola que no pueden ser defendidos: la extensión de la línea de defensa en San Juan, el desdén para los consejos de Cáceres y otros jefes, la inutilización de las reservas en Miraflores. El descendiente de un ministro civilista no había leído la carta de Mr. Hurlbut a Piérola, refugiado en Ayacucho, en la cual le decía: «Se equivoca usted si cree que García Calderón firmará una cesión de territorio. Usted, que ha sido vencido en San Juan y Miraflores, no me parece capacitado para entablar negociaciones con Chile». Olvidó José que el gobierno de la Magdalena fue creado por ciento catorce notables de Lima, en su mayoría civilistas, para firmar una paz justa.

En estudios y discursos como los dedicados a Sarmiento y Unanue, en su admirable ensayo sobre Garcilaso, en el prólogo a un volumen de la vasta obra de Roberto Levillier, en sus lecciones sobre el Perú prehispánico, ilustradas por paralelos históricos,⁴ Riva Agüero afirmó su superioridad intelectual. Gran historiador, acopla el estudio minucioso, el análisis original de las fuentes, la erudición infatigable, la evocación artística, la visión de las épocas, el vigor de la síntesis. La historia fue para él, como para Michelet, un resurrección. Con Riva Agüero teníamos a la vez a Barros Arana y a Vicente Fidel López, a Baralt y a Justo Sierra.

⁴ *Civilización peruana: época prehispánica*, pp. 112, 116, 122, 125, 130, 131, 135, 137, 156 y ss.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
TELEF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582
JULIO 2003 LIMA - PERÚ